CONCEPCIÓN REVUELTA

LA SICILIANA

Una apasionante novela de coraje y superación ambientada en Santoña, en la conservera de anchoas más famosa del mundo.



PLAZA JANÉS

CONCEPCIÓN REVUELTA

LA SICILIANA

PLAZA JANÉS

A mi madre. Por haber estado presente en cada paso que di. Y por darme aquello que jamás nadie me hubiera podido dar. Gracias, oma

PRIMERA PARTE

Si solo tienes una sonrisa.
Entrégasela a quien ames.

MAYA ANGELOU

1

Santoña, 1949

Teresa caminó un rato por el muelle. Observaba cómo las olas golpeaban el muro, lentas pero constantes, y emitían ese murmullo profundo y agradable que solo el Cantábrico es capaz de expresar y que resultaba tan familiar para ella. Aquel sonido formaba parte de su vida, se podía decir que las olas, las mismas que ahora observaba, la habían acunado en su pequeño cesto de mimbre, a los pies de su madre mientras esta cosía redes en el puerto. Al mismo tiempo, inspiraba el aroma a salitre fuerte y en ocasiones áspero e iba sintiendo como sus pulmones y su vientre se hinchaban, y espiraba soltando con dulzura ese aire frío y limpio que la cautivaba.

Como siempre, iba sorteando los adoquines que cubrían el camino; solo pisaba los más pequeños mientras jugaba con sus diminutos pies, arriesgando y repitiendo el salto si fallaba.

La muñeca que había recibido aquel año de regalo de Reyes la llevaba bajo el brazo izquierdo apretada, para evitar que cayera sobre el suelo mojado. Ya faltaba en la cara de su adorado juguete uno de los botones que hacía de ojo y sus trenzas estaban convirtiéndose en coletas. La abuela Nieves, aquella misma mañana, le había dicho:

—Déjame aquí ese trapo, hay que arreglar ese desaguisado. Te la lavo y la coso. Te la dejo como nueva, ya verás.

Pero Teresa le dijo que mejor otro día.

La niña quería llevarla de paseo, aunque no estuviese en su mejor momento.

Entre saltos y pequeños pasos llegó a su lugar preferido, frente a la casa de ventas, y, siguiendo su costumbre, se sentó sobre el mismo noray de siempre. Pero antes, y casi instintivamente, limpió con la mano las gotas de agua que había sobre el amarradero.

Con la mirada puesta en el mar, a la espera de avistar el barco en el que regresaba su padre, y con su muñeca de trapo apretada entre los brazos cubriéndole el pecho, esperó a que el Estrella del Norte llegara.

Teresa tenía diez años, unos labios carnosos y unos ojos grandes y avellanados que le adornaban la cara. Era alta para su edad y delgada, abierta, extrovertida, resuelta y laboriosa para ser una niña. Nunca mostraba desagrado por nada y obedecía con gusto los recados que se le encomendaban.

Le gustaba el colegio, absorbía con ganas todo aquello que iba aprendiendo y, además, era muy habilidosa con las manos.

Cantaba siempre que tenía ocasión, sobre todo cuando estaba en casa jugando o distraída con algo. Era durante esos momentos cuando se la podía oír entonar algún cántico que había escuchado en la radio o en el bar de Pío, donde acudía con frecuencia en compañía de su padre, siempre que el hombre estaba en tierra.

En el puerto todos la conocían, la saludaban y esperaban como respuesta la mirada brillante de sus ojos chispeantes y el sonido

cantarín y dulce de su voz. Pero también sabían que, a pesar de esa mirada alegre y esa sonrisa constante, su vida no era fácil.

Cuando Teresa apenas tenía tres meses, su madre sufrió un grave accidente que la dejó postrada en la cama durante unos años.

La mala suerte quiso que cayera sobre ella uno de los postes de cemento del que se sujetaban las redes para su reparación y le partió la espalda. Aquel día Teresa descansaba en un cesto de mimbre junto a la mujer, pero por fortuna la criatura no sufrió ningún daño, ya que momentos antes su abuela la había cogido en brazos para calmar su llanto. Ese era el motivo por el cual Teresa no recordaba de su madre una estampa en vertical.

Aquella mujer alta y esbelta dejó de caminar, de sonreír y hasta de tener ganas de respirar, pero a pesar de su desidia aprendió a vivir en aquella cama de cabecero plateado sobre el que se podía ver una imagen de la Virgen del Puerto.

Desde esa habitación triste pero luminosa, observó cómo su pequeña crecía durante los escasos años que vivió. Las conversaciones con Teresa le llenaban las horas.

Su niña, su Teresuca, como ella la llamaba, la tenía al día de todo lo que pasaba en el pueblo; sabía los dimes y diretes que circulaban, los kilos de bocartes que habían llegado a puerto, el color del mar de cada día, y en ocasiones hasta era capaz de repetir con sus palabras el sermón que don Severino, el cura, había ofrecido el domingo.

Desde aquella cama, María, que así se llamaba la madre de Teresa, fue capaz de pasear por las calles de Santoña mientras escuchaba las historias que cada día la pequeña le contaba. Le hablaba de los vestidos que lucían las señoras más pudientes, las esposas e hijas de los dueños de las fábricas de anchoas, de los

sombreros que la señora del alcalde lucía —a cada cual más extravagante— y de los que ella se reía socarronamente mientras describía cómo eran. Saboreaba los helados de chocolate de La Valenciana con tan solo escuchar a su hija explicar lo buenos que estaban.

Muchos domingos, Teresa, al salir de misa, corría con sus amigos hasta la pastelería de Santos, La Dulcinea; todos deseaban que algún pastel hubiera salido defectuoso, ya que el hombre los vendía a mitad de precio. Ella sabía cómo le gustaban a su madre los nuris y, siempre que podía, cuando había ahorrado de su paga las pesetas que costaba, le llevaba uno, pero no defectuoso, sino bueno.

Y por supuesto, cada siete de septiembre, cuando la niña recorría con el mejor de sus vestidos las calles de Santoña acompañando la carroza que portaba la imagen de la santa, gracias al entusiasmo de la pequeña al narrarlo, ella sentía cómo su corazón latía con fuerza, cerraba los ojos y era capaz de escuchar el murmullo de sus paisanos y los sones que escoltaban el cortejo.

Sin duda esa pequeña fue quien le dio fuerza suficiente para seguir, para soportar esa cruz que cayó sobre ella y la dejó postrada e inútil.

Una mañana, cuando Teresa entró a darle los buenos días, la encontró inerte, sin vida, pálida y fría. Se había ido sin despedirse, sin hacer ruido. A pesar de su corta edad, esa imagen quedó grabada en su retina y su corazón sufrió, incluso si reconocía que el dolor de su madre no era justo y que posiblemente partir a ese otro lugar era lo mejor.

Donde María estuviera, seguro que estaba tranquila y libre de padecimientos.

Otra mujer importante en su vida, sin lugar a dudas, era su abuela Nieves. Una redera de pura cepa.

Las redes con frecuencia volvían deterioradas por el peso del pescado, por la tracción de las corrientes marinas intensas o por haberse enredado en la hélice durante el lanzamiento o la recogida, y alguien debía repararlas. Por supuesto, las hacendosas manos de las mujeres eran las encargadas. Nieves era una de ellas, igual que lo fue su madre y su abuela, que, sentadas en los muelles, estiraban y repasaban las roturas. No era labor sencilla, pero sí fundamental para los pescadores, ya que el coste de estas era alto, y la necesidad de coserlas, obligada.

Nieves era una mujer de aspecto dulce como el azúcar, pero en ocasiones, cuando tocaba reñir o enfrentarse a alguien, también malhablada y descarada. No había pregunta que no contestara ni respuesta que se callara. Desde luego su carácter fuerte le había hecho salir adelante.

Con el pelo negro recogido en un moño y unos ojos oscuros como la noche, cosía redes desde que tenía uso de razón. Un trabajo clave en el mundo pesquero que solo las mujeres eran capaces de llevar a cabo.

Nieves era redera por tradición y porque, en un pueblo pesquero como el suyo, la mano de obra de las mujeres tenía suma importancia. Cuando nació, su padre dijo: «Nada, ya tenemos una redera más», y así había sido.

Se convirtió en una mujer de manos fuertes, hábiles y rápidas, curtidas por el frío y el paso de la navaja, que junto con la aguja era su herramienta de trabajo.

Nieves se había quedado viuda hacía muchos años y ella sola había sacado adelante a sus dos hijos, cosiendo redes y, en ocasiones, trabajando en las fábricas de conservas.

La mujer recordaba con cariño a su marido y no pasaba una semana en la que no le repitiera a Teresa cómo y cuándo fue la última vez que vio a su marido. Para ella era inevitable acordarse de ese momento, el instante en el que se despidió de su esposo.

Siempre le contaba con las mismas palabras cómo había sido ese instante.

Ella estaba asomada a la ventana, con una toquilla sobre los hombros para cubrirse del relente de la mañana; su Paco, el hombre de su vida, se volvió a saludarla como cada vez que salía a faenar, sabedor de que Nieves le miraba marchar. Al doblar la esquina se giró y le tiró un beso para después tocar su visera e, inclinando levemente su cabeza, levantar la mano derecha.

Esa era la imagen de él que se le quedó grabada de por vida. Ni siquiera la visión del cadáver de su esposo, la noche que el barco arribó a puerto, había borrado aquellos dos gestos que le regaló al partir. Nunca supo muy bien de qué murió; le contaron que, mientras tiraba de las redes de cerco e intentaba levantarlas con el resto de sus compañeros, cayó sin sentido sobre la cubierta de la embarcación. Posiblemente fuera algo relacionado con el corazón, le dijeron.

Desde entonces continuó sola su andadura, aunque nunca le faltaron pretendientes a los que entre risas les daba largas y promesas que nunca llegaban a cumplirse.

Paco y Nieves tuvieron dos hijos que se criaron a su lado y a temprana edad comenzaron a trabajar para ayudar en casa.

Jesús, el padre de Teresa, era el mayor y, siguiendo la tradición, siendo apenas un niño se embarcó pese a la negativa de su madre. A pesar de saber que ese era su destino, la mujer temía por la vida de su hijo.

Él siempre fue un niño delgado y enfermizo, y aún hoy tenía dolencias constantes que no se sabía bien de dónde provenían, pero el chiquillo era consciente de que tenía que trabajar y, aun con sus achaques, acudía cada día a su puesto de trabajo y soportaba el frío y la humedad del mar.

Andrés era el pequeño y tuvo más suerte que el padre de Teresa. Un amigo de la familia le instruyó en el oficio de farero y, cuando este enfermó, ocupó su puesto. Vivía en el faro del Pescador, en la cima del monte Buciero, desde hacía años.

Teresa solía pensar en su abuela y su madre cuando iba al puerto hasta que sus recuerdos se dispersaban al empezar a notar los barcos que se aproximaban a los muelles.

Los cestos se amontonaban a lo largo y ancho del dique y los carros tirados por las mulas se iban acercando. Aunque apenas se atisbaban en el horizonte las naos, se notaba que estaban a punto de llegar.

El murmullo de las gentes llenaba de alegría el muelle. Los gritos, los saludos, las discusiones, todo aquello formaba parte de la vida de Teresa y ella descubría cada día algo nuevo que llamaba su atención.

Las mujeres también hacían acto de presencia llenando de colorido la zona. Algunas comenzaban a extender las redes, otras se

saludaban a voz en grito, alguna discutía y la mayoría de ellas reían y bromeaban con los hombres a la puerta de la venta.

Teresa miraba todo con una curiosidad desmedida y pensaba que, seguramente, en unos años ella formaría parte de ese grupo numeroso y bullicioso.

Santoña era un pueblo abierto al mar, donde sus gentes, gentiles y alegres, disfrutaban y sufrían por igual de aquello que las bravas aguas del Cantábrico les ofrecían, como las noches de tormenta, cuando las mujeres se quedaban sin aliento esperando que sus maridos, hermanos y padres regresaran sin daño alguno. Teresa había nacido y se criaba en ese ambiente, y era feliz entre redes, pescados y barcos.

Pero aquella mañana gris sucedió algo diferente.

Un gran coche negro intentaba abrirse camino haciendo sonar la bocina de manera insistente hasta que consiguió llegar a la casa de venta.

El auto se acercó tanto que casi se paró en la misma puerta. De la parte de atrás se bajó, después de que el chófer le abriera, un hombre alto con un escueto pero pronunciado bigote y un sombrero de fieltro marrón con una cinta de un tono más claro que lo adornaba. Tras él, un niño con pantalones cortos, un jersey de pico por el que se podían ver los cuellos de una blanca camisa y medias hasta la rodilla. Cubriéndole la cabeza, el pequeño llevaba una visera de paño de cuadros azules que hacía juego con el resto de su atuendo.

Teresa se quedó mirando y reconoció enseguida a aquel hombre. Le había visto muchas veces por allí, y su padre le había contado que era el dueño de una de las conserveras que había en el pueblo.

Con toda seguridad venía a comprar bocartes para su negocio, pensó Teresa. Pero la niña nunca había visto al muchacho que en esta ocasión le acompañaba, es más, no sabía que aquel adinerado caballero tuviera hijos.

Cuando desvió la mirada de ellos, vio cómo se acercaba hasta ella Samuel.

Samuel era un muchacho de apenas trece años. Era un poco alocado y no le gustaba nada el mar. No era la primera vez que se quedaba en tierra, las sábanas se le pegaban con facilidad, pero, a pesar de ello, conservaba su trabajo porque el patrón del barco en el que faenaba era medio pariente de su madre. Aunque las malas lenguas decían que lo que tenían la Justa, que así se llamaba la madre de Samuel, y el Nicolás, el patrón, era algo más que una amistad.

Teresa no entendía muy bien a qué se referían, pero lo había escuchado en varias ocasiones, incluso a su abuela Nieves cuando hablaba con su madre.

—¿Qué pasa, niña, a esperar a tu padre? No, no contestes, seguro que me esperabas a mí, ya sabes que soy el amor de tu vida, aunque tú aún no me creas, verás como será así —le dijo con gesto sonriente Samuel mientras caminaba despacio luciendo su estampa como si de un figurín se tratase—. Me parece que has venido muy temprano hoy, no se atisba el barco de tu padre por ningún lado.

Teresa no pudo por menos que soltar una carcajada mientras observaba cómo el cuerpo del muchacho hacía infinidad de poses para llamar su atención.

—Pero mira que eres lelo. Buenos días, Samuel. Sí, aquí estoy, esperando, pero no a ti. ¿Cómo es que estás en tierra, no saliste a

pescar?

—No, me despisté y se fueron sin mí. No veas la que me ha caído. Mi madre me pegó una tunda que aún me duele el culo.

Teresa soltó otra carcajada.

—¿Y pa dónde vas? —preguntó Teresa.

—Na, a dar una vuelta. Mi madre se ha enfadado conmigo como te digo y esta mañana me tiró de las sábanas para atrás y me arrastró por un pie hasta que salí de la cama. ¡Cómo se ha puesto, chica! Por lo tanto —dijo en tono socarrón—, para no escuchar más todo lo que la vieja me decía, he preferido largarme. Con decirte que no me he estado ni a tomar las sopas… ¡Cualquiera se quedaba allí! Sola la he dejado, bajando todos los santos que hay en el cielo. ¡Se pone igual que una loca esta mujer! ¡Que tampoco es para tanto! Me dormí, qué voy a hacer. No sé si hoy me dará de comer. Porque mientras me tiraba de los pies me iba recordando que me advirtió y que, la próxima vez, si no trabajo, no como. Dice que así espabilo. Ya verás como me deja sin comer, que esta madre mía es burra como un arado. Bueno, aprovecharé cuando ella salga de casa hacia el muelle y comeré algo, o quizá me pase por el mercado, seguro que algo apaño.

—Uf, Samuel, un día de estos te veo colgado del tendal. Yo tendría más cuidado, la Justa tiene muy mala leche, eso dice siempre mi abuela.

—¡Na, tampoco es para tanto! Al final le doy cuatro besos y la enamoro, ya sabes, zalamero soy un rato. Y tú, ¿no pensarás estar aquí toda la mañana? ¿No vas a la escuela? De la que venía vi a la señorita Engracia, que ya estaba en la puerta.

—Sí, claro. ¿Qué voy a hacer aquí? Ya veo que mi padre no llega, así que marcho para la escuela.

—Mira, está llegando el Polaris, vamos a ver qué ha traído. Lo mismo pescamos algo nosotros también —le dijo Samuel mientras le guiñaba un ojo.

—No, yo me voy a la casa de ventas. Mira, ¿ves esta herida? Me caí ayer por las escaleras y me ha dicho mi abuela que me pase por el consultorio para que le echen un vistazo. Igual me he roto algo —dijo Teresa.

—¡Sí, hombre! ¿Qué te vas a romper? Eso duele mucho. ¿Te acuerdas de los gritos que daba Jacinto este verano cuando se cayó de la tapia de las Teresianas? A mí lo que me parece es que tú lo que quieres es ver al remilgado ese que está en el coche, ya he visto cómo le mirabas. Ese repolludo que está esperando a su papá en la puerta.

—Bueno, y a ti qué te importa, eso es cosa mía. ¡Hasta luego, figura! —se despidió Teresa.

Samuel se quedó junto al noray donde estaba sentada la niña, observando cómo la pequeña se acercaba hasta la venta. Moviendo la cabeza, susurró:

—Ay, Teresuca, Teresuca, que, por mucho que le rondes, tú vas a ser mi novia seguro.

Teresa se acercó despacio. Pasó por delante del lujoso coche dos o tres veces despertando la curiosidad del niño que no hacía más que mirarla.

El pequeño, intentando dejar claro que él era el dueño de aquel auto, se colocó la boina y con un gesto le pidió al chófer que le

abriera la puerta, todo ello sin dejar de mirar a Teresa con un aire de superioridad que la pequeña notó enseguida.

Pero, cuando el hombre intentó abrir, él negó con la cabeza y se quedó dentro. Seguramente solo pretendía que Teresa viera que tenía gente dispuesta a servirle.

Robert Venetto Bartomeu era un pequeño de trece años. Aquella era la primera vez que visitaba con su padre la venta y no lo había hecho de muy buena gana; le desagradaba el olor a pescado que en ocasionas había respirado en la fábrica cuando su padre le obligaba a acompañarle. Su progenitor siempre le decía que tenía que empezar a aprender de los negocios, sin importar su temprana edad.

Era hijo único y, al igual que a su madre, una señora que provenía de una familia adinerada de Barcelona, no le gustaba todo aquello que tuviera que ver con ese negocio de su padre.

El padre del chico se llamaba Tommaso Venetto. Era un italiano afincado en el norte de España desde niño.

El padre de Tommaso, como otros muchos italianos, había llegado a Santoña a principios de siglo con la intención de montar su propia empresa.

Sabedor como era del buen bocarte que se daba en esta zona, no dudó en emigrar.

Conocía como nadie el arte de la salazón y no tardó mucho en montar su conservera. Fue uno de los pioneros y consiguió que se elaborasen las anchoas hasta su envasado en su fábrica, y terminó así con la venta del bocarte en salazón que hasta entonces era lo que más se producía.

Tommaso era hijo único y heredó de su padre la conservera La Siciliana. Aunque había estado a punto de perderla en dos

ocasiones, de una manera u otra, siempre había logrado mantenerla a flote. Su afición al juego y a las mujeres le daba a menudo algún que otro disgusto.

La madre de Robert era Eulalia Bartomeu. Ella era una catalana de posibles, heredera de fincas y de una fábrica textil de gran prestigio ubicada en Tarrasa.

Teresa se paró en un lateral del coche, justo donde el joven ocupaba su asiento y miraba por la ventanilla del vehículo. Con descaro y gesto desafiante, se colocó bajo el brazo derecho la desgastada y ajada muñeca y posó uno de sus pies sobre la pared del edificio.

El joven la miraba expectante y, aunque sabía que la pequeña no podía hacerle nada al estar protegido por el chófer, desconfiaba de ella. Había escuchado hablar en muchas ocasiones del descaro de las mujeres del pueblo y eso le hizo sentir inseguridad, pero su orgullo no le permitía que una chica fuera a amilanarle.

Durante un rato, ambos aguantaron la mirada, pero, cuando Teresa lo consideró oportuno, separó de nuevo el pie de la pared y caminó hacia él sin dejar que sus ojos vieran otra cosa que los del joven.

A pocos pasos del auto, él sonrió y abrió la puerta con intención de salir, pero ella le sacó la lengua y le giró la cara mientras caminaba altanera en dirección al noray del que se había levantado.

Robert no pudo por menos que sonreír por el desparpajo demostrado por la niña y volvió de nuevo a cerrar la puerta del coche.

Teresa escuchó a lo lejos los gritos de su abuela, que le llamaron la atención. Nieves bajaba con su delantal añil y la toquilla sobre los

hombros que terminaba amarrada a su cintura para proteger así sus cansados riñones de la humedad.

—Niña, ¿qué haces ahí parada? ¡Tira para la escuela si no quieres ser una burra, anda!

—Toma, abuela, quédate la muñeca, que no voy a ir a la escuela con ella. La seño Engracia no nos deja llevar trastos.

—Venga, toma, agarra la cartilla y arranca. ¡Arrea, que llegas tarde! —la animó su abuela—. ¿Entraste en el consultorio como te dije? —añadió Nieves.

—No, abuela, ya no me duele —contestó la niña mientras caminaba deprisa.

Teresa salió corriendo; el tiempo se le había echado encima sin darse cuenta.

Aquel día no había podido recibir a su padre, pero no le había importado demasiado. Había conocido a aquel niño repolludo y compuesto, con una mirada, una sonrisa y unos gestos que le resultaron graciosos. Había sentido, al observarle, que tenía algo diferente al resto de los chicos con los que ella trataba.

2

Ocho años más tarde

Septiembre comenzaba con alegría en el pueblo. Las fiestas de Nuestra Señora de la Virgen del Puerto estaban a punto de arrancar.

Por fin llegó el día siete de aquel fantástico mes, el indicado para festejar y acompañar a la Virgen por la bella bahía de Santoña. Una jornada especial en la que todas las chicas, y también los hombres, sacaban sus trajes de gala para escoltar a la imagen.

Colgada de una percha de madera, Teresa tenía preparada su ropa. Como no podía ser de otro modo, su abuela la había planchado la noche anterior con todo el cariño.

Miró desde la distancia las prendas que iba a ponerse y una sonrisa le iluminó la cara. Pensó en lo que su madre le habría dicho aquel día, lo mismo que año tras año le repitió.

—Acompaña a Nuestra Señora, por ti y por mí, y reza por todos con devoción y cariño.

Tomó con cuidado la camisa y se la puso despacio, se ató los botones sin perder la sonrisa frente al espejo de su habitación. Luego se metió por la cabeza la falda para que la camisa quedara bien colocada dentro de esta. Ya estaba casi vestida, el azul marino le sentaba genial y la puntilla blanca que adornaba la parte baja de

la falda resaltaba igual que lo hacía el pañuelo que se puso alrededor del cuello y que anudó en la parte delantera. No dejaba de mirarse, se movía frente al espejo para evitar que cualquier arruga, hilo o mancha pudiera deslucir el atuendo. Metió la mano en los grandes bolsillos de la falda para colocar bien la tela y pasó las manos después sobre la misma, intentando también bajar el apresto de la ropa. Se colocó en los pies las alpargatas y se colgó del cuello la imagen de la Virgen del Puerto.

Teresa estaba a punto de salir de la habitación cuando su abuela entró después de dar un pequeño golpe en la puerta.

La mujer posó sobre la cómoda una ropa que traía de la chica y salió sin decir ni media palabra, solo miró de reojo a su nieta y sonrió.

Nieves estaba orgullosa de ella, lo estuvo siempre, pero verla convertida en una mujer hizo que sintiera nostalgia por aquella niña que la acompañaba a todos los sitios. Sabía que no iba a poder disfrutar mucho de ella, ya tenía dieciocho preciosos años, y también que varios muchachos la rondaban desde hacía algún tiempo. Aunque Teresa le había asegurado que ninguno de ellos era santo de su devoción, la mujer era consciente de que en cualquier momento aparecería ese que sí lo sería, que conseguiría el amor de la chica, y, por lo tanto, ella pasaría a un segundo plano. Por mucho que su nieta le dijera una y otra vez que no la dejaría nunca sola.

Una vez arreglada, Teresa se acercó a la cocina. Su abuela tenía en las manos unas sábanas que intentaba doblar para poder planchar mejor.

—Traiga para acá, entre las dos lo hacemos en un periquete —le dijo Teresa mientras se la quitaba de las manos.

—Deja, nena. Creo que te están esperando tus amigas abajo. Hace un rato que las escucho hablar en el portal —contestó Nieves.

—Bah, no pasa nada por que esperen cinco minutos más. ¿Y usted no se viste? No me creo que vaya a perderse la procesión de Nuestra Señora y sobre todo la misa.

—Pues mira, este año, mejor me lo cuentas. Tengo esta pierna que me está matando. Estas rodillas mías no aguantan ya casi nada. Mañana me pasaré por la iglesia y le pondré unas velas. Tú vete y disfruta. ¡Y que no me entere yo de que te echas novio!

Teresa soltó una carcajada.

—No tenga miedo. Aquí todo el pescado está vendido, como no entre algo nuevo, me parece que me quedo como estoy. Que, por cierto, estoy muy bien. Soy muy joven aún para apañarme con alguien. Deje que viva un poquito más. Que a mí eso de que me digan que me voy a quedar soltera me da igual. Bastante me importa lo que digan o dejen de decir.

Su abuela movía la cabeza a sabiendas de que los comentarios que hacía su nieta solo eran para que se quedara tranquila.

—¡No menee tanto la cabeza que se le va a separar del cuerpo! ¡Ya sé lo que está pensando! El Samuel es un amigo de la niñez, nada más —respondió Teresa en alusión a las caras que la mujer estaba poniendo.

—Ya, ya. Lo que tú digas, hija. Anda, suelta las sábanas y ¡arranca!, que a este paso te dejan aquí tirada las chicas.

Justo con el comentario de Nieves, la voz de Puerto sonó como una de las sirenas de la fábrica, alta y a la vez con un punto de cabreo producido por la espera.

—¡Mari Tere! ¡Que es para hoy! ¡Bajas o nos vamos! —gritó de nuevo Puerto.

La chica se asomó a la ventana y con una de sus encantadoras sonrisas contestó:

—¡Vamos a ver! Cualquiera diría que perdemos el tren, chica, ¡ya voy! Deja de vocear, que vas a llamar la atención de todo el vecindario de El Cantal.

Teresa cogió un pañuelo recién planchado que había sobre la mesa de la cocina, lo metió en el bolso y se acercó a su abuela.

—¡A mis brazos, *güela*!

La agarró con fuerza y le llenó la cara de besos. Sabía que su abuela desde el fallecimiento de sus padres sufría mucho. En contadas ocasiones hacía alusión a esas muertes, pero las dos le habían ocasionado mucho dolor. Ver a su hijo morir mientras comía y no poder hacer nada por él había sido un gran disgusto para ella.

La mala suerte, o quizá el destino, hizo que una espina de la merluza que él mismo había pescado se le quedara atravesada en la garganta y le ahogara. Ni Teresa ni Nieves pudieron evitar que Jesús muriera en un instante.

—¡Quita, zalamera! Me vas a dejar la cara hecha un santo cristo de tanto apretar —le dijo su abuela.

Nieves metió la mano en su sostén, sacó un billete de veinticinco pesetas y lo guardó en uno de los bolsillos de la falda de su nieta.

—No, abuela, yo tengo dinero. Además, ¿no cree que con esta pinta que llevo no encontraré algún mozo que me invite?

—¡Qué coño, chiquilla! ¡Llévalo te digo! No hace falta que te invite nadie, que luego seguro que se lo quieren cobrar.

—Pues tiene razón. Lo llevo, pero, si no lo gasto, mañana se lo devuelvo.

La voz de Puerto volvió a resonar en un tono más alto que la vez anterior. La respuesta de Teresa, con la misma fuerza, no se hizo esperar:

—¡Que ya voy, chavala!

Bajó las escaleras deprisa, pero al llegar al último tramo ralentizó el paso. Salió por la puerta luciéndose como si fuera una artista.

—¡Por Dios, que llega la reina de las fiestas! —dijo Loli.

—¡Coño! Cualquiera va contigo. Así no hay manera de pillar novio, ¿eh? Esta noche te llevas todos los bailes, ya verás —comentó Alicia.

—Bueno, dejad de echar flores, que al final se lo va a creer. Para guapa yo. ¡Ahí queda eso! ¡Y tú espabila, que ya se sabe, el que llega tarde ni oye misa ni come carne! —habló Puerto.

—¡Ya salió a relucir el refranero español! —comentó Teresa mientras caminaba ufana.

Puerto era una muchacha poco agraciada y lo sabía. Pero su simpatía y su talante eran suficientes para ella. Era el alma no solo de todas las fiestas, sino también de su trabajo, siempre estaba cantando y animaba a las demás a hacerlo, aunque en pocas ocasiones lo conseguía.

Se ocupaba de su madre, que ya era muy mayor, pues la tuvo tarde y ella era la pequeña de cinco hermanos que volaron de casa en cuanto pudieron mantenerse solos.

Su padre, un mal hombre que pegaba unas palizas horrorosas a su madre, había muerto en la calle una buena noche, cuando volvía a casa con una borrachera de las que acostumbraba. Se cayó y la suerte quiso que se dejara los sesos sobre una piedra puntiaguda.

Con esas palabras lo contaba ella, indicando, además, que Dios existía, pero que había tardado mucho en darse cuenta de que tenía un caradura descarriado en la Tierra.

Lo cierto era que Teresa y ella se conocían desde niñas, las dos sabían de sus vidas y en muchas ocasiones se habían ayudado y apoyado en sus desgracias. Quizá eso era lo que las convertía en tan buenas amigas, de esas que nunca se fallan, ni en los buenos momentos ni por supuesto en los malos.

Alicia y Loli habían llegado más tarde a la vida de Teresa. Las había conocido porque eran compañeras de Puerto.

Alicia era de Ampuero y había comenzado a trabajar en una conservera hacía un año. Sus padres tenían ganado, pero no le gustaban las vacas y, ante la negativa de su padre de que fuera a trabajar a la fábrica, un día, sin decir nada, se plantó en Santoña, se recorrió todas las conserveras y hasta que no encontró empleo no volvió a casa. Después de recibir dos buenos bofetones, el padre la echó de casa y ella, sin importarle, cogió su destartalada maleta, buscó una pensión y se instaló en Santoña.

Desde hacía unos meses vivía en casa de Justa, la madre de Samuel. La mujer necesitaba el dinero y le alquiló una habitación por unas pesetas.

Loli era de Castillo Siete Villas, pero tenía familia en el pueblo.

A diferencia de Alicia, su madre fue quien le buscó el trabajo en la conservera, que, por cierto, a ella no le gustaba, pero era una chica muy introvertida y acostumbrada a obedecer sin rechistar.

Cada semana, cuando cobraba, su hermano mayor se plantaba en la puerta y se llevaba la mitad del salario que, según decía, era para los gastos de casa, aunque no era cierto, pues gastaba buena parte

de ello en partidas de cartas clandestinas. La chica no decía nada y, cuando su madre le preguntaba por qué cobraba tan poco, ella callaba sabedora de que si hablaba su hermano la maltrataría.

Era bastante agraciada. Tenía los ojos verdes, heredados de sus abuelos paternos que eran pasiegos, y una figura esbelta, aunque le faltaba un poco de salero para lucir con más gracia. Siempre le decía Puerto: «Niña, pon más gracia, hija, hay que lucir ese cuerpo con más arte. Si yo tuviera ese culo tuyo, ya te digo yo si lo iba a pasear con ganas». Ella la miraba y sonreía mientras levantaba los hombros respondiendo: «No sé hacerlo de otra manera».

Las cuatro chicas caminaron hasta la iglesia de la Virgen del Puerto a paso ligero.

Se les había echado el tiempo encima y estaba a punto de comenzar la misa. Pero por suerte, desde la distancia, vieron como las autoridades estaban adentrándose en el templo, señal de que aún la liturgia no había comenzado.

Las jóvenes se quedaron cerca de la puerta como de costumbre. No tenían intención de buscar acomodo en ninguno de los bancos, además, a esas horas ya era imposible. Estando cerca de la puerta, verían salir la imagen de la Virgen y podrían seguir al cortejo en las primeras filas.

La devoción de los santoñeses era enorme y nadie quería faltar a esa cita. Después de la homilía, la Virgen del Puerto era sacada a hombros y procesionaba por las calles hasta llegar al muelle, donde embarcaba en uno de los barcos pesqueros para ser paseada, admirada y cantada por los hombres y las mujeres del mar que con cariño la protegían a lo largo de todo el recorrido.

Era sin duda el mejor día del año, que todos los santoñeses esperaban con ansia y cariño.

La imagen de la Virgen salió esplendorosa sobre su carroza. Vestida con sus mejores galas, la pequeña talla en madera portaba sobre sus hombros un manto rojo de terciopelo bordado con hilo dorado.

Era una escultura gótica sedente con niño. Sobre su cabeza una gran corona de oro con aura del mismo metal engrandecía la efigie. En su brazo derecho portaba la imagen del niño y del cuello de este colgaba un precioso rosario.

Como cada mes de septiembre, la Virgen procesionaba a hombros de sus cofrades hasta llegar al puerto, donde, una vez colocada en uno de los barcos, recorrería la hermosa bahía al son de las canciones que sus fieles le regalaban.

La Virgen del Puerto no solo era la patrona de Santoña, sino también de la comarca, y eso hacía que la afluencia de público aquel día fuera numerosa.

Se decía que Juan de la Cosa, ilustre santoñés, la llevó en su barco Santa María cuando emprendió viaje hacia las Américas y que posiblemente ella había sido la primera Virgen que pisara aquellas tierras lejanas.

Teresa caminaba tras la imagen en silencio. En aquel momento no podía olvidarse de su madre. Le había prometido que siempre estaría presente ese día tras la talla de su querida Virgen del Puerto.

Por la mañana se había acercado hasta el cementerio y había depositado en la tumba de sus padres dos rosas blancas, una sobre cada lápida. Podía ser que alguien pensara que era una tontería, pero a ella le reconfortaba hacerlo. Era una manera de celebrar con

ellos aquella fiesta, de tenerlos presentes y de demostrarles su cariño infinito.

Alicia y Puerto iban hablando, lo hacían en voz baja, pero molestaban, y dos señoras mayores que iban tras ellas les llamaron la atención.

Puerto se volvió y les hizo un gesto de desprecio. Teresa se dio cuenta, le hizo una señal para que se acercara a ella y le dijo:

—Tengamos la fiesta en paz y callaos, que parecéis dos cotorras. Ya tendremos tiempo de comentar lo que haga falta.

Al llegar al muelle, y una vez ubicada la imagen de la santa en el barco, las chicas se acomodaron en primera fila, justo al borde, en un lugar del pasaje desde donde la vista de la bahía era casi completa. Desde allí podían ver todo el recorrido sin necesidad de moverse.

Cantaron y aplaudieron además de rezar durante todo el tiempo que duró la procesión marítima.

Antes de que la Virgen desembarcara, las tres chicas decidieron irse, aún quedaba un largo día por delante, y querían comer y descansar antes de salir a disfrutar por la tarde.

Quedaron en verse sobre las siete para seguir la fiesta.

Mientras se alejaban comentaban lo que habían visto y lo mucho que habían disfrutado con esa procesión que año tras año colmaba de alegría sus corazones.

Tal y como habían quedado, las cuatro volvieron a verse. Caminaron despacio observando el ambiente que se vivía en las calles, el sonido

de la música, las risas de los paisanos y el colorido que alegraba todos los rincones del pueblo.

Durante el paseo hasta la zona donde se iba a celebrar la romería, las jóvenes hacían bromas sobre los chicos que conocían y la posibilidad de que alguno de ellos las sacara a bailar.

Por supuesto, las muchachas se habían cambiado de ropa y, como era ya costumbre en ellas, criticaban o admiraban los modelos que las mujeres lucían, algo que formaba parte de ese día, hablar de lo que vestían unas y otras y de algún que otro cotilleo más.

Se divertían con las ocurrencias de Puerto, que tenía motes para todos y comentarios graciosos que hacían que las tres no dejaran de reír.

Cuando llegaron a la plaza, esta se hallaba abarrotada, y decidieron buscar un lugar donde ponerse.

—¿Qué os parece si buscamos una mesa y nos tomamos algo primero? —dijo Teresa.

—Pero qué lista es la Teresa. Di que sí, que camarón que se duerme… se lo lleva la corriente, y aquí hay mucha gente y más que habrá dentro de nada —contestó Puerto.

—No, mujer, lo digo porque me duelen un poco los pies, mira que es raro, pero me ha salido una ampolla esta mañana que no veas lo que me está molestando. No es por otra cosa —añadió Teresa.

—Ya, ya, chica. ¡Claro que te duelen los pies!, y la cara de ser tan guapa. ¡No te digo esta!

—Mira, ahí andan ya las de Laredo, seguro que vienen de caza, menudas son las pejinas —indicó Puerto.

Apoyados en la barra del bar, los mozos conversaban entre ellos. Uno era Samuel, que, al darse cuenta de que las chicas habían

llegado, les hizo un gesto con la mano en señal de saludo. Los otros dos que estaban con él se volvieron a mirar con curiosidad y le comentaron algo al muchacho. En menos de un minuto los tres se plantaron en la mesa de las chicas, dispuestos a convidar a las muchachas a un refresco. Pero ellas no tenían ninguna gana de que aquellos tres hombres se les pegaran toda la noche y, tras poner como excusa que iban a comprar unos churros, por más que ellos se empeñaron en ir a buscarlos, las tres se levantaron y se fueron.

—No tengo yo otra cosa que hacer que darles cháchara a estos toda la noche —comentó Puerto—. Pues no estoy viendo unos pescaditos frescos por aquí que están de vicio. ¡Como para cargar con estos tres muermos! Luego se piensan los demás que estamos ennoviaos y no se nos arrima ni el más pintado. ¡No, hijo, no, que los atienda su madre, que para eso los parió! Y bien feos que son, por cierto.

—¡Pero mira cómo eres! —contestó Alicia molesta por haberlas hecho levantar de la mesa y salir casi corriendo—. Cualquiera diría que eres tú la Monroe. Ninguno te parece bien. Pues Samuel es muy majo chaval. No sé qué tienes que decir de él.

—¡Acabáramos! Samuel. A ti… como que te gusta el Samuel, ¿no?

—No, Puerto. Pareces tonta. Qué me va a gustar. Pero conmigo es muy atento y me parece feo el desprecio que les hemos hecho —insistió Alicia.

—¡Me vais a dar la noche las dos, eh! —dijo Teresa—. En parte tiene razón Alicia y en parte la tienes tú. A mí tampoco me apetecía estar con ellos toda la noche, pero no es necesario ser tan bruta. Les podíamos haber dado un poco de coba y luego irnos sin más. Ahora tenemos que estar sentadas en este muro como tres tontas

comiendo churros y, lo que es peor, sin vistas a la romería, que es donde está el pescado como dices tú, Puerto.

—Pues ya no hay vuelta atrás, así que… A lo hecho pecho, ¡he dicho! —sentenció Puerto mientras les ofrecía los churros que acababan de comprar.

—Pues no sé por qué tenemos que hacer siempre lo que tú quieres —se quejó Alicia.

Puerto saltó del muro y se puso frente a Alicia con ánimo de contestar, pero no tuvo ocasión. Entre ellas medió Teresa.

—¡Ya está bien, coño! ¡Que estamos de fiesta! Como sigáis así, me largo para casa.

La música comenzó a sonar y, al son de los acordes, el centro de la plaza empezó a llenarse de parejas jóvenes y mayores que danzaban alegres al ritmo de un pasodoble.

La noche caía lentamente y las luces de feria se iban encendiendo. Teresa volvió a bajarse del muro al que se había subido después de poner paz entre sus amigas y agarrando del brazo a las demás las llevó hasta una zona más alumbrada y bulliciosa.

Durante un rato se quedaron mirando cómo bailaba la gente mientras con las piernas seguían el ritmo de la música.

Puerto observaba cada rincón de la plaza, localizando con la mirada dónde y con quién estaban aquellos a los que conocía, y hacía partícipes a sus amigas para que ellas también se fijaran.

Teresa, un poco harta de los comentarios de Puerto, les sugirió acercarse a la barra para tomar un refresco, pero Puerto no quería moverse, acababa de ver cómo llegaba Isidro, al que había estado esperando toda la tarde. Tras la negativa de la chica, Alicia, Loli y Teresa se fueron hacia la barra.

Isidro era un compañero de la conservera, trabajaba como capataz y se llevaba muy bien con Puerto, pero lo cierto era que ella se había hecho unas ilusiones que nada tenían que ver con los sentimientos del joven hacia ella.

Puerto, al ver que el muchacho al igual que sus amigas se acercaba a la barra, se dirigió hacia ella, caminaba casi en su misma dirección, con la intención de toparse de frente, pero en un momento del trayecto vio que Isidro se paraba a hablar con alguien a quien no podía ver con claridad.

Se puso de puntillas y movió la cabeza de un lado a otro intentando divisar entre la gente con quién charlaba el muchacho.

De repente, alguien le dio en el hombro y le pidió bailar; al volverse comprobó que era uno de los amigos de Samuel.

Puerto se disculpó aludiendo que acababa de torcerse el tobillo y no podía apenas posar el pie. El muchacho se ofreció a acompañarla a casa o a ayudarla en cualquier cosa que pudiera necesitar, pero ella seguía mirando hacia donde estaba Isidro sin prestar atención al joven.

De pronto, la orquesta dejó de sonar y uno de los músicos indicó que iban a hacer un pequeño descanso para mojar la garganta.

En un instante la gente que estaba en la plaza se dispersó y ante sus ojos quedó la figura de Isidro, que continuaba hablando animadamente con una joven a la que Puerto reconoció con rapidez. Era Esther, su vecina. La miró con odio, con tanto que hasta la chica se dio cuenta. Muy ufana se volvió hacia donde estaba Samuel con sus amigos y, cogiendo del brazo al que le había invitado a bailar, le llevó casi arrastrando hasta la barra. Pasó junto a Isidro a propósito,

y al hacerlo empujó al muchacho como si hubiera sido sin querer para que este pudiera verla.

—Perdón. ¡Pero si eres tú! Iba distraída, ya lo siento —comentó Puerto mientras ponía cara de indiferencia.

—Buenas noches, Puerto, no te preocupes, no pasa nada. Con tanta gente es normal que choquemos.

—Es que, chico, con tantas vueltas de este vals estoy un poco mareada, ¿verdad? —le dijo a su acompañante.

El muchacho la miró sorprendido, pero le siguió la corriente y para ello la sujetó fuerte por la cintura, algo que molestó a Puerto, pero no hizo gesto alguno para que Isidro se fijara y se pusiera celoso.

—Sí, sí, el baile y los vinos, que al final también hacen efecto.

Puerto se volvió hacia él con unas ganas locas de darle un bofetón, pero en lugar de eso respiró hondo y le contestó con sorna:

—Sí, claro que hacen efecto, tanto que de estar serena en la vida hubiera bailado contigo. Que sea la última vez que me pones las manos encima.

Le soltó el brazo que le apretaba la cintura y sin mediar palabra se fue en busca de sus amigas.

Teresa, Alicia y Loli habían estado contemplando todo lo que pasaba y al ver que Puerto se acercaba a ellas con cara de pocos amigos se dieron la vuelta intentando que no las descubriera riéndose. No sabían cuál había sido el contenido de la conversación, pero, conocedoras como eran de lo que le gustaba Isidro y al verla cogida por aquel muchacho que hacía un rato había despreciado, se imaginaron que la tormenta estaba a punto de estallar.

—Si ya digo yo que cada día que amanece un tonto crece, y el de hoy va y me toca a mí, ¡coño! —llegó diciendo Puerto.

—Pero ¿qué te pasa, chica? —preguntó con una sonrisa en la boca Teresa, dispuesta a escuchar todo lo que tenía que contar su amiga.

Puerto relató con todo lujo de detalles lo que había pasado, y las otras tres la escuchaban con atención aparente.

—Pero ¿me estáis escuchando? Porque parece que estoy hablando sola.

—Que sí, mujer, ¡cómo no! Tampoco es tan grave. El muchacho te ha seguido la corriente y ha aprovechado para echarte el guante. Bastante ha hecho, que le habías dicho que estabas coja y mira cómo has venido, moviendo el culo como si te persiguiera un perro rabioso —contestó Loli con aire sentenciador.

—Con vosotras no hay quien pueda. ¡Ten amigas para esto! —respondió Puerto.

—Anda, bebe y calla, y vamos a ver si echamos un baile, que todavía no nos hemos estrenado esta noche; muchas miraditas, mucho tonteo, pero aquí no se acerca ni Dios. Aunque ¡no me extraña!, con esas caras que pones y las contestaciones que das, nos los espantas a todos. El próximo que se acerque ni se te ocurra abrir la boca, porque ¿sabes una cosa, refranera? Que en boca cerrada no entran moscas —dijo Alicia.

El verano terminaba, ya todo empezaba a cambiar.

Los días eran más cortos, pronto llegaron los vientos en octubre y los cielos se tornaron grises.

Con el invierno, la bahía perdió su tono azul cielo y lo cambió por otro más oscuro, el oleaje se volvió agresivo los meses de diciembre

y enero, y la lluvia un día sí y otro también acompañaba a los marineros.

Los inviernos eran muy duros, pero las gentes del norte sabían soportar las inclemencias del tiempo con serenidad.

Teresa llevaba meses junto a su abuela y otras compañeras cosiendo redes, pasando frío y con las manos en ocasiones entumecidas por la humedad y la baja temperatura. Deseaba que llegara el verano para ver si por fin lograba trabajar en una de las conserveras.

Cambiar de trabajo le permitiría tener tiempo para confeccionarse algún que otro vestido y, aunque fuera haciendo arreglos, podría suplir el salario de su abuela.

Llevaba tiempo intentando que Nieves dejara de trabajar, pero la mujer, sabedora de la necesidad que tenían en casa, no estaba dispuesta a dejarlo. Su hijo Andrés se había ofrecido a ayudar, pero ella se negaba una y otra vez.

Si Teresa entraba en una de las conserveras, conseguiría convencer a la mujer para que lo dejara y por fin pudiera descansar.

Nieves no era muy mayor, muchas mujeres de su edad e incluso más continuaban pegadas a las redes o en las conserveras, pero Teresa no quería que su abuela trabajara más.

La mujer tenía los huesos débiles y con frecuencia sufría unos dolores que no cesaban. La humedad y la postura habían hecho mella en ella. De ahí el empeño de Teresa, que con la ayuda de su tío esperaba lograr que lo dejara.

Samuel caminaba por el pasaje, iba en busca de Teresa, tenía buenas noticias para ella. Había intentado en varias ocasiones buscarle un lugar en La Corona, la conservera donde él trabajaba, pero no lo había conseguido.

Aprovechando la amistad que tenía con su amigo Isidro, que trabajaba en La Siciliana, la tarde anterior mientras tomaban unos chiquitos en la plaza del Peralvillo le comentó la necesidad que tenía de colocar a la chica.

Isidro le había dicho que en junio se pasara por la fábrica, porque con toda seguridad le podía hacer un hueco allí, que justo se habían marchado dos muchachas que estaban a punto de dar a luz y habían decidido quedarse en casa durante un tiempo para atender a sus pequeños.

Teresa caminaba lasa cuando de lejos vislumbró la silueta de Samuel; no pudo por menos que sentir un poco de pereza, no le apetecía nada conversar con él.

Le tenía cariño, pero últimamente estaba muy pesado intentando convencerla para salir. Todas las conversaciones que mantenían terminaban igual y ella ya no sabía cómo hacer ni qué decir para que entendiera que no quería ser su novia.

Teresa comprendía su empeño porque sabía que Samuel estaba enamorado de ella, pero la chica no sentía por él nada más allá que aprecio, y por mucho que él se empeñara en conseguir su amor ese sentimiento no cambiaría nunca. No obstante, él lo intentaba una y otra vez.

Lo que no esperaba Teresa era que en aquella ocasión viniera a darle buenas noticias.

Cuando Samuel le dijo que había encontrado un trabajo para ella, se puso tan contenta que se lanzó a sus brazos y le besó en la mejilla, y él no perdió la oportunidad de agarrarla por la cintura y llevarla hacia sí.

—¿Qué haces? Te has vuelto loco de remate —dijo Teresa mientras se liberaba de sus brazos.

—No, qué va. Has sido tú la que te has tirado encima de mí —alegó Samuel.

—No te equivoques, ha sido un impulso del que ya me estoy arrepintiendo. Te agradezco con toda mi alma lo que has hecho por mí, pero nada más, Samuel, entiende de una vez que no te quiero como a ti te gustaría —contestó la chica.

Samuel le preguntó a Teresa si podía acompañarla y ella sintió pena y accedió.

Los dos caminaron casi en silencio, solo cruzaron unas palabras insignificantes durante el tiempo que duró el trayecto.

Al llegar al portal de casa de Teresa, él intentó repetir aquel abrazo que había recibido hacía un rato, pero la joven volvió a decirle lo mismo, que era el mejor amigo que se podía tener y que no era posible mantener una relación más allá de la amistad. Le estimaba, pero no como él esperaba.

Samuel no se conformó y a modo de guasa le cogió la mano y posó un beso sobre la misma mientras le daba las buenas noches. Teresa tiró de la mano hacia ella y con una sonrisa le dijo:

—Mira que eres payaso, a ti te da igual lo que te diga, ¿verdad?

El muchacho, continuando con la broma, tocó con los dedos pulgar e índice el borde de su visera para despedirse y se dirigió hasta su casa. Iba contento con el abrazo recibido y con ese beso

que, a pesar de ser como ella decía, de amigos, a él le había sabido a gloria.

«No me voy a cansar, chatina, más tarde o más pronto serás mi novia», se decía para sí mientras daba pasos sobre la acera que comenzaba a mojarse con el chirimiri que caía.

3

El invierno había sido duro para Robert, estaba en el último curso de la carrera y habían sido muchas las horas dedicadas al estudio. Pero por fin había terminado y estaba feliz.

Más que andar, corría por el paseo de Gracia sorteando a la gente. ¡Ya era abogado! Le había costado mucho llegar a ese punto y cuando aquella mañana recibió la nota de la asignatura que durante toda la carrera le había traído de cabeza, reflejada en aquel tablón, no pudo aguantar las lágrimas. Para evitar que sus compañeros le vieran tan emocionado, salió corriendo del edificio de la plaza de la universidad sin dejar ni tan siquiera que le felicitaran.

Caminaba veloz, casi se podía decir que volaba sin levantar los pies del suelo. Se dirigió por la calle Balmes y, al llegar a la calle Aragón, continuó hasta su casa, que estaba situada en la plaza del Doctor Letamendi.

Saludó al portero de la finca con un hola, apenas sin aliento, y al ver que el ascensor no estaba disponible subió las escaleras de dos en dos.

No veía el momento de abrazar a su madre y contarle que, al fin, lo había conseguido.

Llamó con insistencia al timbre y maldijo a Catalina a pesar de lo que la quería.

La mujer había trabajado para su abuela materna y por ello conocía a doña Eulalia desde que ambas eran unas jovencitas.

Cuando Robert nació, ella se encargó de atenderle, lo hizo con todo su cariño, como si fuera su hijo. Robert lo sabía, pero la impaciencia del joven en ese momento estaba haciendo que perdiera la noción del tiempo y no le permitía razonar.

Cuando por fin la mujer abrió, se echó sobre ella, la besó y la levantó en volandas, preguntó por su madre y sin dejar que Catalina le contestara se dirigió a su habitación.

—Niño, doña Eulalia está en el salón, ¡un momento! ¿A qué se debe esta alegría? —Ella sabía que el chico había ido a ver la nota del examen. Pero estaba deseando escuchar de su boca cuál había sido el resultado. No pudo evitar preguntar—: Oh, Robert, ¿no me digas que ya aprobaste?

—Sí, Cata, ¡por fin!, ya está, ¡soy abogado!

—¡Madre de Dios bendita! Esta vez sí funcionaron las velas que le prendí a la santa —dijo la mujer uniendo sus manos y mirando al cielo. Después se santiguó—. Pero espera, niño, que la señora tiene visita.

Robert se paró en seco y dejó caer los brazos. Se volvió hacia ella y con un susurro preguntó:

—¿Con quién está mi madre?

—Han venido a visitarla sus amigas de la Orden de la Caridad, pero no creo que tarden mucho, ya han merendado hace rato. ¿Por qué no vienes a la cocina conmigo? Acabo de hacer un bizcocho de nueces que seguro que te va a encantar. O mejor, pasa a tu habitación y aséate un poco, estás sudado. No creo que a tu madre

le guste que sus amigas te vean en ese estado. Y de paso te peinas, que menuda cresta traes.

—¡A sus órdenes! En esta casa es imposible hablar con mis padres, siempre tiene que haber gente extraña por medio —contestó Robert.

—A mí me lo vas a decir —convino Catalina haciendo a la vez un gesto con las manos.

El chico se acercó a la habitación y se dispuso a darse un baño.

Esas visitas de su madre duraban horas, y, a pesar de estar contento y tener unas ganas locas de hablar con ella, no tenía ninguna intención de entrar en aquella sala llena de señoronas cotillas que le iban a llenar de babas con tanto besuqueo. Además, una noticia como esa quería celebrarla solo con su madre; los dos sabían muy bien cuánto le había costado terminar la carrera. Ni siquiera esperaría a que llegara su padre, entre otras cosas porque sabía que a su progenitor no le hacía ninguna gracia que él se dedicara a la abogacía.

Su intención era que llevara los negocios familiares, pero Robert no estaba dispuesto a abandonar su vocación.

Trascurrió más de una hora hasta que Catalina le avisó de que su madre ya había despedido a la visita y se encontraba sola en la sala de lectura.

Durante ese tiempo, además de asearse, había aprovechado para recoger su mesa de estudio, guardar todos esos apuntes que quizá en algún momento podían serle útiles y deshacerse de otros que no utilizaría nunca más.

Se levantó raudo y a paso ligero se dirigió a la sala.

Su madre estaba sentada en uno de los sillones y tenía en las manos un libro. Al verle llegar levantó la vista y miró al chico. No necesitó que su hijo le dijera ni media palabra, el brillo de sus ojos y una sonrisa que llenaba su cara fue suficiente para darse cuenta de que por fin el sueño de su hijo ya era una realidad. Se puso en pie y corrió a abrazarle.

—¡Qué alegría tan grande! Ya eres un señor abogado, qué orgullosa estoy de ti, cariño. Ahora que ya ha acabado todo, voy a contarte un secreto. Cuando me dijiste que querías ser abogado, me emocioné. ¿Y sabes por qué? Porque esa fue la ilusión de mi vida siempre, pero conocí a tu padre y me casé, y eso pasó a la historia. Ahora tú, de alguna manera, has cumplido mi sueño.

Continuaban hablando y riendo cuando la puerta de la sala se abrió y apareció don Tommaso. Como de costumbre, no traía buena cara. Desde hacía algún tiempo el hombre tenía un carácter endemoniado, lo que desembocaba en discusiones casi a diario, bien con su mujer, bien con su hijo. Luego se le pasaba y pedía disculpas por su mal humor, pero lo cierto era que les hacía pasar un rato desagradable a los dos. Por ese motivo, antes de que el hombre dijera ni una palabra, Eulalia se levantó y dirigiéndose hacia él comentó:

—Querido, ante ti tienes a don Robert Venetto Bartomeu. Abogado.

Don Tommaso miró con indiferencia a su hijo y sin decir nada se dirigió a la pequeña mesita donde Catalina depositaba el correo cada día.

Cogió las cartas y mientras las revisaba indicó:

—Vaya, ¡por fin! Pensé que no ibas a terminar nunca. ¿Ya has decidido lo que vas a hacer a partir de ahora? —dijo Tommaso.

—Muchas gracias por la felicitación, padre. Sí, claro que lo sé. Mañana mismo tengo una entrevista para comenzar como pasante en el despacho de Torrent e Hijos. He estudiado con uno de sus nietos y me ha facilitado la cita. Si le preocupa tener que pedir algún favor a sus amistades, no debe hacerlo. No lo necesito —contestó Robert.

—Eso no me preocupa, no digas tonterías. De sobra sabes que si tengo que hacerlo no me duelen prendas en ello. Pero creo que no necesitas ir a esa entrevista. Te recuerdo, como te he dicho en varias ocasiones, que en esta casa hay dos negocios que tienes que atender. Por lo tanto, decide, o te dedicas al mío, o al de tu madre. Desde que falleció tu abuelo estoy desbordado y ha llegado el momento de que arrimes el hombro —dijo Tommaso.

—Pero, padre, no quiero trabajar en las fábricas, deseo ejercer la abogacía.

—Mira. Querías estudiar Derecho y lo has hecho, pero no puedes dejarnos tirados. Es tu legado y además tu obligación —indicó Tommaso.

Eulalia intentó mediar por su hijo, pero su marido no quiso escuchar lo que tenía que decir.

—Parece mentira que estés hablando así. ¿Qué quieres?, ¿qué cierre la textil, con el trabajo que le costó a tu padre levantar ese negocio? ¿Ya no te acuerdas de lo que luchó por él? No es casualidad que sea una de las mejores de España. Para tu información, y para la tuya —dijo observando a su hijo—, hay mil doscientas personas trabajando en ella. ¿Qué hacemos, la

vendemos? No, mejor la cerramos y dejamos a toda esa gente en la calle —habló Tommaso.

Madre e hijo se miraron y guardaron silencio.

La relación de Eulalia y Tommaso no era buena. Desde el principio de su matrimonio no funcionó, y el nacimiento de Robert tampoco ayudó.

Tommaso era un hombre amargado, enfadado con el mundo y con la vida. No demostraba ningún cariño por Robert, nunca le quiso como se supone que un padre debe amar a su hijo.

Con Eulalia, era pura apariencia. Tommaso no se casó enamorado, solo lo hizo porque la joven además de guapa era de muy buena familia y le venía bien emparentarse con ellos para medrar.

La pareja se había conocido en Niza, una bonita población de la Riviera francesa, durante un verano. La casualidad hizo que coincidieran en la boda de un familiar lejano de Tommaso, que, a la vez, era amigo del padre de Eulalia, ya que este había servido de delegado de las empresas italianas en España y gestionado compras y otro tipo de trámites.

El hombre era un poco mayor que Eulalia, pero se prendó de su belleza y aprovechó la amistad que tenía con su padre para pedir su mano enseguida.

La negativa de la madre de Eulalia no sirvió de nada, lo mismo que tampoco tuvo importancia lo que él dijese. La palabra de su padre era lo único que valía en aquella casa.

Su progenitor pensó que una boda con Tommaso era apropiada para su hija y sobre todo para sus negocios. Por lo tanto, consintió encantado, dando por hecho que a su pequeña no le faltaría nada al

lado de aquel hombre. El amor en familias como la suya no era relevante, y seguramente llegaría con el paso del tiempo.

Se casaron apenas un año después, y fruto de esa unión nació el pequeño Robert, un niño consentido y mimado por su madre.

Catalina entró en la sala y anunció que la cena estaba lista.

—Bueno, pues cenemos tranquilos. Mañana espero tu respuesta, no hay tiempo que perder y, por el contrario, mucho que hacer. Por si te sirve de ayuda para decidirte, quiero decir que prefiero que vayas a la conservera, te vendrá bien cambiar de aires. Ya eres un hombre, no es necesario que estés a la falda de tu madre toda la vida. Además, sé que lo vas a hacer muy bien, después de que conozcas el negocio, por supuesto —dijo Tommaso dirigiéndose a Robert.

El hombre salió en dirección a su habitación, como siempre hacía, dispuesto a ponerse cómodo para la cena.

Eulalia por su parte se acercó a su hijo y le abrazó. Le susurró:

—Lo siento, hijo, es cierto que tu padre no puede con todo y es complicado encontrar una persona de confianza, ya sabes lo que nos pasó con el administrador anterior. Pero voy a estar a tu lado decidas lo que decidas. Sabemos cómo es este hombre, es difícil llevarle la contraria —terminó Eulalia.

—No se preocupe, madre. Intentaré hablar con él mañana. Aunque con toda seguridad no va a cambiar de idea. Como bien dice, no es fácil llevarle la contraria, y mucho menos hacer que cambie de idea. Está claro que padre ya tiene decidido cuál es mi destino —contestó Robert.

Tal y como imaginaba, don Tommaso no cambió su modo de pensar. Era un hombre tozudo, dominante y prepotente,

acostumbrado a hacer siempre su voluntad. Dominó a su mujer desde el primer día de su matrimonio y cuando su hijo nació le crio con mano dura, sin permitirle nunca hacer lo que quisiera. Había cedido en lo de sus estudios porque era consciente de que esa formación le serviría para el puesto que tenía preparado para él. Consiguió con ello que el chico se ilusionara cuando su padre accedió y Robert pensó que podría ejercer esa profesión. Pero todo había sido un espejismo.

Al día siguiente, cuando Tommaso preguntó qué era lo que había decidido su hijo, a Robert de nada le sirvió dar todo tipo de razones, y mucho menos a su madre mediar por el muchacho. Solo consiguieron que Tommaso diera un golpe en la mesa durante la cena y zanjara el tema.

Tommaso había dicho la última palabra y a la vista de que Robert no daba respuesta alguna fue él quien impuso el lugar donde iría.

No se volvería a hablar más sobre el asunto. Él ya se había encargado de tenerlo todo preparado. Robert se marcharía a Santoña.

De haber decidido, el joven habría elegido el mismo destino. No le gustaban ni las telas ni el pescado, pero, de quedarse con uno de ellos, ese era el lugar donde quería ir.

Los recuerdos de niño, cuando sus padres le llevaban en verano, le ayudaban. Lo había pasado muy bien allí, le gustaba el carácter de los santoñeses y la alegría que tenían a pesar de lo duro del trabajo. Eran gentes nobles y trabajadoras.

De la textil apenas conocía nada, solo había estado en ella en contadas ocasiones, cuando por algún motivo su madre se

trasladaba hasta Tarrasa en vida de su abuelo, y sus visitas no duraron ni un par de horas.

El joven se acercó hasta el despacho de su padre para comunicarle que estaba de acuerdo con su decisión.

Cuando lo hizo, este le miró con indiferencia y le contestó con desaire:

—Me da igual que estés o no de acuerdo.

—Ya, lo imaginaba, pero quería decírselo. Es una cuestión de educación, cosa de la que usted últimamente carece —respondió Robert.

—Sí, qué bien te hemos educado. Toma asiento. Voy a darte las pautas que vas a tener que seguir cuando llegues al pueblo —dijo su padre.

Robert se sentó al otro lado de la mesa, como si de un empleado se tratase y no de su propio hijo.

—Bien. Tendrás que pasar un periodo de adaptación y sobre todo de aprendizaje en otra fábrica. Vas a empezar a trabajar en la de mi primo Francesco. Allí serás uno más, empezando desde abajo y pasando por todos los puestos que sean necesarios para tu perfecta formación. Cuando eso ocurra, dirigirás La Siciliana. Todo ello sin revelar tu identidad para evitar habladurías. No quiero que nadie sepa que eres mi hijo. Entre otras cosas porque considero que el factor sorpresa es importante cuando llegues como director a la conservera. Además, así podrás relacionarte con la gente del pueblo y saber cómo son y lo que piensan. Por lo tanto, tampoco vas a vivir en nuestra casa, ya he dispuesto tu alojamiento en un hostal del pueblo; allí te lavarán la ropa, te harán la comida y se ocuparán de la habitación.

»Puedes disponer de tu tiempo libre como consideres: en los bares con tus compañeros, paseando por el pueblo o leyendo, eso no me importa. Espero que consigas el objetivo marcado lo antes posible. El viaje lo haremos juntos. Llegaremos por la noche, te dejaré en la casa donde vas a vivir y a partir de ese momento tú y yo no nos conocemos de nada. Nos vamos pasado mañana a las doce del mediodía. Ten la maleta preparada.

El chico aceptó. Le parecía bien aquella propuesta.

Estaba convencido de que Tommaso pensaba que no se alegraría con su imposición, pero sí lo hizo.

Por supuesto que estaba encantado de no tener que revelar su condición y de no vivir en aquella enorme casa alejada del centro del pueblo, donde además estaría su padre. Sin duda esta situación le permitiría conocer no solo el negocio, sino a la gente a la que más tarde dirigiría. En eso coincidía con Tommaso.

Hacía tiempo que Robert sabía que no iba a poder ejercer como abogado y tenía asumido que trabajaría en una de las fábricas. Conocía muy bien a su padre, y, a pesar de saber lo que había sufrido de pequeño, le costó entender por qué le trataba con tanto desdén. Cada vez que Tommaso increpaba al niño, su madre le excusaba siempre e intentaba que Robert no se molestara con las cosas que su padre le decía. Ella intentaba hacerle entender que solo pretendía con ello disciplinarle, pero, cuando Robert fue mayor, Eulalia le contó lo que pasaba realmente.

Tommaso perdió a su madre a los pocos meses de nacer y su padre, que viajaba continuamente, se casó con una mujer que jamás le aceptó. Cuando esta tuvo sus propios hijos, y aprovechando las ausencias del padre de Tommaso, el niño quedó

relegado a un segundo plano, sintiéndose solo y desatendido en muchas ocasiones. Sufrió una infancia dura, llena de insultos, desprecios y malos modos, algo que le marcó de tal forma que agrió su carácter. Eulalia intentó que cambiara, le ofreció ayuda y le hizo ver que el hecho de que él hubiera sufrido de pequeño era más que suficiente para consentir e intentar que Robert fuera feliz, pero no lo consiguió; al contrario, el hombre respondía que, si él había sido capaz de llegar tan lejos, significaba que lo sufrido no había sido tan malo y que había ayudado a forjar su personalidad.

Por lo tanto, desde pequeño Robert había recibido de su padre falta de cariño y atención y, con el paso de los años, sus malos modos y órdenes que solo buscaban el malestar del chico.

El joven se levantó y, cuando se disponía a salir, su padre le reclamó de nuevo.

—Espera, olvidaba lo más importante. Tendrás que hacerte cargo de tus gastos, eso quiere decir… —Tommaso no pudo terminar de hablar.

—Sé lo que quiere decir, no soy tonto, aunque a usted se lo parezca. No se preocupe, soy un hombre cabal y muy capaz de mantenerme solo. Quédese tranquilo. Aunque no tenga para comer, no voy a pedirle ni una peseta —contestó Robert.

Tommaso no respondió, con un gesto despreciativo de su mano le indicó que saliera del despacho. Le molestaba ver que su hijo no estaba poniendo ningún tipo de inconveniente a todo lo que le decía, ya que lo que pretendía era importunarle con sus decisiones.

Robert se dirigió a la sala donde su madre esperaba con ansiedad.

Le contó lo que su padre le había dicho y le pidió que estuviera tranquila. Él ya no era un niño, sino un hombre que sabía valerse por

sí solo y que además estaba dispuesto a demostrárselo. Ella, como no podía ser de otro modo, sacó un sobre de su escritorio y se lo dio al chico.

El muchacho lo miró. Contenía dinero, un número importante de billetes verdes, de mil pesetas. Se lo devolvió a su madre, pero esta no quiso aceptarlo.

—Tómalo como un regalo que te hago por haber terminado la carrera. Eres mi hijo y, por mucho que tu padre quiera ponerte las cosas duras, no voy a consentir bajo ningún concepto que pases ningún tipo de estrechez. No olvides que soy la única dueña de la textil, tengo mi propio dinero y hago lo que quiera con él. En eso no se puede meter. Tu abuelo, que le conocía muy bien, lo dejó muy claro en su testamento. Igual de claro que lo dejaré yo —dijo Eulalia.

—Madre, qué cosas tiene. Con ese carácter suyo me cuesta entender cómo soporta a mi padre.

—Estas son las cosas que tiene la vida, que, como bien dicen, hay que aceptarla como viene, hijo, a mí me ha tocado cargar con esto. ¿Cuándo te tienes que ir?

—Según ha ordenado padre pasado mañana salimos para Santoña. Pero no se preocupe y quédese tranquila, yo en cuanto pueda vendré a verla, y además la voy a llamar todos los días.

Eulalia le besó en la frente como hacía cuando era un niño, y su hijo le correspondió con la misma sonrisa de siempre.

4

Teresa estaba un poco nerviosa aquella mañana de abril.

Comenzaba para ella una nueva etapa. Ese iba a ser el primer día en su nuevo trabajo. Después de dos largos años cosiendo redes junto con su abuela y otras muchas mujeres en el muelle, por fin iba a trabajar en una conservera.

La muchacha se levantó temprano y se sorprendió al ver que su abuela no estaba aún en los fogones.

Desde que era niña, Nieves le preparaba el desayuno; incluso en verano, cuando ella no tenía escuela y la mujer salía a trabajar, siempre encontraba su tazón de leche sobre la mesa con algún dulce para acompañar.

Esperó un momento y pensó que quizá ya era tiempo de ser ella quien le preparara el café a su abuela.

Cogió la cazuela donde la mujer solía hacerlo y puso el agua al fuego. Tardaría un rato en comenzar a hervir y decidió ir a la habitación de Nieves.

Teresa no llamó a la puerta, la abrió con cuidado, poco a poco hasta que divisó la cama donde su abuela descansaba. Nieves aún dormía. Se acercó despacio a ella, observándola, ya que por un momento le pareció que no respiraba y se asustó. Era la primera vez en su vida que ella, siendo la hora que era, estaba aún en la cama.

El corazón de la muchacha latía acelerado al imaginar que podía haber pasado algo. No quería ni pensar en ello.

El suelo de la habitación triscó con una de sus pisadas y Nieves se sobresaltó asustando a su vez a Teresa.

—¡Joder, niña! ¿Qué pasa?

—Nada, no pasa nada, abuela. Que me extrañaba que estuviera durmiendo a estas horas.

—Pues ¿qué hora es?

—Las siete —contestó Teresa.

—¡La madre que me parió, qué a gusto se quedó! ¡Que me he dormido como un lirón!

La mujer se levantó casi de un salto, en treinta minutos tenía que estar en el muelle. Se aseó deprisa, se puso la ropa de trabajo, ató su amplio delantal azul y se calzó las alpargatas. Con un grito se despidió de su nieta mientras abría la puerta de la calle. Teresa salió corriendo de la cocina y le pidió que tomara al menos un poco de leche caliente. Su abuela se negó, tenía el tiempo justo.

Ella encendió el aparato de radio y se sentó a desayunar observando por la ventana cómo, poco a poco, el día iba despertando y las nubes se retiraban despacio dejando paso a unos rezagados rayos de sol que intentaban imponerse entre las mismas.

Se vistió rápidamente; aunque era pronto, prefería llegar con tiempo.

Cogió la bata blanca que estaba posada sobre la puerta de la cocina y la dobló con cuidado. La había planchado la noche anterior y la colocó allí para que terminara de secarse, ya que las heladas de la noche no habrían hecho más que humedecerla de haberla dejado en el tendal.

Al salir notó como el aire fresco se colaba en sus jóvenes huesos. Era una sensación agradable y al mismo tiempo incómoda, pero ya estaba acostumbrada. El silencio de la mañana solo se rompía con los pasos acelerados de aquellos que iban a trabajar aún adormilados y las sirenas de los barcos que llegaban a puerto.

Según se acercaba a la calle de la Ribera, comenzó a escuchar el murmullo de la gente que se apelotonaba en las puertas de entrada a las conserveras.

En el pueblo se conocía todo el mundo y saludó con agrado a algunas de las mujeres que, como ella, con la bata colgada del brazo, iban llegando.

Le habían dicho que esperara para entrar al final, casi con la hora, así ya todas estarían en sus puestos y el encargado hablaría con ella para indicarle el lugar que iba a ocupar.

Le habían contado amigas suyas o conocidas que trabajaban allí más o menos cómo funcionaba, pero estaba impaciente por pasar y ver cómo era todo aquello. Había estado en la oficina cuando la contrataron, en la parte de arriba, pero no pudo ver las diferentes salas que había.

Se apoyó contra la pared a la espera de que alguien saliera.

Al ver que pasaba bastante rato, optó por entrar. Tal vez había entendido mal lo que le habían dicho sobre dónde esperar, o quizá la persona que debía atenderla se había olvidado de ella.

Se adentró despacio, mirando hacia todos los lados, pero por allí no se veía a nadie.

Sintió cómo un coche paraba en la puerta y de él se bajaba un hombre alto y apuesto, con un traje claro bien planchado, camisa blanca y una corbata en tonos muy apagados.

Teresa se quedó parada y se retiró del camino. El hombre andaba con paso firme y enseguida centró sus ojos en ella.

—Buenos días —dijo la chica cuando el hombre ya estaba casi a su altura.

Él la miró de arriba abajo y se detuvo delante de ella.

—¿Qué haces aquí parada? Aquí, o se viene a trabajar, o no se viene.

Teresa se sintió agraviada con el trato del hombre y contestó:

—Sí, precisamente vengo a trabajar. Me han dicho que espere y es justo lo que estoy haciendo. Esperar.

—Un poco fresca eres tú. ¿Acaso no sabes quién soy?

—Pues no, no tengo el gusto o disgusto de conocerle, y sí, fresca soy como los bocartes que entran por esa puerta.

—Sois todas igual de descaradas, si no fuera porque el trabajo lo hacéis bien, en esta fábrica no entraba ni una mujer más.

Antes de que Teresa pudiera contestar, la voz de un hombre la interrumpió.

—¡Don Tommaso! Bienvenido. No le esperábamos hasta mañana —dijo el capataz mientras miraba a Teresa y le hacía un gesto para que se alejara. Luego continuó hablando con el señor.

—Si no le importa, voy a colocar a esta nueva trabajadora y en un momento estoy con usted.

—Está bien, Isidro, arriba le espero. Suba los libros del último mes y también tráigame un café. Y cuidado con esta. —Miró a la chica de arriba abajo con desprecio y dijo—: Tiene pinta de hacer honor a lo que seguro es, una pescadora.

Teresa no se molestó en contestar, se había dado cuenta de que aquel hombre era sin lugar a dudas el dueño y ella tenía que

trabajar, por lo que mantendría la boca cerrada, aunque se tuvo que morder la lengua para hacerlo. Ya había metido suficiente la pata.

—Vamos, chica. Perdona, estaba liado y no he podido salir primero a buscarte. ¿Has trabajado antes con la anchoa?

—No, es la primera vez. Lo que sé es de oídas, mi madre sí que lo hizo y mi abuela en ocasiones, pero yo no tengo ni idea —contestó Teresa.

—Bueno, aprenderás. No es difícil, es cuestión de técnica, que estoy seguro de que cogerás enseguida. Según me dijo Samuel, eres avispada y aprendes rápido —comentó Isidro.

—Los amigos es lo que tienen, y, bueno, Samuel y yo nos conocemos desde niños. Por cierto, muchas gracias por ayudarme —dijo Teresa.

—No me las des, mejor demuestra que no me he equivocado. Don Tommaso es muy exigente con sus trabajadores y, como no rindas como él quiere, no le dolerán prendas para ponerte en la calle. Y encima me parece que no has empezado con buen pie. Ahí tienes el vestuario. Puedes dejar tus cosas; seguro que habrá algún hueco para ti. No tardes, aquí te espero.

Teresa entró en la pequeña estancia. La habitación estaba pintada de blanco y todas sus paredes llenas con taquillas minúsculas. En el centro había seis bancos colocados de cara a ellas. Buscó uno de los pequeños armarios que estuviera vacío y colocó su bolso y su chaqueta en él. Después se puso la bata y la cofia, y salió.

Al volver al pasillo con el capataz, había una mujer ya mayor, con las gafas posadas sobre la punta de la nariz y las manos puestas sobre sus anchas caderas, que esperaba junto a Isidro.

—Mira, Teresa, esta es Carmen. Es una de las mejores sobadoras que tenemos. Ella te va a enseñar todo lo que tienes que saber sobre este oficio. Cualquier cosa, le preguntas —dijo el capataz.

—Muchas gracias, estaré atenta a todo —contestó la chica.

Cuando el hombre se alejó, Carmen cogió del brazo a la muchacha y en voz queda le dijo:

—Tú tranquila, que esto es pan comido. Ya verás como en cuatro días estás a la orden de todo. No hagas caso a nadie, tú haz como yo te diga. La mayoría de estas se creen que saben, pero, si aprendes desde el principio mal, cogerás vicios que luego son difíciles de quitar. Por eso tú haz las cosas como yo te muestre —explicó Carmen.

Se separó un poco de ella y parándose delante se quitó las gafas y la miró con atención.

—¡Vaya guapa que eres, niña! Ya puedes tener cuidado, que aquí, como en todos los sitios, siempre hay alguno dispuesto a tocar las narices, y lo que no son las narices, ya me entiendes, ¿no? Pero… te me quieres parecer a alguien, ya sé, tú no serás la nieta de la Nieves, ¿verdad?

—Sí, ¿conoce a mi abuela?

—¡Cómo no, niña, nos hemos criado juntas! Su padre y el mío, el Cuco le llamaban, eran amigos desde chicos. Por eso a mí me dicen la Cuca, si escuchas que me llaman así es solo por eso. Como te decía, ellos faenaban en el mismo barco. ¡Anda que no hemos ido de romería veces! ¿Qué tal está? ¿Aún sigue con las redes?

—Está bien. Bueno, mayor. Sí, ahí sigue en el muelle.

—¡La hemos jodido! Pues como yo. Si somos iguales, del mismo año y del mismo mes; si no me equivoco, le saco tres días. Ella es

del seis de septiembre, y yo del tres. ¿A que sí?

—Pues sí. Así es. Pero ella está muy mal de los huesos, hay días que no puede de dolor —respondió Teresa.

—Vaya, pues ya lo siento. Ya decía yo que te parecías a alguien. Una cosa te digo, la Nieves era guapa, pero es que tú eres guapísima, ¡vaya ojos claros que tienes y qué pelo, y ese cuerpazo! No se te puede poner una pega. A alguno se le van a salir los ojos de las órbitas. No te faltarán novios, ¿verdad? —preguntó la mujer.

Teresa se sonrojó con las palabras de Carmen, sintió vergüenza con los halagos que la encargada le estaba echando y prefirió bajar la vista y no contestar.

La verdad es que la mujer era agradable, un poco parlanchina, pero se veía que maldad no tenía ninguna.

La sobadora le mostró toda la fábrica. Estaban en plena costera del bocarte y las camionetas llegaban de la venta repleta de ellos. Pasó media mañana escuchando las explicaciones de la mujer, prestando atención a todo lo que veía y preguntando sobre aquello que le ofrecía alguna duda. Conoció a sus compañeras y pudo charlar con ellas en el tiempo de descanso. Después Carmen la dejó junto con las mujeres que con todo el cariño sobaban anchoas, no sin antes indicarle el lugar donde a partir de mañana trabajaría de momento.

—No creas que vas a empezar por aquí, pero sí quiero que veas cómo lo hacen, que te fijes bien. Mañana tu puesto estará en el descabezado, allí ahora hay mucho que hacer. Ya sabes a qué hora se entra y que trabajamos de lunes a sábado; tenemos suerte y descansamos los domingos, que es el día del Señor y nos dan libre para que podamos ir a misa —Carmen habló con doble sentido y

solapado, guiñándole un ojo mientras lo hacía—. Bueno, pues ya sabes dónde tienes que ir. Cualquier cosa me dices. Me acercaré a primera hora para indicarte cómo se hace por si no lo has cogido bien, pero luego lo harás tú sola.

—De acuerdo, Carmen, muchas gracias. Le diré a mi abuela que la he conocido —contestó Teresa añadiendo a la vez una sonrisa.

—¡Niña!, no me trates de usted, que me haces mayor y como ves estoy hecha una chiquilla —dijo mientras hacía un gesto con sus manos recorriendo su cuerpo de arriba abajo y sonriendo. Después añadió—: Dale un beso de mi parte a esa mujer. Desde que me fui a vivir a Argoños paro lo justo por aquí, a trabajar y poco más vengo. Primero estuve cuidando a los chiquillos, luego a mi madre y ahora a mi marido, el pobre está hecho un cristo. Cuando me toque a mí no sé quién me cuidará. Hasta mañana, chata.

Teresa pasó las horas observando cómo Julia, que era la chica con la que le había dejado Carmen, hacía su trabajo.

La joven sobaba los bocartes con cuidado, les quitaba la piel rozándola con suavidad con un trapo, desprendía una a una las espinas y los posaba con delicadeza sobre una fuente que otra se encargaba de recoger para envasarlos. Así uno tras otro, con una sonrisa en la boca y las manos enrojecidas.

El día se pasó volando. Teresa salió contenta de la conservera, ya se sentía una más de las mujeres de La Siciliana. Aceleró el paso porque quería llegar pronto a casa y contarle a su abuela lo que había aprendido.

Al entrar en el portal, un agradable aroma la embriagó. No tuvo ninguna duda, ese olor provenía de la cocina de su casa. Su abuela

estaba cocinando, y era, sin duda, uno de sus platos favoritos, porrusalda de bacalao.

Abrió la puerta con cuidado porque quería darle una sorpresa a su abuela. Entró en la cocina, y allí estaba Nieves, moviendo el guiso y catándolo con la punta de la cuchara de palo mientras entonaba una canción.

Mi marinero, madre, tiene una maña.
Con la vela y el remo hace la cama.
Vaya una gracia, vaya un salero
que tiene, madre, mi marinero.

La chica se acercó por detrás de ella y la besó en la mejilla. La mujer se sobresaltó.

—¡Coño! ¡Qué susto me has dado, niña! No sé si hoy pretendes matarme, hija.

—¿Con lo que yo la quiero? Eso nunca. ¿Qué tal le ha quedado? No me diga nada, seguro que riquísimo.

—Muy contenta vienes, chica, eso me gusta —dijo Nieves.

La mujer se secó las manos en el mandil y le pidió que se sentara y le contara cómo había ido la jornada.

Teresa le pidió un poco de calma.

Se fue a la habitación y se cambió de ropa. Luego se sentó con su abuela, que ya tenía la mesa dispuesta para saborear uno de sus platos preferidos, que, como siempre, estaba delicioso.

Comían en silencio paladeando el guiso cuando su abuela comenzó a preguntar.

—Bueno, pues ahora que ya casi te has terminado el rancho, bien podías contarme qué tal te ha ido. Mira que yo hubiera preferido que fueras a cualquier otra antes que a La Siciliana, pero es lo que te ha salido y nada puedo hacer.

—¡Anda! No sabía yo que tenía usted perjuicios con la conservera. ¿Y a qué se debe?

—Nada, cosas mías. Trabajé allí cuando era casi una niña y no me quedaron buenos recuerdos de aquel tiempo. Eran momentos duros, por las mañanas cosía redes y por las tardes mi madre me buscó ocupación allí. Pero son cosas del pasado. No hay que darle vueltas ni tenerlo en cuenta, para qué, solo son ya tonterías de vieja —contestó Nieves.

Teresa la miró un instante, el gesto de su abuela había cambiado.

—Por cierto, abuela, resulta que mi encargada, bueno, la persona que me han puesto de maestra, dice que la conoce, se llama Carmen, la Cuca, me dijo que la llamaban. Me comentó que habían sido buenas amigas desde chicas, algo así como que su padre y el de ella navegaban juntos. ¿Se acuerda de ella? —dijo Teresa.

—¿Carmen? ¿Carmen la Cuca? ¡Madre de Dios! Los años que hace que no sé nada de ella. Pensé que se la había tragado la tierra. Se casó y se largó, entonces la perdí de vista. ¿Y cómo está? Dime que más vieja y gorda que yo —comentó Nieves mientras reía.

—Pues, la verdad, la he visto bien. Gorda no es que esté, parece ágil. Y arrugas tampoco es que tenga muchas, yo creo que más o menos como usted. Me dio la sensación de que le tenía mucho aprecio.

—Pues me alegro por ella. Yo también le tenía mucho cariño. Lo hemos pasado de dulce las dos juntas. No veas cuando íbamos al

baile a la plaza los jueves y los domingos, cómo danzábamos, no perdíamos un baile. Nos llevábamos de calle a los mozos, ella por guapa y yo por salerosa. Eso decían al menos. Pero cuando yo…

De repente, Nieves hizo un silencio, como si hubiera estado a punto de decir algo que no debía.

—¿Cuando usted qué, abuela? Iba a decirme algo.

—Nada, niña. Tonterías que no vienen al caso. Dale recuerdos de mi parte también.

Nieves se levantó y retiró su plato de la mesa. Luego comenzó a fregar los cacharros que se amontonaban en la pila.

Teresa notó que su talante había cambiado de repente, como si algo se hubiera pasado por su mente. Algo de lo que no quería hablar.

5

El auto del señor Venetto había llegado a Santoña la noche anterior, pasadas las doce.

Apenas había gente en la calle, y, tal y como Tommaso le había advertido a su hijo Robert cuando estaban en la plaza de San Antonio, su destino quedaba a la derecha. Le señaló una casa y le dijo:

—Ahí es. Esa será tu casa. Recuerda, no nos conocemos de nada. Espero que no cometas el error de decírselo a nadie y mucho menos saludarme si por un casual nos encontramos. Creo que seis meses serán suficientes para que aprendas lo necesario. Que te vaya bien.

—Muchas gracias, padre. No dude de que me irá bien. Ya lo verá. Hasta la próxima —contestó Robert con cierta rabia a su padre. Luego se bajó del coche.

La noche era clara y hacía buena temperatura.

Atravesó la plaza y se dirigió hasta el lugar que Tommaso le había indicado.

La puerta del portal estaba abierta, el chico entró y buscó la llave de la luz. El lugar estaba bastante oscuro y el espacio se sentía pequeño, lo poco que alumbraba una bombilla que había en la calle no era suficiente para dar con el interruptor y Robert tuvo que palpar la pared para encontrarlo. Al encender la bombilla que

colgaba del techo apenas lucía. No cabrían en aquel reducido portal más de tres personas. De frente a él, estaba la escalera y en la pared de su derecha se podía ver una placa desgastada y sucia que apenas permitía leer con claridad lo que decía: anunciaba que el hostal al que debía dirigirse se encontraba en el segundo piso, como su padre le había dicho.

Hostal Maruja, así se llamaba el lugar.

El joven miró el reloj y vio que ya eran las dos de la mañana. Esperaba que la dueña supiera que iba a llegar a esas horas, de lo contrario, y con toda seguridad, le tocaría dormir en el descansillo, suponiendo que lo hubiera.

Subió despacio y apoyándose en el balaustre por miedo a tropezar.

La escalera era estrecha, tanto que apenas cabía el chico con su maleta, y tuvo que caminar de medio lado. La madera de los peldaños crujía con cada paso que daba, pisaba con cuidado para no hacer mucho ruido. Estaba en el primer piso aún cuando escuchó que alguien le llamaba. Miró hacia arriba y se encontró el rostro de una mujer entrada en años, con el pelo suelto, todo revuelto y cubierta con una toquilla oscura.

—¡Niño, venga, que es para hoy! —dijo la mujer en voz baja, lo justo para que en el silencio de la noche Robert la escuchara.

El chico aceleró el paso. Subió los pocos peldaños que faltaban de dos en dos, pero con calma, y en apenas un segundo se plantó delante de la mujer.

La casera era pequeñita y delgada, pero denotaba un carácter fuerte. Tenía una voz ronca y entre los dedos llevaba un cigarrillo.

—Ya me dijeron que llegaba tarde, pero ¡vaya horas de venir! Tendrá la cena helada, pero sintiéndolo mucho no se la voy a

calentar. A estas horas un día cualquiera ya estoy en el tercer sueño. Pase, le digo cuál es su habitación, dónde están el baño y el comedor, y me largo a la cama. Por cierto, mi nombre es Soledad, pero todo el mundo me llama doña Sole.

—Buenas noches, señora, soy Robert… —La mujer no le dejó terminar.

—Ya, ya. Sé cuál es su nombre y que va a estar aquí por lo menos seis meses. Por eso le he dado la mejor habitación que tengo. Pero, como le digo, mañana me lo cuenta todo. No son horas de cháchara.

El piso era frío y oscuro, y un pasillo largo lleno de puertas cerradas a ambos lados lo hacían aún más lóbrego.

Caminó tras la mujer hasta que esta se paró delante de una de las puertas, la abrió y le indicó que era el comedor. Del mismo solo pudo ver una mesa larga de madera rodeada de sillas y de frente una alacena llena de vasos y platos, también alguna que otra fuente y una sopera grande en el centro de una de las baldas.

La siguiente puerta era el servicio, viejo y decadente, tal y como esperaba, pero estaba limpio, era espacioso y tenía una ventana que daba a la calle. Por fin, justo frente al baño, doña Sole le señaló cuál era su estancia.

La primera sensación que tuvo Robert no fue mala. Por supuesto no había ningún tipo de lujos. Una cama de pie y cabecero dorados con una colcha de ganchillo blanca, una mesa y una silla, un armario de tres cuerpos con espejo central y una mesita con una lámpara pequeña con el pie de cerámica pintada de flores de colores. Un cortinón oscuro que le daba un aspecto triste y frío al lugar le hizo imaginar que cubría la ventana. El chico apartó la tela con la intención de ver el tamaño de esta y encontró una lucera de un

tamaño mediano que abría a modo de guillotina. La misma estaba abierta y Robert la bajó mientras la casera le observaba. Él se volvió y miró a doña Sole. No estaba contento con lo que estaba viendo y subió los hombros como diciendo «Es lo que hay». A la casera no le hizo gracia el gesto.

—Bueno, espero que no se queje. Como le he dicho es la mejor que tengo. Si no está contento, la puerta la tiene abierta, eso sí, me paga un mes por lo menos, he dejado de alquilarla por usted. Estamos en época de bocartes y esto lo tengo lleno si quiero —dijo la casera molesta.

—No, está bien. No se preocupe.

—No, hijo, yo preocupada no estoy, solo tengo sueño. En el comedor tiene la cena. El baño es de uso común, cada uno tiene sus cosas de aseo en la habitación. Aquí la gente madruga y siempre hay cola para entrar, por las mañanas el agua no está muy caliente, y más en invierno, la caldera es lo que es y no da para más. Le aviso para que luego no venga diciendo que el agua está fría —indicó doña Sole.

—Bien, entendido. No se preocupe por la cena. No tengo hambre —contestó Robert.

—Usted mismo. ¿Le apetece un vaso de leche caliente? Está recién hervida.

—Pues se lo agradezco. A eso no le voy a decir que no —respondió el muchacho con una sonrisa.

—Venga para la cocina. Que yo no sirvo en las habitaciones y, por cierto, tampoco me gusta que se coma en ellas —advirtió doña Sole.

Soledad le sirvió la leche en un tazón blanco y lo puso sobre la mesa, sacó de un armario un sobao y se lo ofreció también. Él lo

aceptó.

Realmente sí que tenía hambre, pero no se atrevió a probar la cena. ¡A saber lo que aquella mujer le había preparado!

Doña Sole le dio las buenas noches y se retiró a su habitación no sin antes decirle que el desayuno se servía entre las seis y las ocho de la mañana, después ya no había nada que hacer.

Robert se tomó la leche, lo que le quedó de ella después de mojar en el tazón aquella especie de bizcocho que él nunca había probado. Le encantó nada más saborearlo.

Una vez en su cuarto, sacó de la maleta el pijama y la ropa que llevaría al día siguiente para trabajar, se cambió y se metió en la cama.

Estaba cansado, al igual que doña Sole, pero también algo nervioso, y por ese motivo le costó un buen rato conciliar el sueño.

A las seis de la mañana el ruido le despertó. Las voces del resto de los inquilinos que solicitaban la premura del que ocupaba el baño le incomodó. Pero estaba claro que sería la rutina de cada día. Se levantó y abrió la puerta. Tal y como imaginó, tres personas esperaban su turno para entrar en el servicio.

Los hombres le miraron y le dieron los buenos días. Él contestó y preguntó:

—¿Quién es el último?

Uno de ellos, el que estaba apoyado en el marco de la puerta del baño, le contestó con guasa:

—Pues tú, chaval, ¿quién va a ser?

Los demás rieron. Robert se sintió un poco avergonzado con la broma y se metió de nuevo en la habitación. Desde dentro escuchó al que hizo la burla gritar:

—¡Chaval, si te vas, pierdes el turno!

No le importó, hizo caso omiso y comenzó a vestirse.

Después de conseguir entrar en el escusado, casi al descuido de otro que andaba por allí esperando, pero distraído, salió y se dirigió a dejar su bolsa de aseo en la habitación y después a desayunar.

El chico que esperaba su turno y al que había adelantado no le dijo nada, solo le miró con cara de pocos amigos y cuando estaba de espaldas le hizo un gesto feo con el dedo.

Una vez en el comedor, observó que alrededor de aquella larga mesa había dos personas sentadas. Agradeció que ninguno de ellos fueran los que había visto a primera hora.

Robert saludó. Solo uno le respondió, el otro parecía inmerso en sus pensamientos y se alimentaba con la cabeza casi pegada a la taza. Se sentó y se sirvió de lo que había sobre la mesa.

Al cabo de un rato sus compañeros comenzaron a charlar. Por la conversación que mantenían dedujo que uno trabajaba en La Siciliana y el otro llevaba una de las camionetas de la venta hacia la conservera del primo de su padre, en la cual él iba a trabajar. No tuvo ocasión ni ganas de intervenir en la charla, ninguno de los dos le invitó a hacerlo, ni tan siquiera con la mirada.

Cuando terminó, lo hizo a la vez que el resto y salieron por la puerta los tres juntos, pero sin hablar entre ellos.

Los otros bajaron corriendo las escaleras, pero Robert se tomó su tiempo. Aún faltaba un buen rato para la hora de entrada en su nuevo trabajo.

Caminó un rato por las calles del pueblo. La mañana era estupenda, de esas en las que apetecía cualquier cosa menos trabajar.

El murmullo de las gentes resonaba por todos lados, y un ir y venir constante de mujeres y hombres camino de sus quehaceres se acompañaba con ese olor a salitre inconfundible de las zonas costeras.

Al doblar una de las calles, Robert miró atrás para observar el paisaje y, al volverse de nuevo, tropezó con una muchacha que se había agachado para atarse la cinta de su alpargata. Robert golpeó con la rodilla la cabeza de la joven sin querer.

—Vaya golpe que me has dado. En lugar de una rodilla parece una piedra, guapín —dijo la chica.

Robert la miró y no supo qué contestar. Aquellos ojos claros, aquella mirada penetrante y cálida, le dejaron pasmado. Era la mujer más guapa que había visto en su vida. Se quedó parado admirando a la chica que tenía delante sin pestañear.

Ella le miró y le dio un pequeño golpe en el brazo para que reaccionara.

—Eh, ¿estás bien? Parece que has visto al mismísimo demonio. Tampoco creo yo que sea tan fea, chico.

—¿Fea? Eres lo más bonito que he visto en mi vida —dijo Robert.

—Vaya. ¡Pero si parecías tonto! Déjate de piropos, que voy tarde —contestó ella.

—Perdón, iba distraído. Aunque tú también podías ponerte en otro sitio. Te digo mi nombre con una condición.

—¿Condición? ¡Mira este, poniendo encima condiciones! Ni una ni media ni un cacho.

—Bueno, mujer, tampoco es para que te pongas así. Solo quiero saber tu nombre.

La muchacha volvió a mirarle y le regaló una sonrisa, luego se fue.

—¡Espera! ¿Cómo te llamas? Venga, chica, no seas sosa. ¿Cómo te llamas?

Los gritos de Robert llamaron la atención de varios hombres que como él se dirigían a la conservera. Al llegar a su altura uno de ellos se paró junto a él.

—Tú tienes que ser el nuevo. Eres Robert, ¿verdad?

—Sí. ¿Y tú quién eres y por qué sabes mi nombre?

—Soy Samuel, el encargado de La Corona. Y tú, ¿eres el nuevo? Venga, tira, que para luego es tarde y hay mucho que hacer. Y…, por cierto, se llama Teresa y me voy a casar con ella —contestó Samuel.

—Sí, empiezo hoy. Perdona, no quería molestar ni a ella ni a ti. Entonces, ¿es tu novia? —preguntó Robert.

—De momento, amiga. Pero, te repito, me voy a casar con ella —murmuró Samuel.

Le tiró del brazo un momento para indicarle que debían continuar el camino. Estaban casi a las puertas de la conservera.

Al llegar, Samuel le dio unas escuetas explicaciones sobre lo que tenía que hacer y le indicó que a lo largo de la mañana si tenía tiempo iría viendo qué tal lo hacía y si valía o no para ese trabajo, porque, según le indicó, no todo el mundo servía.

—De momento, hoy no te voy a echar mucha cuenta. Dentro de un rato comenzarán a llegar las camionetas. Tu trabajo es descargar los bocartes y llevarlos a la sala de salazón. Después, Pedro te dirá qué es lo que tienes que hacer. Que tengas un buen día —dijo Samuel.

—Perdona, me gustaría saludar a don Francesco. ¿Me puedes decir dónde está? —preguntó Robert.

—Aún no ha llegado. Pero no suele saludar a los trabajadores nuevos. Bueno, ni a los veteranos, a decir verdad. Yo se lo diré, pero no sé si te llamará. Venga, que ya está llegando el cargamento.

Mientras Samuel acompañaba a Robert al lugar donde descargaban los camiones de pescado, le explicó cómo había llegado a trabajar para la conservera.

—Pues yo estaba faenando, pero no me gustaba, y, mira, tuve suerte, porque conocí a don Francesco una noche en una partida de cartas a la que le llevó el patrón del barco donde yo trabajaba y pronto hice amistad con él. Comenzamos a coincidir en las timbas y un día, aprovechando la confianza que se había creado entre nosotros, le pedí trabajo.

—Pues qué suerte, ¿y entraste de encargado? —preguntó Robert.

—Sí, porque resulta que yo sabía por un amigo de mi madre que el encargado que tenían en la conservera había dejado el puesto y que andaban buscando a alguien de confianza al que poder encomendarle esa labor.

—Pero ¿tú tenías experiencia? —indagó de nuevo Robert.

—No, pero bueno, tampoco hay que tener una carrera para esto, además toda la vida en el mar y en el puerto algo enseña. El caso es que Francesco no lo pensó dos veces y, aunque me conocía poco, le habían hablado bien de mí y, además, según me contó, su intuición le decía que era un buen tipo, le parecía una persona cabal y honrada. Pero estuve un tiempo a prueba, no creas.

Samuel dejó a Robert en la zona de descarga. Las camionetas llegaban de la venta abarrotadas de bocartes. Esos alargados peces que aún vivos daban pequeños saltos en los cestos, su color azul

verdoso fuerte, sus flancos y vientres plateados junto con su brillo, llamaron la atención de Robert.

Cuando cargó con la primera de las cestas, no pudo por menos que acordarse de su padre. Y al entrar en la sala donde debía dejarla el fuerte olor a pescado le tiró hacia atrás. Recordó entonces lo poco que le gustaba ir a la venta con don Tommaso en verano cuando estaba de vacaciones. Tuvo que ser doña Eulalia quien intercediera para que dejara de llevarle, ya que el niño volvía con unas ganas terribles de vomitar.

Por suerte eso ya no pasaba. Era un hombre dispuesto a demostrar que era capaz de sacar adelante la encomienda que su padre le había impuesto, aunque solo fuera por amor propio.

Posó la caja en el lugar que le habían indicado y continuó descargando sin tener en cuenta nada, solo con una imagen en la cabeza, la de la joven que acababa de conocer y de la que estaba seguro de que no iba a ser la novia de Samuel.

No sabía qué era lo que había pasado cuando la vio, pero no podía dejar de pensar en ella, en su porte y su desparpajo. Una sensación extraña le recorría el cuerpo al recordar el momento. Aquello debía de ser un flechazo, algo de lo que tantas veces había oído hablar a sus amigos, y ahora entendía mucho mejor lo que era y sobre todo lo que se sentía. Teresa, que así le habían dicho que se llamaba, tenía que ser sin duda la mujer de su vida.

6

El verano llegaba con fuerza y, aunque las semanas eran duras y largas debido a la carga de trabajo, las chicas tenían ganas de divertirse, de disfrutar de los días de sol y de las noches cálidas. A pesar de ser época de trabajo para ellas, también lo era de fiestas y regocijo. Su juventud podía con todo y no les importaba moverse de su pueblo a otro para pasar la tarde en buena compañía, incluso si al día siguiente tenían que madrugar para llevar a cabo sus tareas.

Teresa, Puerto y Loli querían ir a Ambrosero, donde cada mes de julio se celebraba Santa Ana, y todas estaban deseando asistir.

Puerto había conseguido convencer a su primo Genaro para que las llevara hasta allí en la camioneta de reparto que conducía a diario. Eso sí, el muchacho a cambio les había pedido unas buenas pesetas que ellas estaban dispuestas a pagar.

La fiesta merecía la pena y aunque la camioneta carecía de asientos traseros, ya que estaba acondicionada para el transporte de pan, a ellas no les importaba. Era mejor eso que tener que hacerlo en bicicleta o caminando, pues, aunque la distancia no era mucha, llegaban acaloradas y cansadas.

Todo lo tenían preparado, solo faltaba que llegara el domingo por la tarde para pasarlo bien.

Sabían que los chicos también asistirían, para Teresa ese no era un motivo de peso, aunque para sus amigas sí. Tanto Puerto como Loli andaban pendientes de dos muchachos que habían conocido por mediación de Samuel. Según les había dicho el chico, no eran del pueblo, habían venido con una cuadrilla que estaba trabajando en la Casa de Albo, que necesitaba alguna pequeña reforma.

Las chicas, por las tardes, después de dar un paseo por el pasaje, se acercaban a la plaza del Peralvillo a tomar algo sentadas a la fresca. Allí habían visto a Samuel con dos mozos a los que no conocían.

Puerto, una de esas tardes cuando el chico se acercó a saludarlas, le había preguntado muy sibilina por ellos, y, como Samuel era un charlatán, le dio pelos y señales de los mozos.

Durante días anduvieron cruzando sonrisas y miradas, e incluso alguna que otra palabra hasta que, por fin, una tarde cuando ellas ya se retiraban Samuel se los había presentado.

Teresa no había mostrado ningún interés por los chicos, entre otras cosas porque ninguna de las miradas se había dirigido a ella, por lo tanto, prefería mantenerse al margen.

La joven estaba convencida de que había sido Samuel el que se había encargado de comunicarles que ella iba a ser su novia, esa obsesión suya que tenía desde niño y en la que, por más que Teresa le repetía que eso no sucedería jamás, él insistía. No solo eso, cada vez que veía que alguien mostraba interés por la muchacha, intervenía raudo antes de que la situación fuera a más.

Esta actitud de Samuel estaba empezando a cansar a la mujer, pero no quería comentarlo con nadie. Esperaba poder arreglarlo ella sola.

La mayoría de la gente daba por hecho que esa relación era tal y como él contaba y que iba hacia delante. El joven se encargaba de decirlo por todo el pueblo, incluso a su abuela Nieves se lo había comentado en más de una ocasión, y ella le preguntaba a su nieta cada dos por tres si era cierto.

Teresa se molestaba y lo negaba siempre que su abuela sacaba el tema y, cuando la mujer intentaba aconsejarla para que hablara con él y se lo dejara claro, ella siempre contestaba que lo había hecho en varias ocasiones, pero Samuel se lo tomaba a broma y no le hacía ningún caso.

Aquel domingo, Teresa salió temprano por la mañana. Tenía varios recados que hacer; uno de ellos, acercarse hasta el faro para llevarle a su tío Andrés algo de comida que su abuela le había preparado y la ropa que la mujer trajo la última vez que le visitó, que necesitaba algún que otro remiendo.

Cuando su abuela le pidió que fuera ella quien se acercara hasta el faro, Teresa se extrañó. A Nieves le gustaba acudir cada sábado hasta allí, pero no había tenido ganas, por ese motivo le preguntó si se encontraba bien o simplemente le había dado pereza. Ella contestó que aquel día no se había levantado con buen pie y no le apetecía caminar hasta allí. Podía más el cansancio que las ganas.

Teresa insistió, quería saber qué le ocurría, pero ella evadió como pudo las preguntas de su nieta y continuó preparándole las cosas que debía llevar.

La muchacha caminaba despacio, el aire le rozaba la cara de una manera sutil, tanto que en ocasiones se permitía cerrar los ojos y sentir cómo acariciaba su joven y tersa faz.

Los rayos de sol comenzaban a colarse entre los árboles que cubrían el recorrido y lo hacían con ganas.

La temperatura iba subiendo a medida que se aproximaba a su destino. La imagen de un cielo totalmente despejado de nubes, que lucía un azul imposible de describir, anunciaba que aquella iba a ser una jornada calurosa y veraniega.

Andrés, el tío de Teresa, dejó su casa con apenas quince años para instalarse en el faro y allí continuaba en soledad, pero, según decía, feliz.

Era un hombre triste, quizá acomplejado por su cojera, fruto de la poliomielitis que sufrió de pequeño. Una enfermedad viral que le afectó a la médula espinal y le causó debilidad muscular y parálisis en una de las piernas. Con el tiempo y con el esfuerzo y la insistencia de su madre consiguió caminar aun con dificultad.

En contadas fechas visitaba el pueblo y acudía a alguna fiesta. En raras ocasiones recibía visitas, quien más se acercaba a verle era Ernesto, un buen amigo de la infancia, que le ponía al día de las novedades de la villa. Y, como no podía ser de otro modo, Nieves, que solía hacerlo una vez a la semana.

Cada vez que la mujer se acercaba hasta el faro, lo primero que le decía a su hijo, después de besarle y apenas sin aliento, era: «Esta es la última vez que vengo», pero lo cierto era que nunca cumplía su promesa.

El faro del Pescador era un emblema en el pueblo. Se encendió por primera vez en febrero de 1864. Alumbraba con una lámpara de aceite de oliva y estaba formado por una óptica de dos lentes dióptricas giratorias y otras catadióptricas fijas, así daba una

apariencia de luz fija blanca que proyectaba destellos cada tres minutos.

Había sufrido a lo largo del tiempo algunos sucesos, como el ciclón que azotó las costas de Cantabria una noche de febrero de 1915. Como consecuencia de ello, toleró cambios en su construcción original y su aspecto actual se había transformado.

Robert no quiso desayunar en el hostal y, antes de que se levantaran los demás huéspedes, se aseó y salió de casa.

Se sentó en la plaza en una de las terrazas que había y pidió un café. Cogió el periódico que estaba sobre la barra del bar y durante un rato se entretuvo leyendo las noticias que habían publicado aquella jornada. Le vendría bien ir conociendo lo que sucedía en la región, ya que con toda seguridad iba a pasar una buena temporada allí y poco sabía de lo que acontecía en Santander.

Después de degustar el café que acompañó con un bollo dulce, caminó sin prisa durante un momento entre las calles estrechas del pueblo. Buscaba un locutorio, tenía ganas de hablar con su madre. Aunque era muy temprano, sabía que ella estaría ya levantada.

Aquella semana no lo había hecho, porque cuando salía de trabajar ya estaba cerrado y, a pesar de que en el hostal tenía a su disposición el teléfono, no le gustaba hablar desde allí. Desde luego que Robert tenía motivos justificados para ello, porque doña Sole estaba siempre con la oreja pegada a las conversaciones de sus huéspedes, y a él no le apetecía tener que estar pendiente de si le escuchaba o no; quería hablar con toda tranquilidad con su progenitora.

Eulalia no merecía estar sin noticias de su hijo tanto tiempo, y además le apetecía contarle cómo estaba viviendo esa experiencia, e incluso hablarle de todo lo que ya había aprendido. ¡Y, cómo no, quería decirle que el olor a pescado ya no le producía ningún tipo de náusea! Con el tiempo que llevaba en la conservera se había acostumbrado a vivir con él.

De lejos observó que el locutorio estaba cerrado y delante de la puerta esperaban unas cinco personas. La telefonista dio entrada justo cuando Robert se acercaba al local. Debido a la cola que se había formado tuvo que esperar su turno. Lo hizo tranquilo jugando con las monedas que llevaba preparadas en las manos y, cuando la mujer le indicó que ya podía pasar, Robert le dijo el número con el que quería comunicarse.

Doña Eulalia, tal y como él había supuesto, ya estaba levantada.

Recibió con alegría la llamada de su hijo. Apenas le dejaba hablar, preguntaba continuamente deseosa de saber cómo le iba. Después de un rato y cuando Robert ya le había contado todo lo que acontecía, evitando aquellas cosas que seguro que a su madre no le iba a gustar escuchar, le preguntó por ella: qué tal estaba de salud y si estaba ocupada en alguna aventura nueva, ya que él sabía que a su madre le encantaba hacer cosas diferentes.

La respuesta le sorprendió y a la vez le agradó.

Eulalia había comenzado a visitar exposiciones de pintura y la última que vio en las Galerías Layetanas había sido de un joven llamado Antoni Tàpies i Puig, que acababa de llegar de París, donde había sido becado por el Instituto Francés.

Robert la notaba entusiasmada, algo que le confirmó cuando le dijo que, a consecuencia de aquella visita, había comenzado a dar

clases de pintura. Su madre se mostraba emocionada y le prometió que el cuadro que estaba pintando se lo haría llegar en cuanto estuviese terminado.

Eulalia tuvo tiempo también para contarle chismes de sus amigas y algún que otro deceso ocurrido entre sus conocidos, y, por supuesto, darle recuerdos, besos y abrazos de parte de su querida *mainadera* Catalina.

Llevaban hablando más de veinte minutos y la telefonista le dio un aviso, había gente esperando y debía terminar la conversación.

Se despidió deprisa de su madre y, al escuchar sus últimas palabras, notó su voz entrecortada y sintió pena. La tranquilizó volviendo a decirle que estaba bien y contento, pero no pudo terminar la frase, la línea se cortó de golpe.

Salió del locutorio un poco enfadado por no haber podido despedirse como le hubiera gustado de su querida madre y caminó sin rumbo fijo.

Poco tenía que hacer aquel día de descanso y por un momento pensó en volver al hostal, coger su bañador, una toalla y un buen libro, e irse a dar un baño a la playa de Berria, pero no lo hizo. Continuó andando sin saber muy bien a dónde dirigirse.

El día era largo y el cielo no mostraba signo alguno de nubes, por lo que finalmente decidió que el baño podía ser una buena opción para pasar la tarde.

Teresa regresaba acalorada; el sol calentaba con ganas y durante gran parte del camino le daba de plano.

Acercarse hasta el faro le había llevado un rato, pero, como había madrugado, el calor no había hecho mella en ella. La vuelta era otra cosa, los grados de temperatura habían subido y eso hacía que el paseo ya no resultara tan grato.

Volvía preocupada y enfadada a partes iguales.

Por un lado, no había encontrado muy bien de salud a su tío Andrés. El hombre tenía una tos seca y constante que no le gustaba. Le recomendó que visitara al médico, pero su tío alegó que con unos buenos caramelos se le pasaría, ya que solo era una picazón de garganta. Después, como siempre, se centraron en su abuela Nieves.

Él preguntaba por ella, sobre todo aquel día en el que la mujer no había acudido a la cita, ya que a Andrés le preocupó, lo mismo que le había pasado a Teresa. Su tío, según le dijo, no recordaba cuándo había sido la última vez que había faltado un sábado. Eso le extrañó sobremanera y en más de una ocasión le preguntó a su sobrina si estaba bien, si ella la notaba cansada o si había estado enferma.

Teresa contestó con agrado sus preguntas y con sumo cariño le comentó todo lo que acontecía relacionado con su abuela.

Aprovechó la ocasión para exponer sus intenciones con respecto a Nieves.

Ella quería que dejara de trabajar, y por supuesto su tío también.

Teresa le propuso a Andrés mantener una conversación con ella por separado para intentar convencerla, a lo cual su tío accedió encantado, e incluso le aseguró a Teresa que si por casualidad la próxima semana ella no se acercaba al faro él iría a verla.

Andrés se alegró con la decisión de su sobrina y se comprometió no solo a intentar convencerla, sino también a ayudar con su salario

en caso de que ellas lo necesitasen. No sería la primera vez que se lo ofrecía a su madre, pero Nieves nunca aceptaba el dinero alegando que debía guardarlo para cuando fuera mayor. Como no se había casado ni tenía hijos, no iba a tener quien le cuidara y las perras le vendrían muy bien para ese momento, le decía siempre su madre.

Por otro lado, Andrés le preguntó por su relación con Samuel. Teresa frunció el ceño y, antes de que ella pudiera contestar, su tío le contó que el otro día el muchacho se había acercado hasta el faro para expresarle las intenciones de boda que tenía con ella.

Teresa se mostró irritada e incómoda. El descaro de Samuel estaba tomando un cariz desagradable.

La rabia le había hecho saltar como una fiera contra su tío y le había contestado en mal tono, pero al momento se había dado cuenta y le había pedido disculpas.

En realidad, él no sabía nada de lo que estaba pasando y lo único que había hecho era escuchar las explicaciones del muchacho y decirle que esas cosas las tenía que hablar con su sobrina, ya que él no era nadie para opinar, y mucho menos para consentir. En concreto con esa cuestión le dejó claro que Teresa era, además de adulta, libre para escoger, aceptar o rechazar su proposición.

Después de escuchar lo que su sobrina le comentó, Andrés la tranquilizó y le pidió que hablara claro con Samuel y zanjara ese asunto de una vez por todas.

Teresa se acaloró al hablar del tema. Su tío intentó calmarla como hacía cuando era niña y por algún motivo lloraba o se enfadaba.

Andrés la tomó por los hombros y le mostró una vez más las maravillosas vistas que se podían ver desde aquella ubicación

privilegiada y los artilugios que formaban aquella gran lámpara que guiaba a los marineros en las noches.

A Teresa le recordó a su niñez y se calmó observando la inmensidad del mar que se mostraba tan azul que casi impedía divisar la línea que marcaba el horizonte.

Robert dio un gran paseo aquella mañana, tanto que había llegado hasta la casa familiar casi sin darse cuenta.

Al advertir dónde se encontraba, evitó pasar por delante. No sabía si su padre estaría aún allí, no se le había ocurrido preguntar a su madre. Días atrás había escuchado en uno de los bares que alguien decía que el dueño de La Siciliana se marchaba, pero tampoco prestó mucha atención al comentario. Al instante, sus dudas quedaron despejadas al ver salir el coche del recinto de la finca.

El joven se escondió entre unos árboles para no ser visto y continuó su camino.

Se dirigió al centro, ya allí tomaría un refresco a la sombra en alguna de las terrazas y tranquilamente comería unas rabas.

Estar solo era lo que peor llevaba; no tener aún ningún amigo con el que poder pasar el rato le pesaba bastante. Con los que más amistad había hecho tenían familia y obligaciones, y el resto nunca le habían invitado a salir con ellos.

No había tenido problemas ni tampoco se sentía desplazado, pero sí que había algo que no le cuadraba mucho. Las gentes del pueblo en general eran amables y acogedoras y no entendía muy bien por qué él no había encajado. ¿Tal vez alguien sabía su procedencia? Se contestó a sí mismo que era imposible, aquello no era viable, él no le

había dicho nada a nadie, y por supuesto tampoco su padre. Es más, ni tan siquiera había tenido oportunidad de hablar con el dueño de La Corona, el primo de Tommaso y por lo tanto familia, al que seguramente su padre le había indicado que no lo hiciera.

Robert estaba a punto de adentrarse en la plaza del Limonero cuando vio que la atravesaba aquella chica de ojos grandes y avellanados. Ralentizó su paso con la intención de coincidir con ella.

Teresa iba distraída, inmersa en sus pensamientos, pero, como cada vez que la había visto, llevaba una sonrisa en la boca. Tropezó con varios conocidos a los que saludó sin pararse continuando su camino a paso ligero. Se había entretenido en exceso durante la visita a su tío y la mañana se le echó encima.

Tenía que llegar a la mercería de Milagros. A pesar de ser domingo, la mujer le había dicho que tenía cosas pendientes que hacer en la tienda y que aquella mañana estaría allí hasta la hora de misa.

Necesitaba recoger unos botones que había encargado, los quería para terminar una blusa que había confeccionado y pensaba ponerse esa misma tarde.

Levantó la vista al frente y se encontró con los ojos de Robert clavados en ella.

En principio pensó en desviar la mirada, pero la mantuvo. El chico hizo lo propio y esbozó una sonrisa que Teresa le devolvió. Ambos continuaron andando a sabiendas de que iban a cruzarse. Mantuvieron la vista el uno en el otro todo el rato, los ojos fijos y la sonrisa dibujada.

Al colocarse a la misma altura, Robert se paró. Teresa en principio pensó continuar andando, pero en el último momento decidió

detenerse, pues la mirada de aquel muchacho parecía rogar que así lo hiciera.

—¡Buenos días, Teresa! Acaba de alegrarme la mañana e incluso le diría que el día entero. Pensé que había sido una visión el otro día, porque no le voy a negar que la he buscado, pero no he podido dar con usted. Y ya ve, ¡hoy por fin ha aparecido! Justo hoy, que mi cabeza no había traído su recuerdo. Algo que no he dejado de hacer ni un solo momento desde que la vi —dijo Robert.

—¡Vaya!, no es zalamero ni nada el chico. Pues ya nos hemos visto. Buenos días, ando con prisa y no estoy para charlas. —Teresa hizo ademán de seguir caminando, pero solo movió uno de sus pies y se paró de nuevo para continuar hablando—: Por cierto, ¿se puede saber para qué me buscabas? Que yo sepa, no te debo nada.

—Deber no me debe nada. Aunque me gustaría que así fuera. Bueno, espere un momento, ahora que recuerdo…, sí, me debe algo.

—¿Yo? Me parece que te equivocas, hasta donde yo recuerdo nada le debo a nadie. Tengo por costumbre pagar mis deudas —contestó la chica con coquetería.

—Pues sí, señorita, me debe usted una respuesta, le pregunté su nombre y no me lo dijo. Espero tener más suerte hoy.

Teresa se echó a reír. Robert se quedó sorprendido con la reacción de la chica, no sabía a qué venía aquella carcajada.

—¡Pero hombre de Dios! Acabas de darme los buenos días y me has llamado por mi nombre. Pensé que ibas a ser un poco más original, pero ya veo que no es así.

—¡Leches! Tiene razón, perdón. —Robert se sonrojó, había quedado como un tonto—. Bueno, pues ya que yo sé el suyo, déjeme que al menos le diga el mío. Soy Robert. Y… también le diré

que me gustaría invitarla a tomar algo. El día se presta y aquí mismo tenemos unas sillas preparadas a la sombra. ¿Qué me dice?

Teresa se quedó mirando a aquel muchacho rubio de pelo rizado que con una sonrisa abierta y unos ojos chispeantes esperaba su respuesta. Tal vez valía la pena llegar tarde a la mercería, total, los botones no se iban a mover del cajón donde estaban.

—Pues sí, acepto. Pero con una condición —dijo Teresa.

—Una, dos o las que quiera. Usted dirá, estoy dispuesto a lo que sea por tenerla un rato a mi vera —contestó Robert.

—Pues la condición es sencilla. Que me vayas apeando el tratamiento. Lo de «usted» queda muy lucido, pero… en este caso sobra. Y además me hace sentir incómoda.

—Eso está hecho. ¿Nos sentamos entonces? —preguntó Robert.

—Venga, aunque vaya por delante que no suelo sentarme con desconocidos. Pero me has caído bien. A pesar de que aún me duele la cabeza del golpe que me diste el otro día.

—¿De verdad? Pues ya lo siento. No me pareció que fuera para tanto. Lo lamento profundamente.

—¡Anda, tira! ¡Que es broma, hombre!

Se sentaron a la sombra y tomaron un refresco helado, el cual Teresa agradeció, aunque no dijo nada. Conversaron al principio de cosas triviales: el tiempo, el mar, incluso de la bebida que tenían entre las manos. Pero, en un momento de la conversación, Robert quiso saber algo más sobre la chica.

—¿Y tú eres de aquí? —preguntó Robert.

—De toda la vida, desde que nací. —Sonrió a la vez que contestaba Teresa.

—Y… ¿me dirías si… tienes novio?

—Uf, mucho quieres saber tú. Todavía no te he preguntado nada sobre ti y tú vas viento en popa a toda vela.

Entre bromas y evasivas continuaron hablando.

Sin darse cuenta, notaron que una sombra cubría parte de la mesa y al levantar la cabeza observaron que el dueño de esta era Samuel.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Parece que no entendiste bien lo que te dije el otro día —dijo Samuel.

—¿De qué hablas, Samuel? Me parece que te estás pasando —dijo Teresa molesta mientras se ponía en pie.

—Tú calladita y sentada, que es como tiene que ser. Esto no va contigo —ordenó Samuel.

—¡Eso lo dirás tú! ¡A la hija de mi madre no la manda callar ni Dios! Me parece que te estás equivocando de lado a lado —replicó la chica enfadada.

—¡Que te calles, Teresa! —repitió Samuel.

—¡Que no me da la gana, coño! Y déjame tranquila de una vez.

Robert se levantó y le plantó cara a su capataz.

—¡Bueno, ya está bien! Delante de mí tú no tratas así a nadie, y menos a una mujer —se enfrentó Robert a Samuel acercándose a él hasta casi tocarle la cara.

—¡Vaya, que se me pone chulito el catalán y todo! Pero ¿tú quién te crees que eres para venir a levantarle la novia a nadie? —dijo Samuel.

—¡Basta los dos! —medió Teresa al ver que aquello tomaba un cariz que no le gustaba nada.

—¡Ni tú eres mi novio ni lo tengo! Te lo repito por si no lo entiendes, chatín. ¡No tengo novio, Samuel! ¡Te lo he dicho mil

veces, ni soy tu novia ni lo voy a ser nunca! —Teresa se acercó más a él y bajó el tono de voz—: Deja de decir que soy tu novia por todos lados, y mucho menos vuelvas a decirle a mi tío las tonterías que le has dicho. Pero ¿tú qué te has pensado? —Samuel intentó hablar, pero la chica no le dejó—. ¡No, escúchame! ¡Ahora el que te vas a callar eres tú! Acepta lo que te estoy diciendo de una vez. Si quieres que seamos amigos, ¡bien! Si no, ¡olvídate de que existo! ¡Y tú! —dijo mirando a Robert—. No necesito que ningún hombre me defienda, me basto y me sobro.

Teresa cogió la bolsa que había posado en el suelo y se marchó dejando a los dos hombres plantados. Pero Samuel no estaba dispuesto a cejar en su empeño y volvió a decirle a Robert lo mismo que el primer día que le vio.

—¡Te estás pasando, catalán! —le amenazó señalándole con el dedo índice y casi tocándole la nariz—. No sabes con quién te estás metiendo. Te repito que Teresa solo va a ser mi novia, de nadie más. Si no quieres quedarte sin trabajo, más te vale que la dejes en paz, porque la próxima vez que te acerques a ella… —Se aproximó a él y le agarró por la solapa—. ¡Te parto la cara!

Robert se revolvió, le agarró la mano que sujetaba su chaqueta y se deshizo de ella.

—¡Tú sí que no sabes con quién estás hablando! Haré lo que me dé la gana y más vale que la dejes tranquila. Aunque… igual lo que te pasa es que tienes algún problema de sordera o quizá de entendimiento, porque te ha dicho bien clarito que tú no eres nada para ella.

Robert se apartó de su camino, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un billete para pagar, que posó sobre la mesa dando

un golpe.

Después se fue sin mirar atrás y dejó plantado a Samuel que, apretando los puños y mordiéndose la lengua, se quedó mirando cómo el muchacho se alejaba.

Robert corrió en la misma dirección en la que se había ido Teresa con la intención de alcanzarla, pero al salir de la plaza no la divisó. Miró hacia todos los lados, pero no había ni rastro de la muchacha.

Teresa estaba dolida por lo sucedido por la mañana y aquella tarde apenas pisó la calle.

A pesar de que su abuela le había pedido que lo hiciera y le había preguntado en varias ocasiones qué era lo que le pasaba, la chica no accedió ni le comentó nada de lo sucedido.

Por un lado, tenía miedo de volver a encontrarse con Samuel. En realidad, más que miedo, lo que sentía era rabia y en parte dolor. Le molestaba mucho la actitud del muchacho.

Se conocían desde niños, habían pasado muchas cosas juntos, y no entendía por qué había cambiado tanto en tan poco tiempo. No quería discutir con él, pero sabía que desgraciadamente tendría que hacerlo, aunque esperaba que la próxima vez no fuera de un modo tan agresivo.

Teresa estaba disgustada y cuando sus amigas vinieron a buscarla para ir a las fiestas de Ambrosero, tal y como habían planeado, ella alegó que no se encontraba bien y prefería quedarse en casa.

Las chicas no creyeron la explicación que les dio, sobre todo porque ya había llegado a sus oídos lo que había ocurrido en la plaza por la mañana.

La chica se quedó tranquila en casa y pasó la tarde del domingo cosiendo. Solo acudió con su abuela a misa y regresó sin querer dar ni un paseo con ella a pesar de su insistencia y del buen tiempo que hacía aquel domingo de julio.

Puerto no había querido decir nada cuando Teresa se negó a salir. La conocía bien y sabía que, por mucho que insistiera, si había dicho que no, no cambiaría de idea. Por ese motivo volvió a casa de su amiga después de regresar de la fiesta.

La joven la llamó a gritos desde la calle como solía hacer y Nieves al oírla se asomó. Le dijo que esperara un momento y salió en busca de su nieta.

Aunque era un poco tarde, Puerto propuso a Teresa que bajara para dar una vuelta, pero, con la excusa de que estaba ya a punto de irse a la cama, esta dijo que no.

—Bueno, chica, pues no me voy a largar para casa. Si tú no bajas, tendré que subir yo, que tengo mucho que contar. Qué, Nieves, ¿me deja pasar a su casa un rato? —preguntó Puerto.

—¡Anda esta, la hemos jodido! Ahora me viene a pedir permiso. De sobra sabes que sí. ¡Tira, elementa! Que os voy a preparar unas patatas con huevos que os vais a chupar los dedos.

Puerto no solo quería saber qué le pasaba a su amiga, también quería contarle cómo le había ido con el chico que le gustaba. Aunque lo que de verdad le preocupaba era que ella le hablara de lo sucedido, ya que el pueblo era muy pequeño, se conocían todos y se estaba comentando el encontronazo que había tenido la pareja con Samuel en la plaza del Limonero.

Además, tenía curiosidad por enterarse de en qué momento había intimado tanto con ese muchacho como para estar con él. ¿Como

podía ser que su amiga estuviera sentada con aquel chico del que nunca le había hablado?

Después de que Puerto contara cómo había transcurrido la fiesta, a quién había visto y los cotilleos de rigor, comenzó a hacerle preguntas a Teresa.

La chica primero se hizo la remolona, no tenía ganas de hablar de aquello, pero, si no lo hablaba con Puerto que era su amiga, ¿con quién lo haría?

Sin prisa, Teresa le relató a la chica cómo había conocido a Robert y por qué estaba sentada con él en el bar de la plaza. Aunque en principio no quiso hablar, no pudo evitar comentar el incidente.

7

Con el paso de los días Robert iba teniendo más confianza con Teresa; estaba contento. No había avanzado mucho, pero charlaban casi a diario, aunque fuera de cosas sin importancia.

En el trabajo, por suerte para él, dejó de descargar las camionetas de bocartes para pasar a la sala de salazón.

Allí había hecho amistad con dos hermanos italianos que venían cada año a hacer la temporada. Los hombres eran expertos en sazonar los pequeños peces que, después de ese proceso, pasaban a convertirse en ricas anchoas.

Comenzó a salir con ellos a tomar algún que otro chiquito por las tardes cuando terminaban la jornada, ya que también se alojaban en el mismo hostal que él.

A su llegada a Santoña, los italianos estuvieron hospedados en la pensión La Marina porque doña Sole tenía ocupadas las habitaciones en las que ellos dormían habitualmente. Pero cuando estas quedaron libres se instalaron sin demora.

Eran clientes habituales del hostal y año tras año se alojaban allí. La mujer no quería perderlos, ya que eran buenos chicos, no daban problemas ni se quejaban de nada y, además, eran muy buenos pagadores.

Gracias a las conversaciones que Robert mantenía con ellos y a su interés, se estaba convirtiendo en un experto en la materia. También se enteró de que trabajaban en La Corona debido a la amistad que el padre de los chicos tenía con el dueño. Su progenitor había comenzado en la conservera desde que el padre de Francesco la puso en marcha.

La relación venía de lejos. Fue en realidad su abuelo el primero de la familia en venir a Santoña, y lo hizo por necesidad. En aquellos tiempos le ofrecieron mucho dinero, y no rechazó la oferta. Aquel hombre nunca se arrepintió de ello, más bien todo lo contrario. Él sí que sabía tratar la anchoa como nadie y supo trasmitir sus conocimientos al padre de los dos jóvenes.

Mattia y Andrea, que así se llamaban los nuevos amigos de Robert, eran gemelos y tenían unos diez años más que él. Ambos estaban casados, o al menos tenían parejas. Este punto no le había quedado muy claro a Robert: no entendió muy bien cuál era la relación que mantenían con sus respectivas, pero fueron concisos en cuanto a su paternidad, ya que, según le comentaron, ninguno de ellos tenía hijos.

Su parecido físico hacía que en ocasiones el muchacho los confundiera, algo que a los italianos les resultaba gracioso, y alguna que otra vez le gastaban bromas por ese motivo.

Robert día a día iba cogiendo más confianza con ellos, y por ello debía tener especial cuidado. Al principio hablaba en italiano, mostrando así sus cualidades lingüísticas, hasta que un día comenzaron a hacerle demasiadas preguntas, que capeó como buenamente pudo. Se inventó una historia tan inverosímil que ni él se la creía, pero que, al parecer, a ellos les resultó creíble.

Robert, a pesar de estar a gusto en el trabajo, tenía problemas con Samuel, que cada día se encrudecían más.

Desde el encontronazo que tuvieron aquella mañana de julio, el capataz le hacía la vida imposible. Supo por los italianos que había subido a quejarse a dirección, con la intención de que fuera despedido. Por supuesto, no lo consiguió, ya que don Francesco no le había hecho ningún caso. En cuanto el capataz pronunció el nombre de Robert, apenas le dejó continuar, le mandó callar y seguir trabajando al tiempo que le decía que él no estaba para chismes ni acusaciones sin fundamento.

La respuesta enfureció aún más a Samuel. Salió del despacho dando un golpe al cerrar que le obligó a abrir de nuevo la puerta y pedir disculpas alegando que una corriente de aire había sido la culpable del portazo.

Mattia y Andrea lo sabían de buena fuente. Casualidades de la vida, en el momento en que Samuel hablaba con don Francesco, ellos estaban en la oficina contigua intentando realizar una llamada telefónica a uno de los distribuidores italianos.

No obstante, Samuel no cejaba en su empeño y buscaba cada día un motivo para provocarle, esperando que Robert saltara y así tener una buena excusa para quitarle de en medio.

Sus compañeros le protegían y, cada vez que veían que Samuel se acercaba al muchacho, llamaban la atención del capataz con cualquier tema evitando así el problema que pudiera surgir.

A Mattia y Andrea les resultaba extraña esa inquina que tenía Samuel con el joven. Un día, mientras tomaban unos blancos y comían unas rabas, le preguntaron cuál era el motivo.

—Chico, pero ¿qué le has hecho para que te trate así? Nosotros le conocemos de otros años, antes no era capataz, sino uno más, y nos parecía un tipo agradable. Incluso en alguna ocasión hemos salido de fiesta con él a los pueblos cercanos —comenzó Andrea.

—Pues nada, la verdad. No tengo la menor idea —contestó Robert muy consciente del motivo por el cual Samuel le acosaba.

—¡Hombre, algo será!, porque para ir con el cuento incluso a Francesco… —dijo Mattia.

En ese momento aparecieron por la plaza de San Antonio Teresa, Puerto y Alicia.

Robert enseguida se fijó en ellas. Clavó sus ojos en la muchacha de tal modo que los italianos se dieron cuenta.

—Mira que es guapa esa *ragazza*. Me dan ganas de cambiar de conservera solo para verla cada día. *Mamma mia!* —exclamó Andrea.

Sin dejar de mirar a Teresa, Robert preguntó intentando disimular:

—¿Dónde trabaja?

—¿No me digas que no lo sabes? No creo que haya un solo hombre en este pueblo que no lo sepa. ¡En La Siciliana, *mio amico*! Y, por cierto, dicen que es la novia de Samuel —respondió Andrea.

—No, no lo sé, no tengo ni idea, pero no voy a negar que me gustaría saberlo —señaló Robert.

Los dos hermanos se miraron extrañados mientras él continuaba observando a las chicas, que se habían parado casi frente a ellos.

—Muy seguro estás tú, compañero. Cualquiera diría que la conoces, pero, claro, no debe de ser así cuando no sabes dónde trabaja —indicó Mattia.

—Sí, claro que estoy seguro. Y, a propósito de la conversación que manteníamos antes de que llegaran las chicas, os diré que el

problema que tengo con Samuel es precisamente por esa mujer —contestó Robert.

Mattia y Andrea se miraron sorprendidos. No tenían ni idea de que a Robert le gustara esa muchacha.

En realidad, ni esa ni ninguna, porque ellos habían llegado a pensar que no le atraían las mujeres, ya que jamás hacía comentario alguno cuando veían pasar a las jóvenes por el pasaje.

Conocían muy bien el carácter de Samuel y ambos hicieron un gesto con las manos, sacudiéndolas de arriba abajo, y comentaron:

—*Le cose si metteranno molto male, fratello*.[1]

Robert se levantó y se dirigió hacia donde estaban las chicas.

Con un gesto de su mano le pidió a Teresa que se acercara. Ella dudó un instante, pero animada por sus amigas caminó hacia donde el joven se encontraba.

Teresa estaba deseando volver a verle, tanto o más que el chico, pero no quería que se notaran mucho sus ganas.

Desde aquel domingo no habían vuelto a coincidir, y eso que ella había pasado a propósito en varias ocasiones por la plaza donde se vieron aquel día, pero no había tenido suerte. No se podía creer que, siendo como era el pueblo un lugar pequeño, no diera con él. Por fin, aquella tarde se habían encontrado.

Charlaron un rato y mantuvieron una conversación que resultaba de lo más original, las frases apenas tenían contenido y las respuestas de uno y otro eran cerradas, lo que ocasionaba silencios incómodos que uno de los dos rompía con cualquier banalidad.

Robert al final pudo con la vergüenza y se preocupó por ella, quiso saber qué tal estaba y si Samuel la había vuelto a molestar.

Ella le contestó que no. No lo había hecho porque apenas había salido de casa. No quería volver a encontrarle, no por miedo, sino más bien por pena.

Teresa le explicó que se conocían desde niños y que en realidad siempre se habían llevado bien, pero que a Samuel poco a poco se le había ido metiendo en la cabeza que ella tenía que ser su novia, aunque Teresa jamás hubiera sentido por él nada más allá del mero cariño.

Le contó también que se habían criado juntos, que vivían en el mismo barrio y que de niños se habían cuidado y apoyado. Tal vez por la diferencia de edad, Teresa se sentía segura cuando alguien se metía con ella, porque su amigo siempre estaba allí para defenderla.

Pero, de un tiempo a esta parte, Samuel había cambiado. Sabía que andaba en negocios sucios, se comentaba incluso que, aprovechando su posición en la fábrica, se llevaba productos de la conservera que luego revendía, además de su afición al juego y a la bebida. Por eso Teresa ya no quería tener ninguna relación con él. Ella se había ido enterando por casualidad de cómo actuaba y no le gustaba en absoluto su proceder; es más, incluso llegó a hablar con él con la intención de que dejara de hacer ciertas cosas, pero Samuel no quiso hacerle caso.

Robert la escuchaba con atención y en un momento determinado, cuando Teresa dejó de hablar, intentó coger su mano, pero la chica con más vergüenza que disimulo la escondió en el bolsillo de la falda. Él se dio cuenta y le pidió perdón por el atrevimiento, pero ella le contestó con una sonrisa y un guiño de ojos.

—Tengo que irme, me esperan mis amigas —dijo—. Nos vemos otro día, a ver si coincidimos.

—Seguro que sí. Bueno, y ¿por qué vamos a esperar a encontrarnos? ¿Te importa si te voy a buscar algún día cuando salgas de la conservera?

—¿Y tú cómo sabes que trabajo en una? —preguntó Teresa con aire coqueto.

—Me acabo de enterar, me lo han dicho mis compañeros. En La Siciliana, ¿verdad?

—Sí. Ahí mismo trabajo. —Puerto voceó su nombre por segunda vez—. Me tengo que ir, que me llaman, nos vemos —se despidió Teresa.

—Vale. Pero no me has contestado. Siempre me dejas a medias. ¿Puedo ir a buscarte?

Teresa le dio la espalda, pero su cara dibujaba una sonrisa enorme en la boca. Solo había dado tres pasos cuando se volvió, sabedora de que Robert se había quedado allí parado viendo cómo se alejaba. Con un movimiento de cabeza afirmativo le contestó a su pregunta.

Como esperaba Teresa, los comentarios de sus amigas no tardaron en llegar.

Puerto comenzó a preguntar de tal manera que la joven no tenía tiempo ni de contestar. Ella solo escuchaba las cuestiones que las chicas planteaban mientras mantenía la sonrisa y sus ojos brillaban como dos luceros de alegría.

—Bueno, pues no me contestes, pero te digo una cosa, guapina, que sepas que… ¡estás coladita por el chico! Robert se llama, ¿no? Pues bien, nos lo podías haber presentado, que no te lo vamos a quitar. ¡Como para hacerte sombra a ti estamos! Y, además, vaya guapos que son los italianos que estaban con él. Los conozco de otros años, pero están bien hermosos, dicen que son gemelos, y la

verdad que se parecen. Bueno, entonces qué, ¿has quedado con él? —preguntó Puerto después de terminar su exposición.

Teresa la miró y le contestó:

—Más o menos. Pero sabéis qué os digo… ¿Quién sabe? Tal vez este sea el hombre de mi vida —dijo queriendo sonar desenfadada.

—Pues nada, ya sabes lo que dice el refrán: amor con mesura que es lo bueno y lo que dura —dijo Puerto.

—Lo tendré en cuenta, refranera —contestó Teresa.

Alicia, que había estado callada, intervino después de unos segundos de silencio.

—Que digo yo que… me los podías presentar al menos a mí. Trabajamos juntos y me interesa bastante Mattia, le tengo echado el ojo desde el año pasado, pero nunca me coincide ni saludarle. ¿Por qué no quedamos un día todos juntos, qué te parece, Puerto? El otro, que se llama Andrea, por cierto, estaría muy bien para ti.

—Mira esta, ahora resulta que voy a tener que cargar yo con las sobras. Todavía estoy de buen ver. Vamos, que estoy para escoger, no para que me escojan, bonita —contestó Puerto molesta.

—Chica, que no lo digo con mala idea, todo lo contrario. Pero ¿tú los has visto bien? —respondió Alicia.

—¡Tú, chavala, estás en Babia, eh! ¡Pero si es lo primero que he dicho! —exclamó Puerto.

Teresa apenas atendía a la conversación de sus amigas, seguía pensando en Robert. Puerto continuó:

—Vamos a ver, hijuca, ¡no te enteras de una! Estos dos pájaros ya tienen jaula. No seré yo la que vaya a caer en los brazos de semejantes para que luego te prometan y después, ya sabes…, una vez metido, nada de lo prometido. Con esta menda no cuentes.

Además, tienen muchos más años que nosotras. Estos peces tienen muchas escamas, están ya muy aleccionados. ¡Déjate de líos!

—¿Qué me dices? Ni idea tenía. Pues nada, como tú dirías, agua que no has de beber déjala correr —coincidió Alicia.

—¡Lo que me faltaba, si no tengo bastante con los refranes de Puerto, ahora también tú! Un día de estos os mando al carajo a las dos —dijo Teresa.

Robert volvió junto a sus amigos, que, perplejos, esperaban al muchacho.

No se atrevieron a preguntar de qué habían hablado, entendían que era algo privado, pero no podían dejar pasar la ocasión de saber, aunque solo fuera un poco.

—Pues nada. Que digo yo que nos podías haber presentado a las amigas —dijo Mattia.

—Pero ¿vosotros no estáis casados? Además, no las conozco —contestó Robert.

—Vamos a ver, amigo mío, casados casados no es que estemos, arrimados más bien, pero somos humanos y unos dulces como esos no se pueden dejar pasar —explicó Andrea entre risas.

—Pues que sepáis que de alguna manera intentaré que se enteren de que tenéis pareja antes de que las seduzcáis. Parecen buenas chicas, no me apetece que juguéis con ellas. Además, no quiero ser cómplice de estas cosas —dejó claro Robert.

Los tres continuaron su camino, ya era tarde y, si no llegaban a la hora al hostal, doña Sole no les daría de cenar.

8

A la mañana siguiente Teresa llegó temprano a su puesto de trabajo.

Había progresado bastante gracias a las explicaciones y el adiestramiento de Carmen.

Aprendió a sobar las anchoas con destreza. Sentada en una silla de madera, pasaba horas escuchando las conversaciones de sus compañeras, riendo con las ocurrencias de alguna de ellas y en ocasiones entonando alguna que otra canción mientras trabajaban.

Limpiaba cada uno de los filetes con sumo cuidado, quitaba las espinas despacio y ojeaba el producto para no dejar ni una. Cada uno de ellos quedaba perfecto, no solo por la parte de la piel, sino también debía prestar muchísima atención a todas las pequeñas espinas que, si permanecían clavadas en las sabrosas tiras, restarían calidad al producto.

Carmen se acercó a ella por detrás y, con cariño, le puso las manos sobre los hombros.

—¡Ya estás hecha una experta! No sabes la alegría que me da verte aquí sentada. Eres tan diferente a las demás, siempre concentrada, sin levantar los ojos de los filetes. Aunque una cosa te digo, tampoco hace falta que estés a destajo, de vez en cuando puedes levantarte. ¿Quieres que te cambie de sitio? Noto que tienes los hombros muy cargados.

—No, qué va. Aquí estoy de maravilla, me encanta lo que hago. De momento, si no dice otra cosa, prefiero quedarme aquí. Sí que, más adelante, no me importaría estar en el envasado, aunque solo sea por probar —contestó Teresa.

—Por cierto, ¿qué tal está la Nieves? Un día por otro no te he preguntado por ella.

—Está muy bien, contenta. Desde el lunes ya no baja a coser redes. Eso ya se terminó para ella. Mi tío Andrés me ayudó a convencerla y al final lo hemos conseguido.

—¡Cuánto me alegro! —contestó Carmen—. Ya daría yo algo por poder quedarme en casa, pero me tocó lo que me tocó y no me queda otra que trabajar, y a este paso hasta que no pueda ni con la vida. También es cierto que andar en las redes es un trabajo duro, todo el día sentado allí, con la humedad que hay que se cuela hasta los tuétanos. Eso es para las jóvenes, bueno, mejor dicho, para las mujeres, que lo damos todo siempre. Y, además, ya sabes, si no cosemos nosotras esas redes, no hay pesca, pero tampoco creas que se valora lo suficiente, ¡como todo lo que hacemos nosotras!

»El trabajo de las mujeres parece que no lo es, ¡y mira que nos deslomamos! Habéis hecho muy bien, hija, no tenemos años ya nosotras para esos menesteres. Me alegro mucho, bastante ha trabajado esa mujer en esta vida, ahora le toca pasear por el pasaje y tomar el sol en un banco cuando le venga en gana.

La mujer guardó silencio durante un instante mientras observaba la labor de la chica. Se colocó delante de la mesa y mirándola a los ojos le hizo una nueva pregunta:

—¿Y a ti, Teresa, entonces qué te pasa? Porque días atrás te he notado tristona. Aunque, a ver, déjame mirar esos ojazos tan bonitos

que tienes. Parece que brillan, chiquilla.

—¿A mí? Qué va, para nada, Carmen. Estoy bien —respondió Teresa.

—Bueno, eso es lo que dices, y yo no soy nadie para no creerlo. Pero te noto ojos de enamorada. Y no hablo por hablar, niña, que esas cosas se notan. Esto es muy pequeño, y a estas orejas llega todo. —Carmen calló un instante y luego continuó—: Te voy a decir una cosa, porque no quiero que te pase lo mismo que a tu abuela. No te juntes con un hombre de estos que vienen a hacer la temporada y luego se largan, que tú vales mucho. Cuánto sufrió la Nieves durante ese tiempo. Pero algunos hombres no merecen nada. ¿Tú sabes por qué hay tantos peces en el mar? Pues para que cojamos el que nos dé la gana y, sobre todo, el que más nos convenga, y no el que quiera entrar en el cerco. —Carmen sonrió y dejó a la muchacha, que, mirándola con gesto serio, asintió con la cabeza ante las palabras de la mujer.

Teresa pasó el resto de la mañana distraída pensando en lo que Carmen le había contado sobre su abuela. No entendía qué quiso decir, tal vez se refería a la muerte de su abuelo o quizá a quedarse huérfana tan joven, pero no tenía pinta de ser eso. Debía de tratarse de otra cosa, algo distinto, pero jamás había escuchado en su casa ningún comentario sobre algún acontecimiento que le hubiera pasado.

La joven estaba absorta en sus pensamientos mientras trabajaba. La jornada estaba a punto de terminar, pero no notaba el cansancio ni la humedad ni la aspereza de las manos, que, como siempre, terminaban enrojecidas y con restos de sal.

Ella estaba contenta, era una sensación que nunca había notado. En otras ocasiones que se sentía feliz podía ser por algún suceso cercano o por algo que haría con sus amigas, pero esto era distinto.

Notaba su estómago inquieto, como si tuviera algo dentro moviéndose continuamente, pero no le molestaba, todo lo contrario. Además, se le había quedado la sonrisa en la cara, al menos eso le habían dicho en un buen número de ocasiones sus amigas y conocidas cuando se cruzaban con ella.

Todas esas cosas le sucedían desde su encuentro con Robert el día anterior. Además de eso que notaba, estaban sus pensamientos, que constantemente giraban en torno al muchacho; ese mozo de ojos verdes y pelo claro, alto, delgado en exceso, pero con un porte elegante, y con ese acento en el habla tan distinto al de ella que le resultaba curioso y atractivo a la vez, y, por último, esa sonrisa que pedía a gritos mudos un beso. Todo ello no era capaz de quitárselo de la cabeza. Se imaginaba junto a él dando largos paseos, sintiendo el roce de sus manos e incluso sus besos tímidos, que se acompañaban de palabras bonitas llenas de amor.

Aunque, por otra parte, no daba crédito a todo ello y le embargaba la duda. ¿Y si a él no le gustaba ella? ¿Y si solo quería pasar un rato? ¿Cómo podía ser que se hubiera enamorado de un chico al que solo había visto un par de veces? Eso solo pasaba en las novelas de Corín Tellado que Puerto le dejaba de vez en cuando.

—¡Vamos, niña, que es la hora! ¿No ves que ya las compañeras están recogiendo? —le gritó desde la puerta Carmen.

Teresa guardó sus útiles deprisa. Se le había ido el santo al cielo, como le habría dicho Puerto. En un momento dejó la mesa limpia y dispuesta para el día siguiente.

Cuando llegó al vestuario, sus compañeras ya estaban saliendo. Se aseó lo justo, se quitó la bata y el delantal, y, después de desatar la lazada de su cofia, se soltó el pelo y lo cepilló un rato. Se humedeció los labios y se pellizcó con cuidado las mejillas para que subiera un poco el tono de su blanca piel.

Apoyado sobre la pared del edificio de enfrente de La Siciliana mientras esperaba a que saliera Teresa, Robert fumaba un pitillo.

Llevaba un buen rato y por un momento pensó que quizá había llegado tarde o que por algún motivo la muchacha no había acudido a trabajar.

El joven no quitaba la vista de la entrada a la conservera. Vio cómo salieron dos chicas y tras ellas alguien cerró la puerta desde dentro.

«¿Y Teresa? Qué raro», pensó sin perder de vista la salida. No se resignó y decidió esperar un poco más.

Tiró la colilla al suelo y, mientras miraba cómo terminaba de consumirse, la pisó para que se apagara por completo.

El sonido chirriante de la puerta hizo que de nuevo levantara la cabeza, pero en esta ocasión tampoco se trataba de la chica.

Para su sorpresa, quien salía en ese momento en compañía de otro hombre era su padre, y justo cuando la puerta iba a volverse a cerrar el rostro alegre y fresco de Teresa apareció ante él.

Tommaso esperó un instante a que llegara su coche. Al girar la cabeza vio que ya se asomaba por la esquina. Caminó despacio hasta donde Federico, su chófer, había parado, a una distancia

insignificante de donde se encontraba. Se acercó hasta el auto. Federico bajó deprisa para abrir la puerta trasera.

Robert se escondió tras unos trastos que había cerca y observó desde la distancia procurando no ser visto. Su padre le había comentado que en caso de verse debía hacer como que no se conocían, pero si le veía a la puerta de La Siciliana seguramente le preguntaría qué hacía allí y, si por casualidad estaba con Teresa, le pediría explicaciones que no estaba dispuesto a dar de momento.

Con un poco de suerte, Federico no le había visto, y si lo había hecho, esperaba que no le dijera nada a su padre.

Robert vio cómo Teresa salía de la fábrica. En ese momento, Tommaso la llamó con un despectivo «¡Eh, tú, chica!». Ella se acercó y comenzaron a hablar. Robert no podía escuchar lo que decían, pero notó violenta a la joven y apreció que su cara se había enrojecido.

Teresa estuvo un momento inerte junto al coche escuchando lo que Tommaso le decía. Fue solo un instante; después, con la cabeza gacha y acalorada, continuó caminando con más premura de lo normal. Robert fue tras ella. Enfiló la calle Ribera y al doblar hacia la plaza de Abasto, cuando estaba a punto de alcanzarla, vio a una mujer mayor que la esperaba. Después, ambas se pusieron a charlar con una vendedora del lugar. Teresa miró por encima de su hombro por casualidad y se topó con los ojos claros de Robert. Ella le sonrió y se acercó a él dejando de lado a las otras dos.

El joven se puso nervioso, como siempre que la sentía cerca.

—Hola —saludó Teresa.

—Hola, he ido a buscarte, pero vi que hablabas con alguien y luego salías corriendo. Aunque esté feo decirlo, me he venido detrás

de ti por si te pasaba algo.

—Sí, mucho has corrido, pero, si no es por la amiga de mi abuela, me voy y no me dices ni mu —contestó la chica con una sonrisa.

—Pues sí, tienes razón, pero no quería echar a correr tras de ti, alguien podía pensar que quería hacerte daño. Y luego, al ver que te reunías con esa señora, no me he atrevido a acercarme.

Teresa se volvió hacia el lugar donde había dejado a su abuela y vio que estaba despidiéndose de su amiga.

—Ya lo siento, pero tengo que irme. Es mi abuela y ha salido a mi encuentro, no puedo dejarla plantada —le dijo Teresa.

—Sí, sí, lo entiendo, faltaría más. Pero… espera un momento, mujer. ¿Qué te parece si salimos el domingo?

A la chica se le iluminó la cara, imposible decir que no a la invitación.

—Vale, pues quedamos en el bar Colón a las cinco, ¿te va bien? —respondió ella.

—Me va como anillo al dedo. Allí estaré a las cuatro, por si te animas y quieres venir antes.

Robert estaba feliz.

9

Barcelona estaba desierta como cada verano.

Los conocidos y amigos de Eulalia durante los meses de julio y agosto acudían a sus residencias veraniegas. Pero a ella no le importó seguir en la capital.

No le habían faltado invitaciones de sus amistades para que los acompañara, pero Eulalia las rehusó todas, prefería seguir con sus asuntos y además albergaba la idea de que quizá su marido la reclamara en Santoña.

A pesar de la estampida vacacional, siempre quedaba alguien que por un motivo u otro permanecía en la Ciudad Condal durante los meses estivales.

Sus idas y venidas apenas tenían importancia, pero la ayudaban a pasar las jornadas en la ciudad: reuniones con amigas, días de compras, tiempo de misa y rosarios y el último de sus caprichos: sus clases de pintura.

No era habitual que, durante el mes de agosto, alguien diera clases de pintura, pero el profesor al que había elegido, según le había dicho él mismo, tenía que preparar una exposición para octubre y el tiempo corría en su contra. Por ese motivo decidió aplazar sus días de descanso y seguir con su vida normal.

El calor era sofocante y Eulalia había estado hablando con su marido para ir a pasar unos días a la casa de Santoña, pero Tommaso le había puesto demasiadas excusas, tantas que era más que evidente que no quería que apareciera por el pueblo. Ella insistía, pero su esposo, una y otra vez, se mostraba contrario a su visita.

La mujer se había dado cuenta y le había contestado con mal tono al final de la última conversación que mantuvieron, y decidió no volver a coger el teléfono.

Tommaso había vuelto a llamar en varias ocasiones a casa, pero Catalina acató la orden que su señora le había dado:

—Si llama el señor, conteste siempre lo mismo: «La señora no está en casa en este momento».

Aunque a Eulalia le había dolido mucho la actitud de su marido, ella sabía que tanta negativa era en realidad para que no viera a su hijo.

Ese afán que tenía Tommaso por separarla del muchacho venía desde que era niño, cuando le insistía una y otra vez para que no le mimara tanto, porque, según decía, estaba haciendo de él un hombre flojo, un pelele.

Eulalia se sentía sola y un tanto desolada, pero intentaba disimularlo ante la gente. Se cansó de asistir a eventos, teatros y reuniones. En definitiva, ya no sabía qué hacer. Sus verdaderas amigas estaban ausentes, y las que se quedaron eran muy mayores y, más que amigas suyas, eran conocidas de su madre, mujeres con las que poco o nada tenía que hablar.

Las clases de pintura las empezó con ganas, como siempre que comenzaba una nueva actividad, pero le duró poco. Se cansó de

tanto pincel y tanta paleta; además, era un desastre como pintora, no era capaz de hacer unos trazos en condiciones que dieran lugar a algo parecido a una imagen.

Su profesor la animaba a seguir, pero ella ya estaba aburrida. Lo cierto era que siempre había sido un poco antojadiza, se ilusionaba con algo y lo abandonaba pronto. Esa actitud la arrastraba desde niña; una hija única consentida y mimada que jamás recibió un «no» por respuesta.

Una tarde sentada frente a un lienzo en blanco, lo miraba sin saber muy bien por dónde empezar. Posó sobre la paleta el pincel y se fijó en Bernat, su profesor. El hombre instruía a otro de los alumnos.

Era un tipo apuesto. Tenía un bigote escueto y el pelo corto, un corte limpio, perfectamente estructurado para lograr un estilo muy estricto y riguroso. En la parte superior de la cabeza, el cabello estaba cortado al raso y la nuca la llevaba rapada por completo.

Nunca se había fijado en él de aquella manera. Sí que, al conocerle, le llamó la atención lo atractivo que era y sobre todo lo atento y dispuesto que se mostró con ella, pero fue en ese momento cuando comenzó a mirarle de otra manera.

Eulalia dejó de observar el blanco de aquella tela y centró su atención en la conversación que mantenía el profesor con uno de sus compañeros. No lo hizo para enterarse de lo que hablaban, sino para escuchar su voz. Le pareció muy grave y varonil. Seguramente su laringe era más grande de lo normal, por lo que sus cuerdas vocales tenían mayor longitud y volumen, y ese debía de ser el motivo que provocaba un sonido grave al vibrar.

Luego se fijó en sus manos; eran largas, finas y cuidadas. Las movía con soltura y armonía. Señalaba las diferentes partes del lienzo que comentaba con delicadeza. El lenguaje no verbal de las mismas era claro y gentil.

La sensación de ser observado por alguien hizo que Bernat se volviera y la mirara. Con un gesto, le indicó que pronto estaría con ella y le dedicó una sonrisa.

Eulalia se sonrojó, hacía mucho que nada la ponía colorada. Había pecado de indiscreta, aunque esa no había sido su intención.

Recogió sus cosas y se despidió sin dar más explicaciones. Bernat, al ver que se disponía a salir del aula, intentó que se quedara. «Al menos un rato», le sugirió. Era su cumpleaños y había traído un poco de vino para festejar, pero Eulalia se excusó y se fue. Estaba avergonzada por su comportamiento. ¿Qué pensaría aquel hombre de ella después de haber estado observándole durante toda la clase?

Cuando Catalina se disponía a abrir la puerta de casa, el teléfono sonó. Eulalia entró sin saludar apenas, estaba enfadada por los modales que había tenido con Bernat. Le dijo a su asistenta que ya contestaba ella.

—*Digui'm*.

Al otro lado del aparato se hizo el silencio y Eulalia insistió.

—Dígame, ¿quién llama?

—*Bona tarda*, pregunto por doña Eulalia Bartomeu.

—Sí, soy yo. ¿Quién pregunta?

Eulalia identificó al momento el sonido de aquella voz, pero no quiso reconocerlo, pensó que debía de estar equivocada.

—Soy Bernat, me quedé preocupado por cómo se fue usted. ¿Ha pasado algo? ¿Se encuentra bien?

—Muy buenas, Bernat, gracias, estoy bien. No se inquiete por mí. Solo ha sido un dolor de cabeza repentino, pero con el paseo se me ha pasado ya. *Moltes gràcies*, Bernat.

—Me preguntaba, si me permite el atrevimiento, si le gustaría que mañana tomáramos un café. Durante las clases apenas tenemos ocasión de hablar y considero que es importante que alumna y profesor se comuniquen. Así me resultaría más fácil saber cuáles son sus inquietudes pictóricas.

Eulalia se sorprendió con la invitación, pero le agradó el ofrecimiento.

—Pues… déjeme un momento que voy a revisar mi agenda. Estos días estoy un poco ocupada —contestó Eulalia con tono sereno y haciéndose la interesante.

—Sí, por supuesto. No quiero interferir en sus asuntos. Esto no es nada importante. Si no puede, no hay inconveniente en quedar otro día. Cuando a usted le venga bien —añadió Bernat.

—Bien, pues afortunadamente mañana es un día tranquilo. Sí. Podemos quedar.

—¡Cómo me alegra escuchar esa respuesta! Aunque estaba pensando que, ya que es un día tranquilo, quizá deberíamos aprovechar para comer, así podemos hablar con más tranquilidad —dijo Bernat.

Eulalia guardó silencio un momento. En un principio le pareció atrevida la invitación, pero pronto cambió de idea.

—Me parece estupendo, Bernat. ¿Por qué no?

—Fantástico. ¿Le parece bien en el 7 Portes? Quizá no lo conozca, está en los pórticos de la Casa Xifré.

—Sí, sí. Lo conozco muy bien. Solía ir con mi padre a comer buñuelos de bacalao, le encantaban —contestó Eulalia.

—Pues allí nos encontraremos. ¿A las dos de la tarde le va bien?

—Muy buena hora. Allí estaré. *Bona tarda*, Bernat.

—*Adéu*, Eulalia.

La mujer colgó despacio y pensativa el auricular.

Se quitó los guantes con cuidado y después se arregló el pelo. Tomó el bolso que había posado sobre la mesita y se dispuso a salir de la sala, pero de nuevo el teléfono sonó.

Eulalia corrió a contestar, pensó que sería Bernat, algo se le habría olvidado decirle.

—*Digui'm* —habló con un tono dulce.

—¡Vaya! ¡Por fin apareció la señora! Ya pensaba que habías puesto rumbo a América en uno de estos transatlánticos que llegan a Barcelona.

Eulalia se enervó al escuchar la voz de Tommaso. No esperaba que fuera él, y justo en ese momento menos aún.

—¿Qué quieres, Tommaso? Tengo prisa. Estaba saliendo por la puerta, te repito que tengo prisa, abrevia. Voy a una misa de alma de la difunta madre de mi amiga Mariona.

—No te preocupes, mujer, no te molestaré mucho. Hay una urgencia y es necesario que vayas a Tarrasa, a la fábrica. Hay algún problema con las trabajadoras y a mí me es imposible desplazarme en este momento, estamos en plena costera. Debes ir y hablar con Carles Soler. Él te dará cuenta de lo que pasa. Luego me llamas desde allí y me informas. Después ya te diré qué debes hacer.

—¡A sus órdenes! ¡Faltaría más! —Durante un momento guardó silencio e intentó calmarse—. Pues… me parece estupenda esta encomienda. Resulta que jamás me has dejado intervenir, ni tan siquiera pisar mi empresa, y ahora el señorito considera que es urgentísimo que me plante allí. ¿Y eso, a qué viene en este momento? Y seguro que pretendes que vaya ahora mismo, en este instante y a toda velocidad, por supuesto, ¿no es así? —Tommaso quiso contestar, pero ella no le dejó—. Pues que sepas que yo no soy ninguno de esos empleados tuyos que corren cada vez que abres la boca. No tengo tiempo para hacer recaditos, te he dicho que estoy muy ocupada.

—¡Eulalia! —gritó Tommaso—. Haz el favor y déjate de tonterías, que no estoy para historias en este momento. Ahora no es necesario que me des una de tus charlas, de las que por cierto me estoy empezando a cansar. Harás lo que te diga porque soy tu marido. —Se hizo el silencio un instante. Tommaso esperaba que su mujer contestara, pero Eulalia se mantuvo callada. El hombre continuó—: No hace falta que vayas ahora mismo, pero el lunes debes hacerlo sin falta. Las trabajadoras quieren hablar con los dueños, como yo no puedo asistir, tendrás que hacerlo tú. De no ser por eso, no me hubiera molestado en decirte que fueras, pero en este caso son ellos los que nos reclaman y amenazan con hacer una huelga si no aparecemos. Espero por lo tanto que vayas. ¡Sin falta!

Eulalia estaba muy irritada, no soportaba ese tono, el modo en el que le daba órdenes. Llevaba años aguantando su actitud y su prepotencia, y ya estaba cansada. Respiró hondo y contestó:

—Pues… me temo que no va a poder ser. Para el lunes tengo planes y son inamovibles, querido —contestó con templanza la

mujer.

—¡Me estás empezando a cansar con tus idioteces! ¡Eres peor que una niña! Para una vez en veinticinco años que tienes que hacer algo resulta que no puedes o, mejor dicho, no quieres. Espero que hagas lo que te pido. Repito, el lunes sin falta. Después de todo, y como tú bien has indicado en múltiples ocasiones, ¡es tu negocio! Me lo has dicho mil veces a lo largo de estos años. Por lo tanto, espero que estés a la altura y cumplas con la obligación de atender lo que es tuyo. Yo aquí tengo muchísimo que hacer. Me es imposible viajar —dispuso con arrogancia Tommaso.

—¿Sabes te digo, queridísimo marido? Que, si hubieras dejado aquí a mi hijo, no tendríamos ahora este problema. Pero no, tuvo que ir a la conservera, cuando lo que de verdad es productivo y nos da dinero es la fábrica de Tarrasa. Pero claro, eso a ti no te ha importado nunca. —Eulalia iba subiendo el tono.

—¡No vuelvas a sacar el tema del chico! Déjale tranquilo. No quiero que le cuentes ni una palabra de lo que te estoy diciendo —contestó Tommaso.

—Le diré lo que me parezca. Solo me faltaba no poder hablar con mi hijo.

—¡Bueno, Eulalia!, tengamos la fiesta en paz. Espero tu llamada el lunes.

Tommaso no dejó que la mujer respondiera y colgó el teléfono. Eulalia se enfureció y salió de la sala dando gritos y maldiciendo los modos y el trato de su esposo.

Ella no tenía ni idea de ese negocio y lo poco que conocía sobre la textil era lo que había escuchado a su padre en ocasiones, cuando mantenía alguna que otra conversación con algún cliente o con sus

amigos, o durante las cenas que se celebraban en casa. No era capaz de distinguir los tejidos y mucho menos conocía el sistema de producción.

Sus palabras habían sido: «¡Es tu negocio! Me lo has dicho mil veces a lo largo de estos años. Por lo tanto, espero que estés a la altura y cumplas con la obligación de atender lo que es tuyo».

Eulalia estaba muy molesta y se sintió ofendida. Si ella no se había ocupado nunca había sido porque Tommaso no lo había permitido y, cuando lo intentó, le había faltado poco para decirle, con otras palabras, que era una inútil que solo servía para estar de charla con sus amigas e ir de compras.

Pero, si iba a dar ese paso, una cosa tenía clara: de ahora en adelante se haría cargo de su empresa, para algo era el legado de su padre.

Llamó a Catalina a voces y le pidió que le preparara el vestido rojo, el que había comprado hacía unos días. También debía disponer unos zapatos acordes al modelo y el bolso de Chanel que precisamente su esposo le había regalado en su último aniversario y que aún no había estrenado.

Pero parecía que aquel día el teléfono no quería parar de sonar y de nuevo el timbre del aparato rompió el silencio en la casa de los Venetto Bartomeu.

—Si es para mí, no estoy. Seguro que será mi marido de nuevo. Ya he tenido bastante con que me cuelgue el teléfono una vez —gritó Eulalia desde su habitación.

Catalina contestó la llamada en esta ocasión. La voz que se escuchó al otro lado del aparato era la de Robert. La mujer estuvo hablando con él un rato, interesándose por cómo estaba, si comía, si

estaba muy cansado, si se sentía solo, esas cosas que solo una *mainadera* podía preguntar para interesarse por el niño que había criado.

La señora entró en la sala después de que la mujer la advirtiera a voces que la llamada era de su hijo.

Robert repitió una y otra vez que estaba bien, que le trataban de maravilla, que no le faltaba de nada y que además estaba muy contento porque había conocido a la chica más guapa del mundo. Y añadió que iba a ser su futura esposa.

Doña Eulalia se desternilló con la ocurrencia del muchacho y este le volvió a decir en tono serio que se fuera haciendo a la idea de que sería así y que no tenía la más mínima intención de acatar ninguna orden de su padre ni de ella en relación con la mujer que muy pronto sería su prometida.

Cuando su hijo le preguntó qué tal estaba ella, Eulalia no quiso decir nada de la conversación que solo hacía unos minutos había tenido con su padre y contestó, sin darle mayor importancia, que estaba entretenida, ajetreada y muy bien de salud, aunque muy sofocada por el calor tan horroroso que hacía en Barcelona.

La conversación no tuvo más recorrido. Eulalia no tenía muchas ganas de hablar y, aunque agradecía la llamada del chico, su humor en ese momento no era el mejor. Colgaron después de enviarse un montón de besos y de desearse una buena noche.

10

Para Teresa los días trascurrieron lentos, casi interminables. Dormía con los puños apretados para que la noche pasara rápido, tal y como le decía su madre cuando al día siguiente había algún acontecimiento que le hacía especial ilusión.

Había estado distraída en el trabajo y poco habladora, no prestaba mucha atención a los comentarios de su abuela y comía poco. Pero sus ojos resplandecían y llevaba puesta una sonrisa constante de la que todos se habían dado cuenta. La primera, Nieves.

La mujer, una noche durante la cena, le preguntó si estaba enamorada, así, directamente, y ella no se lo negó, pero no quiso contestar a más preguntas de su abuela. No le dijo de quién se trataba y mucho menos su nombre. Solo comentó: «Cuando sea el momento, va a ser la primera en enterarse, abuela».

Muchos días Robert acudió a buscar a la chica. Conversaban durante horas sin darse cuenta de que el tiempo pasaba.

Caminaban por el pasaje, se sentaban a comer pipas, disfrutaban de un helado y después tomaban algo antes de despedirse. Robert la acompañaba hasta la esquina de su casa. Teresa no quería que las vecinas la vieran llegar con él para evitar comentarios, y así aprovechaban las zonas oscuras que había antes de llegar para despedirse con un beso, que con el paso de los días se había ido

convirtiendo en dos, tres o los que hicieran falta. Robert acompañaba los mismos de palabras dulces que sonaban en los oídos de Teresa como la más bonita de las habaneras que jamás había escuchado.

Aquel día de fiesta era especial. Habían quedado de una manera más formal, o al menos eso le parecía a Teresa.

La muchacha se levantó temprano, abrió la ventana de su habitación y vio un cielo plomizo, pero para ella el sol resplandecía y le cegaba los ojos.

A lo largo de aquella mañana miró el reloj un montón de veces, tantas que en alguna de ellas no se fijó ni en lo que las manecillas marcaban.

Después de asearse, salió con su abuela a misa de doce, pero volvieron rápido y comieron pronto. Ella quería prepararse tranquila, y su abuela, descansar.

Teresa entró en su habitación, miró un momento por la ventana y observó que se abrían claros, lo cual agradeció. Tenía decidida la ropa que iba a ponerse desde hacía días, pero, si el tiempo no era propicio, tendría que cambiar el vestuario. «El norte es lo que tiene —pensó—. Puede ser agosto, pero, si el nordeste asoma, uno se pela de frío».

Abrió las puertas del armario y sacó el vestido que había rematado la noche anterior y que había planchado con sumo cuidado. Tomó la percha de madera que lo sujetaba y volvió a mirarlo. Le había quedado precioso.

Lo colgó de la lámpara y pasó con delicadeza sus manos para quitar alguna pequeña arruga que se hubiera podido crear.

Pensó mientras lo miraba que había merecido la pena el precio de aquella tela que había comprado donde Antonio de la Lastra. Ella misma lo había diseñado y cosido con destreza y cariño a pesar de lo poco que sabía. Se había guiado por las instrucciones que le había dado Camino, una amiga de la infancia y hoy costurera, que no se cansaba de decirle que fuera a trabajar con ella y dejara de una vez por todas la conservera, pero ella no se terminaba de animar.

El trabajo cosiendo redes no le había gustado mucho y por eso cambió. Ahora estaba contenta con lo que hacía, le agradaba el ambiente y disfrutaba con la labor. Además, no era lo mismo hacer un vestido a su gusto, para ella, que coser para las señoras y atender sus encargos. Pensaba que debía gustarte mucho para hacerlo bien, y no era el caso.

La prenda que había confeccionado era de color azul cobalto con lunares blancos. El cuello en forma de barco le sentaba estupendo; dejaba ver parte de sus jóvenes y bien formados hombros. La manga casi llegaba hasta el codo, no era ni corta ni la llamada francesa, lucía estrecha pero cómoda. Se ajustaba a su cintura con una cinta del mismo tono azul pero lisa y se adornaba con una flor hecha con la tela de lunares. Bajo el vestido, llevaba un cancán blanco que hacía que la falda estuviera armada, lo justo para que su pequeña cintura fuera la protagonista.

Sobre la cama tenía colocado todo aquello que necesitaría: un pequeño bolso negro con solapa adornada con un pájaro dorado que había sido de su madre, pero estaba como nuevo gracias a los cuidados que ella le había dado, y los pendientes de oro con una piedra turmalina que fueron un regalo de su padre fallecido; aún estaban dentro de la pequeña cajita roja, la misma en la que los

recibió. Tomó uno de ellos con cuidado y volvió a mirarlo. Como si nunca lo hubiera visto, se acercó al espejo y lo sobrepuso sobre el óvalo de su oreja, girando la cabeza para observar cómo se movía a la vez que lo hacía su testa. Con delicadeza, lo dejó de nuevo sobre el terciopelo negro del interior de la caja.

Los zapatos de tacón oscuros, igual que el bolso, cerraban a un lado de su empeine con una pequeña correa que se sujetaba con una hebilla dorada. Los tomó en las manos y admiró cómo relucían más que lustrosos. Con cuidado, quitó una pequeña mota de polvo con uno de los dedos y volvió a posarlos en el suelo.

Se acercó de nuevo al armario y se miró en el espejo de una de sus puertas. Solo llevaba puestas unas bragas de algodón blanco con una pequeña puntilla. Buscó su sostén; con él en las manos, antes de ponérselo, admiró su cuerpo. No podía quejarse, se había convertido en una mujer. Sus pechos no eran demasiado grandes, pero estaban bien dispuestos, tersos e incluso le parecieron arrogantes, lo cual, al coger uno de ellos con su mano, hizo que sonriera.

Sus caderas marcaban la distancia justa con su cintura y sus piernas, largas y delgadas, se apoyaban sobre unos tobillos finos que alargaban aún más las mismas.

Cogió la combinación blanca con encaje que aquella misma semana había comprado y dejó que se deslizara sobre su piel sintiendo el frío del tejido del que estaba hecha. Después tomó con cuidado el vestido y lo acopló a su cuerpo; la cremallera lateral subió con suavidad sin trabarse durante su recorrido.

Dudó un instante si llevar el pelo suelto o recogido, y al final optó por lo segundo. Se peinó con una coleta alta, con el cabello bien

estirado. Así su cara quedaba despejada, dejando ver el brillo y la tersura de su rostro al descubierto. A continuación, se colocó un lazo de raso blanco que combinaba a la perfección con su vestido. Poco más necesitaba que un carmín sobre los labios y una pizca de colorete que le diera brillo a la cara.

Volvió a mirarse y esta vez esbozó una gran sonrisa. Tardó apenas un segundo en ponerse los zapatos, ya que estaba deseando ver cómo lucía todo.

Estaba colocándose el segundo de los arillos sobre el lóbulo izquierdo cuando la puerta de la habitación se abrió de repente.

—¡Madre de Dios, pero qué guapísima estás!

—Eso lo dice usted, abuela, porque me mira con buenos ojos.

—Con buenos ojos te van a mirar hoy todos los mozos del pueblo y de los alrededores, ¡porque estás de dulce, mi niña!

—¿Qué tal los pendientes, abuela?

—Preciosos, esa piedra azul queda perfecta con el color de tus ojos. Por cierto, ¿con quién has quedado? Porque no lo sé —preguntó Nieves.

—¡Todo lo quiere saber, eh! Pero se lo diré. He quedado con un chico muy majo.

—¿Y Samuel? Ya verás como se enfada si se entera.

—¡Vamos a ver, abuela! Pensé que usted ya lo tenía claro. Ni he sido nunca novia de Samuel ni lo voy a ser jamás. Si se enfada, dos males tiene: enfadarse y desenfadarse. ¡A ver si ahora no voy a poder hacer yo lo que me dé la gana con mi vida!

—¡Vale, niña! No te enfades conmigo. Solo lo digo porque no quiero que tengas problemas. De todos modos, no pienses que estoy en Babia y no sé quién te acompaña cada tarde. Lo que pasa

es que la Nieves es muy discreta y no he dicho nada. Aunque podías habérmelo contado tú.

—Imaginaba que lo sabía. No es que quisiera engañarla ni nada por el estilo. Pero, como no estaba muy segura de por dónde iba con este chico, no he querido decirle nada.

—Entonces ¿ya estás segura? ¿Es tu novio?

Teresa no dijo ni una palabra más al respecto, miró a su abuela y con una sonrisa y un gesto de complicidad le contestó.

Nieves salió de la habitación y, mientras su abuela se alejaba, Teresa recogió las cosas que quedaban por medio, sacó el frasco de *eau de toilette* 1905 de Detaille del cajón de su mesita de noche y se perfumó: un poco detrás de las orejas, unas gotas a ambos lados del cuello y por último el interior de sus muñecas. Por si no era suficiente, lo pulverizó sobre su vestimenta dos o tres veces, eso sí, alejándolo lo más posible de la prenda para evitar que le quedaran manchas al vestido.

El frasco era una base de vidrio cuadrada con el tapón y la etiqueta adornados con doraduras finas. Le pareció elegante y además olía muy bien. Sin duda, su amiga Loli había acertado con la elección, a pesar de que la chica le había confesado que lo había comprado más por el frasco que por el contenido. El gasto también había merecido la pena.

Eran casi las cuatro y media de la tarde cuando Robert salió de su habitación. No quería llegar tarde, prefería esperar media hora a que llegara Teresa y tuviera que ser ella quien lo hiciese.

El olor de su perfume dejó huella por el oscuro pasillo de la pensión.

Doña Sole asomó la cabeza por la puerta de la cocina al escuchar los pasos y, al sentir el aroma de la colonia, quería ver quién salía tan perfumado aquella tarde de domingo.

—¡Vaya oloroso que vas hoy, chiquillo! ¿Se puede saber quién es la afortunada? —exclamó la casera.

Robert, que ya había cogido confianza con ella, le contestó:

—No quiera saber más que yo, doña, cada cosa a su tiempo.

—Pues nada, que te cunda, pero ten cuidado, que las mozas de este pueblo son de categoría. No te vayas a pensar que son como las señoritingas de la capital a las que estás acostumbrado, a estas no las tomes el pelo, porque te puede costar cara la broma. —Doña Sole iba hablando mientras le seguía por el pasillo.

—Tranquila, no tengo intención de reírme de nadie. Que tenga buena tarde, doña Sole.

Cerró la puerta sin dar un golpe, pero rápido para evitar que la mujer le siguiera interrogando.

Bajó las escaleras deprisa. Faltaban unos minutos para la hora indicada, pero no quería que Teresa tuviera que esperar. Si alguien debía hacerlo, ese era él, y además no le importaba lo más mínimo.

Una vez en Colón, Robert no sabía ni dónde ni cómo ponerse. Mientras fumaba la vio aparecer. «La mujer más preciosa del mundo», pensó. Tiró el pitillo al suelo y se puso recto. No sabía si meter las manos en los bolsillos de su pantalón blanco o dejarlas caídas. Pero no tuvo tiempo de pensar cómo ponerlas porque Teresa ya estaba frente a él, risueña y preciosa.

El silencio se apoderó de ellos un momento. Ambos estaban inquietos pero a la vez alegres. Fue Teresa quien saludó primero con un escueto y vergonzoso «hola».

—Estás preciosa —contestó Robert. Ella se sonrojó, aunque sabía que no solo lo estaba, sino que lo era.

Caminaron por el pasaje tranquilos mientras charlaban de ellos mismos. Robert se inventó una historia sobre su vida y a medida que iba hablando se iba arrepintiendo de cada una de sus palabras. Era consciente de que, si quería tener una relación seria con Teresa, no estaba nada bien mentir, porque todo lo que le estaba diciendo se podía volver en su contra.

Teresa sin embargo era tal cual. Le habló de su niñez, le recreó dónde se sentaba a esperar a su padre, le enseñó el lugar que ocupaba su abuela en el puerto cosiendo redes, cómo se llamaba el barco donde su padre salía a faenar y todas esas cosas que durante su vida le habían ido dejando huella. De quien más habló fue de su abuela, tanto que Robert ya estaba deseando conocerla.

Él sentía pena por no poder contar de dónde era, cómo era su madre o sobre sus estudios en la universidad y sus amigos, y sobre todo de sus visitas los meses de verano al lugar que ella le mostraba y que él tan bien conocía.

El tiempo se les echó encima, ya habían dado un largo paseo. Sin darse cuenta de por dónde caminaban, de repente Robert se encontró al lado de su casa.

Teresa se paró justo delante de ella y le indicó que aquella era la mansión de don Tommaso, el dueño de La Siciliana.

Robert se puso nervioso y ella lo notó. Trató de no mirar hacia dentro y continuar andando, pero el sonido de unas risas infantiles

que salían del interior le hicieron fijar la atención en el jardín de su casa.

Robert cruzó la carretera y separó con cuidado las ramas de los pinos que hacían de cercado. Teresa le siguió.

—Es Manuel, el niño de Amparo. Ella es la que se encarga de la casa —dijo la chica.

En aquel momento a Robert casi se le escapa preguntar por Anastasio y Fidela, los guardeses de la casa, a quienes conocía. Pero Teresa continuó hablando:

—Antes vivían aquí Anastasio y Fidela. Los conocía muy bien porque Fidela era muy amiga de mi abuela, pero la pobre mujer murió hace un par de años y Anastasio se fue a Santander a vivir con una sobrina. Ya estaban muy mayores. Desde entonces, Amparo se encarga de la casa, vive aquí con su pequeño todo el año. Antes trabajaba en la conservera y… bueno, nada, nada.

—No, no, dime. ¿Qué ibas a decir?

—Nada. Son habladurías, solo faltaba que comenzara yo a contarte chismes. ¿Qué pensarías de mí?

—Pues nada, mujer, estamos charlando, ¿no? Cuenta, anda.

Teresa siguió:

—Verás, las malas lenguas dicen que el pequeño Manuel es hijo de don Tommaso. Resulta que ella primero tenía un puesto en la conservera, como te decía antes, y de repente, de buenas a primeras, comenzó a trabajar en la casa. El caso es que a los pocos meses tenía una barriga prominente, tanto que en unos días dio a luz a Manolito.

»Es una mujer callada, la conozco desde niña, íbamos juntas a la escuela, aunque creo recordar que ella es un poco mayor que yo.

Muchas veces intenté hablar con ella, porque su madre también estaba enferma, pero Amparín, que así la llamábamos, no me hacía ni caso; es más, me miraba con ganas de mandarme a paseo, aunque nunca lo hizo, la verdad. Total, que dejé de tener relación con ella casi sin darme cuenta.

»Un día ya no vino más, nos dijeron que su madre había muerto y ella no volvería a estudiar porque tenía que ocuparse de su padre. Aquello me dio mucha pena, pero, lo que es la vida, solo cinco días después la que se marchó fue mi madre durante la noche mientras todos dormíamos.

Teresa guardó silencio un instante, pero enseguida continuó hablando, cambiando el tono triste con el que se había explicado por uno más alegre y vivaz:

—Ahora, también te digo que, desde que Amparo vive aquí, no han vuelto ni su mujer ni su hijo. Creo que tenía un hijo, eso me parece recordar, Sí, lo tenían, alguna vez le vi en la venta con su padre. Pero a ellos no se les ve el pelo desde hace algunos años, viven en Barcelona. Ella era una señora muy guapa, a esa mujer sí que la recuerdo. Llevaba siempre unos vestidos preciosos, con unas telas ideales, ¡para mí las quisiera! El hijo me parece que tenía unos años más que yo, pero no le recuerdo mucho, la verdad. Pero vamos, que todo esto, te repito, son habladurías, ya sabes cómo es la gente, y más en los pueblos. Yo te cuento lo que dicen, pero… pienso que los chismes están al cabo de la calle en todos los sitios.

Robert se quedó callado. El tono de su piel cambió y se volvió blanquecino. Teresa acababa de decir que ese niño que corría por el jardín de su casa posiblemente era hijo de Tommaso, su padre, y eso significaría que ese pequeño era su hermano. ¡Su hermano!

Teresa notó que el chico estaba algo ido y llamó su atención. Se acercó a él y le cogió con suavidad del brazo.

—Robert, ¿te encuentras bien? Igual hemos paseado demasiado, hace calor y te ha podido afectar el sol, casi todo el rato has llevado en la mano la visera. Ven, vamos a ponernos a la sombra.

—No, no te preocupes, Teresa, estoy bien. Solo me he quedado pensativo un momento.

—Ya, pero… no sé qué he dicho que te haya causado esa sensación.

—Tú nada, mujer. ¿Qué vas a decir? Es que recordé que en mi infancia mis tíos eran guardeses de una casa similar a esta y yo también corría por el jardín cuando los señores no estaban. Un día ocurrió una desgracia y todo aquello acabó. Me ha venido a la mente ese instante, no son gratos recuerdos. Perdóname.

—Vaya, pues ya siento haberte hecho recordar un mal momento. Pero la vida está llena de ratos buenos y malos, y también hay que aceptar estos últimos y saber vivir con ellos, ¿no te parece? —Teresa siguió hablando—: No te creas, mi vida tampoco ha sido fácil. Me quedé sin madre cuando era una niña y mi padre murió pocos años después en un penoso accidente. Falta de mi lado desde hace apenas dos años. Pero aquí estoy, tirando del carro.

»La vida sigue, eso dice mi abuela, que es la mujer más dura que he conocido. Seguro que sufre, pero jamás la he visto llorar, ni tan siquiera cuando murió su hijo, aunque sí la he escuchado muchas veces, una noche tras otra, en silencio, cobijada en la oscuridad de su habitación y lejos de las miradas de otros.

»Bueno, ¡ya está bien de dramas, que es día de fiesta! ¿Qué te parece si nos tomamos algo? El pueblo estará animado hoy, es

domingo. Te aseguro que este es el mejor lugar para pasarlo bien. ¿Vamos?

Robert asintió con la cabeza y continuó andando. Llegaron al lugar de donde habían salido y allí se sentaron en una de las mesas que quedaba libre.

Mientras tomaban un refresco, la conversación no era tan fluida como al principio, se producían instantes de silencio que a Teresa le resultaban incómodos.

La zona de repente se llenó de gritos y risas. Un grupo de muchachos llegó alborotando y pidiendo a voces unos chiquitos. Entre ellos la figura de Samuel se dejó ver. Teresa se puso nerviosa y, antes de que Robert pudiera darse cuenta de la presencia del hombre, le dijo que debía irse a casa, su abuela se iba a preocupar si llegaba muy tarde.

—¿Tan pronto? Me gustaría que cenáramos o que pidamos algo de picar si no te apetece cenar. Además, se me han pasado las horas volando y no estoy muy seguro de que quieras volver a salir conmigo. Perdona este rato, pero me he sentido melancólico y he arruinado la cita.

—No, no digas tonterías. No pasa nada. En cuanto a lo de volver a vernos, por mi parte no hay problema. Eso sí, me tienes que prometer que no te pondrás otra vez mustio y callado.

—Te prometo que no volverá a pasar. ¿De verdad puedo seguir viéndote?

—Claro que sí —contestó la muchacha.

—¿Todos los días? —preguntó Robert mientras sonreía.

Teresa sonrió y movió la cabeza como dando a entender que podía hacer lo que le pareciera.

Robert había recobrado el ánimo y a su cara volvió la misma expresión que al principio de la tarde, cuando se miraban embobados el uno al otro.

Samuel, que los había visto juntos y mirándose de aquella manera, se acercó a ellos sin que ninguno se diera cuenta. A pesar de la insistencia de sus amigos, él se dirigió a su encuentro. Los jóvenes no tuvieron tiempo de reaccionar. Teresa le vio venir de frente y comenzó a recoger su bolso, que había posado sobre la mesa, con la intención de levantarse y marcharse, pero no tuvo tiempo. Con un gesto de ojos le indicó a Robert que mirara hacia atrás.

—¡Vaya, qué sorpresa! Si están aquí los dos pipiolos todo acaramelados. —Samuel guardó silencio un momento mientras miraba a ambos lados de la mesa observando la expresión de la cara de los dos. Luego continuó increpándolos—: Me parece que te había dejado muy claro que Teresa estaba ocupada —dijo Samuel, que apoyando las manos sobre la mesa, se dirigió a Robert en tono desafiante.

Teresa no pudo mantenerse callada y levantándose de la silla le hizo frente.

—¡Samuel, no soy tuya, no soy de nadie! Hago con mi vida lo que me da la gana, ¡y ni tú ni nadie me dice con quién tengo que estar! Te lo he repetido un montón de veces, espero que esta sea la última. No te voy a consentir que vuelvas a molestarme. ¡Que te quede claro!

Samuel se revolvió de rabia y levantó la mano con intención de cruzarle la cara a Teresa, pero Robert agarró su brazo con fuerza y lo retorció de tal manera que hizo que su rodilla tocara el suelo.

—Ya está bien, Samuel, esto no va a ninguna parte. Continúa tu fiesta y déjanos en paz —le dijo.

Samuel se soltó con rabia cuando Robert dejó de apretarle el brazo. Le miró y le señaló amenazante con el dedo índice. Con los ojos llenos de ira, murmuró:

—Nos veremos.

—Vámonos, Robert. No quiero más líos —exclamó Teresa agarrando el brazo del muchacho.

Sabía cómo se las gastaba Samuel. No le importaba nada montar una pelea allí mismo, y eso era algo que ella no iba a consentir.

Robert quiso acompañarla hasta su casa. No podía correr el riesgo de que Samuel la siguiera.

Ella al principio se negó, no le tenía miedo. Le conocía muy bien y sabía cómo controlarle, pero, ante la insistencia del joven, aceptó el ofrecimiento.

Caminaron comentando brevemente lo sucedido. Teresa intentó quitarle hierro al asunto para calmar a Robert, que poco a poco iba poniéndose más nervioso hasta el punto de soltar varios exabruptos que llamaron la atención de la chica. El joven jamás utilizaba aquellas palabras, era tranquilo y comedido, pero el incidente le había sobresaltado en exceso.

Aquel día Teresa dejó que Robert la acompañara hasta su casa. Al llegar al portal, su abuela se asomó por la ventana. La había sentido hablar y la curiosidad pudo más con la mujer que la discreción.

Teresa al verla la saludó y Robert, al notar el gesto, también miró hacia arriba y le envió una sonrisa a Nieves.

Ya en la puerta, Robert cogió la mano de Teresa. Ella le advirtió que su abuela estaba mirando, pero a él no le importó.

—Lo sé, la he visto. Pero, bueno, no creo que a estas alturas de su vida se vaya a asustar si ve que me despido de ti con un beso casto y puro. Me gustaría dártelo, aunque sea en la mejilla, por eso no va a pasar nada, ¿no te parece?

Ella miró de nuevo a la ventana y su abuela ya no estaba, al menos no se la veía desde abajo. Se acercó a Robert y le besó en los labios, solo posando los suyos sobre el chico por un instante, un beso suave y dulce que al muchacho le supo a gloria.

Él la atrajo hacia sí y la besó de una manera más intensa, soltando en ese beso el deseo contenido durante muchos días.

Teresa se dejó llevar y uno detrás de otro los besos iban generando en ellos unas ansias locas de poseerse. Sus mejillas enrojecieron y sus labios ardían de deseo, pero no era el momento ni el lugar. La voz suave de Nieves que reclamaba la atención de Teresa hizo que ambos se separaran y de una manera inconsciente se atusaran la ropa y recompusieran el pelo.

Después se despidió de ella con una sonrisa.

El chico se alejó casi flotando, lleno de alegría. Sin duda era la chica que siempre había soñado. Si ya estaba convencido de que ella era la elegida, ahora tenía la certeza de que sería la mujer de su vida y, por supuesto, su esposa.

Estaba tan contento que durante un buen rato, mientras se dirigía a la pensión, olvidó lo que ella le había contado sobre su padre y esa posible relación que mantenía con aquella mujer.

11

Eulalia puso rumbo a Tarrasa a media mañana del lunes. Durante el trayecto iba absorta en sus pensamientos.

La cita, si se podía llamar así, que había tenido días atrás con Bernat de alguna manera la había llenado de ilusiones.

Su cabeza imaginaba situaciones que podían darse con él y en ocasiones se sonrojaba solo de pensarlo. El calor se adueñó de ella de repente, posiblemente producido por los pensamientos que tenía con aquel joven que había sabido tratarla como una auténtica dama, agasajándola no solo con la palabra, sino también con la conducta, educada y gentil.

Recordaba cómo le había rozado la mano durante la comida en varias ocasiones, siempre de manera discreta y sutil. En sus oídos resonaban sus palabras dulces y sus halagos hacia ella. Desde luego, la había hecho sentir como una mujer deseada, algo que hacía años que no le ocurría.

La indiferencia de Tommaso era más que notable desde hacía mucho tiempo, pero a ella no le había importunado, incluso había pensado que era mejor que no la molestara. Pero con Bernat su instinto sexual había despertado; esa emoción, ese impulso, esa fuerza que nos mueve al encuentro íntimo con otra persona estaba viva en ella, y por momentos sentía la necesidad de compartir

intimidad con él. Toda su piel vibraba solo de pensar en aquel hombre joven que la adulaba y la llenaba de atenciones.

Antes de salir de casa había recibido su llamada, igual que lo había hecho cada día desde que habían comido juntos en el 7 Portes. Sus conversaciones poco a poco eran más íntimas, y el doble sentido comenzaba a hacer acto de presencia en ellas, diciendo sin decir cosas que ambos deseaban.

El chófer le indicó que estaban a punto de llegar a la textil. Eulalia no necesitaba ese aviso, ya que conocía a la perfección aquel camino, lo había hecho muchas veces con su padre, cogida de su mano y escuchando alguna historia que a ella la entretenía.

Se bajó del coche y se dirigió a la entrada.

Antes de pasar, admiró el gran edificio de la fábrica. Su abuelo lo mandó construir a finales del siglo pasado y destacaba por su cornisa, decorada con cerámica, y el estilo modernista de las rejas en las ventanas.

Como siempre, el portón estaba abierto y recibía la entrada de camionetas que salían llenas de telas.

Antes de atravesar la puerta, a su encuentro salió Carles Soler, tal y como su marido le había dicho. Ella le conocía desde hacía años. Era un hombre algo mayor que ella, pero mantenía el mismo porte de antaño. Continuaba siendo apuesto a pesar de que el color de su cabello se había tornado gris casi por completo.

Según se acercaba, le pareció ver a aquel muchacho que supo ganarse el favor de su padre en poco tiempo y con el cual ella había pasado muchas horas.

Carles Soler apartó la visera que cubría su testa antes de entrelazar la mano con la de la señora mientras la saludaba.

Nada se dijeron, pero sus ojos hablaron por ellos. Actuaron como si aquella fuera la primera vez que se veían.

El sonido de las máquinas se hacía sentir desde afuera y le trajo de nuevo recuerdos a Eulalia. Su padre la adentraba en la factoría y cubría con sus manos los oídos de la pequeña hasta que llegaban al despacho; allí el ruido no era tan fuerte.

—Perdona, podemos ir a tu despacho, no te oigo muy bien y necesito estar atenta a tus explicaciones —le indicó Eulalia a Carles Soler.

—Claro que sí, señora. En realidad no tengo despacho, pero, si a usted le parece bien, podemos ocupar el del señor Tommaso.

—Por supuesto que podemos, ¡faltaría más! —contestó Eulalia.

A Eulalia le resultaba difícil tratarle de usted, eran muchas las cosas que habían vivido años atrás y seguía notando aquella cercanía de cuando eran solo unos jóvenes alegres y exentos de problemas.

Carles Soler se sentía incómodo con Eulalia. No estaba acostumbrado a darle cuentas a ninguna otra persona que no fuera don Tommaso, y mucho menos a su mujer. Intentó tratarla con educación, pero las continuas interrupciones de Eulalia le desconcentraban.

Carles Soler enseguida se dio cuenta de que la mujer conservaba el mismo carácter que de niña. Notaba por su porte y manera de hablar que estaba acostumbrada a mandar. Se mostraba firme y serena, con la cabeza alzada y el tono serio para dejar claro cuál era su posición, algo que de alguna manera intimidaba a Carles.

Ella le notaba incómodo, aquella actitud era como un juego para Eulalia, conseguir que el hombre se sintiera así. No lo hacía con

maldad; solo pretendía que se pusiera nervioso ante su presencia, y a las claras veía que su intención estaba dando sus frutos.

En contraste, y a pesar de que prestaba atención a sus explicaciones, a Eulalia se le notaba que no tenía la menor idea de lo que él hablaba e intentaba disimular su ignorancia sobre el tema lo mejor que podía.

Aunque aquella situación le hacía parecer tonta, seguía manteniéndose serena intentando comprender algo de lo que el hombre le contaba. Tendría que plantear alguna pregunta y para eso necesitaba entender al menos parte de aquella conversación.

Eulalia escuchaba el sonido de las palabras con las que Carles Soler intentaba mostrar los datos, pero no se podía decir que las oyera, más bien lo único que hacía era asentir con la cabeza a cada una de las explicaciones.

Comenzaba a atorarse con tanto número y tanta palabrería, y decidió terminar con ello.

—Vamos a ver, Carles, mi marido me ha indicado que hay una serie de problemas importantes con las trabajadoras, y por eso estoy aquí. ¿Te importaría decirme qué pasa con nuestra gente y dejarte de datos y de números, que en este momento no me interesan lo más mínimo?

Carles se puso nervioso. El tono de doña Eulalia era rotundo. Él solo pretendía ponerla al día de los movimientos y los encargos para poder explicar mejor la situación que estaba a punto de producirse con las trabajadoras.

—Disculpe, señora, no era mi intención aburrirla con todo esto, pero consideré necesario hacerlo para ponerla a usted en mi lugar —dijo Carles molesto.

—¡Ya, ya, lo entiendo! Pero ya tendremos tiempo otro día de entrar en estos pormenores.

—¿Pormenores? Creo que es importante, ya que si las trabajadoras se ponen en huelga no será posible cumplir con la producción —contestó Carles Soler.

Eulalia torció el gesto. La respuesta del encargado no le había gustado en absoluto. No solo el hecho de replicar, sino el modo y el tono altivo que había utilizado, como si ella no fuera capaz de entender lo que le estaba explicando.

—Entonces lo que pasa es que se quieren poner en huelga. ¿Y cuál es el motivo? ¿Y qué piden? Si se puede saber, claro está, mi marido me comentó que solo hablarían con alguno de los dueños, y por ese motivo estoy aquí —repitió Eulalia.

—Bueno, son varias las peticiones que hacen. Por un lado, una rebaja en la jornada, por otro, un aumento de sueldo, y luego diferentes asuntos que tienen que ver con la zona de tintorería y tejeduría. También solicitan descansos en las jornadas y mayor seguridad en alguno de los puestos de trabajo —explicó el capataz.

—Está bien, creo que ya tengo bastante con estos datos. Antes de llamar a mi esposo, me gustaría visitar la fábrica —dijo Eulalia.

—Verá, señora, no creo que sea el momento más adecuado. Como le he comentado, las trabajadoras están revueltas y podría usted tener algún altercado —contestó Carles Soler.

—Bueno, ese es un riesgo que debo correr. ¿No te parece? Me gustaría hablar con ellas.

Carles no le llevó la contraria, se había mostrado decidida y de poco iba a servir intentar que cambiara de opinión.

Bajaron las escaleras que daban al taller. Allí el funcionamiento de las máquinas imprimía un sonido constante y fuerte.

Eulalia caminó entre los pasillos mirando con atención lo que tejían las manos de aquellas mujeres a gran velocidad.

No pudo por menos que admirar su destreza, aunque no movió ni un solo músculo de su cara para evitar que se notara su sorpresa. Se atrevió a acercarse a alguna de ellas y preguntarles.

Las trabajadoras la miraban con interés, no sabían quién era esa mujer, pero pronto corrió por todo el taller de quién se trataba.

Una de ellas paró la máquina cuando Eulalia se acercaba y salió a su encuentro, se colocó en medio del pasillo, puso los brazos en jarras y esperó a que llegara a su altura.

—Buenos días, señora, mi nombre es Ángela, trabajo en su fábrica desde hace siete años, tenía catorce cuando comencé. Desde entonces mi salario no ha subido ni una mísera peseta, me duelen los oídos a todas horas, no puedo descansar ni un segundo, paso doce horas al pie de esta máquina y mire mis manos, ajadas por el paso de los hilos. Si quiere, puedo seguir hablando, aunque seguramente a usted no le importa en absoluto lo que nos pase, lo único que quieren es ganar más dinero a cuenta de explotarnos a todos.

Eulalia la miró a la cara y después bajó los ojos hacia la palma de sus manos, que la mujer aún le mostraba. Las cogió con las suyas y mirándola le dijo:

—Ángela, sí que me importa lo que os pasa, te lo aseguro. Voy a intentar que las cosas cambien, pero vosotras debéis tener en cuenta que esto es una empresa y que esta fábrica sin vuestro trabajo no puede continuar. Sé que estáis molestas y cansadas. Os

pido que tengáis un poco de paciencia. Te doy mi palabra de que intentaré por todos los medios corregir la situación en la que os encontráis.

Muchas de las máquinas que había alrededor se habían parado también y sus maquinistas rodearon a su compañera para escuchar lo que aquella mujer decía.

Ángela se dio la vuelta y, alzando la voz, les trasmitió las palabras de Eulalia.

El silencio se hizo por un momento y, solo un instante después, todas comenzaron a murmurar y a continuación a aplaudir.

—De acuerdo, señora, nosotras seguiremos trabajando, pero esperamos que cumpla con su palabra. De lo contrario, en una semana, pararemos las máquinas.

Carles Soler no daba crédito a lo que acababa de ocurrir en el taller. Cuando doña Eulalia se volvió hacia él, lo encontró blanco como la cal de las paredes. Se dio la vuelta y se dirigió a la salida.

El hombre corría tras ella indicándole el lugar por donde debía subir de nuevo al despacho para llamar a su esposo, pero ella le dijo que no era necesario.

Eulalia se subió al coche y le indicó a su chófer que la llevara de vuelta a casa.

Teresa estaba feliz, se sentía emocionada y sus ojos brillaban desde que la luz de la mañana la despertaba hasta que agotada se quedaba dormida. Algo se debía de reflejar en su cara, porque sus compañeras hacían chascarrillos graciosos al respecto y su abuela, que siempre estaba pendiente de ella, continuamente le dejaba caer

comentarios con la sana intención de saber sobre aquel muchacho que cada tarde la acompañaba a casa.

Se acicaló con prisa. La verdad era que necesitaba poco para estar guapa, pero se tomaba su tiempo.

Al salir del vestuario, tropezó con don Tommaso, que iba en dirección a alguna de las salas de envasado. El hombre la miró de arriba abajo. Estaba cerca de ella, demasiado, pensó Teresa.

Tras él iba Isidro. Era más bajo que don Tommaso, pero ella pudo verle cuando asomó la cabeza por un lateral del señor y con un gesto le indicó que dejara paso.

Desde hacía días, cada vez que se encontraba con el dueño de La Siciliana, notaba que su mirada, su gesto hacia ella, era un tanto inquietante. La observaba como con desprecio, como si quisiera decirle algo, pero nunca lo hacía. No sabía el motivo, ella trabajaba como la que más, cumplía con su horario y no era para nada conflictiva.

Atravesó el portón de la nave con una sonrisa en la boca, estaba segura de que frente a la misma estaba Robert esperando. Cruzó la calle y le besó en la mejilla.

—¿Te gustaría ver el atardecer más maravilloso que puedes imaginar? —preguntó Teresa.

—Bueno, el de ayer desde el puerto era un espectáculo, ver cómo se esconde el sol entre barcos fue maravilloso.

—Sí, pero hoy vamos a ver otro muy especial.

—Vaya, si la señorita me quiere sorprender con las bellezas de su tierra, no seré yo quien le quite la ilusión, pero ten claro que, si no me gusta, lo voy a decir. Venga, ¿a dónde me vas a llevar? —contestó Robert.

—¿Estás preparado para el paseo? Te prometo que no te defraudará. Cuando estemos allí, te cuento la historia de ese lugar. Y te diré por qué para mí es el mejor atardecer del mundo.

Caminaron entre risas, bromas y besos, y comentaron cómo les había ido la jornada.

Robert olvidó por completo lo que le preocupaba desde hacía días porque solo tenía oídos para escuchar a esa mujer que paseaba junto a él.

Se acercaron a la playa de San Martín y siguieron por la calle Monte y durante unos veinte minutos anduvieron sin dejar de hablar un solo instante.

Robert sabía a dónde se dirigían, aunque nunca había estado allí, ni tan siquiera de niño; lo había visto siempre desde lejos. En muchas ocasiones le pidió a su madre que le llevara, pero ella una y otra vez alegaba que estaba muy a desmano y se cansaría, que cuando él fuera mayor ya tendría tiempo de acercarse.

Al llegar, Teresa tomó aire y le hizo admirar el paisaje al chico mientras llena de orgullo le mostraba su pueblo.

—¿Qué me dices ahora? ¡Mira qué bonito! Se ve todo desde aquí. No me extraña que Napoleón construyera esto. Sin duda era el mejor sitio para vigilar que nadie entrara en la ciudad. Estamos en el fuerte del Mazo, en las faldas del monte Buciero y con mi bella Santoña a nuestros pies. Dime, ¿te gusta o no? —preguntó Teresa.

—¡Cómo no me va a gustar! Me encanta. No has podido elegir un lugar mejor. ¿Y dices que esto lo hizo Napoleón?

—No lo digo yo, lo dicen porque es verdad, en 1810. Los franceses, durante la guerra de la Independencia, hicieron dos fuertes para la defensa del acceso norte a Santoña: uno era llamado

Imperial o de Napoleón y el otro el del Mazo. El fuerte Imperial era donde tenían las armas, pero lo tiraron para construir el penal del Dueso.

»¡No era nada tonto el Bonaparte! Fíjate, desde aquí dominaba todos los puntos estratégicos al norte y al oeste, así podía evitar cualquier ataque, ya fuera en barco por la playa de Berria o una invasión por tierra.

—Y tú, ¿cómo sabes tanto? Nunca pensé que me podías dar una lección de historia —dijo Robert, que había estado escuchando con atención.

Teresa le miró molesta y no pudo evitar contestar con desagrado y mal talante a su comentario.

—Oye, pero ¿tú qué te crees? ¿Que soy tonta? Es la historia de mi tierra, mi padre me la contó muchas veces, y en la escuela también. Además, he leído sobre ello. Ya sé que soy de pueblo y una simple hija de pescador e hija y nieta de redera, pero eso no quiere decir que no sepa lo que significan las cosas que me rodean.

—No, por favor, no he querido decir eso. Claro que no eres tonta, solo me ha llamado la atención cómo lo explicabas. Ponías tanta pasión en el relato que me has dejado perplejo. Perdona, no ha sido mi intención molestarte —se disculpó Robert.

Teresa no le miró, se quedó con la vista puesta en el paisaje. Posó la chaqueta que llevaba sobre la hierba y se sentó. Robert se puso a su lado. Durante un rato estuvieron en silencio.

El muchacho no sabía ni qué hacer ni qué decir para que a la chica se le pasara el enfado.

No hizo falta ninguna palabra, casi sin darse cuenta el cielo comenzó a cambiar. Apareció de repente el arrebol producido por

esos rayos de sol que iban poco a poco iluminando las nubes y se apoderó del cielo. Primero esos rojos suaves, luego más intensos, que poco a poco se iban mezclando entre ellos a medida que avanzaban los segundos. Ante sus ojos, los rojos se volvían naranjas y violetas vibrantes que surgían de una forma sutil y que se reflejaban con fuerza sobre el mar Cantábrico. Ese mar bravo que tan bien conocía Teresa y que parecía estar poseído de calma y dulzura en esos momentos.

La línea del horizonte quedaba aún más marcada y al fondo, en uno de los lados, el sol, cediendo a la fuerza de la noche, se escondía frente a ellos ofreciendo un espectáculo natural difícil de olvidar.

Robert cogió la mano de Teresa con miedo. Temía que ella le apartara o se volviera de nuevo con un mal gesto, pero no fue así, todo lo contrario.

La chica apoyó la cabeza sobre el hombro de Robert, y él no dejó pasar la oportunidad de recibirla. El joven con sutileza y cariño le acarició el rostro sin dejar de mirarla, luego la sujetó por los hombros atrayéndola hacia él.

Teresa le miró a los ojos e instintivamente sin mediar palabra unieron sus labios en un largo y placentero beso.

Un escalofrío recorrió sus cuerpos, cada vez más juntos. Ambos notaron que el latido de sus corazones se acompasaba y su respiración se agitaba. Robert sintió los labios cálidos de Teresa, que cada vez reclamaban más cariño y atención, y no dejó de besarla. Lo hacía con los ojos abiertos para cerciorarse de que no era un sueño y se trataba realmente de ella, la mujer que más deseaba y de la que estaba enamorado.

Aquel era el mejor momento que habían saboreado en su vida.

Cuando el cielo dejó de mostrar la maravillosa paleta de colores de la que habían disfrutado hacía apenas unos instantes, la noche cayó sobre ellos.

Los jóvenes se besaron con fervor. Entonces el tiempo se detuvo en aquel instante y, entre besos, caricias y susurros al oído, ambos se perdieron durante un rato.

No había prisa, solo calma. Desapareció el miedo y apareció el deseo envuelto en confianza. Afloró la pasión desmedida que ambos tenían escondida y ya nada importó. Atrás quedaron los buenos modos que se convirtieron en pura lujuria. No eran sus cabezas las que decidían, sino sus jóvenes cuerpos ardientes con ganas de tenerse, de sentirse, de enredarse el uno con el otro hasta alcanzar ese clímax tan deseado. La excitación era máxima y ambos descubrieron que se fundían como el hierro ardiente formando una sola pieza a punto de liberar su tensión sexual. Sintieron entonces una especie de descarga, una explosión de sensaciones inimaginables y un placer que con nada se podía comparar. Después, mientras recobraban el aliento, se envolvieron en un aro de bienestar y relajación tan inconfesable como indescriptible.

Les costó separar sus cuerpos. Durante un rato estuvieron tirados boca arriba admirando las estrellas, cogidos de la mano y en silencio. No querían que aquello terminara y, aunque la noche estrellada y cálida los invitaba a continuar unidos, tuvieron que abandonar aquel lugar mágico, testigo mudo de su primer encuentro.

Mientras se levantaban del verde que cubría aquella montaña, Robert sin soltar la mano de Teresa le dijo:

—Gracias por este regalo. Tenías razón, ha merecido la pena llegar hasta aquí. Y no solo por ver el atardecer, sino por ver el amanecer de tu cuerpo en mis ojos.

El silencio se hizo durante un instante y sin saber muy bien por qué Robert preguntó:

—¿Te casarías conmigo?

Teresa le miró sorprendida. No esperaba esa pregunta, ya que se conocían hacía apenas unas semanas. Pero su cuerpo había vibrado como jamás imaginó que podía hacerlo. Se había dejado llevar por sus impulsos más carnales, al igual que Robert, y algo dentro de ella le decía que aquel era el hombre de su vida, pero no supo qué contestar. Se puso nerviosa y lo único que se le ocurrió fue sellarle la boca con un largo beso. Pero él insistió:

—Te lo estoy diciendo en serio. Te quiero, y sé que apenas nos conocemos, pero estoy seguro de que tú también sientes lo mismo por mí. No creo que tengamos que ser novios durante años, es innecesario. Cásate conmigo, Teresa.

Ella pudo ver en sus ojos que no hablaba en broma. Que realmente quería ser su marido, y se puso aún más nerviosa.

—¡Vamos, anda! No te digo que no, pero vamos a esperar un poquitín más. También a mí me ha impresionado ver esta puesta de sol contigo, es muy romántico, tanto que se nos ha ido de las manos, aunque no me arrepiento. Pero lo que no esperaba de ninguna de las maneras era que me pidieras matrimonio hoy, a los pocos días de hablarnos. Camina, que ya es tarde y mañana tenemos que trabajar. Seguro que esta noche cuando tengas la cabeza pegada a tu almohada pensarás que esto que acabas de decirme es una locura —afirmó Teresa.

—Nada ni nadie me hará cambiar, y mucho menos una almohada. Pero, dime, me vas a decir que sí, ¿verdad?

Teresa le miró y en esta ocasión se puso seria y le dijo señalándole con su dedo anular izquierdo:

—Cuando me pongas el anillo, hablamos. Vamos, camina —contestó sonriendo para que él notara que solo había sido una broma.

Al llegar al pueblo la mirada de Samuel los divisó. Los estaba esperando agazapado en una esquina. Sabía perfectamente de dónde venían.

Por casualidad los había visto desde la distancia cuando se encaminaban hacia el fuerte del Mazo. El muchacho los siguió un momento, pero desistió, era mejor no ver más.

El joven estaba rabioso, pero aguantó su ira. «Ya habrá tiempo de hacerle pagar la ofensa a Robert», pensó.

12

Nieves bajó al mercado como cada día, era algo a lo que no estaba dispuesta a renunciar.

Primero, se tomaba un café en el bar Manolín, allí siempre encontraba alguien con quien charlar un rato. Con esas visitas seguía en contacto con su gente, con sus amigas y conocidas de toda la vida, ya que disfrutaba junto a ellas.

Unas veces, si necesitaba algo lo compraba, y otras solo lo hacía por dar un paseo y charlar e interesarse por sus amistades.

Le estaba costando bastante el hecho de no tener que ir a trabajar. Habían sido muchos los años que había pasado sentada en aquella dársena y en ocasiones le podía la nostalgia.

Al echar la vista atrás y recordar todo lo que desde niña había trabajado, los ojos se le llenaban de lágrimas producidas por la melancolía. Había sido mucha la faena, pero también gratificante. Nunca necesitó nada de nadie y fue capaz de salir adelante, con poco o con mucho, pero lo había hecho, y era algo que le hacía sentirse orgullosa, ni más ni menos que ninguna, porque todas las mujeres que conocía lo habían hecho igual que ella, con su esfuerzo, su falta de sueño y sus ganas.

De vez en cuando, para calmar el gusanillo que aún rondaba por sus tripas, ocupaba las mañanas acercándose a visitar a sus

compañeras. Aunque poco a poco lo iba distanciando más. Ella se sentía ágil aún y le gustaba ayudar a alguna de las chicas que estaban empezando. A pesar de que la mayoría de ellas tenía allí a sus madres, sus suegras, o sus hermanas, a ella le encantaba comentarles los trucos y cosidos con los que podía resultarles más fácil su labor.

Las compañeras de faena esperaban su visita con agrado. Tenían siempre dispuesta su antigua silla, la que ella siempre utilizó, un asiento de madera con las patas cortadas que su hijo Andrés le hizo años atrás.

Nieves, con paso firme y el cuerpo erguido, como si fuera aún una joven lozana, se acercó a ellas. Vestía su falda azul de siempre y sobre la misma llevaba el delantal recogido hacia la izquierda con la mano metida en el bolsillo derecho. Alrededor del cuello portaba un pañuelo de cuadros azul y blanco anudado hacia delante que le protegía la garganta del relente de la mañana.

Antes de llegar al lugar donde sus antiguas compañeras se encontraban, saludó a un número importante de personas que trajinaban en el muelle, todos amigos y conocidos con los que había compartido buenos y malos momentos. Algunos de esos hombres la piropeaban con respeto, solo por escuchar lo que contestaba, palabras que siempre eran motivo de risa.

Al llegar, cogió su silla y se sentó con el resto mientras las saludaba. Una a una les fue preguntando por sus familiares, sus hijos, sus nietos, sus padres. Para todas tenía conversación y atenciones.

Aquella mañana con el resto de las mujeres estaba sentada la Gata. Su nombre era Pura, pero desde niña todos la llamaban Gata.

Sus ojos claros como la luz hicieron que recibiera el mote. Era una mujer chismosa y malencarada que parecía no saber sonreír. Todos decían que ese carácter se debía a su soltería —jamás se le conoció novio, amante o pareja—, y nada más que cuando tenía entre sus labios algún chisme, fuera o no cierto, para contar mostraba una sonrisa socarrona a sabiendas de que iba a molestar.

Nieves jamás tuvo una relación buena con ella. Se habían criado casi juntas, pero nunca se entendieron. Nieves era callada, prudente, trabajadora y sobre todo respetuosa con los demás. La Gata era todo lo contrario.

Pura era tía carnal de Samuel y, si en algún momento había tenido algo parecido a una conversación con Nieves, siempre había rondado sobre la posibilidad de que Teresa y su sobrino se ennoviasen.

La mujer comenzó a hablar criticando a unos y otros. Nieves se estaba poniendo nerviosa, notaba como el resto de sus compañeras también lo estaban. Sabían que de un momento a otro a alguna de ellas le iba a tocar el turno, o, si no a ellas, a cualquiera de las personas que formaban parte de su entorno.

Nieves quiso cambiar el tema y sacó a colación las obras que se estaban acometiendo en el pueblo. Pero no consiguió que la Gata dejara de comentar. Volvió a intentarlo con las toneladas de bocarte que se estaban cogiendo aquella temporada y la mujer se molestó.

—¡No me jodas, Nieves! ¿Es que solo hay que hablar de lo que tú quieras? Deja a las chicas, ¿no ves que están entretenidas enterándose de lo que pasa por el pueblo? Además, mira, tenía guardado justo para ti lo siguiente. Sí, lo que se dice por todo el pueblo de tu nieta, de la Teresa. Esa señorita que has criado pa rica.

—¡Te estás pasando, Puri! No me vengas con esas, que sales escaldada. Te aviso. No me toques las narices, que no estoy para gaitas. ¿Por qué dices esas tonterías? Mi Teresa es una chica como todas. Mal podíamos criarla como una rica cuando teníamos lo justo para vivir, como todas, ¡no te jode! —dijo Nieves mirando a las demás, que habían posado la aguja sobre la red a la espera de la tormenta que se avecinaba.

—¡Hombre, lo que me faltaba! Menos lobos conmigo. Y las amenazas te las comes, guapa. A ver si ahora me vas a decir tú a mí lo que tengo y no tengo que decir. Y mira, para que veas, te lo digo, aunque no es ningún secreto, ¿o lo es? De sobra sabes que se pasea con uno de esos que vienen a hacer la temporada. Bueno…, y más que pasearse, que ya la han visto revolcándose. Y tú lo sabes mejor que nadie. Ya puede tener cuidado con esos que van y vienen. Pero claro, qué te voy a decir a ti que no sepas. A esos, habiendo mozos de aquí, es mejor no echarles cuenta, que luego se van y como dice el refrán: prometer y no cumplir, mil veces lo vi —habló la Gata con mucha sorna.

Nieves se mordía la lengua, no quería entrar en discusión con ella, pero tampoco consentir que insultaran a su nieta, y mucho menos delante de todo el mundo.

—¿Sabes una cosa, Pura? En lugar de apodarte la Gata te tenían que haber llamado la Rata. ¡Eres rastrera como ellas, embustera y falsa como tú sola! Estás amargada porque no fuiste capaz de encontrar un hombre que quisiera estar a tu lado, cosa que por otro lado entiendo porque no hay hombre que te aguante. ¡No te quiero oír hablar nunca más de mi nieta! —Guardó silencio un instante mientras le mantenía la mirada a la espera de respuesta, pero Pura

se mantuvo inerte, así que, con los ojos clavados en ella, Nieves continuó hablando—: La próxima vez que abras esa sucia boca para nombrarla, ¡te arrastro por todo el muelle hasta sobarte la piel como a una anchoa! ¡Ya quisieras tú, para los días de fiesta, una cría como la mía! Pero, por fortuna, mil bondades hicieron los cielos con no permitir que te preñaras nunca. ¡A saber lo que hubiera salido de esa tripa endemoniada!

Nieves se levantó con la intención de irse. Pero las palabras de la Gata hicieron que volviera a sentarse.

—¡No tengas tanta prisa, coño! Ya te has despachado a gusto con mi menda. Sabes de sobra que yo a la Teresa la quiero mucho, y lo siento por ella, con lo que el mi Samuel la quiere. ¡Pero qué le vamos a hacer! Solo queda esperar que no le hagan una barriga, ya sabes por qué lo digo. El mozuco ese tiene la misma pinta de señorito que aquel que tú y yo sabemos. ¡Que somos gallinas viejas y nos conocemos! —dijo Pura.

La ira se adueñó de la sangre de Nieves, se levantó y agarrando por el moño a la Gata le sacudió la cabeza hasta que la mujer cayó al suelo patas arriba.

Pura gritaba como un cochino a punto de entrar en el matadero mientras, con las manos, se sujetaba el pelo. Era tal la fuerza que tenía Nieves que por un momento pensó que le iba a quitar hasta el último cabello de la cabeza.

Las demás intervinieron a la vista de que Nieves no la iba a soltar. Unas la apartaron mientras otras se ocuparon de levantar a la Gata y retenerla para que no se fuera hacia la abuela de Teresa.

—¡Basta ya! —gritó una de las chicas—. ¡Ya está bien! Nieves, tranquila, ya ha pasado todo. Y tú, Pura, a ver si aprendes a tener la

boca cerrada, ¡coño! Porque un día de estos, si no es ella, cualquiera de nosotras te vamos a saltar de una hostia los pocos dientes que te quedan.

Pura, la Gata, se levantó, recogió sus herramientas y al pasar cerca de Nieves la escupió sobre las alpargatas.

—¡Mala sombra te persiga, lagarta! —dijo Pura.

Nieves se revolvió de nuevo, pero no podía moverse, sus compañeras la tenían sujeta.

Durante un rato intentaron calmarla, hicieron incluso alguna broma para que la mujer se tranquilizara, pero ella no podía olvidar las palabras de aquella indeseable.

Por su culpa, algo que ella había mantenido en secreto durante toda su vida estaría ahora en boca de todos.

Aunque ninguna de las presentes había hecho mención del comentario, estaba segura de que iba a correr como la pólvora por el pueblo. Pero ¿cómo podía haberse enterado aquella bruja?

Después de un rato, y ya más sosegada, se despidió y se marchó cabizbaja.

Una vez que se alejó, los comentarios entre sus compañeras no tardaron en llegar.

—¿Habéis escuchado lo que ha dicho la Rata, perdón, la Gata? —dijo una de las muchachas.

—¡Qué va a decir, necedades, como siempre! Lo que pasa es que está rabiosa porque la Teresa no quiere saber nada con el Samuel y ella pensaba que se iban a emparentar. Como la Teresa le ha dado puerta, pues con algo tenía que salir —contestó Maribel, amiga y compañera de Nieves, a la que, además de querer, le estaba muy agradecida por cómo se portó con ella cuando su marido enfermó.

Nieves caminaba enfadada, enfurecida más bien. Primero, por haber entrado al trapo en lugar de hacer oídos sordos a las palabras de aquella rata, y segundo, por cómo se había comportado. No tenía años ya para andar en peleas, pero ese temperamento suyo la había acompañado toda la vida, y, a juzgar por la reacción que había tenido aquella mañana, el tiempo no había aplacado en absoluto su carácter.

Las noticias volaban en los sitios pequeños y, como no podía ser de otro modo, sin haber terminado aún la jornada de trabajo, en La Siciliana ya le habían contado a Teresa que su abuela había tenido una discusión fuerte en el muelle con la Gata.

La chica se echó las manos a la cabeza al escuchar lo que le decían. Conocía el perfil de esa mujer y se temía lo peor. Le preocupaba que su abuela hubiera salido mal parada. Las explicaciones que le habían dado sus compañeros indicaban que la cosa no había sido liviana. Pero al verla nerviosa y preocupada la tranquilizaron diciendo que ella, aparte del disgusto por el encontronazo, no había sufrido ningún daño, todo lo contrario.

Teresa salió deprisa. Como todos los días enfrente de la puerta estaba Robert esperando.

—Lo siento, pero hoy no me puedo quedar, tengo que ir para mi casa lo antes posible.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Le pasa algo a tu abuela? —preguntó Robert.

—Espero que no. Pero ya te contaré. ¿Tú sabes eso que dicen de genio y figura hasta la sepultura? Pues así es mi abuela, ni los años la van a calmar.

—Perdona, pero no entiendo nada —se extrañó el chico.

—Nada, tú tranquilo. Me voy, mañana nos vemos —le dijo Teresa mientras se alejaba.

Robert se quedó pensativo y apuró el cigarrillo que había encendido mientras pensaba en qué hacer aquella tarde.

Comenzó a caminar sin rumbo, con la idea de pasear. Aunque les había dicho a Mattia y Andrea que no los acompañaría a tomar unos chiquitos de vino, porque había quedado con Teresa, sabía dónde encontrarlos.

Ellos iban primero a la pensión, se aseaban y después bajaban hasta la hora de la cena.

Él pasearía tranquilo, aunque lo que de verdad le apetecía era agarrar la mano de su chica y acompañarla a casa por si necesitaba algo.

Mientras andaba, se le ocurrió acercarse a la casona de su padre. Quería ver si aún continuaba allí Amparo y sobre todo si estaba el niño.

Se aproximó despacio, como si fuera un ladrón. Se coló por una puerta trasera que él conocía y que, a pesar de estar cubierta por unos pinos, bien camuflada, consiguió abrir.

Se acercó sigiloso intentando que sus pasos no despertaran sospechas. Desde la distancia, en una esquina de la casa divisó cómo el coche de su padre llegaba y entraba dentro del recinto de la propiedad. Debía tener cuidado, aunque con toda seguridad su padre se dirigiría a su habitación, se pondría cómodo y bajaría a su decadente despacho para seguir trabajando. Toda la vida lo había hecho así y no creía que hubiera cambiado sus costumbres.

Pero en esta ocasión no fue así. Tommaso se quedó en el jardín y se acercó hasta la gran mesa de hierro, pintada de blanco, que él

tan bien conocía. Era el lugar favorito de su madre, allí pasaba horas leyendo y en ese mismo lugar desayunaban y merendaban los dos en los días calurosos de verano.

Tommaso se sentó junto a Amparo, cogió en brazos al pequeño y le sentó sobre sus rodillas.

Robert perdió el tono de su piel, se quedó blanco. Jamás había visto a su padre así, él no recordaba haber estado sentado sobre sus rodillas en la vida.

Tommaso abrazaba al niño, le acercaba a su pecho y le besaba la mejilla y en la frente con delicadeza, y a la vez cogía la mano de Amparo. Una estampa familiar que sobrecogió al joven.

El niño debió de hacer algún comentario y entonces todos rieron. Robert sintió rabia y pena a la vez. Un escalofrío le recorrió el cuerpo e hizo que las piernas le temblaran. No quería ver más, no necesitaba nada más, estaba claro que lo que Teresa le había contado era cierto.

Teresa subió las escaleras deprisa y entró en casa llamando a gritos a su abuela.

—¿Qué pasa, niña? Ni que hubiera fuego o hubieras acertado la lotería —dijo la mujer mientras trajinaba en la cocina.

—¿Qué pasa? Eso mejor me lo dice usted. Me han contado algo que al parecer ocurrió esta mañana, así que espero que me explique cómo ha sido de verdad —contestó Teresa.

—Pues si te has enterado, no hay nada que decir. Y sí que me tocó las narices la Gata, esa deslenguada. Ya sabes cómo soy y la

calenté, ¡que ya le iba tocando! —dijo Nieves mientras se daba la vuelta de los fogones y miraba a la cara a su nieta.

—¡Y ya! Y lo dice tan tranquila, como si fuera lo más normal del mundo. Pero no se da cuenta de que le podía haber pasado algo. Y si se revuelve y la da un mal golpe, ¿qué pasa? —exclamó Teresa enfadada—. ¿Y se puede saber qué le dijo para que se fuera a ella y le atizara?

—Pues no. No se puede saber, tonterías de una loca. Pero me tocó mucho las narices, hija, por no decir otra cosa. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que me aguanté? Pues no pude y la sacudí. Y, además… Te aviso de que, como vuelva a decir algo, le vuelvo a dar, pero esta vez más fuerte, que se fue de rositas con un mal tirón de pelos, la muy chona.

—¡No sé qué voy a hacer con usted, deje esas tonterías! ¿Qué se cree, que no sé que el lío ha sido por algo que dijo de mí? ¡No necesito que me defienda, ya tengo años para hacerlo yo! ¡Que sea la última vez, abuela! Por favor se lo pido.

—Bueno, ¡lo que me faltaba por oír! Anda, prueba este bizcocho, lo ha traído Puerto, que, con el disimulo del bollo, venía a enterarse de lo que había pasado. ¡Esta también es una sabionda de cuidado!

Teresa la miró moviendo la cabeza. ¿Por qué se habría enfurecido tanto su abuela con la Gata? Nieves no se lo iba a decir por mucho que ella insistiera. «No importa», pensó. Ya se enteraría. Tarde o temprano alguien le iría con el chisme.

13

Tommaso había intentado ponerse en contacto con su mujer en un montón de ocasiones durante los últimos días, pero no lo había conseguido. Si llamaba a casa, nunca estaba o se negaba a contestar, que era lo que él suponía, y por más recados y órdenes que le había dado a Catalina, no había obtenido respuesta.

Llevaba días recibiendo llamadas de otros fabricantes, que estaban muy molestos con lo que estaba pasando en la textil Bartomeu. Le habían recriminado su falta de corporativismo, pero no daba crédito a sus palabras, no podía ni imaginar que su mujer hubiera hecho lo que le indicaban.

Solo cuando recibió la llamada de Enric Deulofeu, presidente de la Asociación de Fabricantes Textiles, las dudas se disiparon. El hombre se había puesto en contacto con él amenazándole con sacarle de la junta directiva de la asociación, de la cual formaba parte desde hacía años, si no paraba lo que estaba sucediendo en su fábrica y se ponía de su lado.

Decidió entonces llamar a la textil y hablar con Carles Soler, seguro que él le daría cuenta de lo que estaba pasando y si Eulalia había o no aparecido por allí.

Antes de hablar con el capataz, tuvo que esperar un rato. Según le había dicho la persona que contestó el teléfono, el hombre se

encontraba en la zona de producción y debían ir a buscarle.

—*Bona tarda*, señor Tommaso.

—Déjate de saludos y dime: ¿qué está pasando en la fábrica? No he conseguido hablar con mi mujer, ¿apareció por allí? —contestó en mal tono Tommaso.

—Bueno, señor, por aquí las cosas están tranquilas. La señora Eulalia no solo vino cuando usted le indicó, sino que lo hace todos los días. Habló con las trabajadoras y negoció con ellas sus propuestas. La mayoría de ellas han sido aceptadas y el resto se están tratando y van por buen camino. La fábrica no ha parado ni una sola hora y la productividad ha subido.

»No sé cómo decirle esto, pero la gente está contenta desde que doña Eulalia está por aquí, el ambiente ha mejorado mucho. Tenemos sobrantes de telas para pedidos y además seguimos produciendo a buen ritmo, porque también la demanda ha aumentado. Como ya sabrá, esta crisis afecta a todas las textiles de la región y las fábricas están la mayoría de ellas medio paradas por las huelgas, algo que como se imagina nos ha venido muy bien, ya que ha provocado que nuestros pedidos vayan en aumento.

Tommaso enfureció. Esa insensata se iba a cargar la fábrica, solo a una loca como ella se le podía ocurrir ponerse en contra de todos los demás fabricantes. No le extrañaron las llamadas que había recibido durante esos días, y mucho menos las amenazas que, después de escuchar lo que Carles Soler le había dicho, el presidente de la asociación, Enric Deulofeu, sin duda cumpliría.

—¡Páseme a doña Eulalia, sé que está ahí! ¿Me equivoco?

—No… Eh… La señora no está aquí…, se ha ido hace un rato.

Tommaso no se lo creyó. De hecho, apostaría a que su esposa había estado junto a Soler supervisando toda la conversación. Colgó el auricular dando un golpe tan fuerte sobre el aparato que estuvo a punto de hacer que se partiera.

Amparo, que estaba a su lado con el niño, se sobresaltó y el pequeño Manuel se asustó con el golpe y comenzó a llorar.

—¡Llévate de aquí a este niño ahora mismo! —gritó Tommaso.

A Tommaso no le quedaba más solución que partir hacia Barcelona si no quería que su mujer arruinara todo lo que él, durante años, había conseguido. Pero, antes, tendría que hablar con Robert.

Aunque había pasado muy poco tiempo, era el momento de que el chico pasara a formar parte de La Siciliana.

—Me ha colgado, señora —le dijo Carles Soler a Eulalia.

—Entraba dentro de lo esperado. No me sorprende. Tranquilo, Carles, ningún problema.

Ella sonrió. No esperaba menos de su marido, le conocía demasiado bien y sabía que en este momento iba a estar bajando todos los santos del cielo y alguno más.

Eulalia le pidió a Carles que la dejara sola.

Se levantó y se dirigió a la ventana que daba a los talleres. Se sintió orgullosa de sí misma. Nunca hubiera imaginado que podía ser capaz de hacer lo que estaba haciendo, había podido manejar una situación tan complicada y comprometida con soltura. Con razón su padre siempre le decía que ella era la persona idónea para dirigir la

fábrica, aunque después Tommaso la convenciera con palabras de desprecio de que ella no estaba capacitada para dicha función.

Jamás permitiría que su marido volviera a imponer su voluntad sobre ella. Había dado el primer paso, el más difícil, y aquello solo acababa de empezar.

El teléfono sonó. Fue hacia él, pero de repente pensó que podía ser Tommaso y no lo levantó, aunque al instante se dijo a sí misma: «¿Y por qué no?».

—*Digui'm*, *parla* Eulalia Bartomeu —contestó con tono sereno.

—Querida Eulalia, soy Bernat.

Eulalia se alegró de escuchar una voz amiga.

Bernat le pidió disculpas por si la molestaba, había llamado a su casa y Catalina le había dicho que estaba en la fábrica, y él se permitió el atrevimiento de pedirle que le diera el número de teléfono. A ella no le importó. Había dejado recado a Catalina de que en caso de que él llamara le diera el número.

Su relación con el profesor era más cercana día a día y sin duda él le había dado el impulso que necesitaba para hacerla ver que era capaz de dirigir su fábrica.

Charlaron un rato. La conversación se centró en lo que acababa de suceder y él la felicitó por su fuerza y valentía.

Quedaron aquella misma noche para cenar en Can Culleretes. Eulalia tenía dispuesto su regreso a Barcelona para ese mismo día y, cuando Bernat habló de cenar, la mujer se adelantó escogiendo el lugar donde poder pasar un rato agradable. Quiso que se vieran en Culleretes porque le gustaba el ambiente desenfadado y fresco que había en ese local. Con Tommaso no podía ir nunca, ya que a él no le agradaba el sitio.

Bernat aceptó encantado y le propuso continuar la noche tomando unas bebidas en Boadas, pues el pintor era amigo del dueño y la música cubana alegraría la noche de la pareja. A ella le pareció un plan perfecto, había oído hablar de ese lugar, pero no había tenido ocasión de visitarlo.

Se verían en el restaurante a las nueve en punto de la noche.

A Robert se le habían quitado las ganas de salir, de pasear y de tomar chiquitos entre risas y bromas con sus compañeros de trabajo después de ver con sus propios ojos la relación que su padre, ese hombre recto y cabal que todos creían que era, mantenía con Amparo y sobre todo con el pequeño Manuel. Al recordar al niño se dio cuenta de algo en lo que no se había fijado hasta ese momento. Si ese niño era hijo de su padre, era su hermanastro.

Caminó deprisa entre las calles hasta llegar a la plaza.

Mattia y Andrea, apoyados en una de las barras del bar, le vieron pasar y salieron en su búsqueda.

—¡Eh! ¡Robert! Estamos aquí. ¿Dónde vas con tanta prisa?

Robert se volvió al escuchar la llamada de Mattia y fue hacia donde se encontraba el joven.

—Voy a la pensión. Estoy un poco cansado y quiero tumbarme un momento antes de cenar.

—¡Anda ya! A mí no me la das. Lo que a ti te pasa es que has discutido con la *ragazza* y por eso estás de mala leche, amigo. ¡Menuda cara traes!

—No, qué va. Os espero arriba. Cenando nos vemos —se despidió Robert.

Después de dejar a sus amigos, el joven continuó su camino y, justo cuando iba a entrar en el portal, vio aparecer a Federico, el chófer de su padre. Este le hizo un gesto para que se acercara, y Robert así lo hizo.

—Buenas tardes. El señor Tommaso me ha dado esto para usted —dijo Federico mientras le entregaba la nota.

—Gracias, Federico. ¿Todo bien?

—Por mi parte sí, señorito, ningún problema.

Robert no esperó a subir a su habitación para abrir el sobre. Dentro había un mensaje. Su padre le citaba para un encuentro privado en la conservera a las nueve de la noche siguiente.

Le sorprendió que quisiera verle con tanto apremio. ¿Quizá le había visto en la casa aquella tarde? ¿O se había enterado de que salía con Teresa y la idea no le gustaba?

De ser así, debía pensar en lo que le respondería.

14

Los gritos de Puerto y Loli llamaron la atención de Teresa, que estaba sentada en la cocina. Se asomó por la ventana para ver qué era lo que querían.

—¿Qué pasa, chicas? ¡Todo el día gritando! ¿Tanto os cuesta subir las cuatro escaleras en lugar de chillar como locas desde la calle? —dijo Teresa.

—Pero ¡qué fina te has vuelto, hija! Toda la vida nos hemos llamado a gritos. No sé ahora por qué vamos a cambiar. Baja, que queremos hablar contigo —añadió Loli.

—No tengo ganas, ya me he quitado la ropa y no me voy a vestir otra vez. Además, ya es tarde, estaba a punto de cenar. Subid vosotras —respondió Teresa.

—¡Que bajes, mujer! —insistió Puerto.

Teresa movió la cabeza conformándose, se puso un vestido y bajó.

Una vez en la calle, sus amigas la agarraron del brazo, una de cada lado, y se alejaron de las casas para que nadie pudiera oírlas hablar.

—¿A qué viene tanto misterio? —quiso saber Teresa.

—Tú camina y calla, que más vale prevenir que lamentar —contestó Puerto.

Cuando se alejaron lo suficiente, Teresa preguntó de nuevo qué era lo que pasaba. Las chicas no sabían cómo empezar, pero Loli tomó la palabra.

—Imaginamos que ya sabes lo que ha pasado esta mañana en el muelle, ¿verdad?

Teresa contestó con un movimiento de cabeza.

—Bueno, lo que está claro que no sabes es por qué ha comenzado todo. Estoy segura de que la Nieves no te ha querido dar explicaciones —siguió Puerto.

—Pues te equivocas. Mi abuela me ha dicho que empezó a meterse conmigo y ella saltó. Todo el mundo sabe que a mi abuela no le pisa el pie nadie, pero a ella se le debió de olvidar —contestó Teresa.

—Bueno, la verdad es que sí, que empezó por eso, porque estabas saliendo con uno de los que vienen a hacer la temporada, pero lo que pasó después es que la Gata dijo algo así como que tu abuela había tenido algo con alguno de fuera cuando era joven, ya sabes —dijo Loli gesticulando y dando a entender que se trataba de una aventura—. Hace años, y con un señorito… Ese fue el motivo, aparte de que se metiera contigo, que también. Por eso la Nieves se revolvió de la manera que lo hizo.

—El caso es que la gente ha comenzado a chismorrear del asunto, y hemos escuchado por ahí que Nieves se quedó preñada de soltera, aunque se casó pronto con tu abuelo, antes de dar a luz —añadió Puerto.

Teresa las miraba atónita. Por un momento pensó que se habían vuelto locas de remate y les contestó con desdén:

—Bah, ¡qué tontería! ¿Y por eso tanto misterio?

—Bueno, nosotras te contamos lo que hemos escuchado, luego no digas que no te informamos o no te ponemos al día. Pero que sepas que esto que acabamos de decir es la comidilla de todo el pueblo. Yo que tú hablaría con tu abuela. Oye, mejor que ella nadie te va a contar lo que pasó —señaló Loli.

—¿Y ya está? ¿Para eso me hacéis vestirme y bajar? Mejor hubiera sido que se lo contarais a ella a la cara, y de ese modo os ibais a dar cuenta de que esa mujer es un bicho que está enfadada y va a decir todo lo que se le ocurra con tal de dejar a mi abuela por los suelos. ¡Qué tontería más grande! Mi abuela, que la pobre quería a mi abuelo con locura y lo único que ha hecho ha sido trabajar como una mula toda la vida entre redes —contestó Teresa indignada.

—Ya, en eso tienes razón. La verdad es que a nosotras se nos hacía raro y por eso te lo hemos venido a decir. No queremos que te enfades, como amigas que somos nos hemos visto obligadas a contarte lo que decían. No nos hubiera gustado que te enteraras por ahí de lo que van diciendo —afirmó Puerto.

—No pasa nada, chicas, y sí, tenéis razón, seguro que mañana alguna me va a decir algo o soltarán alguna pullita. Así sabré de lo que va —respondió la chica.

—Y… ya que estamos y hemos venido hasta aquí, cuenta: ¿qué tal te va con el Robert? La verdad es que parece un tipo encantador —dijo Puerto.

—Además de lo guapísimo que es. Con perdón, claro —añadió Loli.

—Pues con él muy bien. No tengo queja. Es un hombre estupendo. Y no se lo digáis a nadie, pero me he enamorado como

una tonta. Estoy todo el día pensando en él y deseando que llegue la hora de salida para verle.

A Teresa le había cambiado el semblante al hablar del muchacho y se sentía feliz y cómoda haciéndolo.

—Ya puedes tener cuidado con el jeta de Samuel, porque me ha dicho mi primo Severino, que como sabes trabaja en La Corona, que todo el día se está metiendo con el chavaluco. Le empuja con disimulo al pasar por los pasillos y hasta ha pedido que le echen, pero no le han debido de hacer ningún caso. Está rabioso, te lo digo, Teresa, ese no se va a conformar, no lo va a olvidar. Más vale que me confunda, pero… Memoria que no olvida, rencor que no se aplaca —sentenció Puerto.

—¡No seas gafe, mujer! Samuel tiene sus cosas, pero no es mal chaval. Además, somos como hermanos, no creo que me vaya a hacer ningún daño —dijo Teresa.

—No, a ti no creo, pero a él… Bueno, yo solo te digo lo que oigo y lo que veo. Y, desde que estás con Robert, va de borrachera en borrachera y no son precisamente de las que te tumban de sueño. Ha tenido varias peleas en las verbenas este verano en todos los pueblos por donde ha pasado. Así que, por si acaso, tú cuídate, y le dices a él que mire de vez en cuando para atrás porque este Samuel es muy traicionero. Además, andan diciendo por ahí que el otro día os vieron a vosotros…, pues eso, muy cariñosos. ¿Es verdad?

—¿Y quién lo dice? —preguntó Teresa.

—Eso no lo sé, pero que lo dicen sí. Ya sabes que nosotras somos tus amigas y lo vamos a negar si es lo que quieres, pero ten cuidado, que… caricias no hacen hijos, pero tocan a vísperas —dijo Puerto siguiendo con sus refranes.

—Anda, ese no te lo había oído nunca. Pero te voy a contestar yo con otro: lo que haces con gusto se disfruta sin culpa. ¡Ahí lo dejo! Pensad lo que queráis. Me voy, chicas, que mañana es día de escuela —contestó Teresa.

Las tres se despidieron. Ya era tarde y comenzaban a bajar con sus sillas los vecinos como cada noche para charlar a la fresca y pasar el rato.

Al acercarse al portal vio como su abuela ya había bajado y estaba sentada junto a sus vecinas.

—Niña, te he dejado la cena sobre la mesa, se habrá quedado helada —le dijo Nieves a Teresa cuando se acercó.

—No pasa nada, abuela. Hace calor y seguro que estará igual de rica. —La besó en la frente y le dio las buenas noches.

Mientras cenaba pensaba en lo mala y retorcida que podía ser la gente. ¿Sería conveniente contarle a Nieves lo que se estaba diciendo sobre ella? Tal vez de una manera delicada y sosegada para que la mujer no saliera como una loca en busca de la Gata. Conociéndola, era capaz de arrastrarla por todo el pueblo.

Teresa saboreaba tranquilamente el último bocado cuando comenzó a escuchar mucho revuelo en la calle.

Reconoció la voz de su abuela y se sobresaltó. No era igual que las veces anteriores, ahora estaba enrabietada. Se asomó a la ventana, pero ya no la vio, no estaba. Al momento escuchó cómo la puerta de la calle se abría y Nieves entraba jurando entre susurros.

—¿Qué ha pasado, abuela? ¿Por qué discutían?

—¡Nada, no pasa nada! Me voy a la cama. Si me hubiera quedado en ella esta mañana es lo que habría ganado —contestó la mujer.

—No, espere. Cuénteme qué ha pasado —insistió Teresa.

—¡Te digo que no pasa nada! Buenas noches —dijo la mujer.

Nieves dejó la silla en medio del pasillo y se metió en su habitación dando un tremendo portazo.

Teresa no sabía qué hacer; si entrar, si dejarla descansar… «¿Qué hago?», se dijo. La joven estaba desconcertada.

Tomó una decisión; se vistió y bajó a la puerta del portal, allí seguían de charla algunos de los vecinos.

Cuando el grupo la vio aparecer, se hizo el silencio. Teresa los miró desafiante, uno a uno, pero nadie decía ni una sola palabra.

—Buenas noches, vecinos. ¿Molesto?

—No, niña, qué va. Siéntate con nosotros si quieres. Tus amigas se fueron hace rato. Estuvieron en la esquina después de que tú subieras, pero ya marcharon. Claro, mañana hay que trabajar. Qué raro que tú bajes a la fresca —comentó Fani, una vecina de toda la vida de su abuela.

—Ya ve, Fani, me he dicho: «Vamos a ver qué se cuece por ahí abajo». Y aquí estoy. Por cierto, tengo la sensación de que cuando he llegado os habéis callado de repente. Os he molestado, ¿verdad?

El resto de los vecinos presentes se levantaron alegando que ya era tarde y mañana tenían faena temprano.

—Bueno, pues yo también me recojo —dijo Fani—. Ya siento dejarte aquí sola, pero es tarde, niña, y una ya es muy mayor para trasnochar.

—Fani, dígame qué ha pasado. ¿Por qué reñían con mi abuela?

—Mira, niña, yo no soy nadie, es mejor que sea la Nieves quien te cuente. Yo no debo. Tú sabes que yo la quiero mucho, nos hemos criado juntas, pero te juro que no he abierto la boca. Hay cosas que son muy de uno. Y no voy a decir ni mu. Yo chitón. Y ahora me

marcho, que no son horas de andar por la calle; y tú deberías hacer lo mismo, niña.

Teresa regresó a casa. Frustrada se acercó hasta la habitación de su abuela y abrió la puerta despacio. Nieves parecía dormir, aunque con toda certeza estaba despierta.

Toda la vida le costó conciliar el sueño, y precisamente hoy no creía su nieta que ya estuviese dormida.

15

Robert despertó con buen talante, parecía haber olvidado que tenía una cita con su padre, pero no era así. Como decía siempre su madre, consultar con la almohada era muy bueno para encontrar soluciones.

Se levantó después de desperezarse un rato tumbado en la cama; se aseó, se vistió, tomó un café y un trozo de sobao, y se marchó sin esperar a sus compañeros. Quería salir al encuentro de Teresa. Así se quitaría al menos el gusanillo de verla.

La esperó en la esquina de la calle de la Verde y, cuando la vio acercarse, fue hasta ella.

—Buenos días, ¡qué sorpresa! ¿Qué se te ha perdido a ti por este camino? —dijo Teresa mostrando una sonrisa enorme.

—No se me ha perdido nada, solo me he dicho: «Voy a ver la cara que tiene por la mañana la chica más guapa de España».

—Mira que eres adulador. Ya me gustaría a mí ser la más guapa. ¡Aquí iba a estar yo, sobando anchoas!

—La verdad es que tengo que decirte una cosa, por eso me he acercado, aunque también por verte. Sintiéndolo mucho, esta tarde no puedo ir a buscarte, tengo una cosa que hacer.

Teresa por un lado agradeció que no pudieran quedar, así ella iría antes a casa y hablaría con su abuela. Cuando se levantó, la mujer

ya no estaba y no la había visto. Pero por otro lado sintió pena de no poder estar aquella tarde un rato con él.

—No te preocupes, no pasa nada. El domingo está a un paso y tenemos todo el día para los dos. Voy a preparar unos bocadillos y nos vamos a ir hasta la playa de San Martín, es muy bonita. A mí me encanta. ¿Qué te parece?

—Perfecto. A mí todo lo que tú propongas me parece un buen plan —contestó Robert.

—Bueno, claro está, si hace buen tiempo, eso es algo que en mi tierra tenemos que añadir siempre que hablamos de ir a la playa en verano —indicó Teresa.

Ambos rieron. Caminaron a paso ligero entre miradas cómplices y palabras bonitas. Casi sin darse cuenta ya estaban a las puertas de La Siciliana. Robert se despidió de ella con un beso en la mejilla, luego Teresa se perdió de la vista del chico un instante, pero ella se volvió y le saludó con la mano. Sabía que aún estaba en la puerta mirando cómo se adentraba.

Teresa tenía la bata de trabajo entre las manos cuando Carmen entró y se acercó a ella.

Al igual que la noche anterior, al llegar donde se encontraban sus vecinos, cuando puso los pies en el vestuario había sentido como alguna de sus compañeras dejaba de hablar al percatarse de su presencia, pero pensó que igual habían sido imaginaciones suyas.

El silencio de la noche pasada había sido tan evidente como el que había notado en ese momento.

—Hola, niña. ¿Qué tal todo? ¿Cómo anda Nieves? —preguntó Carmen.

—Creo que bien, aunque, a decir verdad, esta mañana cuando me levanté ya no estaba. Como es viernes, imagino que se habrá acercado hasta el camposanto, dice que ir al cementerio le viene bien. ¡Pobre mujer! Pero si ella es feliz así, Carmen, yo también lo soy —contestó Teresa.

—Niña, cuídala, ¿vale? Atiende con cariño lo que te quiera contar, las cosas no son ni lo que parecen ni lo que nadie quiera hacer que parezcan.

Carmen no esperó a que Teresa dijera nada y mientras se colocaba el delantal salió por la puerta.

Teresa, con las últimas palabras de Carmen, se quedó amoscada. Ya eran muchos los comentarios que le llegaban en torno a aquella dichosa discusión con la Gata.

Estaba comenzando a pensar que quizá su abuela ocultaba algo, pero no entendía qué podía ser. Ella conocía la vida y milagros de aquella mujer, o al menos eso pensaba.

Al entrar en la sala de salazón, tropezó con don Tommaso, que iba deprisa y la golpeó el hombro con fuerza, tanto que hizo que la chica se echara mano al punto que le había golpeado. En voz alta, casi chillando, Teresa se quejó.

—¡Jolín con el señor! Vaya golpe que me ha dado. Podía al menos pedir perdón.

Tommaso, que estaba de muy mal humor aquella mañana, al escuchar las palabras de la chica se volvió hacia ella, que continuaba caminando hasta su puesto de trabajo. Con intención de

interceptarla aceleró el paso. Antes de que Teresa entrara en la sala, el hombre la agarró por el brazo y la obligó a ponerse frente a él.

La joven se volvió indignada y le pidió que la soltara.

—¿Tú quién te crees que eres para gritar así, y más dirigiéndote a mí? ¿No te han enseñado educación? —le dijo Tommaso.

Teresa volvió a mirarle a la cara y dirigió su vista hasta su brazo repitiendo que la soltara.

—¡Contesta, chica! —insistió el jefe.

—Soy Teresa Cobo, y que usted sea el dueño no le da derecho ni a golpearme el hombro como ha hecho ni a agarrarme el brazo como lo está haciendo, ¿le queda claro?

El momento era tenso. Teresa mantenía la cabeza firme y la mirada clavada en los ojos de Tommaso hasta que por fin el hombre la soltó.

—Me parece que tú poco valoras trabajar aquí. Si no hubieras estado en medio del pasillo, no te habría golpeado. Como comprenderás, no lo he hecho a propósito.

—Yo no estaba en mitad, usted me ha llevado por delante. Y ahora, si no le importa, tengo trabajo, que para eso me paga. ¿No es así? —dijo Teresa.

—No sé de dónde has salido, pero no me gustas. Ándate con ojo. Hay muchas mujeres con ganas de trabajar en La Siciliana.

Teresa se acercó a él con descaro y contestó.

—Mire, a mí no me asusta ni usted ni nadie. Si quiere echarme, ¡écheme! Pero no vuelva jamás a ponerme una mano encima.

—¡Eres una pescadora más! Gente sin educación ni estudios —contestó Tommaso.

—Verá, señor, no me ofende lo más mínimo su comentario. Sí, soy hija de pescador y nieta e hija de redera, ¿y qué? Y no me haga dar más explicaciones porque, hasta donde yo sé, usted y yo hemos nacido por el mismo sitio, eso sí, afortunadamente de diferente mujer. Y, ahora, tengo mucho que hacer.

Tommaso se quedó parado mientras la chica se alejaba. No era habitual encontrarse un carácter como el de esa mujer. Siempre que había tenido trato con alguna de las empleadas las había notado nerviosas y con miedo, pero esa chica no se había inmutado y le había hecho frente como nunca ninguna mujer hasta entonces.

Teresa llegó a su puesto. Estaba nerviosa, no sabía cómo ni de dónde había sacado el coraje para contestar de ese modo.

Se sentó y puso sobre la mesa todo aquello que necesitaba para comenzar a trabajar. Loli estaba a su lado y la notó callada y con gesto serio.

—¿Qué pasa, chica? No me digas que el jefe te ha dicho algo, ya sabes la fama que tiene, más de una y de dos creo que han caído en sus garras, pero otras tantas le han leído la cartilla. Es un cerdo.

—¿De qué hablas? Solo me golpeó por el pasillo, vino a llamarme la atención por lo que dije y me contestó. Sin más.

—¿De qué voy a hablar, chica? Este es el típico tío que en cuanto puede te mete mano. Como sabe que es el amo y nadie le va a decir nada, se aprovecha. ¿Acaso no lo sabías? —dijo Loli.

—No tenía ni idea —contestó Teresa.

—Chica, estás atontada. ¿Tú no sabes que este es un sobón y un sinvergüenza? Pues ten cuidado, que el señorito tiene la mano muy larga —indicó Loli.

—¡Pues va listo conmigo! No creo que se le ocurra.

Teresa agarró el cesto de anchoas y comenzó a sobarlas mientras pensaba en lo que su compañera le acababa de decir.

16

Faltaban apenas unos quince minutos para las nueve de la noche, hora en la que su padre le había citado.

Robert salió de su habitación y se dirigió a la cocina. Allí estaba doña Sole pelando patatas mientras canturreaba.

El joven se acercó a la mujer y le dijo que llegaría un poco tarde a la cena y que, si era posible, se la dejara preparada sobre la mesa.

Doña Sole, que no era muy amiga de hacer favores, y eso para ella lo era, le miró de reojo con ganas de contestarle, pero, antes de que ella pudiera abrir la boca, Robert le puso en la mano un billete de cien pesetas. Lo cogió y contestó en tono amable.

—Claro, chaval. Tú no te preocupes, ya me ocuparé de hacerla al final para que no se te quede muy fría. Pero no te acostumbres, ¿eh?, que no estoy aquí para el capricho de cada uno —contestó la casera con una media sonrisa.

—Claro, doña, por eso la propina, que sé de sobra que trabaja muy duro cada día y esto es un extra para usted —indicó Robert.

—Y, por cierto…, ¿se puede saber a dónde vas tú hoy para no estar aquí a la hora de la cena? —preguntó la mujer.

—Pues no, doña Sole, la verdad; no es que no se pueda saber, es que no se debe saber. Buenas noches.

Doña Sole le siguió con la mirada mientras se alejaba y cuando calculó que había llegado a la calle se asomó a la ventana solo para ver hacia dónde tiraba. Un dato que no le serviría en absoluto, pero calmaba en parte su curiosidad.

Los alrededores de la conservera se encontraban vacíos. La noche estaba a punto de caer. Ya se notaban los días más cortos que anunciaban el final del verano y el bullicio de las mañanas, el ir y venir de camionetas cargadas de pescado y de gentes que iban y venían sin cesar nada tenía que ver con el silencio y la oscuridad que se respiraban en aquel momento por esa zona.

Ni una sola alma se veía circular por allí, ni murmullos de personas o ruido de coches o carros. Al entrar Robert en una de las callejas estrechas vio que de frente se acercaban dos hombres. La poca luz hizo que fuera imposible reconocer quiénes eran.

«Quizá es algún compañero rezagado», se figuró Robert.

Los dos hombres parecían ebrios, sus voces y carcajadas se escuchaban perfectamente.

Robert pensó que podían hacerle algo y por un instante sintió miedo. Una sensación extraña le recorrió el cuerpo, pero al momento se repuso suponiendo que aquellas personas estarían de fiesta y nada malo le iba a ocurrir. Pero se equivocaba.

Cuando aquellos hombres llegaron a su altura, le cortaron el paso. Le rodearon mientras le insultaban y le daban pequeños empujones que Robert intentaba evitar.

El muchacho trataba de esquivarlos y les pidió en varias ocasiones que le dejaran en paz y continuaran su camino. Pero no le hicieron caso. De repente y sin mediar palabra, comenzaron a darle golpes y

puñetazos hasta que uno de ellos, más certero, le acertó en la mandíbula e hizo que cayera al suelo.

Robert intentó levantarse, aunque estaba noqueado y no pudo. Además, el mismo que le hizo caer le pegó una patada en el estómago que le dejó casi sin aliento. Después de retorcerse en el suelo de dolor volvió a intentar ponerse en pie, pero recibió otro golpe, y esta vez quedó inerte en el suelo.

Uno de los hombres se agachó y acercándose a su oído le dijo:

—Esto solo es un aviso. —Se levantó y volvió a patearle mientras le dedicaba todo tipo de agravios y mofas.

Después de unos cuantos golpes más, y al ver que Robert no se movía, dejaron de maltratarle.

—¡Hostias! Se nos ha ido la mano. Bueno. ¡Que se joda!

—Me parece que te has pasado. Creo que no respira. Eso no era lo acordado —dijo uno de ellos.

—¿Qué coño dices? Se trataba de un susto, ¿no? Pues ya está. Vámonos antes de que alguien nos vea.

El mismo que le susurró al oído se agachó y observó de cerca a Robert. Como este estaba de lado, le empujó un poco con la mano para que se pusiera boca arriba, pero el cuerpo del joven no se movió. Entonces buscó en su muñeca si tenía pulso y no fue capaz de encontrarlo.

—Vamos, tú, que no respira, ¡larguémonos de aquí!

—¡Qué coño estáis haciendo! —chilló alguien, desde la distancia, que había llegado justo cuando Robert estaba recibiendo los golpes —. ¡Sé quiénes sois, ahora mismo aviso a la Guardia Civil! —volvió a gritar el hombre.

—¿Quién es ese? —preguntó uno de los agresores.

—No tengo ni idea, pero no te quedes ahí parado, hay que ir a por él y taparle la boca antes de que avise a los guardias —contestó el otro.

Los dos agresores salieron corriendo tras la persona que los había visto y amenazado con acusarlos.

El hombre en lugar de correr decidió esconderse tras unos arbustos, en la oscuridad podía pasar desapercibido, pero la mala suerte hizo que un estornudo provocado por alguna de las hierbas que le cubrían le delatara.

Solo tuvieron que mover un poco aquellas ramas y hierbas, y dieron con él.

Entre los dos le pusieron en pie y uno de ellos le dio un puñetazo que le hizo perder el equilibrio y caer. No hubo para más. La mala suerte hizo que el muchacho aterrizara sobre una gran roca y se abriera la cabeza. Murió al instante, con los ojos abiertos mirando hacia ninguna parte y sobre un charco de sangre que comenzaba a manarle de la cabeza.

Los agresores no se inmutaron.

—Ve a por el coche, no podemos dejarle aquí. Será mejor que le escondamos en otro lugar, lo más lejos posible. ¡Date prisa!

Mientras uno iba a por el coche, el otro registró el cadáver. Vació sus bolsillos y se guardó todo aquello que le vino bien: unas pocas monedas que apenas daban para unos chiquitos, un par de botones, las llaves de su casa y una pequeña navaja con empuñadura de nácar. Luego buscó alrededor de su cuello y le arrancó una cadena de oro con una medalla de la Virgen del Carmen.

Tommaso esperaba intranquilo la llegada de su hijo. En cuanto hablara con él tenía intención de partir hacia Barcelona, ya que no podía perder más tiempo. Viajaría toda la noche y así podría estar a media mañana en la Ciudad Condal.

No había vuelto a tener noticias de su mujer ni de su capataz, tampoco había recibido llamadas de la asociación textil, y mucho menos quiso hacerlas.

Miraba el reloj constantemente. Esperó durante una hora, con los nervios a flor de piel. Tomó el teléfono y llamó a su primo Francesco, quizá él le podía dar alguna noticia del muchacho, pero fue inútil. Su pariente aquel día no había acudido a la conservera, había estado resolviendo asuntos en Santander y, por lo tanto, ni sabía nada ni había visto a Robert.

Sí que le comentó que el muchacho había progresado mucho, que conocía a la perfección el negocio, al menos en la parte fabril, y que consideraba que estaba preparado para comenzar en La Siciliana.

A Tommaso le importaba muy poco lo que el hombre le contaba, estaba tan irritado que apenas se despidió de su primo.

Colgó el teléfono y cerró la puerta del despacho dando un portazo que hizo que los cristales de esta estuvieran a punto de caer uno tras otro.

Apoyado en el capó del coche, Federico esperaba mientras fumaba un pitillo.

Tommaso subió al auto y no dejó que fuera Federico quien cerrara. Tenía que desahogarse con algo y la puerta fue lo primero que encontró.

—¡A Barcelona, Federico! Este hijo mío no ha aparecido.

17

Teresa había llegado pronto a casa. Aprovechando que Robert no podía ir a buscarla, no se ocupó en nada. No quiso tampoco acompañar a Loli, que había quedado con Puerto y Alicia.

Tenía pendiente una conversación con su abuela.

Cuando llegó a casa, Nieves estaba sentada en una silla junto a la ventana zurciendo unos calcetines de Andrés. La radio estaba apagada, cosa que le extrañó. Ella a esas horas acostumbraba a escuchar el consultorio de Elena Francis. Una mujer que aconsejaba a quienes le escribían cartas, contestando sus dudas, escuchando sus confidencias y respondiendo las consultas que le hacían, que en su gran mayoría eran asuntos de amor y desamor. Las misivas llegaban de todos los puntos de España. Cartas firmadas con pseudónimos de lo menos originales como sagitaria, la paloma blanca, una mujer desesperada, la otra, etc.

Nieves lo pasaba bien con aquellas historias, y en ocasiones era ella la que daba su opinión sobre lo que debían o no debían hacer o decir. Los treinta minutos que duraba el espacio radiofónico se le pasaban volando mientras cosía o planchaba, y después se lo contaba a su nieta por las noches durante la cena.

Teresa saludó a su abuela desde la puerta y pasó a su habitación. Allí se quitó la ropa y se puso cómoda, luego preparó el vestido que

pensaba llevar al día siguiente, tomó sus zapatos y se dirigió a la cocina con intención de limpiarlos y hablar con Nieves.

—¡Qué silencio hay en esta cocina! Y… qué callada está mi abuela hoy. ¿Cómo no ha puesto a la Elena Francis? Seguro que en la radio la están echando en falta. Dirán: «La señora Nieves no puso el aparato».

—¡Es verdad, seré tonta! Ni cuenta que me he dado, niña, estaba entretenida cosiendo y se me ha pasado la hora.

—Vaya, pues a ver qué me va a contar ahora.

—Poco tengo que contar, por no decir nada, hija —contestó Nieves.

Teresa no sabía cómo sacar la conversación, no se le daba nada bien andar con rodeos. Sin pensarlo demasiado, soltó el asunto de una manera directa.

—Pues creo que sí que tiene algo que contar. Es más, abuela, diría que mucho. ¿Qué hay de cierto en esos comentarios que corren por el pueblo después de su discusión con la Gata?

Nieves siguió cosiendo sin decir nada. Actuó como si no hubiera escuchado ni una sola de las palabras dichas por Teresa en aquel momento.

—Abuela, no es ni sorda ni tonta. Le pido por favor que me cuente. No me importa lo que tenga que decirme. La voy a querer con locura, como he hecho siempre. Pero, por favor, cuénteme lo que pasa de una vez.

La mujer posó sobre sus rodillas el calcetín que tenía entre las manos y apartó las lentes de su cara. Con la cabeza gacha y con un hilo de voz, respondió:

—Está bien. Ya eres una mujer. Y esto, que pensé que jamás iba a salir a relucir, resulta que ¡esa víbora lo sabe! No sé quién se lo ha podido decir, las únicas personas que conocían mi historia están muertas, todas difuntas. Al menos eso pensaba yo. Una era tu abuelo, los otros mis padres y… poco más.

—Por favor, hable. Me estoy poniendo nerviosa.

Nieves le pidió que se sentara a su lado y comenzó a hablar:

—Cuando yo era una moza, la verdad es que era muy lucida, tú sabes que siempre he sido muy alegre, hablaba con todo el mundo y, a pesar de las penurias de la guerra y del hambre que a veces pasábamos, yo era una niña feliz. Pero como muchas veces te comenté, desde muy chica me puse a trabajar.

—Sí, de redera, me lo ha contado —contestó Teresa.

—Bueno, antes de eso mi madre me puso a servir en la casa de unos ricachones que aparecieron por el pueblo. Eran italianos. Él era muy apuesto. Ella, además de muy joven y guapa, también era dominante, orgullosa y cruel con el servicio. Estuve en aquella casa un par de años. Con la señora apenas tenía trato, por suerte yo estaba casi todo el tiempo en la cocina o por los jardines o haciendo mandados de un lado para otro. Con el señor era otra cosa; el hombre siempre me trató con cariño y amabilidad, y poco a poco fuimos cogiendo confianza.

»La mujer se quedó embarazada y tuvo un niño, pero, a los pocos días del alumbramiento, ella falleció, creo que fue de una infección o algo así. El caso es que aquel hombre se quedó solo. —Respiró hondo y continuó hablando—: Con frecuencia me buscaba para charlar o preguntarme cómo estaba. Yo se lo contaba todo a mi madre, era una cría, no tenía maldad y nada le ocultaba.

»Un buen día, al llegar a casa, me dijo que ya no volvería a servir más allí porque no le gustaban nada las confianzas que el señor estaba cogiendo conmigo y que, antes de tener que llorar, lo mejor era poner tierra de por medio. En aquel momento no entendí a qué se refería mi madre y me enfadé con ella. Yo era feliz en aquel lugar. Pasaba muchas horas jugando con el niño mientras el amo nos miraba sentado en el jardín. Al día siguiente comencé a trabajar como redera.

»Después de un tiempo, una mañana le encontré por el pueblo y estuve un rato hablando con él. Luego aquel hombre me buscaba; yo tenía dieciséis años y me sentía halagada, nada malo me hacía ni tan siquiera con sus palabras. Me traía dulces y pequeños obsequios que a mí me llenaban de alegría y, sobre todo, me regalaba los oídos.

»Así, sin darme apenas cuenta, me enamoré de él. Caí en sus brazos envuelta en sus historias y mentiras, me prometió que todo lo que él tenía lo compartiría conmigo, que quería que fuera su mujer. Te puedes imaginar, una cría que nada sabía del mundo se creyó a pies juntillas todo lo que ese hombre le contaba, ¡cómo no! Un día me dijo que tenía que partir, a mí no me extrañó porque él solía viajar a Italia en algunas ocasiones y pasaba meses fuera, pero, siempre que volvía, buscaba la manera de ponerse en contacto conmigo. Como supondrás, no le volví a hablar a mi madre de él, y mucho menos de nuestros encuentros. Él me pidió que no lo hiciera, que era mejor que nadie supiera que nos veíamos.

»El caso es que, en uno de esos viajes, regresó con una mujer. Yo no le di importancia, era normal que le visitaran sus hermanas o primas, y pensé que sería una de ellas. Entonces, hizo como

siempre, buscarme. Me volví loca cuando le vi y…, bueno, ya sabes, tuvimos intimidad, pero no como otras veces, aquella fue diferente, ya me entiendes, no quiero dar más explicaciones, me comprendes, ¿no?

—Sí, claro, que se acostó con él, vaya —dijo Teresa.

—Sí, eso mismo. Al día siguiente me enteré de que ella era su mujer y fui a su encuentro. Me trató con desprecio, me dijo que en qué momento yo había pensado que se casaría conmigo y yo me puse como una loca, me enfadé muchísimo. Ya me conoces, qué te voy a contar. Le di un bofetón que me estuvo doliendo la mano tres días, pensé que me había roto un dedo y todo. Me molestaron tanto sus palabras… Hizo que me sintiera humillada, engañada y triste. No solo me despreció, sino que me pisoteó. Fueron días duros, no podía hablar con nadie, ¿cómo iba a contar que me había acostado con aquel hombre?

»Después, con el paso de los días, me hice a la idea, acepté lo que me había pasado, todo ello fruto de mi juventud, de mi ignorancia y sobre todo de mi amor hacia él, y pensé egoístamente que Paco estaba ahí para mí, esperándome. —De nuevo, Nieves guardó silencio por un instante—. No pienses mal de mí. Esto que acabo de decir ha sonado fatal, pero no he querido decir que me aproveché de tu abuelo, eso nunca. Él estaba enamorado de mí, yo también tenía sentimientos por él, pero muchos más hacia aquel italiano hasta que se me cayó la venda de los ojos.

»Tal y como lo he dicho suena raro, pero yo era joven y Paco llevaba tonteando conmigo unos meses, y yo le rechazaba siempre porque tenía la esperanza de llegar a algo con el italiano. Entiéndeme, estaba enamorada hasta los huesos de aquel

sinvergüenza, pero, después de que el muy caradura me dijera todo aquello, me agarré a mi pobre Paco como a un clavo ardiendo.

»Comenzamos a salir, lo pasábamos bien y yo poco a poco me iba enamorando de tu abuelo. Fueron días muy bonitos. Él consiguió que en poco tiempo dejara de pensar en aquella persona y solo tuviera ojos para tu abuelo. Pero el señorito seguía buscándome.

»Un día dejó recado a Carmen, que trabajaba conmigo las redes. —Teresa la miró sorprendida—. Sí, a la Cuca. Entonces éramos muy amigas y, aunque nunca le conté toda la verdad sobre lo que había tenido con el señorito, ella no era tonta y no necesitaba que yo le confirmara nada.

»Bueno, como te decía, le dejó el recado de que fuera a su casa porque necesitaba que le hiciera algo. Allí que fui, pensando no sé muy bien el qué. Quizá que estaría su mujer y el servicio, que tal vez había algo importante que debía decirme, pero no fue así. En aquella casa no había nadie, incluso él fue quien me abrió la puerta y me invitó a entrar. Primero me negué, pero utilizó su labia y me convenció para que pasara.

»Una vez dentro, me llevó hasta su despacho, me ofreció algo de tomar y me pidió que me sentara. Se excusó conmigo por lo mal que me había tratado, me pidió perdón un montón de veces. Yo seguía molesta y le pregunté qué era lo que quería. Estaba deseando salir de allí. Él sin darme tiempo a reaccionar comenzó a abrazarme y a besarme. Me resistí, intenté liberarme de sus brazos, pero él era mucho más fuerte que yo y… no pude soltarme.

Nieves desvió la mirada de los ojos de su nieta, donde había estado durante todo su relato. Bajó la cabeza y la joven observó cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla.

Esa era la primera vez que veía llorar a su abuela. La mujer tomó el pico de su delantal y se secó los ojos.

Levantó de nuevo la vista, pero esta vez dejó que la misma se perdiera sobre los fogones de la cocina mientras retomaba el aliento.

—¿La forzó, abuela? —preguntó Teresa esperando que la respuesta fuera negativa.

Nieves no contestó, simplemente asintió con la cabeza. Estaba avergonzada, como si lo que le pasó hubiera sido culpa suya. Teresa no sabía qué hacer, se arrimó más a ella y le agarró las manos, se las acercó a la boca y las besó.

Los ojos de Nieves estaban llenos de lágrimas que la mujer intentaba tragarse para poder seguir hablando.

—Abuela, no pasa nada. Tranquila, ya es tiempo de que se desahogue, si quiere llorar, hágalo sin reparos —dijo Teresa con la voz entrecortada.

Nieves sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz, luego con una esquina de este se limpió las lágrimas que recorrían sus mejillas enrojecidas. Respiró hondo y continuó hablando:

—Perdona, niña, pero, a pesar de los años, hay sensaciones que no se olvidan. Por un momento me he vuelto a ver entre los brazos de aquel animal.

Teresa no soportaba presenciar el sufrimiento que todo aquello le estaba produciendo a su abuela y también su vista se nubló.

La mujer, después de un momento de silencio, se repuso y prosiguió:

—En ese momento no dije nada, volví a mi casa y me encerré con la excusa de que me encontraba mal. Estuve en cama dos o tres

días. Además del dolor que tenía por los golpes y el forcejeo, lo peor era mi cabeza. Me sentía sucia y rota.

»Paco vino a verme una mañana al llegar de faenar. Llevaba fuera unos días, estaban en alta mar con la costera del bonito. El pobre hombre enseguida se dio cuenta de que algo me pasaba y, por más que lo negué, insistió tanto que rompí a llorar y se lo conté. En ese momento bien pensé que me iba a dejar. Pero no lo hizo. Al contrario. Llamó a mi madre y le dijo lo que me había pasado. Los tres decidimos callar. No podíamos denunciarle, no habría servido de nada, él era rico y además tenía muchas amistades e influencia. Mi madre contuvo a tu abuelo para que no fuera en busca de él. Era lo mejor para todos. Callar y dejar que pasara el tiempo.

»Yo me quedé mucho más tranquila. Con la ayuda de mi madre y de Paco estaba logrando salir adelante. Siempre estaban pendientes de mí. ¡Pobres míos! ¡Cuánto pasaron también con aquello!

—Desde luego, tuvo mucha suerte, abuela. El abuelo Paco era todo un hombre, ya lo creo, qué pena no haberle conocido. En aquellos tiempos lo más normal es que la hubiera dejado —dijo Teresa.

—Ya lo creo, niña. ¡Qué habría hecho yo sin ese hombre! Calló toda la vida, jamás se lo dijo a nadie, ni tan siquiera a sus padres o a sus hermanos. Aunque en el fondo aquello no fue lo peor, eso vino más tarde, al cabo de un par de meses. Entonces me di cuenta de que…

De nuevo se hizo el silencio.

—No. No me lo diga… ¿Estaba embarazada? —preguntó Teresa.

—Sí, hija, sí. Me había dejado preñada.

Teresa guardó silencio. No se atrevía a preguntar nada más. Su mundo estaba a punto de derrumbarse si lo que estaba pensando en aquel momento era verdad.

—¿Lo perdió? —preguntó Teresa con la esperanza de recibir una respuesta afirmativa.

Nieves la miró y, con una sonrisa forzada y triste, negó con la cabeza.

Teresa se sobresaltó y se llevó las manos a la boca, después a la cabeza, se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la cocina.

—Entonces ¿mi padre es…? —preguntó Teresa esperando respuesta.

—No. No, hija, estate tranquila. Tu padre es hijo de Paco, aunque jamás supo lo que te estoy contando, lo mismo que Andrés, que tampoco tiene idea de todo esto.

—¿Entonces? No me diga que ese malnacido se lo quitó —dijo Teresa alterada.

Nieves no contestó, se limitó a seguir con el relato.

—Tu abuelo y yo nos casamos al mes de darnos cuenta de mi embarazo y todo el mundo pensó que era de Paco. Bueno, eso es lo que yo creía, pero al parecer esa mala pécora sabe que no es así.

—Y aquel hombre ¿lo supo? ¿Qué fue de él? ¿Quién era? ¿Y el bebé? —preguntaba la chica.

—No, él nunca supo nada. No se lo habría dicho por nada del mundo. Se marchó al poco tiempo de mi boda y no volvió hasta pasados unos años. ¡Qué más da quién era! Ya no es nada ni nadie. Murió cuando apenas tenía tu padre dos años en un accidente de coche. ¡Ojalá se haya podrido en el infierno el muy sinvergüenza!

Nieves, ya más tranquila, le volvió a decir a Teresa que nadie salvo sus padres y su marido supieron nunca la verdad. Por eso no podía explicarse por qué la Gata se había enterado.

Teresa recordó entonces las palabras que hacía tiempo le había dicho Carmen haciendo referencia a lo que había sufrido su abuela, y también las que aquella misma tarde había pronunciado. «Niña, cuídala, ¿vale? Atiende con cariño lo que te quiera contar; las cosas no son ni lo que parecen ni lo que nadie quiera hacer que parezcan». Ahora tenían sentido. Pero su abuela acababa de decir que solo su madre y su marido conocían los hechos.

—Abuela, ¿está segura de que nadie más lo sabía? Yo creo que la Cuca algo sabe, al menos eso me parece.

—¿Carmen? No recuerdo que yo le contara nada, sí que le insinué, pero nunca le dije a las claras lo que me había pasado. Además, desde aquello, apenas tuvimos relación. —Nieves se quedó pensando—. Pues no sabría decirte. En todo caso, ella no diría nunca nada. Igual que yo jamás lo hice de sus cosas. Pero, bueno, quien sí pudo irse de la lengua fue mi padre. El pobre bebía mucho y cuando la lengua no le entraba en la boca del alcohol que había tomado tenía por costumbre hablar sin parar. Solo se me ocurre que en una de esas lo dijera. Alternaba con el hermano de la Gata ahora que recuerdo. ¡Maldito será! Por algo mi madre apenas le contaba nada para evitar ser la comidilla del pueblo cuando estaba como una cuba.

—Pero hay algo que aún no me ha contado. ¿Qué fue de aquel niño, dónde está? —preguntó Teresa.

—Ese pequeño murió a los pocos días de nacer. Una mañana cuando iba a cogerle en mis brazos para amamantarle le encontré

frío como la nieve. Se me murió por la noche mientras dormía. No me di cuenta. Era una niña, la llamé Inés. Aunque no llegamos ni a llevarla al registro. Por eso no la has visto inscrita jamás en ningún sitio.

Teresa no pudo por menos que respirar tranquila. Fue una desgracia, pero dentro de lo malo no le quedó otra que alegrarse. Aunque ese sentimiento le hizo tener remordimientos.

—Tendré que hablar con tu tío Andrés, él tampoco sabe nada, y seguro que ya ha llegado hasta el faro el cotilleo. Espero que no se enfade.

—¡Qué tontería, abuela! ¿Por qué iba a enfadarse? Mire, de momento no diga nada. Déjelo estar —indicó Teresa.

Nieves pensó que lo habían dejado estar demasiado tiempo y que, una vez que aquella caja se había abierto, tenía que hacer partícipe a su hijo. No iba a demorarse demasiado, a más tardar el domingo se acercaría y hablaría con él.

—Tengo que saber cómo la Gata conocía esto.

—Yo, abuela, lo dejaría pasar. Es lo mejor, como diría Puerto con uno de sus refranes: agua pasada no mueve molino. Si su padre era amigo del hermano de Pura, tenga por seguro que él se lo contó.

Nieves abrazó a su nieta. La apretó contra el pecho hasta que sintió los latidos de su corazón, igual que hacía cuando era pequeña.

Con la vista puesta en la luna que se dibujaba tras los cristales, pensó: «No hay secreto en el mundo que pueda ser guardado si por más de uno es conocido».

18

Habían pasado unas horas de la brutal paliza que Robert recibió. Estuvo inconsciente mucho tiempo y, cuando despertó, estaba desorientado, dolorido, lleno de sangre y moratones.

Intentó levantarse, pero no pudo. Al moverse sintió un dolor tan intenso en su estómago que le hizo gritar y a punto estuvo de perder de nuevo el conocimiento.

Todo su cuerpo estaba golpeado, notaba como si su cara estuviera sobredimensionada y apenas pudo abrir los ojos debido a la hinchazón.

La sangre que le había manado de la nariz y la boca continuaba pegada a la piel.

De nuevo quiso incorporarse, comenzaba a llover y deseaba resguardarse cerca de una pared, pero era imposible soportar el dolor que se originaba al hacerlo.

Pretendió mirar la hora en su reloj, pero la maquinaria se había parado a las nueve menos diez.

El dolor, el cansancio y la falta de fuerza pudieron con él. Se dejó llevar de una manera serena, nada podía hacer para pedir ayuda, ni tan siquiera era capaz de subir unos tonos su voz, lo suficiente para que alguien le escuchara, alguien que, por otro lado, tampoco estaba cerca.

Mientras sentía como se dormía, pensaba que quizá nunca podría ponerse de nuevo en pie o que tal vez estaba a punto de perder la vida.

En su duermevela advirtió como amanecía. En la distancia se escuchaba el sonido de las sirenas de los barcos, y le pareció oír voces risueñas.

Abrió los ojos y moviendo levemente la cabeza miró hacia los lados a la espera de que alguien apareciera.

Creyó que había gente acercándose y otra vez tiró de su cuerpo con la intención al menos de levantar los brazos, pero al segundo se dio cuenta de que no había nadie, todo era producto de su imaginación.

Y entonces todo se volvió negro. Había vuelto a perder el sentido producto del dolor tan agudo que le producía su cuerpo.

Hacía horas que el auto de Tommaso circulaba por las carreteras del país.

El hombre dormía en la parte trasera del coche mientras Federico conducía.

El chófer tuvo que soportar durante las dos primeras horas de trayecto el mal humor de su jefe; quejas hacia su hijo y su mujer, improperios de todo tipo hacia el muchacho e historias sobre su esposa que a él no le gustaba escuchar.

Federico trabajaba desde joven con los padres de Eulalia. Los recogieron de chiquillos a él y a su hermana Catalina. Se quedaron huérfanos debido a un incendio que se produjo en la vivienda que habitaban. Doña Montserrat, la madre de Eulalia, se enteró de lo

sucedido y no dudó en darles cobijo. Aquella mujer, pequeña de tamaño pero de gran corazón, conocía a su madre porque esta de muy niña había trabajado en la casa de los padres de la señora Montserrat; se encargaba en la casa de coser y planchar. El suceso le causó gran penar y se sentía en la obligación de hacer algo por aquellos dos niños que habían quedado desamparados.

Ambos formaron parte del servicio en la mansión desde el primer momento. Nunca les faltó cama ni comida. El hombre estaba muy agradecido a la madre de doña Eulalia.

Cuando Tommaso se casó con Eulalia, el chófer dejó su empleo.

Federico conoció a una muchacha cuyos padres regentaban un bar en Barcelona y comenzó a trabajar en la taberna con ellos, pero aquello duró apenas dos años.

El fallecimiento de su hijo, a los cinco días de nacer, ocasionó que su esposa perdiera la cordura y durante años estuvo ingresada en un sanatorio.

Sus suegros eran muy mayores y él no iba a poder mantener el negocio solo. Habló con su hermana y esta a su vez con doña Eulalia, quien, igual que su madre, volvió a darle oficio.

Le pagó las cuotas necesarias para que aprendiera a conducir automóviles y consiguió el permiso correspondiente. Una vez obtenido el carnet de conducir, comenzó a ejercer de chófer de la familia.

Tommaso conocía aquella historia perfectamente, lo mismo que sabía que, de no ser por el dinero extra que le daba a Federico por su silencio, él no podría hacer frente al coste del hospital donde su mujer era atendida.

Pero Tommaso ignoraba que hacía años que la mujer de Federico había muerto. El chófer no informó de aquella defunción, solo su hermana lo sabía.

Le venía muy bien ese dinero de más que Tommaso le entregaba cada mes.

Federico era conocedor de todos los pasos que daba Tommaso, sabía de sus negocios sucios, sus devaneos, su afición al juego y muchas cosas más que rodeaban a su jefe.

Había momentos en los que sentía que estaba fallando a doña Eulalia, pero, por otro lado, y desde hacía muchos años, la realidad era que tanto su hermana como él cobraban por su trabajo: estar las veinticuatro horas del día al servicio de la familia.

Las palabras de don Tommaso llenas de odio hacia Eulalia hicieron que su sangre ardiera. Le habría gustado poder contestarle y decirle todo lo que pensaba de él, pero no lo hizo, no por falta de ganas, sino por miedo a perder su trabajo o quién sabe si su vida.

Don Tommaso tenía entre otras cosas amistades muy peligrosas. Continuó manejando el auto y optó por agarrar fuerte el volante, mirar la carretera oscura y morderse la lengua.

Un bache en el camino hizo que Tommaso se despertara. Ya estaban apareciendo los primeros claros del día cuando el hombre no solo abrió los ojos, sino también la boca.

Para disgusto de Federico, su jefe seguía igual de enfadado que cuando se quedó dormido.

—¡Federico! ¡Podías tener más cuidado! ¿No ves que estaba dormido? Me he dado un golpe en la cabeza por tu culpa. Eres otro más de los inútiles que tengo cerca.

—Lo siento, señor, no he visto el socavón. Esta carretera está llena de ellos.

—¿Cuánto falta? Estoy cansado ya de estar aquí sentado. Detente en la primera cantina que veas, tengo ganas de tomar un café. ¡Y ve con cuidado! Espero no tener que volver a repetirlo.

—No se preocupe, señor, parece que este tramo está mejor. Estamos cerca de Alcarràs. Si le parece, paro allí.

—¡Ni me parece ni me deja de parecer! ¡Detente, como te he dicho, en cuanto veas un mesón donde poder desayunar! Hay que decir las cosas veinte veces. *Mamma mia, quanta gente inutile!*

Federico seguía mordiéndose la lengua. ¿Inútil él? Más bien tonto por seguir aguantando. ¿Realmente merecía la pena callar las idas y venidas de aquel hombre y soportar sus contestaciones, órdenes y palabras ofensivas?

Tenía que hablar con Catalina, ella seguro que podría ayudarle. Sin duda su hermana, que era mucho más lista que él, le diría qué hacer y, sobre todo, cómo actuar.

Catalina no desconocía los asuntos turbios del señor. Federico en alguna ocasión le había contado algo, pero se había guardado gran parte.

No estaba bien hablar de todo lo que sabía del señor. En especial porque lo que él conocía de aquel hombre nada tenía que ver con las historias y mentiras que les contaba tanto a su hijo como a su mujer.

Su hermana en algún momento podía poner sobre aviso a Eulalia sin darse apenas cuenta de que lo estaba haciendo. Por eso prefirió callar.

Federico divisó el mesón en el que en otras ocasiones habían parado a las afueras del pueblo, una vez pasado Alcarràs, y frenó en seco con toda la intención. Había mirado por el espejo retrovisor y, al observar que Tommaso tenía puesta la vista en el paisaje que se veía por la ventanilla lateral, le cogió desprevenido.

Su jefe sintió como su cuerpo se elevaba y sus rodillas se golpearon con el respaldo del asiento delantero. Federico no pudo evitar sonreír.

—Lo siento, señor, iba distraído y casi me paso Casa Miguel.

Tommaso no dijo ni una palabra, le miró con cara de odio y se bajó dando un golpe a la puerta del automóvil.

—Espera aquí, no tardaré —dijo Tommaso.

Cuando el hombre entró en el mesón, Federico salió del coche y encendió un pitillo mientras esperaba a que su jefe volviera.

Teresa, como cada mañana, caminaba junto a su compañera Julia en dirección a su puesto de trabajo. Ya se notaban las mañanas más frescas que anunciaban que el verano estaba a punto de llegar a su fin.

Al doblar la esquina observaron un gran revuelo, los chicos iban y venían corriendo. Julia quiso acercarse, a lo lejos se veía un grupo de gente rodeando algo, pero Teresa le quitó la intención haciéndole notar que la hora de entrada estaba a punto de llegar.

Continuaron su camino acelerando el paso.

Tras ellas, y con la voz entrecortada por la carrera que se habían dado, caminaban varias compañeras de La Siciliana, que comentaban lo que acababan de ver.

Teresa se acercó a Julia y en voz baja le dijo:

—Ves, ya nos vamos a enterar de lo que ha pasado, estas que vienen detrás de nosotras lo han visto.

Ambas guardaron silencio con la intención de escuchar los comentarios de las chicas.

—Menuda paliza que le han dado. ¿Te has fijado que tenía la cara destrozada?

—Y eso no va a ser lo peor. Cuando han intentado ponerle en pie, alguien ha dicho que debía de tener alguna pierna rota, porque el pobre no se sostenía y gritaba de una manera descomunal —habló otra de las muchachas.

—Hay que ser mala bestia para darle la tunda que le han dado. ¡Casi le matan! Le han debido de dejar tirado ahí, lo mismo pensaron que estaba muerto.

—Según decían, lleva horas ahí echado, a juzgar por la sangre que había en el suelo. Cuando le han llevado para el hospitalillo estaba sin conocimiento. Yo le he visto muy perjudicado. No te diría yo que el catalán no casque hoy —dijo la otra mujer.

A Teresa le dio una vuelta el estómago y se paró en seco. Miró a Julia y esta también tenía la cara descompuesta.

Se volvió hacia sus compañeras y les preguntó:

—¿Has dicho que era catalán? ¿Trabajaba en La Corona? —quiso saber Teresa.

—Sí, el guaperas ese. Que por cierto te pretendía, ¿no? —contestó una de ellas.

—¿Me estás diciendo que era Robert? —preguntó Teresa nerviosa.

—Mira, chica, no tengo ni idea de cómo se llama, solo sé que era, y digo «era» porque vaya cara le han puesto, eso, que era muy

guapín. Y por darte más datos te diré que se hospeda donde doña Sole. Llegó hará unos meses al pueblo. Pero eso seguro que lo sabes tú mejor que yo —respondió su compañera.

Teresa enmudeció, debía de tratarse sin duda de Robert. Tenía que salir de dudas y le pidió a Julia que dijera en la conservera que ella acudiría a su puesto de trabajo un poco más tarde.

Debía ir hasta La Corona. Tenía que comprobar si el joven estaba allí trabajando o pedirle a alguien que la informara de si realmente era él a quien habían agredido.

Pasó por delante del lugar donde Robert había estado y no vio a nadie allí. Solo las manchas de sangre en el suelo.

Pensó en Samuel. Le habría gustado no hacerlo, pero no encontró otro motivo por el cual le podían haber dado aquella paliza.

Llegó a la conservera y pidió hablar con Samuel. Antes de acusarle quería verle la cara. Le conocía a la perfección y, si había sido él, con toda seguridad ella se lo notaría.

Mientras esperaba que le contara algo sobre el joven, Mattia apareció por la entrada y al verla se acercó.

—Hola, soy Mattia, amigo de Robert. Imagino que sabes lo que ha pasado, ¿verdad?

—Bueno, no lo tengo muy claro. ¿Era Robert el herido? Quiero saber, unas compañeras me han dicho eso, pero… quiero cerciorarme. He venido en busca de Samuel, espero que él me diga algo, es conocido mío y además el capataz.

—Sí, desgraciadamente es Robert, le han dado una tunda de muerte. Tenía muy mala pinta. Mi hermano Andrea ha ido con él al hospitalillo. A Samuel no le vas a encontrar. Esta mañana no ha

aparecido, tal vez esté enfermo, al menos eso nos han dicho a nosotros. Nadie sabe nada de Samuel.

—¿Estaba tan mal Robert? Lo que he escuchado era horroroso —preguntó Teresa.

—No te voy a engañar, estaba muy mal. Estaba sin sentido y, aparte de los golpetazos que se le podían ver, quienes andaban por allí, los de la ambulancia, que digo yo que esos saben algo de medicina, decían que quizá lo peor serían los golpes internos.

Teresa no quiso saber más. Salió corriendo hacia el hospitalillo, quizá allí le pudieran dar más razón de cómo se encontraba Robert.

Corrió como alma que lleva el diablo, ni ella misma daba crédito a la velocidad que sus piernas estaban cogiendo. Al llegar entró sin aliento.

Una de las monjas que había en la entrada se acercó a ella al verla alterada. Pero tras ella apareció sor Encarnación.

—¿Niña, qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a tu abuela? —quiso saber la monja.

Teresa preguntó por Robert después de contestar que no estaba allí por su abuela, que Nieves se encontraba bien. La monja puso mala cara al escuchar que su intención era saber de aquel muchacho que acababa de salir por la puerta del hospitalillo con los pies más en el cielo que en la tierra.

—Ese muchacho estaba muy mal para estar aquí. Poco podíamos hacer nosotros por él, por eso hace un momento ha salido en dirección a Santander. Las dolencias que padece solo las van a poder atender allí. ¿Es conocido tuyo? —se interesó la monja.

Teresa no dudó ni un solo instante y contestó que era su novio.

—Niña, lo siento mucho, pero tienes que ponerte en lo peor. Ha estado muchas horas tirado en el suelo sin ayuda ninguna. Si Dios quiere que salga de esta, no sé muy bien cómo va a quedar. ¿Necesitas algo más? Me gustaría ayudarte. Pero, mira, ven conmigo, te voy a preparar una tila, te veo muy nerviosa. Acompáñame.

Teresa le agradeció el gesto a la religiosa, pero no quiso aceptar la invitación. Salió sin rumbo.

No sabía qué hacer ni a quién llamar. No sabía cómo ponerse en contacto con algún familiar o si siquiera lo tenía. Poco o nada habían hablado sobre ese asunto. En ese momento se dio cuenta de que en realidad no sabía nada del chico, sin embargo se había presentado como su novia por un impulso.

Volvió a la conservera. Allí el tema del día seguía siendo la paliza que había recibido el catalán.

Pasadas un par de horas, la Guardia Civil entró en La Siciliana.

Venían en busca de don Tommaso.

Isidro, el capataz, los informó de que su jefe había salido de viaje la noche anterior con destino a Barcelona.

Los guardias le pidieron un teléfono o una dirección del hombre. Isidro preguntó por qué querían hablar con el señor, que si les parecía se lo dijeran a él y se pondría en contacto con su jefe, alegando que esa era la orden que tenía de Tommaso.

Los guardias, con mal carácter, le contestaron que nada tenían que decirle, sino que era un tema privado que debían tratar con el interesado.

El joven, al ver el talante con el que le habían contestado, no dudó en coger un papel y escribió el número de teléfono de don

Tommaso.

La pareja de agentes salió de la conservera sin dar más explicaciones.

El teléfono sonó en casa de los Venetto Bartomeu. Catalina contestó:

—Casa de los señores Venetto, ¿dígame?

La voz seria y dura que hablaba al otro lado preguntó por don Tommaso. La mujer le indicó que el señor no estaba en casa y la señora tampoco.

Catalina se sentó en el sillón que había cerca de la mesita del teléfono. Le acababan de decir que era urgente ponerse en contacto con ellos porque su hijo había tenido un accidente y estaba muy grave.

No sabía qué hacer ni a dónde llamar. Eulalia había salido, pero no le dijo dónde iba en aquella ocasión y del señor ella no sabía nada.

Solo le quedaba esperar a que la señora apareciera, pero aquella mujer últimamente estaba perdida, alegre pero desaparecida. Cuando no se encontraba en Tarrasa atendiendo la fábrica, andaba a saber dónde y con quién.

Recordó que le había dicho que el número de la fábrica estaba apuntado en la agenda telefónica. Buscó deprisa y llamó a la textil. Las manos le temblaban y tuvo que hacerlo dos veces. La primera había puesto mal uno de los números y contestó alguien que nada tenía que ver con el negocio. El segundo intento resultó positivo, pero la fatalidad hizo que Eulalia no se encontrara allí. Además nadie supo darle razón de ella.

Dejó el recado para que en caso de aparecer llamara a su casa con urgencia y colgó.

El timbre de la puerta sonó, Catalina corrió en dirección a la entrada, tal vez fuera la señora. «¡Dios lo quiera!», pensó.

Al abrir se encontró con la cara de don Tommaso, seguido de su hermano Federico.

La mujer le dio gracias al cielo.

Tommaso entró sin atender apenas a Catalina, que intentaba decirle lo que había ocurrido, pero él solo gritaba el nombre de su mujer.

Catalina levantó la voz de tal manera para llamar la atención de Tommaso que este se quedó paralizado a la vez que sorprendido.

—¿Qué pasa, mujer? ¿Estás loca? —gritó Tommaso.

—¡Ya me gustaría estarlo! Pero no es el caso. Ha llamado la Guardia Civil. El joven Robert ha tenido un accidente y está muy grave. Tiene que llamar a este teléfono rápidamente —explicó Catalina.

—¡De qué demonios estás hablando? ¿Mi hijo? ¿Qué accidente? —preguntó Tommaso nervioso.

—No sé, señor, solo me han dicho eso. Llame, por amor de Dios. ¡Llame!

Tommaso marcó el número indicado. Le comunicaron lo que sabían, le dijeron que estaba muy mal y que era conveniente que se personaran en el hospital Marqués de Valdecilla. El tiempo apremiaba, su estado, como le habían dicho, era crítico.

El hombre colgó el teléfono y le pidió a Federico y a Catalina que buscaran a su mujer hasta debajo de las piedras. Tenían que partir de nuevo para Santander a la mayor brevedad.

19

Eulalia había aprovechado la mañana para salir con Bernat, ya que el pintor quería visitar en Figueras a un gran amigo y colega suyo, Salvador Dalí.

Le conoció durante su etapa en París y allí labraron una buena amistad que aún, y a pesar del tiempo que había trascurrido y sobre todo de la popularidad que había alcanzado su amigo, no se había perdido.

La señora Venetto estaba entusiasmada pensando que iba a conocer a aquel hombre tan famoso, innovador y extravagante a la vez. No solo la figura del pintor llamaba su atención, sino también la de su esposa, Gala, aquella mujer de la que todos hablaban maravillas.

Estaba nerviosa, le había costado decidir qué ropa ponerse y aún no tenía claro si su conversación iba a estar a la altura de la de sus anfitriones.

Bernat conducía orgulloso su Austin-Healey 100-4 de color azul, el último de los caprichos que se había dado.

Eulalia estaba emocionada, y su entusiasmo fue mayor al ver aparecer frente al portal de su casa, en la plaza del Doctor Letamendi, a su amigo con aquel vehículo. Los ojos se le iluminaron, era el descapotable más bonito que había visto nunca. Sacó de su

bolso un pañuelo de Hermès y después de colocárselo sobre la cabeza se lo anudó alrededor del cuello. Luego completó su atuendo con unas gafas apropiadas para aquel viaje.

Al llegar a la casa del pintor en Figueras, les indicaron que los señores se encontraban en Portlligat, un bonito pueblo cercano a Cadaqués donde la pareja había construido una casa.

Decidieron acercarse primero al hotel donde tenían hecha una reserva para dejar el equipaje, después continuarían el viaje.

Antes de salir de la habitación, Eulalia llamó a casa. No tenía clara la hora en la que regresarían al hotel y, además, olvidó darle un par de recados a Catalina y advertirla de que aquella noche no dormiría en el domicilio, ya que, cuando salió de buena mañana, la mujer no se encontraba en la vivienda. Con toda seguridad había ido a misa de siete y a comprar sus bollos preferidos para el desayuno.

Catalina descolgó al primer tono, estaba pegada al aparato, pero no tuvo tiempo de articular palabra, porque Tommaso, que estaba muy cerca, le quitó el auricular de las manos y sin saber quién estaba tras el mismo dio por hecho que era su mujer y habló sin reparos:

—¡Eulalia! Soy Tommaso, no sé dónde te has metido, pero tienes que volver rápidamente. Robert ha tenido un accidente y está muy mal, debemos partir a Santander ahora mismo.

La mujer enmudeció. Para nada esperaba que su marido cogiera el teléfono, y muchísimo menos que le diera una noticia como aquella.

—¡Estás loco, Tommaso! No sé qué haces en Barcelona, pero no me gustan nada las bromas de ese tipo, sobre todo si están relacionadas con mi hijo.

—Te estoy hablando en serio. ¿Dónde estás? —preguntó su marido.

Eulalia no pudo ni quiso mentir, la voz de su esposo se entrecortaba por la emoción y ella tomó en serio sus palabras.

—Estoy en Figueras, Tommaso. Tardaré unas horas en llegar.

—Vuelve de inmediato. Si en dos horas no estás aquí, me voy sin ti.

La cara de la mujer estaba descompuesta. Bernat preguntó qué pasaba, pero ella no podía articular palabra. Sus manos comenzaron a temblar, su piel cambió de color volviéndose amarillenta y se desplomó sobre la cama donde se había sentado.

Bernat intentó reanimarla dándole pequeños cachetes en las mejillas para llamar su atención a la vez que pronunciaba su nombre.

Eulalia reaccionó pronto, volvió en sí agitada y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Mi hijo, mi hijo se me muere! —dijo apenas sin voz.

Bernat la tomó en sus brazos y la abrazó fuerte. La mujer temblaba como una hoja seca a punto de caer de su rama. Él le hizo tomar un vaso de agua y llamó para que les trajeran una infusión de tila bien cargada.

Cuando Eulalia se recuperó, le contó a su acompañante lo que su marido le había dicho y le rogó que partieran de nuevo a Barcelona lo antes posible.

El hombre no dudó un momento. Recogieron el equipaje y salieron de la habitación.

Antes de ponerse en marcha, Bernat escribió una nota sobre el mostrador de la recepción del hotel y, tras dejar sobre la misma una

buena propina, pidió que la llevaran hasta la cala del cabo de Creus en Portlligat, a la casa de Salvador Dalí.

El Austin-Healey de Bernat llegó a la puerta de la casa de Eulalia pasadas las dos de la tarde.

En La Siciliana la gente estaba alterada, no entendían muy bien a qué venía que la Guardia Civil los tuviera retenidos allí. Ninguno de ellos había hecho ni visto nada; salvo los dos o tres que habían encontrado el cuerpo desfallecido de Robert, el resto nada sabía.

La Corona sin embargo era un hervidero. Todos se preguntaban dónde andaba metido Samuel, había llegado a sus oídos que los guardias le estaban buscando por todo Santoña y alrededores.

El joven no había acudido al trabajo y tampoco estaba en su casa. Allí les habían dicho que no le habían visto desde la noche anterior, que dijo que iba hasta la conservera en busca de su cartera porque le parecía que la había dejado olvidada en su oficina, ya que no la encontraba por ningún lado.

La sospechosa desaparición de Samuel indicaba que él podía estar detrás de aquel ataque.

Durante los interrogatorios, más de uno había confirmado a la Guardia Civil que Robert y él se llevaban bastante mal, y otros habían dado aún más datos, como que el motivo de sus desencuentros era una joven sobadora de La Siciliana llamada Teresa Cobo.

Teresa esperó junto con sus compañeros a que llegara el turno de ser interrogada.

Los dos agentes que estaban haciendo las preguntas salieron del despacho, pronunciaron el nombre de Teresa y de su compañera Julia, y les pidieron que los acompañaran al cuartelillo.

En La Corona, Mattia y Andrea también fueron llevados hasta el puesto de la Guardia Civil.

Cuando Julia y Teresa llegaron en el coche de la Benemérita, un gran número de curiosos esperaban en la puerta.

Al entrar, la chica vio a los dos muchachos sentados en un banco. Les mandaron tomar asiento junto a ellos.

Mattia las miró sorprendido, casi tanto como lo estaba él, que no entendía por qué los habían llevado allí en lugar de preguntarles en la conservera al igual que al resto de sus compañeros. Al notarlas nerviosas, intentó calmarlas:

—No os preocupéis, no pasa nada. Contestad lo que os pregunten y ya está. No hemos hecho nada, por lo tanto, nada debemos temer —dijo Mattia.

—¿Sabes algo de Robert? ¿Y Samuel ha aparecido? —preguntó Teresa.

—Samuel no ha dado señales de vida, sigue desaparecido. Su familia no le ve desde anoche, que por cierto dijo que venía a la conservera. De Robert nada te puedo decir. No tenemos ni idea de cómo está —dijo Mattia.

—Pero eso creo que es bueno, si hubiera pasado algo, ya se sabría. Esas cosas se conocen pronto —añadió Andrea.

El teléfono del puesto no dejaba de sonar, los guardias iban y venían sin dar razón a los cuatro chicos y sin mirarlos siquiera.

Una de las puertas se abrió y un joven guardia pronunció el nombre de Teresa.

—Teresa Cobo. Acompáñeme —ordenó el miembro de la Benemérita.

La chica notó al ponerse en pie que le faltaban las fuerzas, pero se sobrepuso y caminó tras él.

Llegó a la altura de una de las estancias del cuartel que estaba a solo unos pasos de donde se encontraba sentada, y el guardia le indicó que pasara y esperara allí.

Era una habitación oscura, sin ventana, con solo una pequeña bombilla que colgaba del techo. Una mesa y una silla eran el único mobiliario que había.

Después de un buen rato, la puerta se abrió y apareció un hombre sin uniforme, mal encarado, con un bigote despoblado sobre el labio y unas gafas oscuras que pronto se quitó y posó sobre la mesa.

La muchacha sintió cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Aquel hombre no era de Santoña, nunca le había visto por allí.

Se quedó inerte, mirando hacia la tabla de la mesa, hasta que el policía le pidió que levantara la vista y le mirara. Teresa así lo hizo.

El teniente comenzó a observarla de arriba abajo de manera descarada y ofensiva. La chica se sentía observada y se mostró incómoda. Poco a poco se iba enrabietando por el atrevimiento y la desvergüenza de aquel hombre, pero pudo más su carácter que el miedo que sentía, que le dio la fuerza necesaria para romper el silencio de aquella lúgubre habitación.

—¿Se puede saber qué hago aquí? No he hecho nada ni he visto nada. Le puedo asegurar que de saber algo sería la primera en decirlo. Y además le rogaría que dejara de mirarme como si fuera una fulana.

Él se acercó a ella y colocándose detrás comenzó a aplaudir de una manera lenta. Se arrimó a su oído y le dijo susurrando:

—Bien podrías ser una fulana, tienes buen cuerpo para ello. Estoy seguro de que el trabajo no te iba a faltar.

Teresa se revolvió e intentó levantarse, pero él se lo impidió imprimiendo fuerza sobre sus hombros.

—¡Quieta, fiera! Ya sé que las pescadoras tenéis muy mala hostia y sois muy cojonudas, pero eso guárdalo para otra ocasión. Estate tranquila, mujer, solo quiero hacerte unas preguntas. Y…, perdona, no quería molestarte, solo intento hacer mi trabajo —dijo el agente.

—Pues haga el favor de quitarse de ahí y no me vuelva a poner las manos encima —contestó Teresa con más miedo que remango.

El hombre esta vez no contestó. Volvió a colocarse al otro lado de la mesa, tomó asiento y ojeó unos papeles que había traído consigo.

—Bueno, primero quiero presentarme, soy el teniente Ricardo Ojeda. Ya que me han hecho venir hasta aquí para aclarar este asunto, me gustaría terminar lo antes posible. Empecemos. Así que tú eres la novia de Robert Venetto. Y también lo has sido de Samuel Calvo. ¿Y qué ha pasado para que uno esté a punto de morir y el otro no aparezca? —preguntó el teniente.

Teresa se quedó callada. El apellido de Robert le resultó familiar. Intentaba recordar de qué cuando el detective le pidió que contestara.

—No lo sé, no tengo ni idea de lo que ha pasado. No he sido nunca la novia de Samuel. Somos amigos desde niños, cualquiera se lo puede decir, pero jamás su novia. Con Robert sí es cierto que tengo una relación. En realidad, nos estamos conociendo, tampoco

se puede decir que seamos novios. Llevamos un tiempo saliendo, desde principios del verano nada más.

—Vamos a ver, señorita. Estamos aquí para saber qué ha pasado con este muchacho. Su padre, que por cierto es el dueño de La Siciliana, está muy interesado en llegar hasta el fondo de este asunto. Su hijo puede que en este momento ya haya muerto —dijo Ojeda.

Teresa palideció. Aquel hombre acababa de decir que Robert era el hijo de Tommaso. No entendía nada de lo que estaba sucediendo.

De repente un montón de cuestiones vinieron a su cabeza, pero las preguntas del detective hicieron que prestara atención a lo que estaba pasando en ese momento.

—¿Cuándo vio por última vez a Robert? —preguntó el teniente.

—Ayer por la mañana, antes de entrar a trabajar, me esperó para decirme que no podía venir a buscarme porque tenía algo que hacer —contestó la chica.

—¿Algo como qué? —continuó el teniente Ojeda.

—No lo sé. No le pregunté —respondió Teresa.

—¡Qué curioso! Una novia que no pide explicaciones. Debes de ser la única mujer del mundo que no lo hace. Bueno. Y… a Samuel Calvo, ¿cuándo le viste por última vez?

—No lo recuerdo. Puede que haga dos o tres días. No sé decirle con exactitud —dijo la chica.

—¿Por qué ambos se llevaban mal? Y no se moleste en decir lo contrario porque ya sabemos que no tenían buena relación, ¿no es así? Según todo el mundo cuenta, al parecer usted era la culpable de sus desencuentros —dijo Ojeda.

—No tengo por qué negarlo. Samuel quería que yo fuera su novia, pero a mí él no me gustaba y, como comencé a salir con Robert, él se había ofendido y estaba enfadado. Dos o tres veces hemos tenido algún que otro encontronazo en la calle. Pero, si lo siguiente que me va a preguntar es si pienso que Samuel le ha hecho daño a Robert, le digo que no lo creo.

—¿Y por qué piensa que no ha sido él quien le ha dado la paliza? Todo el mundo dice que en el trabajo no dejaba pasar la ocasión para empujarle o insultarle —indicó Ojeda.

—Porque Samuel, en el fondo, es buen chico. Últimamente estaba un poco perdido, pero no le creo capaz. Es cierto que tenía mala bebida, pero de eso a pegar de esa manera a alguien… No lo veo posible —contestó Teresa.

—Y… ¿no será que los dos estaban de acuerdo para…, no sé, chantajear o robarle algo a Robert? Siendo como es un hombre de posibles, quizá vieran la oportunidad de pillar algo y… se les fue de las manos —indicó Ojeda.

—¡Eso no es verdad! Es más, acabo de enterarme de que Robert es el hijo del señor Tommaso. ¡No tenía ni idea! —dijo Teresa elevando el tono.

Ojeda soltó una carcajada y le contestó incrédulo que no era posible que tuviera una relación con uno de los jóvenes más ricos que había en el pueblo sin saber que lo era.

Teresa contestó que eso era así y no conocía a la familia de Robert porque él jamás habló de ellos.

Nunca habían tocado ese asunto, al igual que ella tampoco le había comentado mucho sobre la suya, salvo de su abuela.

La puerta de la estancia se abrió de repente, y el guardia joven que había pronunciado su nombre se acercó a su superior, se cuadró delante de él y le dijo algo al oído.

Ojeda recogió sus papeles, se levantó y se marchó de la habitación. Tras ellos, Teresa vio cómo la puerta se cerraba y advirtió que pasaron un cerrojo por fuera.

Ya todo el mundo en el pueblo sabía que la persona que había sido agredida era el hijo de don Tommaso. Algunos se preguntaban qué hacía el muchacho trabajando en La Corona, si su padre le había obligado o si quizá no tenía relación con él. El caso era que todo lo que rodeaba a ese asunto resultaba extraño, tanto como creer que Teresa no supiera con quién estaba saliendo.

20

Desde las cinco de la tarde Nieves estaba sentada a la puerta del puesto de la Guardia Civil. Cada media hora más o menos entraba a preguntar por su nieta y pedía explicaciones de por qué estaba retenida.

Había sido Loli quien la puso sobre aviso de lo que estaba pasando y enseguida había acudido al cuartelillo.

La mujer estaba empezando a perder los nervios, nadie le daba razón sobre Teresa y lo único que obtenía por respuesta era que se fuera a casa y dejara trabajar a los guardias.

A pocos metros de Nieves, Teresa continuaba retenida.

El teniente Ojeda no había aparecido. Habían pasado más de tres horas desde que a la muchacha la habían encerrado en aquella habitación.

La puerta se abrió de nuevo y apareció Ricardo Ojeda.

—Bueno, Teresa, la vamos a dejar ir a su casa. Además, tiene usted una abuela muy pesada en la puerta preguntando por usted cada cinco minutos. Tengo que decirle que no me gustaría que abandonara el pueblo. Si lo hace, debe comunicarnos dónde va y por qué motivo.

—¿Por qué? ¿Acaso estoy detenida o se me acusa de algo? ¿Por qué no puedo salir del pueblo? Tengo que ir a Santander, seguramente mañana mismo lo haga. Necesito saber cómo esta Robert —indicó Teresa.

—Mire, le estoy haciendo un favor dejando que se vaya. Le puedo asegurar que, si por mis compañeros fuera, usted dormía en el calabozo esta noche. Por lo tanto, deje de preguntar y váyase antes de que me arrepienta —contestó el teniente.

Teresa salió corriendo de la habitación. Miró hacia el banco donde había dejado a su compañera y no la encontró. Antes de irse, le preguntó al guardia joven dónde estaba su amiga, y él contestó que hacía más de dos horas que ya se había ido, lo mismo que los dos jóvenes italianos.

Tal y como el teniente le había dicho, Nieves estaba sentada allí mismo, con las manos tapándose la cara. La chica la llamó y la mujer corrió a su encuentro.

—¡Niña, qué mal lo he pasado! Pero si tú no has hecho nada. Estos son muy peligrosos, arrea, que, cuanto más lejos estemos del cuartelillo, mejor. Vámonos para casa ahora mismo. ¿Por qué te tenían detenida? —preguntó Nieves.

—Porque saben que estoy saliendo con Robert. Y este hombre, el teniente, ha llegado a insinuar que quizá Samuel y yo estábamos compinchados para quedarnos con dinero o yo qué sé, abuela.

—Entonces dime una cosa. Cuando estaba esperando a que salieras escuché a alguien que decía que ese Robert, el chico que casi matan, es… el hijo de Tommaso Venetto. ¿Eso es cierto? —dijo Nieves.

—Sí, abuela, es él. Le juro que no sabía que era el hijo del dueño de La Siciliana. Espero que se ponga bien porque tiene que darme muchas explicaciones, ahora no es el momento de pensar en eso, me preocupa más su salud que otra cosa, pero después, cuando mejore, tendrá que contarme por qué me ha tomado el pelo de esa manera. Créame, abuela, que en este momento serían muchas las preguntas que le haría. Aunque, si quiere que le diga la verdad, ya tendré tiempo de ofenderme por sus mentiras, ahora solo pido a Dios que se ponga bien —terminó Teresa.

Mientras caminaban en dirección a su casa, comenzaron a ver como los guardias salían corriendo, unos a pie y otros en los coches.

Las mujeres tuvieron que apartarse del camino para evitar ser atropelladas.

—¿Y ahora qué coño pasa? Parece que estamos en guerra de nuevo y están a punto de sonar las alarmas de los bombardeos —dijo Nieves.

—Ni lo sé ni me importa. Solo quiero irme a mi casa y meterme en la cama. Mañana iré a Santander, pero antes tengo que pasar por el cuartelillo a comunicarlo —le contó Teresa.

—Ten mucho cuidado, hija —comentó Nieves.

21

El viaje a Santander fue largo y tedioso para Eulalia. Soportó el carácter agrio y en ocasiones cruel de su marido, lleno de reproches, malos modos y palabras malsonantes, e incluso algún que otro empujón.

La noche se les echó encima. Al llegar, la puerta del hospital Valdecilla estaba cerrada y no había rastro de personas por allí.

Eulalia divisó a lo lejos un edificio pequeño, le pareció una capilla. Se dirigió hacia ella y empujó la puerta.

Dentro había un grupo de monjas que rezaban el rosario. Se acercó hasta ellas y, tocando en el hombro a una, le hizo un gesto para que la acompañara.

Preguntó cómo podía entrar en el hospital y si sabían algo de su hijo.

La monja le indicó que precisamente ella había estado con el enfermo. El muchacho había llegado mal, pero estaba fuera de peligro y era mejor que descansaran y regresaran al día siguiente temprano, ya que a aquellas horas no era posible entrar en el hospital.

Los rayos de sol se colaban por la rendija de las contraventanas del hospital.

Eulalia estaba junto a su hijo, sentada en una silla de madera dura y desgastada mirando fijamente al joven mientras le acariciaba la mano.

La mujer había llegado antes de que se hiciera de día y esperó a que abrieran la puerta para poder entrar y ver por fin a su hijo.

Tommaso llegó más tarde que ella y cuando estuvieron los dos pidieron hablar con los doctores que habían atendido al chico.

Estos les informaron no solo de la situación actual, sino también de los daños que había sufrido tras la brutal paliza.

Tenía derrames internos que esperaban que ya se hubieran paliado con la intervención realizada. Su espalda estaba dañada y aún era pronto para valorar el alcance, todavía no sabían si estaba perjudicada hasta el punto de quedar paralítico. También les preocupaban los golpes recibidos en la cabeza y la posible pérdida de visión de un ojo. No obstante, los doctores eran optimistas y les recomendaron tener fe, ya que la ciencia había cumplido con su parte y el resto estaba en manos de Dios y en la propia voluntad del chico por reponerse.

Eulalia, a medida que escuchaba las explicaciones de los médicos, se había puesto muy nerviosa. Nunca pensó que eran tantos los daños que sufría y en un arranque pidió que fuera trasladado al hospital Clínic en Barcelona.

Los doctores desaconsejaron el traslado, al menos en esos momentos. Mover al enfermo, y más para un trayecto tan largo, era sumamente peligroso. Podía agravar sus males e incluso, en el peor de los casos, ocasionarle la muerte.

Eulalia, ante la respuesta de los galenos, no insistió. Pidió permiso para estar junto a su hijo y se despidió después de agradecer las atenciones que le estaban dando a Robert.

Tommaso continuó durante un momento hablando con los doctores. Esperaba que le dieran más datos, pero no había nada más que contar.

La sala de enfermos graves era grande y luminosa. Pero, a diferencia de las otras, las camas estaban separadas entre ellas por grandes biombos.

Cada poco tiempo, las enfermeras controlaban a los pacientes, lo hacían con mimo y suma atención.

Cuando alguna de ellas se acercaba a la cama de Robert, Eulalia preguntaba cómo se encontraba.

En la mayoría de las ocasiones no obtenía más respuesta que la de «Todo sigue igual, señora, esté tranquila». Ella no sabía si aquello era bueno o malo y por momentos creía que se iba a volver loca por la pena y el dolor que sentía. No quería ni imaginar que su hijo pudiera morir.

A media mañana, la monja que supervisaba la sala de pacientes graves se acercó hasta ella y, con un gesto, la llamó para que acudiera a la mesa donde estaban las enfermeras.

Eulalia se levantó y se dirigió hacia el fondo de la estancia, caminando detrás de la religiosa.

—Tome asiento, por favor. Soy la hermana Beatriz, estoy al frente de esta unidad de enfermos graves. Sé que tanto su esposo como usted han hablado con los médicos, y estos me han pedido que sea yo quien los vaya informando de cómo evoluciona su hijo. No quiero decir con ello que los doctores no lo hagan, por supuesto que ellos

los informarán diariamente, pero cada cierta hora, y para que ustedes estén tranquilos, seré yo quien les vaya diciendo lo que pasa a lo largo de la jornada.

»De momento solo debo decir que no ha habido cambios en el estado de Robert Venetto, pero esto no tiene por qué preocuparle. Aunque esperábamos que volviera en sí, y no lo ha hecho, sus constantes son buenas y está respondiendo como esperábamos, si bien el riesgo continúa. Esperemos que Dios nos asista e impida que pueda sufrir algún problema cerebral.

Eulalia estuvo en silencio un rato. Sabía que su boca en ese momento no sería capaz de articular palabra y respiró hondo para paliar la emoción que la embargaba. Ella era religiosa y por supuesto creía en Dios, pero estaba empezando a cansarse de tanta plegaria al Altísimo. Si la mano del hombre y la ciencia no eran capaces, poco había que hacer, los milagros no existían.

—Gracias, hermana. Perdone, pero no sé si seré capaz de hablar. ¿De verdad cree que mi hijo puede ponerse aún peor de lo que está?

—Mire, hija mía, debe mantener la calma, pero sobre todo tener fe en el Altísimo. Con la ayuda de Dios nuestro Señor todo se puede arreglar. Aunque no quiero engañarla, hay cuerpos tan maltrechos que ni siquiera él puede sanar. Solo el Creador sabe cuál es nuestro destino. Espero y deseo que esta no sea su hora, pero, si lo es, debemos rezar para que alcance el descanso y la gloria eterna.

Eulalia levantó la cabeza y la miró a los ojos. Las palabras de sor Beatriz le habían dolido en lo más profundo de su alma. Aquella desalmada le estaba diciendo que rezara por el alma de su hijo

cuando lo que debía haber hecho era animarla a creer en un milagro.

Se levantó y sin mediar palabra se dirigió de nuevo junto al lecho de Robert.

Teresa no había descansado ni un solo momento. No pudo cerrar los ojos en toda la noche. Deseaba que se hiciera de día para levantarse y salir corriendo en busca de noticias sobre Robert.

La idea de que Samuel le hubiera propinado tal paliza hacía que la sangre le hirviera.

En cuanto atisbó unos rayos de sol, se levantó, se vistió deprisa y salió de la habitación.

Nieves tampoco había dormido y esperaba a su nieta sentada en la cocina con un tazón de leche caliente entre las manos.

—Buenos días, abuela. Me voy —dijo Teresa.

—¿Te vas ya? Tómate al menos algo caliente —dijo Nieves.

—No, salgo ya. No tengo ganas de tomar nada. Me voy a casa de Justa, quiero que me diga dónde está Samuel, y si no me da razón iré a casa de su tía Pura, seguro que ella sabe algo. Luego me hace un favor y se acerca a La Siciliana, hoy no voy a trabajar; como le dije ayer, me voy a Santander en el directo. Tengo que saber cómo está Robert. Ya no aguanto más esta angustia.

—De eso nada. Tú no vas a Santander y mucho menos a casa de Pura. ¿Estás loca o qué?

—Mire, abuela, no soy ninguna niña ya. Marcho ahora mismo, diga usted lo que diga. No le voy a hacer ningún caso. No me hará cambiar de idea.

—¡Dios, qué bruta eres! ¡Igual que tu abuela, coño! Pues nada, espera, que me visto, porque, si no vas a cambiar de idea, que no lo vas a hacer, no te voy a dejar ir sola. Me calzo y nos vamos. ¡Pero toma ahora mismo esa taza de leche! ¡No lo pienso repetir más! —zanjó su abuela.

Nieves no estaba dispuesta a abandonar a su nieta. No por ir a casa de Justa o de la víbora de Pura, sino porque no quería que se presentara en el hospital ella sola, a saber qué se encontraría allí. Sabía que su nieta era fuerte como un roble, la vida le había dado muchos golpes y ella siempre había levantado la cabeza, pero si podía estar a su lado en este momento lo haría.

El cielo estaba gris, era una mañana desapacible que amenazaba lluvia. Las dos mujeres salieron deprisa del portal, apenas había gente por la calle. Aunque era muy temprano, sabían que Justa estaría levantada. Iba muy pronto a la venta para luego abrir el puesto en el mercado.

La casa estaba a unos metros de la suya y enseguida llegaron.

Teresa le pidió a su abuela que se quedara fuera. Era mucho mejor que entrara sola.

No hizo falta llamar a la puerta, cuando la chica iba a golpear la misma esta se abrió. Tras ella estaba Justa, que ya se disponía a salir.

—¡Niña! Qué susto me has dado. No tengo yo los nervios para estos sobresaltos de buena mañana. ¿Qué quieres? ¿No has tenido bastante con lo que has hecho con mi pobre hijo? —dijo Justa molesta con Teresa.

—Buenos días, Justa. Aunque no lo crea, no le he hecho nada a Samuel. Solo quería saber si ha regresado. ¿Está en casa? Tengo

que hablar con él. Es urgente.

—No, no está en casa, no le veo desde hace dos noches. Y tú ya te has encargado de hacerle creer a todo el mundo que lo que le ha pasado al catalán ese es culpa suya, ¿verdad? Mi chiquillo no ha hecho nada. ¡Hay que estar loca para pensar que es un matón o un asesino! Y ahora… ¡Déjame paso, que me tengo que ir! —contestó enojada la madre de Samuel.

La mujer no dio más opciones. Nieves intentó pararla, pero la apartó con un pequeño empujón y siguió su camino.

—Déjelo, abuela, es inútil. La entiendo, no crea que no. Pero jamás he dicho que Samuel haya hecho nada. Es más, no lo creo; aunque si quiere que le diga la verdad ya no sé qué creer, todo esto es muy raro. Si él no ha sido, ¿por qué se esconde? —preguntó Teresa.

—No lo sé, hija, no entiendo nada. Mejor no vamos donde Pura. Si su hermana se ha puesto como una fiera, no quiero ni pensar cómo estará la otra. Si nos damos prisa, llegamos al directo, nos quedan quince minutos para que salga. Aunque, la verdad, deberías ir a trabajar. No creo que hagas bien en ir a Santander, después de todo nada se te ha perdido allí. Estará su padre y ese hombre no me gusta nada —dijo Nieves con intención de quitarle a su nieta la idea de visitar a Robert.

—Mire, abuela, si no quiere, no venga, lo entiendo. Además, no hace falta que me acompañe. Yo voy.

—No, iré si eso es lo que quieres. Tira, no sea que perdamos el autobús.

—Está bien, abuela, pero antes deme un momento. Vaya tirando para la plaza de la Villa, voy al encuentro de Julia, quiero decirle

que, por favor, avise de que hoy no iré a trabajar. Queda pendiente lo de avisar en el cuartelillo, pero con un poco de suerte el teniente no se enterará de que me he ido, y, si lo hace, ya veré cómo lo arreglo.

Las puertas de La Siciliana se abrieron como cada día. El personal entró y todos se colocaron en sus puestos.

El ambiente era raro, se respiraba una tensión extraña y contenida.

Las mujeres se miraban unas a otras, pero ninguna se atrevía a preguntar. Los rumores eran muchos y diversos. Unos comentaban que Samuel estaba detenido; otros, que aún no había aparecido. Por un lado, se dijo también que Robert había muerto, pero eso enseguida fue desmentido por Isidro, el capataz.

Había grupos de mujeres que cuchicheaban sobre Teresa y el tiempo que había estado retenida en el puesto de la Guardia Civil.

—Pues seguro que algún palo ya le han metido, esos no se andan con tonterías.

—Bueno, mujer, como es tan mona lo mismo se ha librado, no sea que le estropeen la jeta. O quién sabe, también lo ha podido cambiar por otra cosa —dijo una.

—Es que esta, como es guapa, se piensa que todos están por ella. ¿No la veis cómo anda, que parece un pavo? —replicó otra.

—Sí, al final es lo que tiene. ¿Quién le manda meterse con el hijo del amo? —apuntó una tercera.

—Menudas aspiraciones la mosquita muerta.

—Sí, sí, y eso que parecía tonta cuando la compramos.

—Pero, mira, por chula y por lista, en menudo berenjenal que se ha metido la señoritinga.

Una tras otra, iban haciendo comentarios que no dejaban en buen lugar a Teresa. Parte era por envidia, y parte, por desconocimiento.

Julia entró en ese momento en la sala y todas dejaron de hablar. La muchacha las había escuchado perfectamente, se había quedado un rato en la puerta antes de entrar y había oído la mayoría de los comentarios.

Se dirigió hasta su sitio y antes de sentarse alzó la voz:

—Alguna estabais más guapas con la lengua metida en el trasero. No sabéis de qué coño estáis hablando. Mucha envidia es lo que hay aquí. Qué bonito hablar sin saber y decir todas esas barbaridades de Teresa. Ya os hubiera gustado a vosotras echaros un novio como el chico ese. ¡Sois unas brujas! —bramó Julia.

Las mujeres se revolvieron en contra de las palabras de su compañera y, cuando estaba a punto de explotar el ambiente, entró Carmen para zanjar las charlas con cuatro voces y una amenaza.

—¡Se acabó! ¡No quiero oír ni una palabra más de este asunto! La próxima que diga algo se va a la calle y por la madre que me trajo que no vuelve a trabajar aquí en la puñetera vida. ¿Ha quedado claro?

El silencio se hizo en la sala. Todas agacharon la cabeza y comenzaron a sobar anchoas sin abrir la boca.

22

Cuando el autobús llegó a Santander paró frente al bar Machichaco, donde se encontraba la parada de la línea que procedía de Santoña. La ciudad comenzaba a llenarse de vida.

Aquel sábado era un día ventoso, cálido y soleado, propio de la época del año. El sur sacudía la bahía con fuerza y la marea alta permitía ver desde la distancia la espuma blanca que se formaba debido al oleaje.

La calle Cádiz, reconstruida después del incendio de 1941, presentaba un aspecto limpio y sereno. El ir y venir de gente tomando café en sus bares y la llegada de más autobuses de diferentes zonas de la región ofrecían un aspecto inmejorable.

Los coches de línea llegaban abarrotados en su mayoría de las mujeres que, con sus cestos cargados de legumbres, tomates, pimientos y demás viandas, se dirigían a la plaza de la Esperanza. Verlas caminar cargadas con sus conachos llenos constituía una imagen colorida y alegre.

No solo las vendedoras llegaban en la línea, sino también en la lancha de los Diez Hermanos, que procedente de Somo y Pedreña atracaba en el muelle de Calderón con las mariscadoras de aquella zona, que se acercaban a la capital desde el otro lado de la bahía

cargadas con almejas, chirlas, muergos y morgueras, dispuestas a hacer las delicias de los compradores aquella mañana.

Un ir y venir que llamó la atención de Nieves y Teresa. Nunca habían presenciado tanto movimiento al llegar a la capital.

Nieves se quedó mirando todo aquello. Por un momento se ilusionó con lo que veía como si aquella fuera su primera vez.

Era cierto que hacía muchos años que no visitaba Santander. De joven, recién casada, cuando su marido no estaba navegando, los domingos solían visitar la ciudad, comían unas rabas en alguna taberna que acompañaban con una cerveza Cruz Blanca y después se acercaban hasta la playa de los Peligros. Allí, sentados sobre una roca, comían un bocadillo que Nieves traía preparado de casa y luego paseando por Reina Victoria volvían de nuevo a coger el directo.

Algunos días tomaban la lancha hasta Somo para, una vez allí, coger el bus de Palomera que los llevaba hasta Santoña.

Cuando se quedó viuda, Nieves quiso continuar con aquellas excursiones y dos o tres veces lo hizo acompañada de sus hijos, pero el recuerdo de su marido pesaba mucho y decidió dejar de hacerlo.

Ya nunca más había vuelto a pasear por aquellas calles con tanto agrado como cuando iba del brazo de su querido Paco.

Desde entonces habían pasado mucho tiempo y muchas cosas, tantas y tan duras como el incendio que arrasó con alguna de las calles por donde ella paseaba y compraba en aquellos años.

Teresa se quedó mirando un rato a su abuela. Le habría gustado preguntarle en qué estaba pensando. Miró hacia el reloj de la nueva

estación de ferrocarril y vio que ya eran cerca de las nueve de la mañana.

—Abuela, vamos, que se ha quedado pasmada, ¿o acaso le ha llamado la atención tanto gentío?

—Pues, si quieres que te diga la verdad, sí, pero estaba pensando en mis cosas. Tienes razón, vamos porque aún nos queda un trecho —contestó Nieves.

Caminaron por la calle Castilla y, al llegar a la altura de los Pasionistas, Nieves le pidió a su nieta entrar para poner una vela a santa Gema, que seguro que ayudaría a Robert.

Tommaso fumaba un cigarro en las escaleras de la puerta principal.

Había estado un rato acompañando a su hijo junto a Eulalia, pero las paredes se le venían encima. Se disculpó con su mujer alegando que debía salir a tomar el aire y además tenía que hacer una llamada.

Federico esperaba a pocos metros de allí y fue el primero en ver como Teresa se acercaba. La reconoció enseguida. Eran varias las veces que la había visto salir de la fábrica mientras él esperaba a Tommaso. Sin duda era una joven que no pasaba desapercibida y además recordó que su jefe en una ocasión estuvo hablando con ella.

Antes de que las dos mujeres llegaran, Tommaso se metió en el coche y le pidió a su chófer que le llevara al hotel Rex, donde se hospedaban.

La avenida de Calvo Sotelo, llena de negocios, oficinas y bancos, estaba abarrotada de gente.

El Jaguar MK2 de color crema se paró delante de la puerta del hotel. El botones se apresuró para asistir al señor.

Tommaso se acercó a la recepción y pidió que le indicaran dónde estaba el teléfono. El jefe de recepción, al escuchar la voz de Tommaso con su marcado acento italiano, salió de la pequeña oficina que había tras la misma.

—Señor Tommaso, un momento. Han dejado esta nota para usted hace apenas treinta minutos. Me han dicho que se la entregue en mano.

—Muchas gracias —contestó Tommaso.

El hombre se sorprendió con la misiva. No esperaba noticias de nadie. Miró el sobre, que estaba perfectamente sellado, y lo rasgó por un lado.

Se sentó en un sillón que había en una de las salas y leyó con atención su contenido. Por momentos su tez iba cambiando de color.

El jefe de recepción, que se había quedado cerca por si necesitaba algo de él, se aproximó y le preguntó si todo estaba bien, ya que había notado cómo el semblante del hombre había mudado al leer la misiva.

—¡No necesito nada, haga el favor de dejarme tranquilo! —le gritó al hombre.

Rompió el papel junto con el sobre en mil pedazos y los puso sobre la bandeja de un camarero que pasaba por allí.

Salió acelerado y se subió de nuevo al vehículo. Federico le observó desde el espejo retrovisor. Algo no iba bien a juzgar por la cara de su jefe.

Le ordenó que le llevara de vuelta al hospital y que se preparara para partir de nuevo a Santoña en cuanto se lo dijera a su mujer.

Teresa y Nieves hacía rato que habían entrado en el vestíbulo del hospital. Las vidrieras, los suelos y las lámparas que adornaban la estancia llamaron su atención.

Enfermeras y monjas iban y venían de un lado a otro. Habían preguntado a dos de ellas, pero ambas les indicaron que esperaran a que llegara la persona que atendía en la recepción a la vez que las invitaron a tomar asiento en uno de los bancos de madera situados a la derecha de la puerta principal.

Pasaban los minutos y nadie aparecía por allí. Los visitantes entraban derechos, sin lugar a dudas todos ellos sabían dónde estaba la persona que querían ver.

Teresa, nerviosa, no hacía más que mirar el reloj que tenía frente a ella. Nieves la observaba de reojo, pero no decía nada, ella no estaba nerviosa, pero sí se estaba empezando a poner de mal humor debido a la espera.

Un hombre entró deprisa, Teresa le reconoció y volvió la cara para que no la viera. Era Tommaso.

—Abuela, vete tras ese hombre y fíjate dónde entra. Es el padre de Robert.

Nieves entonces se aceleró. Ella no le había reconocido; hacía mucho tiempo que no le veía y con toda seguridad él tampoco se acordaría de la mujer. La única vez que había coincidido con aquel hombre, su padre lo llevaba de la mano y no tendría más de seis años.

—¡Espabile, mujer, que ya casi no se le ve por el pasillo! —le dijo Teresa.

Nieves se levantó y caminó a buen paso. Tuvo que andar muchos metros, tenía la sensación de que iba pasando de pabellón en

pabellón.

Tommaso caminaba mucho más deprisa que ella y, en un determinado momento, para no perder de vista al señor, Nieves tuvo que acelerar aún más el paso porque apenas ya le divisaba.

De repente, el hombre se paró y ella observó que hablaba con dos médicos.

Al instante vio como una mujer que había salido de una de las salas se unió al grupo.

Nieves dejó caer su bolso, se le ocurrió hacer eso porque algo debía de hacer para no continuar y así esperar a que Tommaso terminara de hablar con los doctores y por fin ver cuál era la sala donde entraba.

En el silencio del largo pasillo resonó el ruido que hizo el bolso al caer, y las cuatro personas que estaban un poco más adelante que ella se volvieron. Ella se agachó y comenzó a recoger todo lo que se había salido de su zacuto.

Observó cómo la mujer se limpiaba las lágrimas con un pañuelo mientras uno de los doctores la consolaba poniéndole la mano sobre el hombro.

Cuando recogió todos sus enseres, se incorporó y se asomó a uno de los ventanales que daban claridad al camino. Posó el bolso sobre el alféizar de la ventana e hizo como que buscaba algo. Sacó un papel y se puso a leer lo que estaba escrito. Pero Tommaso no se movía de allí; entonces buscó las lentes y se las puso despacio, luego se las quitó de nuevo y comenzó a limpiar los cristales de estas con un pico de su camisa.

Por fin los doctores se alejaron. La pareja intercambió unas palabras y luego entraron en la sala que tenían a su derecha.

Nieves se acercó con precaución y, justo cuando iba a entrar, Tommaso casi la arrolló. Con las prisas, le dio un golpe en el hombro que a punto estuvo de hacerla caer.

—¡Quítese de en medio, mujer! —gritó Tommaso.

Nieves, por respeto al lugar donde se encontraban, no le contestó, solo le miró con ojos de querer arrancarle los pelos, pero no dijo ni una palabra. Se quedó mirando cómo de nuevo se alejaba por el largo y soleado pasillo del hospital.

La mujer se adentró en la sala. El habitáculo era más pequeño que otros en los que ella había estado de visita en alguna ocasión.

Tuvo que caminar por la parte central de la sala hasta que vio al fondo a una mujer, la misma que hablaba con los galenos. Entendió que debía de ser la madre de Robert y salió deprisa en busca de su nieta.

Teresa no se había movido del banco donde la había dejado su abuela, pero no paraba de mirar en la dirección hacia la que había ido la mujer. De repente vio que Tommaso volvía acelerado y salió sin decir palabra. Ella de nuevo había disimulado mirando hacia el lado contrario y fijando la vista sobre un letrero que rogaba silencio.

—Vamos, Federico, ¡a Santoña! —dijo Tommaso nada más entrar en el coche.

—¿Ha pasado algo, señor? ¿Cómo está el chico?

—El chico está. Y punto. Lo demás está mal. Estos cabrones no sé cómo se han enterado de que mi hijo estaba aquí, y mucho menos del hotel en el que nos alojamos —contestó Tommaso.

Federico no dijo nada, le miró de nuevo por el retrovisor y dibujó una sonrisa en su rostro, que Tommaso no advirtió.

El hombre estaba tenso, preocupado y cabreado.

«Con tantos chanchullos como tiene este hombre, en algún momento le explotarán en la cara», pensó el chófer mientras arrancaba el Jaguar MK2.

Nieves, según se aproximaba al lugar donde su nieta esperaba, le hizo un gesto con la mano para que la chica se acercara y la acompañara. Ninguna pronunció palabra durante el trayecto. Teresa caminó al lado de su abuela en silencio, no le preguntó si le había visto o cómo estaba.

Al llegar a la altura de la sala donde se encontraba ingresado Robert, Nieves le dijo que pasara sola, ella la esperaría en la puerta de la calle. Tenía un ahogo en el pecho y necesitaba salir de allí, no soportaba el olor que se respiraba dentro de los sanatorios y además las dos llamarían mucho más la atención.

La chica entró con recelo, andando despacio y pisando con suavidad para no molestar al resto de los enfermos. Al llegar al fondo de la sala, miró hacia la derecha y vio a Robert. Tenía la cabeza vendada; solo se le veía un ojo, que estaba cerrado, y llevaba una mascarilla de oxígeno sobre la boca, una pierna colgada y escayolada y un gotero conectado a su brazo. Junto a él, una mujer le sujetaba la mano y le acariciaba la cara.

Teresa se acercó y saludó en voz muy baja.

—Buenos días, soy amiga de Robert. Imagino que usted es su madre, ¿verdad?

Eulalia se volvió, soltó la mano que apretaba la de su hijo y se dirigió a los pies de la cama, donde Teresa estaba.

—Sí, soy Eulalia, ¿de qué conoces a mi hijo? ¿Tú sabes quién le ha hecho esto? ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —contestó Eulalia.

—Verá, señora, no tengo la menor idea de quién le ha hecho esto. No quiero nada, solo saber qué tal está. Yo… he estado saliendo con su hijo y estaba preocupada por él —se sinceró Teresa.

—Sí, ahora que recuerdo me contó que había conocido a la mujer más guapa del mundo. Viéndote, diría que puedes ser tú. ¿Cómo has dicho que te llamas? Perdona, pero no tengo la cabeza donde debería y no recuerdo tu nombre.

—Teresa, me llamo Teresa —respondió la muchacha.

Las dos mujeres charlaron un rato. Eulalia le contó lo que los médicos habían dicho sobre el estado de su hijo y lo dura que sería su recuperación. Aunque también les habían dicho que había pasado la noche tranquilo y eso era bueno, no tenía fiebre alta y su corazón latía a ritmo normal.

—Pero acércate. Él me ha hablado de ti, no mucho porque es reservado para sus cosas, pero yo le notaba contento. En el trabajo me dijo que le iba bien, nunca me habló de que tuviera problemas con nadie. No me puedo explicar el porqué de este ensañamiento con mi pobre hijo —dijo Eulalia.

Teresa se acercó al cabecero de la cama y después de mirar a la madre de Robert le hizo un gesto con el cual pedía su permiso para besar en la frente a Robert. Luego le cogió la mano, la colocó entre las suyas y, al hacerlo, notó que la tenía helada e intentó calentarla. La joven le miraba con sufrimiento; verle inerte, apenas con vida, era una imagen que en ningún momento había imaginado de él.

Después de un rato en el que las mujeres tuvieron conversaciones banales propias de personas que apenas se conocen, Teresa, que seguía sujetando la mano de Robert, sintió que él le apretaba y miró a Eulalia abriendo mucho los ojos.

La mujer asustada se levantó deprisa de la silla y se acercó al muchacho.

—¡Dios mío! Robert, ¿me escuchas? ¡Hijo, soy yo, soy tu madre!

Robert abrió los ojos despacio, los párpados le pesaban y le resultaba difícil mantenerlos arriba.

—No veo —dijo Robert.

Eulalia salió corriendo en busca de una enfermera.

Teresa le apretó la mano con más fuerza. Se acercó a su cara para hablarle:

—Robert, soy Teresa. No te preocupes, llevas casi tres días dormido, es normal que no veas bien, tu madre ha ido en busca de los doctores.

—No te veo, Teresa, pero te huelo, ese olor tuyo creo que me ha hecho abrir los ojos.

No tuvieron tiempo de conversar más. Un regimiento de médicos, enfermeras y monjas apareció alrededor de la cama del joven y pidieron a las mujeres que salieran un momento.

23

Al pie del faro del Pescador, dos hombres se encontraban. La noche había caído y apenas se veía nada.

—¿Has traído el dinero?

—¡Sois unos idiotas, casi le matáis! Nunca hablamos de eso. Se trataba de darle un susto. No entiendo por qué habéis dejado que se os vaya así de las manos.

—Bueno, nosotros hemos cumplido. ¿Acaso está muerto? Si se muere será que los médicos no saben hacer bien su trabajo. Venga, ¡la pasta!, que tenemos prisa, llevamos demasiados días aquí escondidos. Debemos regresar a Barcelona, esto no es seguro para nosotros, bueno, ni para usted, si caemos…, lo haremos todos, salvo que el dinero nos cierre la boca.

—Bastante os pago. No creo que tengáis queja. Más os vale tener la boca cerrada. Decidme, ¿cómo va el asunto de la fábrica de Tarrasa?

—Yo de eso poco sé, lo llevan los otros. Pero la mujer esa que se presentó allí calmó los ánimos y al parecer la gente está contenta. Creo que los colegas están intentando revolver de nuevo el avispero, pero, no sé, las trabajadoras que teníamos de nuestro lado parece que se están empezando a acobardar.

—No, eso de momento lo vamos a dejar como está. Es mejor así. Los problemas están surgiendo por otro lado. Toma, y que no vuelva a suceder. Si digo un aviso, es eso, una pierna rota y cuatro puñetazos, ¿está claro?

El que había ordenado el acto sacó un sobre marrón lleno de billetes y se lo entregó al otro hombre.

—Y… ¿ahora qué hacemos? —dijo el que había recibido el dinero.

—De momento esperar, el contacto de Barcelona ya os dirá —contestó el hombre.

El que había pagado comenzó a subir por el camino, no sin antes advertir al otro de que esperara un buen rato. Aunque el lugar estaba oscuro y solitario, podía darse la casualidad de que alguien los viera.

Cuando Tommaso llegó a Santoña, se dirigió a su casa directo. Le dijo a Federico que no le necesitaría, que podía retirarse a descansar o a donde le viniera en gana.

Amparo estaba jugando con el niño en el cuarto de juegos y cuando le vio llegar recogió los juguetes del pequeño, que andaban repartidos por la habitación, y fue al encuentro del hombre.

—¿Qué haces aquí? ¡Te dije bien claro que tenías que irte! ¿Para qué crees que te llamé la otra noche, para ver cómo estabas? —dijo Tommaso.

—Pero no entiendo, ¿dónde quieres que vaya? No tengo a dónde ir. ¿Y el niño? ¿No pensarás que va a dormir en una cuneta como si fuera un pordiosero? ¡Me prometiste que cuidarías de nosotros! —contestó Amparo.

La agarró del brazo y con fuerza la llevó casi a rastras a su despacho.

Una vez dentro, la empujó tirándola sobre uno de los sillones que había.

—¡Me importa una mierda dónde vais! Mi mujer llegará uno de estos días y no quiero que estés aquí.

—Pero ¿por qué? Ella sabe que trabajo aquí, nada tiene de malo que me vea.

—Ella no sabe nada, ¡idiota! Toma. —Sacó un fajo de billetes verdes del bolsillo y le tiró unos cuantos a los pies—. Con esto tienes suficiente para vivir un tiempo. ¡Te vas ya! Ven solamente durante el día para hacer la comida y limpiar. Al niño no se te ocurra traerle por aquí —ordenó Tommaso.

—No creas que me voy a conformar con esta miseria, llevo mucho tiempo en esta casa limpiando, haciendo comidas y… calentándote la cama. ¡Esto son migajas!

El teléfono de la casa comenzó a sonar, Amparo se levantó con intención de contestar, pero Tommaso le quitó de la mano el auricular.

—Tommaso Venetto al habla. ¿Quién es?

—Tommaso, soy Eulalia, Robert ha despertado y los médicos dicen que está bien. Pero le queda mucho aún, no tienen la certeza de si podrá andar y recuperar la vista del ojo derecho. Tienes que venir, te necesito a mi lado, a nuestro lado, no quiero estar sola si él vuelve a dormirse.

—Mira, Eulalia, debo solucionar un asunto en la conservera y mañana mismo regreso.

Se despidieron sin más palabras. El hombre colgó y de nuevo increpó a Amparo:

—¿A qué estás esperando para recoger tus cosas? Voy a salir, cuando vuelva no te quiero ver aquí.

Tommaso salió y se dirigió al coche.

—¿Dónde vamos, señor?

—Tú a ningún sitio, te he dicho que hicieras lo que te diera la gana, no te necesito. Ocúpate de que Amparo salga de casa lo antes posible. Dame las llaves, volveré enseguida.

Tommaso tenía negocios de contrabando que Federico conocía perfectamente, no porque se lo hubiera dicho, sino porque le había seguido en ocasiones y había visto lo que el hombre hacía. Otras veces, él mismo había sido correo de sus líos.

La nota que recibió el señor Venetto tenía que ver precisamente con uno de los lotes de café que había llegado. Esta vez procedente de Galicia, que, a su vez, venía de América.

Uno de sus barcos pesqueros se encargaba de mover por el Cantábrico la mercancía que recibían en Lisboa.

Tommaso tenía muchos negocios, los legales le servían de tapadera para los que estaban fuera de la ley. El contrabando era uno de ellos, el que le estaba reportando más ganancias. Precisamente por este tipo de negocios desde hacía menos de un año había adquirido acciones de una de las navieras más importantes de Barcelona y utilizaba los barcos para en ocasiones mover la mercancía.

Con la colaboración de los tripulantes, siempre bien pagada, conseguía utilizarlos de correo para traer y llevar de Italia todo tipo de cosas. Eran muchos los hombres que trabajaban para él en sus

turbios negocios, pero él nunca daba la cara, para eso tenía a otros que obraban siguiendo sus órdenes. Se sentía protegido gracias a su dinero, con el cual conseguía mantener la boca cerrada de portuarios, marineros, policías, armadores y correos. Los beneficios eran muy grandes y el riesgo merecía la pena.

Nieves y Teresa llegaron a Santoña entrada la noche. Habían tomado el último autobús.

Estaban cansadas y hambrientas. La chica no se había movido del lado de Robert en todo el día. Eulalia le pidió que se quedara con él mientras ella acudía a asearse y tomar algo al hotel, y encantada accedió.

Robert había pasado la mayor parte del día descansando, ya que le administraron calmantes que le hicieron dormir.

Según le había dicho su madre, los doctores consideraban que era mejor que estuviera sedado.

Nieves, por su parte, después de hablar con Teresa y que esta le indicara que su intención era estar con él todo el tiempo que pudiera, decidió pasear por la ciudad, aunque al final se quedó sentada en un banco en los jardines de Pereda casi todo el día. Se acercó a comprar los billetes de autobús con antelación, por miedo a quedarse sin asiento, y esperó a su nieta dando pequeños paseos.

Unos golpes fuertes en la puerta de la casa de las mujeres las sobresaltaron. Nieves abrió corriendo. Tras la puerta una pareja de la Guardia Civil y el teniente Ojeda esperaban que abriera.

—¿Qué pasa? Vaya manera de tocar la puerta, ¡casi me la echan abajo, carajo!

—Señora, ¡modere esa lengua! Soy el teniente de la Guardia Civil Ricardo Ojeda, vengo en busca de Teresa Cobo.

Teresa al escuchar de quién se trataba salió.

—¡Teniente ¡¿Qué ocurre ahora?

—Creo que le dejé bien claro que no podía salir de Santoña y que de hacerlo debía comunicármelo. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Perdón, es que estaba muy nerviosa y no lo recordé. He estado en Santander. He ido…

—Ya sé a dónde ha ido. ¿Con quién cree que está hablando? Sabemos dónde está todo el mundo en este país. Pero bueno, no se apure, eso sí, que sea la última vez. Quiero que me acompañe al cuartelillo.

—Pero ¿qué pasa? No he hecho nada. Se lo dije ayer.

Nieves intentó hablar, pero su nieta le pidió que se fuera a la cocina y no se preocupara por nada.

—Quiero hacerle unas preguntas y enseñarle algunas fotos. Y también que me diga si Robert Venetto le ha dicho algo sobre su agresión.

—Está bien, espere un momento, voy a vestirme, ¿puedo? Y… ¿es necesario que vaya escoltada por estos? —preguntó Teresa mientras señalaba a la pareja de guardias.

—Podéis iros, yo mismo acompañaré a la señorita hasta el cuartel —ordenó el teniente.

Ojeda no tenía nada importante que hacer con Teresa que no pudiera esperar. Pero había quedado cautivado con la muchacha y no encontró mejor excusa para volver a verla.

Cuando salieron del portal de casa, caminaron en dirección al puesto mientras mantenían una conversación cerrada. El teniente

preguntaba y Teresa respondía con un sí o un no, dependiendo de la pregunta. Tampoco tenían nada que ver las cuestiones con el asunto del asalto a Robert o la desaparición de Samuel.

Cuando estaban a punto de llegar, el teniente Ojeda le pidió a Teresa que se detuviera.

—Teresa, espere un momento. Tengo que decirle algo.

—¿No me diga que le ha pasado algo a Robert?

—No, hasta donde yo sé, ese muchacho está bien. Bueno, dentro de lo que cabe.

—¿Entonces?

—Bueno, verá. Como sabe, no soy de aquí, llegué para tratar este asunto, y nunca pensé que me iba a encontrar con una chica como usted. No hago nada más que pensar en usted. En realidad, todo ha sido una excusa, a los guardias me los encontré cuando hacían la ronda y les pedí que me acompañaran. Además, al verlos aproveché para preguntarles dónde estaba su casa y ellos se ofrecieron a llevarme. Perdone, pero yo solo quería hablar con usted y dar un paseo. Sé que acabo de conocerla, pero desconozco cuánto tiempo estaré aquí y no podía dejar pasar la oportunidad de decírselo.

Teresa le escuchaba tan confundida como sorprendida. Había tenido que sufrir por la vergüenza de ver cómo sus vecinas chismorreaban cuando salía de casa en compañía del teniente y ahora este hombre salía con una tontería así.

—Pero es que es…, es… Vamos, que no se lo llamo por educación. Le salva que estamos en medio de la calle, que si no le daba un bofetón que le iba a saltar todos los dientes. ¿En qué momento ha pensado que yo quiero algo con usted? Estoy cansada, triste y nerviosa con lo que ha ocurrido. Y, además, está muy ciego si no se

ha dado cuenta todavía de que estoy enamorada, y no es precisamente de usted. —Teresa se acercó un poco más a él y en voz baja, para evitar que nadie pudiera oírla, le dijo—: Váyase usted a la mierda. —Se dio la vuelta y regresó a su casa maldiciendo al teniente.

Tommaso llegó a la conservera. Era de noche ya y por los alrededores no había nadie. Abrió la puerta y esperó dentro.

La nota que había recibido de manos del recepcionista del hotel aquella misma mañana le citaba a las diez de la noche en La Siciliana.

Esperó durante más de media hora y por allí no aparecía nadie. Subió a su despacho e hizo una llamada.

—¿Se puede saber dónde coño estás? Hace una hora que te espero —dijo a su interlocutor.

—¿Qué dices, Tommaso? Yo no he quedado contigo. ¿De qué demonios hablas, primo? —contestó Francesco.

—¿No me has dejado una nota en el Rex esta mañana? Decía que había algo urgente sobre el cargamento de café.

—No te he mandado ninguna nota, el café ya está camino de Barcelona. No hubo ningún problema. Pero, dime, ¿cómo está el muchacho? —comentó Francesco.

—¿No me has mandado la nota entonces? —volvió a preguntar Tommaso.

—¡Que no! Yo no —respondió Francesco.

—Está bien, regreso a Santander, saldré mañana a primera hora. Cualquier cosa, me dices. Adiós, Francesco.

Tommaso colgó el teléfono, pero se fijó en una carta que había sobre su mesa que estaba dirigida a él. Estaba escrita en italiano.

> Señor Venetto:
>
> Esto ha sido un aviso. Tenga cuidado con los pasos que da. Sabemos todo sobre usted y su familia. Hay negocios en los que nunca debió inmiscuirse, ha cruzado una línea roja y eso se paga.

El hombre se puso nervioso. Le habían advertido de los riesgos, la mafia siciliana se movía por todos los sitios y había empezado a actuar en su contra.

24

Eulalia se retiró a descansar aconsejada por el personal del hospital. En el hotel llamó a Bernat.

Después de los saludos de rigor, a petición de Bernat, Eulalia le contó lo que estaba sucediendo, cómo se encontraba su hijo y los miedos que tenía sobre su preocupante estado. Le pidió disculpas por haberle arruinado la jornada que con tantas ganas había preparado para ella. El hombre entendió sus explicaciones y le rogó que no se preocupara, lo importante era la salud del joven, ellos aún tenían por delante muchos días para disfrutar y ser felices.

Hacía tiempo que sus conversaciones y proyectos giraban en torno a ellos.

Eulalia se había encaprichado con Bernat, y él también parecía estarlo con ella.

El día de Figueras iba a ser la ocasión ideal para dar rienda suelta a su amor, para envolverse entre arrumacos y besos y culminar amándose como deseaban. Pero el destino les había quitado la oportunidad, y ambos estaban apenados.

—No te preocupes, estoy seguro de que tendremos tiempo, lo importante ahora es que estés con tu hijo. Lo entiendo, Eulalia, de verdad —dijo Bernat.

—Perdóname, Bernat, quería que fuera especial, por eso nunca quise ir a tu casa, necesitaba un lugar neutral que pudiéramos hacer nuestro y así poder recordar con cariño ese momento único. Pero ahora veo que estaba equivocada y debería haber aceptado tus invitaciones para acudir a tu casa —contestó Eulalia.

Se despidieron con palabras bonitas llenas de cariño. Ninguno de los dos quería colgar el auricular y jugaron un rato con quién sería capaz de hacerlo primero. Fue Bernat quien lo hizo y Eulalia se sorprendió, por un momento pensó que le gustaría estar toda la noche escuchando su voz, aunque sabía que eso solo era un sueño.

Cenó despacio, no tenía demasiado apetito. Mientras lo hacía, pensaba en aquella chica que había pasado casi todo el día con ella en el hospital y en cómo su hijo la miraba. No había duda de que se querían y tampoco de que ella no impediría ese amor. Seguro que Tommaso se opondría. Ella era una simple hija de pescadores, pero sus formas y modales no eran rudos, sino todo lo contrario, y a pesar de sus ropas, que distaban mucho de las que Eulalia acostumbraba a llevar, Teresa tenía un porte elegante y el simple vestido que llevaba puesto aquel día lo lucía con exquisito gusto.

Al menos Robert sería feliz. Ella no iba a obligarle a casarse con alguien por conveniencia, como su padre hizo con ella. No permitiría que su hijo lo hiciera. Si se equivocaba, ya era mayor y con toda seguridad sabría afrontar el error y ponerle remedio.

Los párpados se vencían por el cansancio y el sueño. Se recostó sobre la almohada y antes de cubrirse el cuerpo con la ropa de cama ya se había quedado dormida.

Pasaban los días y nadie tenía respuesta ni sabía dónde estaba Samuel.

En los bares se comentaba que quizá estuviera escondido por haber sido el causante de la paliza que había recibido el Siciliano, que así era como habían comenzado a llamar a Robert en el pueblo desde que se enteraron de que era el hijo de Tommaso. Algunas de las personas que conocían a Samuel le entendían e incluso estaban dispuestas a ayudarle a escapar si fuera preciso. Otras, sin embargo, no dudarían en delatarle.

El caso era que no había otro tema de conversación en bares, tabernas, corrillos y trabajos. Los que apoyaban a Samuel culpaban a Teresa. Según decían, ella había puesto al muchacho a los pies de los caballos con su actitud: toda la vida dándole alas y pensando que se casaría con él y después se había liado con el primero que había llegado.

Comentarios de ese tipo escuchaban Nieves y Teresa constantemente.

Puerto, Loli, Alicia y Julia, sus amigas, también los sufrían. Y un día tras otro salían en defensa de la chica.

El teniente Ojeda apareció una mañana por la conservera. Iba acompañado, como siempre, de una pareja de la Benemérita que le escoltaba. No era la primera vez que iba y con toda seguridad no sería la última. Insistía en hablar con Tommaso Venetto, pero el hombre no estaba nunca. Le decían que se encontraba en el hospital junto a su hijo y su esposa.

Ojeda no perdía la oportunidad de hablar con Teresa. La llamaba y le volvía a hacer las mismas preguntas: ¿sabe dónde está Samuel?, ¿ha tenido noticias suyas?, por qué esto, por qué lo otro… Teresa

contestaba siempre lo mismo. Y al final de la conversación, Ojeda insistía en invitarla a pasear, al baile o a tomar algo. La chica ya no hacía caso, le miraba, sonreía y volvía a su puesto de trabajo.

Aquella mañana cuando Ojeda entró por la puerta de La Siciliana se encontró de frente con el hombre al que tantas veces había ido a buscar. Sabía de sobra que estaba en la conservera, lo mismo que las ocasiones en que se había acercado hasta allí y le habían dicho que no estaba.

—Buenos días, ¡por fin le encuentro! —dijo Ojeda.

—A quien tiene que encontrar es al desgraciado ese que casi mata a mi hijo, en lugar de estar aquí perdiendo el tiempo —contestó Tommaso.

—Bueno, hombre, no se ponga así. Le puedo asegurar que aparecerá, más pronto que tarde daremos con él y nos explicará si fue él o qué fue lo que pasó. Quizá estemos errando el tiro, nunca se sabe con estas cosas —explicó el teniente.

Tommaso le miró con recelo, tal vez el teniente ya sabía algo y venía a hacerle preguntas que le podían resultar incómodas.

—Bueno, pues haga lo que tenga que hacer. Yo me voy a Santander, hoy le van a realizar a mi hijo unas pruebas y tengo que estar allí —le indicó Tommaso con la intención de salir y quitarse de en medio al teniente lo antes posible.

—No tenga tanta prisa, hombre, precisamente si he venido tantas veces es porque quiero hacerle unas preguntas. Todo sea por aclarar este asunto, ¿no le parece?

Tommaso se puso nervioso. No podía negarse y le pidió que le acompañara hasta su despacho.

Una vez en él, el conservero le ofreció algo de beber, pero el teniente Ojeda declinó la invitación alegando que estaba de servicio. Tommaso se sirvió un coñac y le agregó unas gotas de anís.

—Vaya, veo que le gusta el sol y sombra, a mí también, pero es muy pronto para mi estómago, que no está acostumbrado a despertar con ese combinado —indicó Ojeda.

El teniente tomó asiento mientras Tommaso hacía lo propio al otro lado de la mesa.

—Bueno, pues usted dirá, como le he comentado, mi chófer me espera, tengo prisa.

—Sí, bueno, verá, en realidad lo que le quiero decir nada más que son datos y digamos que habladurías. Como le dije, no sabemos nada del tal Samuel y, por más que le he preguntado a la novia de su hijo, a sus compañeros en La Corona y a su familia, no he obtenido respuestas fiables —habló el teniente.

—¿A la novia de mi hijo? Hasta donde yo sé, mi hijo no tiene novia. Si hay por ahí alguna desvergonzada diciendo que lo es, lamento comunicarle que le han tomado el pelo. Cosa que no me extraña, porque, permítame que le diga, pero le veo a usted un poco…, como diría yo…, ¿flojo? Sí, eso es —comentó Tommaso.

Ojeda no se molestó ni hizo gesto alguno. Le miró a los ojos y le mantuvo la mirada un rato en silencio, pero con una sonrisa en los labios.

—Flojo, vaya, nunca me habían calificado como tal, pero, si usted lo considera, solo le diría que mejor que no se tuerza en su camino y se encuentre conmigo. Estoy seguro de que ese calificativo no pasaría por su cabeza ni un solo momento. Pero a lo que vamos. He dicho «la novia de su hijo» y lo repito. Teresa Cobo, por cierto,

empleada suya desde hace meses. Sabemos que su hijo ha estado aquí un tiempo sin decir quién era, ha vivido como un trabajador más y no se ha metido en líos, pero, ya ve, ha tenido tiempo de enamorarse. Lo que no sabemos es por qué fingía ser otra persona. Usted vivía en su casa y él en una pensión, no se saludaban, no se hablaban. Seguro que me puede dar los motivos.

Tommaso obvió el asunto de Teresa y se centró en contestar sobre los porqués de actuar de aquella manera. Ojeda entendió la razón y, además, alabó la ocurrencia. Se interesó por la salud de Robert y se despidió.

Tommaso no esperó ni un momento. Durante toda la conversación solo había tenido en la cabeza a Teresa, esa muchacha descarada y altanera en la que él también se había fijado y con la que había tenido varios encontronazos. Llamó a Isidro y le pidió que la trajera hasta su despacho.

Teresa subió pensando que otra vez Ojeda querría hablar con ella. Se estaba empezando a cansar del hombre e iba dispuesta a pararle los pies de una vez por todas.

Cuando Isidro abrió la puerta y vio que quien estaba allí era Tommaso, Teresa se sorprendió.

El hombre tenía la copa en la mano, estaba apoyado en la mesa en actitud desafiante y no la dejó ni tan siquiera saludar.

—¡Pasa!, no te quedes en la puerta, que no tengo todo el día —le dijo de malos modos—. ¡Tú no sé quién te crees que eres! Si se te ha pasado por la cabeza que mi hijo va a tener algo con una sobadora como tú, estás muy confundida. Olvídate de él, ya lo habéis pasado bien un rato y listo. Solo espero que no me salgas con que estás embarazada o algo así, porque… de lo que estoy

seguro es de que no te ha costado nada abrir las piernas, ¿verdad? —dijo Tommaso.

Teresa se fue hacia él y le dio un bofetón que hizo que la copa ya vacía se partiera en mil pedazos sobre la alfombra.

Él se volvió, la agarró por el brazo y la tiró sobre la mesa. Sujetó con fuerza la mandíbula de la joven y la besó en la boca, al tiempo que intentaba meter la mano bajo la falda en busca de su entrepierna.

Teresa le mordió el labio tan fuerte como pudo y le golpeó con la rodilla en sus genitales. Tommaso se revolvió de dolor.

Los gritos del hombre hicieron que Isidro abriera la puerta.

El capataz no se sorprendió. Sabía lo que pasaba en ese despacho en ocasiones, pero jamás se había encontrado con una mujer tan brava como aquella. Quiso asirla para alejarla de Tommaso, pero ella se encaró buscando de nuevo al italiano.

Isidro no pudo evitar que Teresa aún le diera una patada en la espinilla que de nuevo le hizo gritar.

Cogió a Teresa en brazos, sujetándola por la cintura, y la sacó de allí antes de que el señor Venetto pudiera reponerse.

—¡Estás despedida, zorra! —gritó Tommaso desde la parte alta de la escalera.

—¡No, tú no me echas, me voy yo, canalla! —contestó Teresa.

25

Las semanas pasaban lentas para Teresa. Después de su despido tuvo que volver a los muelles a coser redes.

Sabía de la salud de Robert gracias a la información que el teniente le daba.

Con el paso de los días habían forjado una amistad. Ojeda había entendido que aquella mujer no era para él y lo había aceptado, pero le gustaba tener contacto con ella siempre que podía. El teniente deseaba que fuera algo más que eso, pero Teresa se lo había dejado muy claro siempre que sacaba el tema: jamás serían nada más que amigos. El hombre aceptó y se conformaba con tomar con ella algo de vez en cuando, cuando se encontraban y él no estaba de servicio.

Ricardo Ojeda continuaba en Santoña investigando el caso. Tenía órdenes directas del gobernador civil de no cejar hasta dar con los culpables, pero el tiempo iba pasando y no se atisbaba ni una sola pista que le hiciera dar con los autores.

Samuel seguía sin aparecer. Todo apuntaba a que había huido a Francia, tal vez en uno de los barcos de altura. El hermetismo era total y nadie daba señales de vida sobre el muchacho.

Teresa, por su parte, estaba triste. Acudió de nuevo al hospital durante un par de domingos, pero la mala suerte hizo que justo en

la puerta estuviera Tommaso y no le permitió pasar. La obligó a irse amenazándola con llamar a la policía si no lo hacía. Ella intentó comunicarse con Eulalia, que parecía estar de su lado, pero no lo consiguió.

Otro de los días aguardó a la puerta del hospital durante horas con la esperanza de ver aparecer a la madre de Robert, pero esta llegó acompañada de su marido. La chica se escondió para que Tommaso no la viera y a la vez perdió la oportunidad de hablar con ella.

Lo intentó con Federico. Le buscó y habló con él, pero el chófer no quiso saber nada y no atendió las palabras de Teresa. Le rogó que le entregara a Eulalia una nota que escribió delante de él, pero, a juzgar por el tiempo que había pasado y viendo que no había obtenido respuesta alguna, dedujo que no se la había entregado.

Teresa llevaba días sin hablar con Ojeda, de modo que decidió acercarse al cuartelillo para ver si el hombre podía decirle algo sobre Robert.

Él estaba en la puerta y la vio llegar. Le hizo un gesto para que le esperara fuera, entró a por su gabardina y salió a su encuentro.

—Hola, guapa. ¿Qué tal está? Hace días que no la veo. ¿Le ha pasado algo a su abuela? —preguntó el teniente.

—Buenas tardes, Ricardo, no ha pasado nada, mi abuela está bien. Es que no tengo muchas ganas de salir, estoy un poco cansada de ver cómo todo el mundo me mira y me señala, y prefiero estar en casa. ¿Sabe algo de Robert? —preguntó Teresa.

—Precisamente iba a acercarme a su casa. Acabo de enterarme de que sus padres han pedido el alta voluntaria, pero con la intención de que siga su tratamiento en Barcelona. El asunto de su ojo al

parecer está dando problemas y su madre ha considerado que es mejor volver a la Ciudad Condal para que el doctor Barraquer le atienda. La mujer tiene esperanza de que le haga recobrar la vista, pero será difícil. El resto de las dolencias van mucho mejor, aunque seguramente su pierna necesitará varias operaciones para intentar mejorarla en la medida de lo posible.

—Está bien informado, muchas gracias. Estoy un poco desesperada. ¿Qué pensará de mí? Le he dejado solo, ¡a saber lo que le ha contado su padre! —dijo Teresa.

—Estoy informado porque ayer sin ir más lejos el gobernador se puso en contacto conmigo para pedirme explicaciones sobre la investigación y aproveché para preguntarle, pues sé que él está en contacto con amigos de Tommaso Venetto.

Teresa no andaba desencaminada al pensar que el padre de Robert no iba a dejar que estuviera con ella. Aquel hombre era el culpable de que ella no hubiera podido volver a tener contacto con el chico.

Primero le advirtió a su mujer de que esa chica no le convenía y de que con toda seguridad estaba implicada en el asalto que había sufrido su hijo.

Cuando Robert preguntó por la chica, su padre le había vuelto a meter historias sobre ella en la cabeza y se había inventado una serie de cuentos que al principio le hicieron dudar de Teresa.

Pero Robert seguía pensando en ella. Pensaba constantemente en cómo ponerse en contacto con la chica.

Llamó a la pensión con la esperanza de poder hablar con Andrea o Mattia, pero los italianos ya se habían ido; la temporada había terminado para ellos y habían regresado a su país. Además por

medio de doña Sole no podía hacer la gestión, aquella mujer se lo contaría a todo el mundo antes que lo supiera Teresa y además a saber qué diría.

El tiempo pasaba mientras Eulalia se ocupaba de su hijo, había acudido a multitud de consultas con él para intentar en la medida de lo posible que mejorara y en algunos aspectos lo estaba consiguiendo.

Poco a poco Robert recobraba la salud, aunque seguía débil y sobre todo triste.

La mujer apenas tenía tiempo para ella, y la relación con Bernat se había enfriado, no por falta de ganas, sino de oportunidades. Además, Tommaso continuaba en Barcelona. Había vuelto a la fábrica de Tarrasa y por las noticias que le habían llegado a su mujer, que siempre que tenía oportunidad llamaba a Carles Soler, el personal estaba de nuevo enfurecido.

Todas las prebendas que ella les había dado desaparecieron cuando su marido tomó de nuevo las riendas. Había despedido a varias mujeres y repartido el trabajo entre las que quedaban, lo que ocasionó una carga de trabajo mayor con la que no estaban de acuerdo. «Y con razón», pensaba Eulalia.

La mujer lo había sentido mucho, ya que su intención era la de continuar al frente de la factoría tal y como su padre le había dicho muchas veces. Pero la situación familiar no se lo permitió, y por supuesto su marido tampoco.

Una tarde, cuando madre e hijo estaban sentados leyendo tranquilamente, Robert le preguntó si era feliz. La notaba triste y decaída, cuando ella normalmente era todo lo contrario: siempre estaba alegre. El muchacho se sintió culpable por verla así.

—Sí, hijo, ¿por qué lo preguntas? ¿No te lo parezco acaso?

—Pues, si quiere que le diga la verdad, no, madre, está triste. Nunca la había visto tan callada como estos días. Lamento mucho que su malestar se deba a mi situación, pero verá como dentro de poco voy a estar mucho mejor. Estoy seguro de que voy a recobrar la vista, al menos eso ha dicho el doctor, y pronto tiraré estas muletas y caminaré sin ellas, para algo habrán servido las operaciones.

La mujer le miró sonriendo y continuó con la lectura.

—Madre, ¿sabe algo de Teresa? —dijo Robert.

—No sé a qué viene esa pregunta. Tu padre te ha dicho muy claro qué clase de mujer es. Olvídate de ella —contestó su madre sin levantar los ojos del libro que tenía entre las manos.

—No se haga la tonta, sabe de sobra cómo es mi padre. Todo eso que me contó no puede ser cierto, ella no es así, al contrario, es una buena chica. No me importa lo que diga, en cuanto esté bien iré en su búsqueda. Quiero oír de su boca que ella es la culpable de esto —replicó Robert.

—Lo que te pasa a ti es que eres muy joven, no te habías enamorado nunca y esa chica, que por cierto no te voy a negar que es muy guapa, te encandiló con sus encantos. Tú lo que tienes que hacer es reponerte, y luego ya he hablado con tu padre para que ejerzas de abogado, como siempre has querido —dijo Eulalia.

Se oyó la puerta de entrada y, tras ella, la voz de Tommaso hizo que ambos cambiaran el gesto.

—Buenas noches. ¡Para vosotros es la vida! Aquí tranquilamente sentados. Ya me dejo yo la mía para que viváis bien a gusto —exclamó Tommaso.

—Querido, por favor, déjanos tranquilos. Estoy harta de tus modales, de tu carácter y, por qué no decirlo, de ti. No te soporto —se quejó Eulalia.

La mujer no pudo creer lo que acababa de decirle a su marido. «Seguramente se va a enfurecer», pensó.

Pero en esta ocasión se equivocó. Tommaso estaba tranquilo y contestó sin acritud las palabras que acababa de escuchar.

—No te preocupes, mujer, mañana mismo me voy de viaje. Tengo asuntos pendientes en Lisboa y después iré a Santoña. Os dejaré tranquilos por una temporada.

—Bendito seas, tanta paz lleves como descanso dejas —contestó Eulalia.

La mujer se levantó con la intención de llamar a Catalina, pero esta entró antes de que pudiera hacerlo. Al verla le pidió que por favor sirviera la cena.

—No, espera, tengo que hacer unas llamadas —ordenó Tommaso.

—Sí, señor, como usted quiera. Esta tarde han dejado esta nota para usted —dijo la mujer.

Tommaso cogió la nota.

El sobre era del mismo color marrón que los que últimamente recibía. Se dirigió a su despacho y lo abrió. Era otra misiva de advertencia, pero esta vez estaba escrita en castellano.

> Querido amigo:
>
> Parece que no has aprendido la lección. Quizá esta vez tengamos que golpear con más crudeza. No eres uno de los nuestros.

El hombre rompió la nota, posó los trozos en el cenicero que había sobre su mesa y le prendió fuego.

—¡No me dais miedo! Más os vale cubriros las espaldas —dijo en voz alta.

Los señores Venetto cenaron y se retiraron pronto. La cena como era habitual había sido tensa. Ninguno hablaba porque en el fondo sabían que Tommaso le daría la vuelta a cualquier tema que saliera durante la velada.

En la cocina, sentados tranquilamente, Federico y Catalina charlaban. Él hacía tiempo que había intentado contarle a su hermana sobre los asuntos del señor, pero no había tenido ocasión. Los continuos viajes de Tommaso dejaban agotado al chófer y se retiraba muy temprano a la cama.

Aquel día había sido tranquilo, la mayor parte de la jornada la había pasado sentado en el auto esperando a que su jefe saliera de la fábrica de telas.

—Bueno, ahora que parece que estamos tranquilos, acaba de contarme lo de la chica esa que vive en la casa de Santoña. Entonces, ¿el niño es hijo del señor? —dijo Catalina casi en un susurro.

—Pues claro, mujer, vaya que lo es. Menudo elemento está hecho este hombre. No deja viva una; como le guste, va a por ella. Pobres muchachas. Mira, con la que no pudo fue con la que estaba con Robert. Esa mujer le plantó cara, delante de mí le mandó a paseo. Esto fue antes de saber que estaba con el chico, porque, en cuanto se enteró de que estaba saliendo con su hijo, rápidamente la puso de patitas en la calle, pero antes quiso abusar de ella. Me lo contó el capataz de la conservera, que por cierto también me dijo que había

ido servido. La chica se revolvió como gata panza arriba. El capataz dijo que estaba asustado con los gritos que había escuchado en el despacho y entró. Pero eso no es lo peor. Aquí el artista está metido en unos líos importantes y peligrosos. Tú no te asustes si algún día la policía llama a la puerta, porque te aseguro que en lo que anda no es nada legal.

—Pero… ¿qué me estás diciendo? Tampoco será para tanto —contestó Catalina.

—Y… ¿la señora aún anda liada con el joven pintor? —preguntó Federico.

—No sé de qué me hablas, que yo sepa la señora sale con sus amigas y hace mucho que dejó la pintura.

—Vamos, hermanita. No te hagas la tonta. Parece mentira que, después de lo que su padre nos hizo, aún la defiendas —dijo Federico.

—Bueno, ella es bondadosa y amable, nada tiene que ver con su padre. A mí me trata muy bien y me quiere. Y a ti más te valía olvidar el pasado, de nada sirve ya.

—Sí, tienes razón, ha sido una tontería. Ella no se merece que le pase nada. Pero en ocasiones, y sin querer, los daños los sufren quienes menos lo merecen. Bueno, hermana, me voy a la cama. Mañana temprano viajamos.

—¿Dónde vais? —se interesó Catalina.

—A Lisboa, ¡a saber qué se trae entre manos este elemento allí! —respondió Federico.

26

Habían pasado casi tres meses desde que se produjo el ataque y nada se sabía ni de Samuel ni de los agresores de Robert.

El mes de diciembre estaba a punto de llegar y los días se habían vuelto lluviosos y fríos.

De buena mañana un mariscador intentaba hacerse con algo en las marismas. Avanzaba con cuidado y trataba de no perder de vista a sus presas. Pasos lentos, cabeza gacha y el cuerpo inclinado hacia delante. Una de sus manos para poder alcanzar la pesca y la otra ocupada con un cesto de mimbre donde, además de lo que iba recogiendo, llevaba los aparejos que pudiera necesitar y un paquete con sal para verter sobre los agujeros que se formaban en el arenal y que marcaban el lugar donde muergos y morgueras se escondían.

Paró un momento para tomar un trago de vino. Inclinó la bota y dejó que su boca se llenara con el contenido que esta portaba. Tragó con ganas y después se limpió con el puño de su chaqueta, ya roída y vieja.

Descansó la espalda de la posición en la que llevaba largo rato y estiró los brazos. Al levantar la vista a lo lejos, entre hierbas y matorrales le pareció que algo flotaba. Se acercó con recelo, quizá se podía tratar de algún animal y debía tener precaución.

A medida que se acercaba, el bulto le iba pareciendo demasiado grande para tratarse de un animal. Agudizó la mirada, era un poco miope y de lejos no le alcanzaba bien la vista. Dio unos pasos más y, al darse cuenta de que aquello no era ningún bicho, saltó hacia atrás y perdió el equilibrio, lo que hizo que cayera al agua.

Lo que flotaba entre aquellos matorrales no era ningún animal, se trataba de una persona. Estaba descompuesta, olía fatal y le faltaban trozos de carne que seguramente la fauna de la marisma le había arrancado.

No quiso ver más. Recogió su nasa y lo poco que había pescado, y se fue rápido del lugar.

Llegó casi sin aliento al cuartelillo. Durante el trayecto no se había parado con nadie, condujo su motocicleta a toda velocidad y en más de una ocasión estuvo a punto de caer.

El teniente Ojeda estaba en la puerta fumando un cigarrillo. Al verle llegar le llamó la atención, ya que, justo enfrente de él, el motorista había estado a punto de llevarse por delante a una señora mayor que caminaba despacio.

—¡Vaya usted con cuidado! Casi mata a esa mujer —le dijo el teniente.

—¿Es usted guardia? —preguntó el mariscador.

El teniente le contestó que sí, y el hombre le agarró de la mano con la intención de que subiera en su motocicleta.

—Pero ¿qué hace, está loco o qué? —se quejó por el trato Ojeda.

—No, señor guardia, he visto un muerto, en la marisma, tiene que venir a verlo. Yo le llevo —contestó el hombre.

—Un momento, no tenga tanta prisa, avisaré a mis compañeros. Espero que esto no sea una broma, bastante trabajo tenemos como

para que nos vengan a tomar el pelo. Como sea así, pagará caras las consecuencias —advirtió el teniente.

—Que no, se lo juro por mi madre. Le he visto. Entre los matorrales en la marisma, por la parte del canal de Boo. ¡Vamos! Antes de que los bichos terminen con él.

El teniente entró en el cuartelillo y le pidió a una pareja que le acompañara.

Por el camino los puso al tanto de lo que estaba sucediendo y les advirtió que, si aquello era cierto, debían tener cuidado con la zona y ser lo más discretos posible.

Cuando llegaron al lugar, el cadáver de un hombre estaba boca abajo, con los brazos asidos a la espalda con una cuerda. Flotaba sobre las aguas y posiblemente la corriente no se había llevado el cuerpo porque su chaqueta se había quedado enganchada en unas ramas.

Ojeda le pidió a uno de los guardias que alejaran al hombre de allí, que se fuera para su casa, pero que antes le tomaran los datos para un posible interrogatorio. Al otro le dijo que fuera en busca de algún compañero más y dieran parte para que el juez se personara en el lugar.

El teniente se metió poco a poco en el agua, que le llegaba hasta la cintura, pero no le importó. Llevaba una vara en la mano con la cual iba calculando la profundidad, la zona tenía partes por donde el agua cubría más y no deseaba pisar y caer al fondo.

Al llegar a la altura del cuerpo no quiso tocar el cadáver, pero con la vara intentó darle vuelta, aunque no pudo.

Observó con detenimiento el entorno donde se encontraba el cuerpo y vio que la misma soga que le ataba las manos llegaba

hasta los tobillos y los unía también.

Salió del agua y esperó en la orilla a que llegara el equipo.

Aquella era una zona de difícil acceso, lo que le hizo pensar que no había sido ese el lugar donde habían tirado el cadáver. Caminó despacio observando meticulosamente el camino por el que transitaba, cualquier cosa podía ser de ayuda en un caso como ese.

A unos cuatrocientos metros encontró un zapato y un poco más adelante un trozo de tela prendido de las ramas. No tocó nada y continuó. Al seguir con el reconocimiento de la zona, descubrió un pequeño sendero que daba paso a la laguna. Allí metió el palo en el agua y comprobó que era profundo, ya que no consiguió tocar el fondo. Aquello le hizo pensar que ese sí podía ser el lugar por donde habían intentado hundir el cuerpo.

Regresó de nuevo al sitio inicial y mientras lo hacía vio como llegaba el equipo con el juez.

Después de un rato intercambiando saludos y poniendo al día tanto al juez como al resto de las personas que habían llegado, dos guardias se metieron en el agua, liberaron el cadáver de los matorrales y le sacaron a la orilla.

Era un hombre joven, pero estaba desfigurado, tenía la cara muy mal, aunque uno de los guardias le identificó.

—Teniente, creo que no me equivoco si digo que es Samuel Calvo, el joven que estábamos buscando por el altercado con Robert Venetto.

—Mire a ver si está documentado, revise sus bolsillos —dijo el juez.

El guardia registró las ropas que llevaba el cadáver. Pero poco o nada encontró. Aquel cuerpo llevaba meses en el agua y, si en algún

momento hubo algo con que poder identificar el cuerpo, ya no existía. Unas pocas monedas y unas llaves fue lo único que obtuvieron de aquel primer registro.

Teresa salió temprano de casa. Hacía frío, llovía y el viento de nordeste le atravesaba el cuerpo colándose hasta los huesos.

Como cada día, antes de sentarse junto a las redes de pesca, pasó por el bar de Pío, frente a la venta, a tomar un café con sus compañeras y con alguno de los marineros que andaban por allí.

Al salir de casa había tenido una sensación rara. La gente caminaba como siempre, con prisa, eso era lo normal, pero le extrañó no encontrar, como era habitual desde hacía tiempo, al teniente Ojeda, que había alquilado una casa cerca de la suya y con el que coincidía cada dos por tres.

El bar de Pío estaba abarrotado aquella mañana. Cuando Teresa entró, notó que la mayoría de la gente se había vuelto a mirarla y algunos guardaron silencio.

Teresa, antes de sentarse en la mesa que ocupaban sus compañeras, pidió un café en la barra.

Saludó a los hombres que estaban apoyados en la misma mientras esperaba a que la sirvieran y advirtió que le contestaban recelosos. Estaba empezando a molestarle la situación, pensaba que ya todo aquello había pasado, pero al parecer no había sido así. Tomó la taza y se acercó a la mesa donde entre otras estaban sentadas Puerto y Loli.

—Buenos días, chicas. ¿Se puede saber qué pasa hoy aquí? —preguntó Teresa.

—¿No me digas que no te has enterado? Pensábamos que tu amigo el guardia te lo había contado y estábamos esperando que tú nos dijeras algo más —dijo una de las mujeres.

—¿Enterarme de qué? Y…, por cierto, me bajas el tonito con eso de «tu amigo el guardia». Ese hombre no es amigo mío. Bastante tengo con soportarle, que lo hago porque con esta gente es mejor estar a buenas, que todos sabemos cómo se las gastan. ¿De qué tengo que enterarme?

Las tres se miraron. Puerto fue quien habló después de suponer que ninguna de las otras dos tenía intención de hacerlo.

—Dicen que ha aparecido un muerto en las marismas, en la zona del estuario del Asón o en el canal de Boo; estaba escondido entre los matorrales, eso dicen, que ahí le han encontrado.

—¿Un muerto? Será algún mariscador, le habrá dado algo, pero no se ha oído que estuviera nadie desaparecido —dijo Teresa.

—No, qué va, chica, dicen… —Calló durante un instante y Teresa le pidió que hablara—. Pues al parecer puede que se trate de… Samuel. Aunque no es seguro, estaba tan mal que no han sido capaces de asegurarlo. Ya sabes, por allí aparte de los pájaros hay también jabalíes y más bichos.

—No, no puede ser. ¿No decían que estaba en Francia? No puede ser él.

—Pues… Va a ser que donde estaba era en la marisma, chica, porque lo que se cuenta es que es él —contestó Loli.

—Vamos a ver, todos sabemos que Samuel llevaba tiempo metido en líos raros, y como dice el refrán…, tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe —apuntilló Puerto.

—Pero es que no creo que fuera como para matarle, ¿qué está pasando? Primero la paliza de Robert que casi acaba con él y ahora Samuel ¡muerto! —comentó Teresa.

—Chica, por qué no vas donde el Ojeda ese, total, te ha preguntado tantas veces si sabías dónde estaba que ahora que lo sabe él debería decírtelo. Vamos, eso me parece a mí —dijo Loli.

Teresa se quedó muda. No sabía qué decir. El estómago le dio una vuelta y una arcada le llegó a la garganta. Se levantó y salió a la calle deprisa y en la misma puerta vomitó el café que apenas hacía un instante había ingerido.

Tommaso ya tenía la maleta en la entrada. Esperaba a que llegara Federico, que había ido a comprobar en qué condiciones estaban las ruedas del auto.

Eulalia se acababa de levantar y se había acercado hasta la habitación de Robert para ver cómo se encontraba. Pero el joven ya estaba vestido y sentado en el salón desayunando, incluso había preparado también una maleta y estaba dispuesto a partir con su padre; lo había pensado aquella misma noche y no había dicho nada.

Casi al mismo tiempo, entraron en el comedor Tommaso y Eulalia.

—¿Por qué tienes una maleta sobre la cama? ¿Te vas de viaje? —preguntó Eulalia a Robert en tono sarcástico esperando que la respuesta de su hijo fuera cualquiera menos la que recibió.

—Me voy con mi padre a Santoña —contestó el muchacho.

—No lo creo —dijo su padre—. No voy a Santoña, voy a Lisboa.

—¡Estás loco, aún no estás bien! Tienes pendientes varias citas médicas y la recuperación de la pierna necesita más tiempo. Y, además, ¿no hemos acordado que te vas a quedar aquí? —indicó Eulalia.

—No, madre, eso lo dices tú, voy a volver a Santoña, y si no me voy ahora con padre, me iré por mi cuenta. Me da igual lo que digan, tengo que ir a ver a Teresa, y ninguno de los dos me lo va a impedir.

—Te he dicho que esa buscona no es mujer para ti. Seguro que ya ha encontrado otro tonto que le dé calor —dijo Tommaso.

Robert cogió las muletas que tenía a su lado y se levantó echando la silla para atrás con tanta fuerza que esta cayó al suelo. Miró a sus progenitores con rabia contenida y se fue a su habitación.

El teléfono sonó en casa de los Venetto. Catalina contestó.

—Señor, es el teniente Ojeda, quiere hablar con usted.

Se levantó y pasó a su despacho, donde charló un rato con él.

Al salir Robert había vuelto al comedor y estaba mirando por uno de los ventanales, y Eulalia estaba a punto de terminar su desayuno.

—¿Qué quería ese hombre? ¿Han encontrado al cobarde que pegó a nuestro hijo?

—Han encontrado muerto a Samuel. Y todo indica que le han asesinado. Parece que la idea de que fuera él quien pegó a Robert no está tan clara.

Robert se volvió. Él no sabía quién era la persona que buscaban y mucho menos que se tratase de Samuel. Solo el abogado de la familia le había preguntado si recordaba algo o había reconocido a alguien.

Sus padres le habían dicho que no se preocupara, pero él en más de una ocasión había querido hablar con la policía y ellos se lo habían impedido.

—¿Samuel? ¿Y quién le ha matado? —preguntó Robert.

—Bien muerto está, casi te mata a ti. No sé por qué te preocupas tanto por ese chico. Que Dios lo tenga… donde quiera ponerle —añadió Eulalia.

—Pero ¿quién os ha dicho a vosotros que a mí me agredió Samuel? Ese chico no me hizo nada, eran dos hombres a los que no había visto jamás, él a mí no me hizo nada. ¿Por qué no escucháis nunca lo que digo? Debéis de pensar que tengo dos años, y soy un hombre hace ya mucho tiempo. ¡Veis como tengo que ir a Santoña! Ahora con más motivo aún.

—¡Tú no vas a ningún sitio! —sentenció Tommaso.

El hombre era consciente de que la vida de su hijo corría peligro. Y también sabía que no había sido Samuel el culpable de la agresión. Por eso era mejor que permaneciera en Barcelona, era lo más seguro, al menos hasta que supiera quién era la persona que estaba amenazándole.

Indagó lo que pudo, centró su atención en aquellos que él consideraba enemigos y también se interesó por otros que estaban metidos en negocios turbios como los que él se traía entre manos, pero no fue capaz de dar con nadie.

El silencio era absoluto en aquel mundo oscuro en el que se movía desde hacía meses.

Las estrechas calles de la Barceloneta estaban concurridas por la mañana: mujeres tendiendo ropa y hablando a gritos, niños corriendo, marineros cargados con sus nasas de pesca y camionetas que apenas entraban por los pequeños caminos.

La mujer caminaba deprisa, debía llegar a la hora indicada al bar Casa Costa, frente a la playa de Sant Miquel. Allí la esperaba un hombre que estaría en la terraza con un libro sobre la mesa titulado *Crónica de la verdad oculta* del autor Pere Calders.

Al llegar la mujer le divisó enseguida, no había demasiado público en el bar y no le fue difícil darse cuenta de que aquel hombre tenía entre sus manos el ejemplar que le habían indicado.

Saludó y se sentó junto a él.

El hombre hizo lo propio mientras cerraba el libro después de señalar la hoja en la que se encontraba.

—Buenos días, cualquiera diría que casi estamos en invierno —dijo la mujer. Esa era la frase que debía pronunciar para asegurarse de que era su contacto.

—El invierno será crudo —contestó el hombre respondiendo como debía hacerlo al escuchar aquella frase.

Una vez que ambos estuvieron seguros de quiénes eran se acomodaron.

El hombre que esperaba, para disimular, llamó la atención del camarero y le pidió que le sirviera un refresco a la señora.

—Creo que tiene algo para mí, ¿es así? Cuanto menos tiempo estemos aquí, mucho mejor para los dos.

La mujer no dijo nada, sacó un sobre de su bolso y lo puso con disimulo sobre la mesa, debajo de una servilleta. El hombre se

acercó el paño, cogió la misiva y la metió entre las hojas del libro que leía.

—Debe abrirlo el día que está indicado en el reverso —explicó la mujer.

Ella tomó solo un sorbo de la bebida que le sirvieron, se despidió y desapareció de nuevo entre las calles estrechas de la Barceloneta.

27

Después de varios días, y una vez realizada la autopsia del cadáver que se encontró en las marismas, se hizo público que se trataba de Samuel.

Habían sido largas jornadas para la familia, que reclamaba sus restos para darles cristiana sepultura.

Como era costumbre, su cuerpo se veló en su casa. Cientos de vecinos acudieron al velorio a mostrar su pésame, sobre todo a Justa. La mujer estaba desolada; era su único hijo, al que con esfuerzo y sacrificio había sacado adelante. No entendía por qué se lo habían arrebatado de aquella manera y, por más que preguntaba en el cuartelillo si se sabía algo del asesino, nadie le daba respuesta alguna.

Teresa y Nieves dudaron si acercarse hasta casa de Justa a mostrar sus respetos. Después de lo que había pasado, muchos culpaban a Teresa de lo ocurrido, no del asesinato, sino de llevar a la desesperación a Samuel, y quién sabe, quizá podía haber sido incluso algún matón pagado por Robert quien le había dado muerte.

Teresa estaba dolida con todo aquello, no sabía cómo responder cuando alguien hacía comentarios al respecto. Ante esa situación, optó por recluirse en casa. Solamente salía para ir a trabajar y volvía sin pararse ni un momento. Pasaba las horas cosiendo y leyendo.

Nieves estaba preocupada y le insistía en que saliera y se divirtiese, pero la joven no hacía caso.

Todo aquello unido a la falta de información sobre Robert la estaba destrozando. No sabía a quién preguntar por él. Buscó respuestas en Isidro, pero el hombre no supo decirle nada, solo le quedaba hablar con Amparo. Con esa intención se acercó una tarde hasta la casa de los Venetto, pero allí no había nadie. Indagó sobre la dirección de la mujer y por fin dio con ella. Lo único que obtuvo fue reproches hacia don Tommaso, insultos y una ira desmedida, pero Amparo tampoco supo qué decirle sobre Robert.

La iglesia de Santa María del Puerto estaba llena. Todo el pueblo había acudido al funeral por el alma de Samuel. Unos por curiosidad y otros por apego a la familia del fallecido.

Entre el gentío se encontraba el teniente Ojeda, atento a todos aquellos que se acercaban a la madre del difunto a darle el pésame.

Un gesto, una palabra, un signo de duda, cualquier cosa podía servir para encontrar al asesino.

Teresa y Nieves acudieron a la iglesia, habían llegado con tiempo. Sabían de los comentarios y evitaron pasar un mal rato allí, pero no declinaron asistir al sepelio. Para ellas era una familia querida y conocida de toda su vida.

Nieves fue muy amiga de la madre de Justa y sentía la necesidad y la obligación de estar junto a ella en aquellos momentos tan complicados.

Cuando las vieron entrar todos murmuraron, pero ellas caminaron por un lateral de la capilla y tomaron asiento en los bancos traseros.

Al terminar la misa, antes de que el féretro fuera trasladado al cementerio, Nieves tomó a su nieta de la mano y la llevó a donde Justa se encontraba.

—Justa, lo sentimos mucho. Te acompañamos en el sentimiento —dijo Nieves.

—Gracias, lo sé. Niña —habló Justa mirando a Teresa—, sé que tú no has tenido nada que ver y también sé que, aunque no le quisieras para marido, le tenías mucho cariño. Muchas veces le dije que te dejara tranquila, pero, ya sabes, los celos no son buenos consejeros. Pero sé que tú no eres culpable de nada. Un hijo de mala madre me lo ha matado, ojalá algún día me entere de quién ha sido y por qué lo hizo. Perdona el trato que te di cuando viniste a casa, pero estaba asustada y nerviosa pensando en que algo malo le había sucedido, y ya ves, desgraciadamente no me equivocaba.

Teresa y Nieves se quedaron tranquilas por la reacción que tuvo Justa con ellas y no les importó que la gente murmurara a sus espaldas. Decidieron acompañar hasta el camposanto a la comitiva.

Después de un largo viaje, el coche de Tommaso Venetto llegó a Santoña. Había estado una semana en Lisboa, y la experiencia había sido agotadora, ya no era un hombre joven y estar un día tras otro de fiesta en fiesta le agotó, aunque resistió gustoso.

Se bajó del coche y entró en casa llamando a gritos a Amparo, pero la mujer no estaba. Era tarde y, desde que la echó de casa, cumplía escrupulosamente con la orden de venir a limpiar e irse.

Federico sacó las maletas y las dejó en el dormitorio de su jefe. Después se fue en busca de Amparo tal y como Tommaso le ordenó.

Los negocios a Tommaso no le habían ido mal, todo lo contrario, había conseguido que le tuvieran consideración y le pareció que se había ganado la confianza de los demás miembros de una pequeña facción de la Cosa Nostra afincados en Portugal y España.

Había hecho buenos contactos que le iban a servir para continuar con sus negocios. Aprovechó también para pasar buenas noches de juerga con sus nuevos amigos: bebidas, mujeres, juego, de todo un poco.

Había dejado de lado el negocio de las telas. Nada tenían que ver los beneficios que obtenía con los que le proporcionaban sus nuevos chanchullos, por lo que le encomendó a Eulalia que se hiciera ella cargo junto con Robert. Así estaría entretenida, teniendo en cuenta que no lo había hecho del todo mal, algo que jamás reconocería.

Tommaso tenía otros planes. Si todo continuaba como hasta ahora, estaba pensando en marcharse a Estados Unidos. Algunos parientes le habían hablado maravillas y sobre todo le comentaron las posibilidades de ganar mucho dinero allí. Estar dentro de la Cosa Nostra era algo a lo que solo unos pocos podían acceder, y él lo había conseguido. Poco le importaba dejar aquí a su mujer y su hijo. Ellos eran capaces de subsistir, y él consideraba que se merecía disfrutar de los años que le quedaban como le diera la gana.

Estaba convencido de que solo era cuestión de saber moverse y arrimarse a las personas adecuadas.

Todo esto lo había pensado durante su estancia en Lisboa, donde había conocido a una guapísima americana llamada Emily, que le había dado calor las noches frías de la capital lusa. Tommaso se había vuelto loco de amor; los encantos de aquella mujer, sus caricias y su sumisión le habían enloquecido.

Pero Tommaso no imaginaba que Emily no era más que una meretriz contratada por uno de los mafiosos con los que estuvo reunido aquellos días y que lo único que pretendía era ganarse su favor y trasmitir la información que obtuviese sobre él a Tiago Nunes, un siciliano afincado en Portugal y jefe de la Cosa Nostra en ese país. A través de él Tommaso había entrado a formar parte de la organización.

28

Eulalia había quedado con Bernat. Hacía tiempo que no salían y estaba deseando pasar un rato con él.

Robert estaba entretenido con sus cosas y además había quedado con alguno de sus compañeros de carrera. Se habían interesado por él, lo habían llamado por teléfono y visitado en ocasiones, por lo que consideró oportuno invitarlos a comer.

La comida se había alargado y a las ocho de la tarde aún no había llegado. A esa hora había quedado Eulalia con Bernat. Aunque no le importaba mucho que su hijo la viera con aquel hombre, esperó un rato a ver si aparecía.

Mandó a Catalina que le diera recado de su retraso a la persona que la esperaba en el portal.

El tiempo pasaba y Robert no llegaba. El sonido del teléfono la sobresaltó. Por un momento pensó que algo le podía haber pasado a su hijo y se levantó deprisa a contestar.

—*Digui'm*, *parla* Eulalia Bartomeu.

—Madre, soy Robert. Solo quería decirle que no se preocupe. Parece que la fiesta se alarga, no me espere para cenar.

—Pero ¿estás bien, hijo? No te habrá pasado algo, ¿verdad?

—No, madre, no se preocupe, estoy perfectamente. Esté tranquila. Llegaré tarde, no olvide que hace mucho que no salgo de fiesta y

tanto mis amigos como yo estamos muy animados.

—De acuerdo, hijo, diviértete. Y, por Dios, ten cuidado, aún no estás del todo bien.

Eulalia colgó el auricular, recogió el bolso que tenía preparado sobre la mesa y un abrigo, porque ya el frío era notable, y se dispuso a salir. Pero antes le advirtió a Catalina que podía retirarse porque Robert tampoco cenaría.

Bajó en el ascensor con la sonrisa puesta en la boca y, al llegar al portal, se miró en el gran espejo que había y se colocó el pelo, sacó del bolso su barra de labios y la pasó con suavidad. Quería que la boca luciera perfecta para ir al encuentro de Bernat.

En cuanto el pintor la vio salir, se acercó hasta ella para saludarla y acompañarla hasta el auto. En aquella ocasión conducía un Hudson Hornet de color rojo con capota beige, un modelo elegante y lujoso que sorprendió de nuevo a Eulalia.

—Querida, cuántas ganas tenía de verte.

—Yo también, no veía el momento. Esto ha sido largo y duro, pero ya ha pasado todo. Vamos, deprisa, antes de que algo nos fastidie la velada —dijo Eulalia—. Me cautiva este automóvil. Me sorprendes con tus coches, te gustan mucho, ¿verdad?

—Me encantan, pero no tanto como tú. Te tengo preparada una sorpresa. Espero que te guste y después deseo que terminemos eso que se quedó pendiente meses atrás —afirmó Bernat.

Eulalia le miró coqueta y apretó la mano que el hombre llevaba posada sobre la palanca de cambios.

Bernat condujo un rato, lo hacía despacio mientras conversaba con Eulalia. Las calles estaban llenas de gente.

Bernat paró el coche a la puerta del Colmado Múrria, un pintoresco lugar de estilo modernista donde se vendían auténticos manjares que llegaban de todo el mundo.

El pintor le pidió que esperara un momento.

Al cabo de escasos minutos, uno de los camareros que portaba una bandeja acompañó a Bernat hasta el auto. El hombre abrió la puerta e introdujo no solo la bandeja, sino también otras dos más que trajeron sus compañeros.

—Bueno, querida, nos llevamos la cena a casa, ¿qué te parece? Me la podían haber enviado, pero he preferido venir contigo a buscarla, quería ver tu cara —explicó Bernat.

—Por favor, jamás vas a dejar de sorprenderme, eres un hombre maravilloso. ¿Dónde estabas tú hace unos años? No te habría dejado escapar —contestó Eulalia.

—Lo importante es que ya nos hemos encontrado —indicó el pintor.

Eulalia se estremeció. Lo que había comenzado como un simple coqueteo se había convertido en amor. En ese momento tuvo la certeza de que comenzaba a enamorarse de aquel hombre que era mucho más joven que ella, alocado e irresistible. No le importaría perderse en sus brazos y sentir junto a su pecho el calor del deseo.

Bernat tenía la mesa puesta y sobre ella unas copas en las que sirvió un vino excelente. Brindaron mirándose a los ojos y luego posó sobre sus labios húmedos un beso.

—Ponte cómoda, voy a sacar la cena —dijo Bernat.

Eulalia lo tomó al pie de la letra y dejó que su vestido negro cayera de sus hombros, luego tomó la copa y se recostó de un modo

sensual sobre el sofá de terciopelo rojo a esperar a que Bernat apareciera.

El hombre de la Barceloneta abrió el sobre el día señalado.

Las instrucciones eran claras: lugar, hora y modo de proceder.

Llamó a su grupo de hombres y les trasmitió la información dejando claro que debían tener sumo cuidado con que no hubiera víctimas personales, solo desperfectos, y cuantos más mejor.

La noche era cerrada y la luna menguante no era suficiente para alumbrar las calles de los alrededores de la fábrica de Tarrasa. Nadie deambulaba por ellas salvo un grupo de hombres que en silencio y con cuidado se aseguraban de que así fuera.

Dos de ellos entraron por una de las puertas traseras de la fábrica de telas Bartomeu y se cercioraron de que no quedaba gente dentro. Salieron y entraron cinco veces, cada uno de ellos portaba dos bidones de gasolina con los que rociaron los diferentes espacios de la factoría, poniendo más interés en los almacenes, donde las telas se guardaban por toneladas. Eran conscientes de que al día siguiente varios camiones se iban a encargar de distribuir la producción de aquel último mes.

Volvieron a salir en busca de más combustible, que el hombre de la Barceloneta había transportado hasta allí en una furgoneta. Dieron varios viajes, los que consideraron convenientes. No dejaron ni un solo rincón de la fábrica sin cubrir del combustible e impregnaron con ello todos los rincones y espacios: la chimenea, las calderas, el almacén de lana para liar, las tejedoras y, cómo no, la carbonera.

Todo estaba preparado, bastaba prender una cerilla para que aquella nave ardiera en el silencio de la noche.

El hombre de la Barceloneta se encargó de atizar aquella lumbre.

En pocos minutos las llamas alumbraron el cielo de Tarrasa.

Antes de que las sirenas comenzaran a sonar, todos se alejaron en la furgoneta hacia un lugar seguro, pero desde donde las llamas se pudieran ver.

Desde la distancia y observando cómo ardía todo, el hombre sacó el sobre que aquella mujer le había entregado y repartió el dinero que había dentro.

Unas buenas pesetas que a todos los que habían intervenido en aquella operación les venían de maravilla.

SEGUNDA PARTE

Es una calle larga y silenciosa.
Ando en tinieblas y tropiezo y caigo
y me levanto y piso con pies ciegos
las piedras mudas y las hojas secas
y alguien detrás de mí también las pisa:
si me detengo, se detiene; si corro, corre.
Vuelvo el rostro: nadie.
Todo está oscuro y sin salida,
y doy vueltas y vueltas en esquinas
que dan siempre a la calle,
donde nadie me espera ni me sigue,
donde yo sigo a un hombre que tropieza
y se levanta y dice al verme: nadie.

OCTAVIO PAZ, «La calle»

29

Los días pasaban lentos. Las Navidades estaban a la vuelta de la esquina y Teresa no conseguía quitarse de la cabeza a Robert.

Aquel año no había tenido ganas ni de adornar su casa, algo que desde pequeña siempre hacía gustosa; ni tan siquiera la muerte de sus padres había hecho que la joven dejara de montar el belén que con cariño su padre le había comprado.

Sus amigas le decían que era una tontería que siguiera esperando.

Robert no iba a volver y, si lo hacía, quizá ya se hubiera olvidado de ella, además de recordarle que no le había sido franco y le había mentido sobre quién era.

El mar estaba bravo y la flota llevaba días sin salir de pesca. Los hombres andaban por el pueblo desocupados, pero mirando al mar a la espera de que se calmara aquella tempestad que les impedía trabajar. Pasaban el rato en los bares jugando la partida o chiquiteando. El bar Aja, el Manolín, el Zatón, el Piruco y el Áncora y otros muchos estaban llenos aquellos días.

La venta por la mañana estaba vacía, pero las rederas seguían haciendo su trabajo. Teresa posó un momento la aguja, era la que utilizaba su abuela y le tenía cariño. Cuando Nieves se la regaló, aunque intentó disimular, la chica notó que le costaba desprenderse de ella. Se la había hecho su padre hacía muchos años y estaba en

perfecto estado porque Nieves apenas la utilizó. Sin embargo, se la había regalado a su nieta diciéndole:

—Está hecha para mi mano, mi padre la talló con todo su cariño, y ahora quiero que la tengas tú y que la uses. Además, ¿sabes una cosa, hija? Estoy convencida de que no va a ser mucho el tiempo que estés allí. Llévala, hazme caso.

A ella le había dado pena, pero la mujer insistió tanto que no le quedó más remedio que aceptar. Solía utilizar otra, pero, como Nieves algunos días se pasaba por allí, siempre la tenía a mano por si aparecía su abuela.

Teresa se levantó al ver que se acercaban Puerto y Loli. El día anterior había quedado con ellas para tomar un café. Una de sus compañeras le dijo:

—¡Siciliana! ¿Otro café te vas a tomar? Acabarás de los nervios, dicen que es malísimo.

—Déjame en paz y no me llames Siciliana, tengo nombre —contestó Teresa.

Desgraciadamente, desde que salió a la luz que Robert era el hijo del Tommaso, a Teresa la apodaron la Siciliana y no conseguía que la gente dejara de llamarla de esa manera. Sus más allegados lo evitaban, pero el resto del pueblo la conocía por ese mote.

Ese entre otros era uno de los motivos por los que el carácter de la chica había cambiado. Ya no era aquella muchacha alegre que todos conocían y tenía momentos en los que anímicamente se sentía hundida. Apenas salía, por más que sus amigas la invitaban a hacerlo.

—¿Qué tal estás hoy? —preguntó Puerto cuando se encontraron.

—Bien —contestó Teresa.

—¡Pues cualquiera lo diría! Tienes una cara de malas pulgas que no veas, chica —dijo Puerto.

—Es la tonta de Maruja, ¡qué manía con llamarme Siciliana! Un día de estos le voy a partir la boca a alguna, ¡ya estoy harta, coño!

—Bueno, mujer, ya sabes que, cuanto más vean que te molesta, más te lo van a decir. Tú no hagas caso, ya se les pasará —la calmó Loli.

Las tres chicas se acercaron al bar de Pío. Un grupo de marineros charlaban en la puerta y la conversación que mantenían llamó la atención de Teresa.

—El Isidro me dijo anoche, que lo encontré en el Colón, que le han quemado una fábrica al Tommaso que tenía en Cataluña. Creo que era de telas y por lo visto ha ardido todo como si fuera una fogata. Dice que no ha quedado nada, ni un cacho trapo para limpiar los aparejos. Mientras no sea la conservera, a nosotros no nos va a afectar. Di que aquí no nos faltaría quien comprara bocartes y bonitos, lo que sobran son conserveras. Pero… a saber, porque estos ricos lo mismo cogen el petate y se largan. El amo creo que marchó esta mañana con urgencia. Bueno, el Isidro decía que no se le veía muy afectado porque al parecer la fábrica que ardió era de la mujer. Aunque digo yo que también será de él, ¿no?

La chica entró y, cuando se sentaron a la mesa, comentó con sus amigas lo que había escuchado.

Puerto también lo había oído, pero rápidamente cambió de tema. No quería que su amiga volviera a sacar el asunto de Robert.

—Bueno, a ver. El domingo vamos al baile. Y no me digas que tú no vas —exclamó dirigiéndose a Teresa—, porque me encadeno en

la puerta de tu casa y hasta que no bajes no me muevo. Y ahora os voy a contar una cosa.

—Seguro que se trata de un chico —intervino Loli.

—Pues sí, ¿pasa algo? Al cuerpo hay que darle alegrías, no voy a ser como vosotras, la una parece santa Teresa, y la otra, la Virgen María —contestó Puerto.

—Oye, no te pases tampoco. Pero es que tú andas siempre igual, ¡cualquiera diría que no se puede vivir sin hombres! —dijo Teresa.

—Poder se puede, pero, mientras los haya, para qué estar sin ellos. Bueno, a lo que vamos, que tengo un amigo nuevo, se llama Luis, es monísimo, está para mojar pan. Pero tiene un fallo, aunque se lo voy a tener que perdonar si llega el caso, claro: el chico es pejino.

—Mujer, qué más da eso, si es buen chaval. Total, vecino es —afirmó Teresa.

—Ya, eso sí. Y que tiene un revolcón que no os imagináis. Bueno, a lo que voy, que tiene dos amigos, y digo yo que podíamos pasar la tarde tan ricamente con ellos. ¿Cómo lo veis? —preguntó Puerto.

—Puerto, qué manía tienes con buscarnos novio, cuando los queramos ya los buscaremos nosotras. A mí no me apetece nada estar toda la tarde con unos chicos que a saber cómo son —se quejó Loli.

La discusión estaba servida, pero al final Puerto consiguió que sus dos amigas accedieran a ir con ella, solo por darle gusto.

El teniente Ojeda seguía en Santoña, tenía orden de averiguar quién había sido el culpable de la paliza de Robert. El gobernador había

sido claro: «No te moverás de allí hasta que des con ellos».

Por el contrario, el asesinato de Samuel, que estaba también sin resolver, no le importaba a nadie, solo a Justa, su madre, que un día sí y otro también bajaba a preguntar si se sabía algo del caso, aunque siempre recibía la misma respuesta: «Se está investigando, tranquila, señora, cuando sepamos algo se lo haremos saber. No es necesario que venga todos los días».

El asunto era que el teniente por más que investigaba no encontraba nada, todo eran sospechas infundadas de unos y otros e indicios que al final no tenían ningún fundamento. Era como dar vueltas en redondo sin encontrar el modo de salir. Lo que tenía claro era cómo habían ocurrido los hechos: estaba convencido de que los asesinos de Samuel eran los mismos que agredieron a Robert y que Samuel no murió en el lugar donde fue encontrado, ya que había fallecido debido a los golpes que recibió y no por ahogamiento.

Ojeda tenía claro también que uno de los dos hombres estuvo en el lugar equivocado y pudo ver la agresión del otro e intentar auxiliarle. No tenía pruebas de ello, solo la cartera de Samuel que se encontró a pocos metros del lugar donde fue agredido Robert. El joven había declarado que caminaba solo y dos hombres le asaltaron, por lo tanto, él era el objetivo y el otro chico, Samuel, debió de ser la víctima inocente que acabó peor parado.

Pudo ser visto y los asaltantes le persiguieron y le dieron caza, y la mejor manera de cerrarle la boca era poniendo fin a su vida.

La hipótesis no era para nada descabellada. Todos hablaban bien de Samuel, sin tener en cuenta sus líos de juego y sus peleas, además de sus borracheras; eso eran cosas lógicas de la edad, pero había quedado claro que no tenía enemigos.

Sin embargo, Robert, del que tampoco encontraron a nadie con quien tuviera cuentas pendientes, salvo Samuel por asuntos de amores, y su familia, más en concreto su padre.

Lo que le hacía pensar que la clave estaba en Tommaso Venetto.

Ojeda tenía claro que ocultaba algo, por eso llevaba tiempo indagando en sus movimientos. Los informes que había recibido sobre él y los comentarios que cada vez eran más frecuentes sobre sus negocios un tanto turbios eran los que le hacían sospechar. Contaba además con su intuición, el teniente muy pocas veces se equivocaba.

Había llegado el momento de interrogar a ese hombre tan déspota como intrigante, pero debía de ser de una manera amistosa y discreta. Debía hacerlo muy bien, porque seguramente en cuanto Ojeda mantuviera con él una conversación, el italiano llamaría a sus contactos para que estos hablaran con el gobernador y le pusieran al tanto, y eso le iba a ocasionar problemas con sus mandos.

30

En Barcelona la familia Venetto Bartomeu estaba destrozada, sobre todo Eulalia, que había visto cómo desaparecía en unas horas la obra que su padre con tanto esfuerzo levantó. Además, le apenaba en gran manera haber dejado a más de trescientas familias sin un salario en fechas tan señaladas como esas, con las Navidades a punto de celebrarse.

Los tiempos eran malos para todos, pero aún más para las trabajadoras.

La mujer estaba arropada en todo momento por su hijo y por Bernat, que se preocupaba de ella cada día.

Robert por su parte se estaba ocupando de los temas legales e intentaba con la ayuda de sus compañeros de carrera buscar la manera de recuperar algo de lo perdido, aunque iba a ser casi imposible conseguirlo, puesto que no sabían si el seguro se haría cargo de los daños. Las pérdidas habían sido cuantiosas, la maquinaria había quedado del todo inservible y la resolución del seguro no estaba muy clara. Si se demostraba que había sido intencionado, les costaría mucho que les abonaran los destrozos.

En aquel lugar solo quedaba un solar lleno de ceniza aún humeante.

En cuanto a Tommaso, se lo había tomado con calma y tardó en regresar cuatro días tras el incendio, aunque era consciente de que lo que había ocurrido era consecuencia de sus negocios.

A la mañana siguiente del incendio, alguien había enviado una nota a su nombre que Catalina posó sobre la mesa del despacho.

Cuando Tommaso llegó a su casa en la plaza del Doctor Letamendi apenas se interesó por la salud de su mujer y su hijo. Se dirigió al despacho y al ver el sobre lo abrió con rabia. Era la misma letra que la de las otras misivas. El contenido de esta le dejó pensativo:

> El que pierde lo que obtuvo con artimañas y dolor solo recibe lo que merece: el fuego del infierno.

Tommaso tenía en sus manos la nota cuando Eulalia entró en el despacho.

—¿De quién era esa carta? Llegó hace dos días, como venía a tu nombre no he querido abrirla, ¿qué dice? —preguntó Eulalia.

—Nada que te importe. ¿No tienes bastante con lo sucedido? Esto no es asunto tuyo. No es de tu incumbencia —contestó Tommaso de muy malos modos.

Eulalia no se inmutó y en un descuido de su marido se la quitó de las manos.

—¡Sí que me importa! Acabo de perder lo que mi padre más quería. ¿Cómo crees que me siento? Si esto tiene que ver con el incendio —dijo mientras enseñaba la nota a Tommaso—, entonces quiero saberlo.

La mujer leyó la nota, miró a su marido fijamente y le preguntó:

—¿Qué significa esto? ¿En qué líos estás metido? ¿Por qué no juegas con tu conservera en lugar de con lo mío? Eres el ser más

odioso que pisa este mundo.

Tommaso se volvió hacia ella y le dio un bofetón que le hizo desestabilizarse.

En ese momento entró Robert.

—¡Está loco! ¡No le vuelva a poner una mano encima a mi madre o…!

—¿O qué? Vaya, que se me pone chulo el niñito.

Robert no se achicó y se acercó a él, le cogió por la solapa de su chaqueta de cachemir y le empujó contra la mesa de despacho.

—¡O le mato! ¿Le queda claro? —contestó Robert mirando a su padre con rabia e incluso odio, ese odio que guardaba dentro de él desde que era niño.

Tommaso se quedó parado, no esperaba que su hijo reaccionara de aquella manera, por un momento había temido que se liara a golpes contra él.

Robert cogió a su madre por el brazo y la sacó del despacho.

—Madre, ¿está bien? Déjeme ver.

—No es nada, estoy bien. Se ha vuelto loco de remate —dijo Eulalia.

—Esto no puede seguir así, ya está bien de aguantar a este dictador, bastante tenemos con uno en este país como para encima soportar a otro en nuestra propia casa. Hágame caso, madre, ¡échele! Que se vaya, no le necesitamos, somos capaces de salir adelante.

Eulalia se quedó mirando a su hijo, también ella estaba sorprendida con su actitud, jamás habría imaginado que tenía ese carácter.

La mujer le mostró la nota a Robert, no la había soltado a pesar del golpe. El joven no entendía tampoco nada, pero estaba de acuerdo con su madre, esa misiva solo podía responder a una amenaza por culpa de algún negocio sucio que su padre tenía.

Durante los días que había estado frecuentando a sus amigos y colegas, algunos de ellos le habían lanzado indirectas sobre su padre que él no llegaba a comprender, pero ahora todo estaba tomando forma.

Había llegado el momento de ponerse al frente de los negocios, al menos de los de su madre.

Tenían unas deudas cuantiosas. La materia prima que se había comprado para la producción se había perdido y había que pagarla. Miles de metros de telas que se habían incendiado, más los salarios que se debían a las trabajadoras, el combustible de las camionetas de reparto y un montón de facturas pendientes de las que habían tenido conocimiento una vez que se produjo el siniestro.

Miles de pesetas de deuda que no sabían cómo podrían pagar.

Por suerte tenían propiedades de las que poder tirar si era necesario, y alguna que otra obra de arte de la colección de su abuelo, que seguramente aportarían su buen dinero.

En la cocina Catalina y Federico hablaban sobre lo ocurrido cuando Tommaso entró empujando la puerta.

—¡Catalina, prepárame ahora mismo ropa, dos o tres maletas! Y tú —le dijo a Federico—, prepara el coche, nos volvemos a Santoña.

—Pero… acabamos de llegar, señor. ¿Por qué no descansamos y mañana tranquilamente nos vamos? —contestó el chófer.

—¿Me vas a decir tú a mí lo que tengo que hacer? ¡Que vengas o te vas a la calle ahora mismo! ¡Solo me faltaba ahora que me salieras respondón! —bramó Tommaso.

Los dos hermanos guardaron silencio, se miraron y esbozaron una pequeña sonrisa casi imperceptible mientras Tommaso salía de la cocina.

Robert, que también se dirigía hacía allí y había escuchado a su padre hablar, esperó escondido dentro del cuarto de la plancha a que este saliera de la cocina.

Una vez que se aseguró de que su padre no estaba acechando, Robert fue en busca de Federico.

—Niño, ¿qué haces tú por aquí? Hoy no tengo bizcocho ni galletas que darte, ya sabes que tu madre me ha dicho que el azúcar no es bueno para ti, y no he preparado nada, pero tengo un poco de chocolate guardado, ¿te apetece?

—No, Catalina, muchas gracias. Sé que lo haces de corazón, pero ya no soy un niño, y como dice mi madre el azúcar no le viene nada bien a mi páncreas maltrecho. Pero te agradezco el detalle —contestó Robert.

—¿Qué tal está? Perdone que no le haya preguntado antes, pero como ve su padre me tiene de atrás para delante constantemente, justo hace un momento ha salido de aquí tras decirme que otra vez nos vamos —dijo Federico.

—Sí, lo sé. Y precisamente venía a tu encuentro. Necesito que me hagas un favor.

—Claro, lo que quiera —respondió el chófer.

—Quiero que busques a Teresa Cobo, trabajó en La Siciliana, le das de mi parte esta nota, en ella, entre otras cosas, le pido un

número de teléfono donde poder llamarla. Por favor, te ruego que no se lo digas a mi padre.

—Sí, sé quién es la muchacha, pero ya no trabaja en la conservera, su padre la echó hace meses, cuando se enteró de que usted tenía algo con ella. Creo que está trabajando con las redes. No se preocupe, el pueblo no es tan grande, la encontraré —afirmó Federico.

—¿Mi padre la echó? ¿Por qué? No sabía nada. Estás seguro de que continúa en el pueblo, ¿verdad? Es un canalla, es capaz de haber hecho que tenga que irse, seguro que le ha cerrado puertas para que no pueda trabajar en ninguna otra conservera.

—No, tranquilo, Teresa no se ha ido, la última vez que estuve la vi, como te he dicho, cosiendo redes en el muelle. Ahora, que la ha vetado en las conserveras sí que es cierto. Ya sabe cómo se las gasta su padre. Tiene mano y poder, y los usa a su antojo. Yo la encontraré y, en cuanto me dé un número de teléfono, le llamo y se lo digo. Si usted no está, le dejaré el recado a mi hermana, ¿le parece bien? —contestó Federico.

—Por supuesto. Muchas gracias, Federico. Espero que la reciba con cariño, aunque si la rechaza, no tendré nada que objetar, estaría en su derecho —dijo Robert.

El chico salió de la cocina contento. Estaba convencido de que Federico le haría el favor, era un hombre discreto y siempre había mostrado cariño hacia él, igual que su hermana Catalina.

Los dos hermanos se quedaron callados. Sentían aprecio por Robert y consideraban injusto el trato que su padre le había dado siempre, era como si no fuera hijo suyo. Tommaso jamás había mostrado por él ningún signo de cariño.

31

Teresa, tal y como había quedado con sus amigas, fue al baile aquel fin de semana. Allí se encontraron con Luis, que estaba acompañado de otros dos chicos, como les había adelantado Puerto.

Los tres eran buenos mozos, parecían simpáticos y la conversación era amena, pero Teresa no estaba cómoda. Sentía que todo el mundo la miraba y chismorreaba, además de que aún tenía el corazón dolido.

Seguía sin noticias de Robert y ya no sabía qué pensar, si era porque no podía volver o si no quería. Aunque de lo que estaba segura era que su padre desde luego no aprobaba para nada esa relación, bien claro se lo dejó cuando la puso de patitas en la calle: «Mi hijo no va a estar nunca con una simple redera», le había dicho aquel día.

Estaba visto que sería así e incluso ella se preguntaba qué iba a hacer un señorito como él con una muchacha de pueblo.

Daba por hecho que su padre se había negado a esa relación, aunque ella no percibió que Eulalia pusiera impedimento alguno. A ella la notó cariñosa y atenta, pero quizá fue solo una fachada.

Los seis jóvenes estaban sentados en una mesa conversando sobre las canciones que sonaban y los sones que la orquesta interpretaba cuando Loli le dio una pequeña patada por debajo de la

mesa a Teresa. Acababa de llegar Ricardo Ojeda y quería advertirla de ello.

La joven se volvió y, al hacerlo, se encontró con la mirada de Ricardo, que la observaba. Después de coincidir de aquella forma, no podía hacer como si nada; si no se hubiera vuelto, podría haber disimulado, pero era evidente que le había visto y no le quedó más remedio que levantarse para saludar antes de que él hiciera lo propio. Teresa no quería que él se acercara a la mesa.

—Buenas tardes, qué raro verle por aquí. Pensé que solo se dedicaba a trabajar —saludó Teresa.

—Hola, Teresa, la verdad es que no acostumbro, pero, de haber sabido que usted sí que lo hacía, habría venido mucho antes. ¿Me deja invitarla a tomar algo?

—Se lo agradezco, pero estoy con unos amigos y, no sé, quizá se molesten —contestó Teresa.

—Mujer, será un momento, aunque estoy convencido de que alguno de esos jóvenes con quien se iba a molestar es conmigo por llevármela. ¡Venga, mujer, anímese! Así hablamos un rato, no tengo nada que contarle respecto a lo ocurrido, pero me gustaría compartir con usted las conclusiones a las que estoy llegando. Y, si eso no le convence, soy guardia civil, pero también sé bailar y, por cierto, muy bien —dijo Ojeda.

—Vale, espere un momento —indicó la chica.

Teresa se aproximó a la mesa donde estaba su grupo y se disculpó con sus amigos.

Puerto se levantó y se acercó a ella.

—¿Estás segura? Mira que todo el pueblo anda mirando, seguro que te sacan algún chisme, no seas tonta y quédate aquí con

nosotros, puedes hablar con él en otro momento, ya sabes…, ojos que no ven… —le advirtió Puerto.

—No tengo que esconderme de nada ni de nadie. ¡Si hablan, que hablen! Estoy un poco harta de que últimamente todo lo que digo y hago sea fiscalizado. Vengo ahora mismo, me tomo un refresco y vuelvo. Quiere decirme algo sobre lo de Samuel, solo voy por eso. De verdad que no tardo, tú tranquila.

Ricardo Ojeda y Teresa se acercaron a la barra y charlaron un rato. No era cierto que él quisiera decirle algo, tan solo deseaba estar con ella un momento.

Le contó cuatro cosas por encima que ella ya conocía y luego le hizo alguna pregunta relacionada con Tommaso.

Cuando Teresa apuró la bebida, se disculpó con él, le agradeció la invitación y le dijo que tenía que volver con sus amigos.

—Teresa, espere. Ya sé que… aún debe de tener presente a Robert, y no se me escapa que estaba enamorada, pero ya le he dicho que usted me gusta mucho y que estaría encantado de poder salir con usted algún día. ¿Qué me dice?

—Se lo agradezco, creo que esto ya lo hablamos. No quiero que se moleste, pero lo siento. Creo que tiene que pasar el tiempo, no me encuentro bien, y mucho menos para empezar una relación. No quiero decir que usted no me guste, no crea que es eso, soy yo la que no está bien y no sería buena compañía. Quizá más adelante, pero tampoco se lo aseguro. Bueno, muchas gracias por la invitación, nos vemos pronto. Que disfrute de la tarde.

Ojeda se despidió con cierta pena, le gustaba Teresa desde el primer día que la vio en el cuartelillo, asustada e indefensa, además de triste. Lo había intentado en más de una ocasión y estaba claro

que no iba a tener suerte. Aquella mujer sabía muy bien lo que quería y ella nunca le daría su corazón.

Robert y su madre se habían acercado a Tarrasa.

Eulalia le propuso a su hijo que fuera Bernat quien los llevara. Ella alegó que era su profesor de pintura y que tenía una buena amistad con él.

Robert aceptó gustoso. Veía ilusionada a su madre con la posibilidad de que él aceptara y no dudó en darle ese gusto teniendo en cuenta lo que había pasado, no solo con su agresión, sino también ahora con la pérdida de la textil. Aparte de todo lo que había sufrido por culpa de su padre. La mujer lo merecía.

La pareja mantuvo de una manera impecable las formas durante el viaje para evitar que Robert pudiera darse cuenta de lo que realmente había entre ellos. Pero el chico no era ningún niño al que fuera fácil engañar y enseguida notó las miradas que compartían y las atenciones que uno y otro se dedicaban.

Llegaron temprano a Tarrasa, ya que la idea era aprovechar al máximo la mañana. Era importante estar sobre el terreno para poder valorar la posibilidad de poner en marcha de nuevo la fábrica. Los datos que tenían sobre los desperfectos eran los que les había dado Carles Soler, pero Robert le había insistido a su madre sobre la necesidad de ir hasta allí y ver con sus propios ojos cómo había quedado después del incendio.

El panorama era desolador, todo estaba devastado, no había rastro de las diferentes zonas de trabajo ni de las máquinas ni de los telares, ni siquiera de un solo trozo de tela confeccionada.

El olor a humo aún era penetrante y en algunos lugares se podían observar brasas que todavía humeaban.

Los dos caminaron de la mano entre los escombros intentando encontrar algo sin saber tan siquiera qué querían hallar. Pero no vieron nada porque nada había logrado salvarse de la quema.

Eulalia se acercó a la zona donde estaba el despacho de su difunto padre. En él, en una de las paredes, había un retrato de sus progenitores que quería rescatar, pero solo encontró un trozo del marco que sostenía el lienzo, ni rastro de la tela donde habían sido pintados sus padres. La congoja le inundó el pecho y comenzó a llorar desolada. Robert la abrazó intentando calmarla, pero la mujer no encontraba consuelo.

Carles Soler había sido avisado por alguna de las trabajadoras que andaban por allí de que la señora había llegado a la fábrica y rápidamente se personó.

Cuando Eulalia le vio, su penar se agudizó aún más. Se apartó de los brazos de su hijo y se acercó al hombre. Ambos se cogieron las manos sin pronunciar palabra durante un instante.

—Qué desgracia, señora, no sé cómo ha podido pasar esto. ¿A quién le ha hecho daño usted que justifique tal aberración? Nos han destrozado la vida a todos. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿De qué vamos a vivir?

Robert se acercó a Carles Soler y se presentó:

—Buenos días, creo que nos conocemos, aunque lo cierto es que yo era un chiquillo, quizá no se acuerde de mí. Soy Robert Venetto, el hijo de doña Eulalia. Tiene razón, esto es horrible. No se preocupen, nosotros les vamos a pagar el salario que se les debe, pero no podemos prometerles nada más. Usted seguramente sabe

que la situación económica de la fábrica no era buena, vivíamos al día y ahora mismo lo único que tenemos son deudas.

—Lo sé, señor, hacía tiempo que le estaba diciendo a su padre que debíamos ponernos al día en algunos pagos que llevaban tiempo atrasados, pero él me contestaba que ya se pagarían. Cuando su madre estuvo aquí, no quise contarle mucho, bastante hizo con arreglar el lío en el que estábamos.

—Sí, Carles, estoy al tanto de todo. Voy a estudiar la situación, a mirar los números con algunos de mis colegas y veremos qué podemos hacer. Aunque, a la vista de lo que estoy observando, estoy por asegurarle que la reconstrucción de la nave es casi imposible, no hay maquinaria ni caldera, nada. ¿Cómo puede ser que no se haya salvado nada? ¿Tardaron mucho los bomberos en llegar? —preguntó Robert.

—No, señor, estuvieron aquí enseguida, pero por lo que comentaban han sido litros y litros de carburante los que derramaron. El olor era muy fuerte, y el humo, negro como la noche más oscura. Luego, hay que tener en cuenta que la carbonera estaba llena a rebosar, justo el día antes había llegado el pedido. En definitiva, quien hizo esto sabía perfectamente que tanto los almacenes como la carbonera estaban repletos.

En aquel lugar, poco o nada había que hacer. Se despidieron de Carles Soler y se marcharon. Mientras se alejaban, Eulalia no podía dejar de mirar las ruinas en las que se había convertido el negocio familiar. Había recorrido aquellas salas tantas veces, había mojado las manos en los baldes llenos de agua donde se tintaban las prendas, había corrido entre los telares jugando con los hijos de las trabajadoras y, siendo aún una niña, se había enamorado por

primera vez locamente y en silencio de un chico alto, delgado y con los ojos verdes más bonitos que jamás había visto, de ese hombre al que ahora dejaba frente a un edificio en ruinas, Carles Soler.

Nieves llevaba tiempo preocupada por su nieta. La joven en lugar de mejorar cada vez estaba más triste.

La hora de la cena ya no era como antes, apenas hablaban, solo cruzaban unas pocas palabras. La mujer ya no soportaba ver a su nieta sumida en esa pena, aunque Teresa intentaba fingir que estaba bien, pero para alguien que la conocía tan bien como ella era notable que se trataba de pura pose.

No quiso dejar que pasara más tiempo y decidió hablar con ella. Tenía que hacerle ver que la vida estaba empezando para ella y que no había por qué sufrir de esa manera por ningún hombre, y mucho menos por uno que se había ido y no había vuelto a dar señales.

Teresa estaba en su cuarto hilvanando el dobladillo de una falda que quería subir cuando su abuela entró y se sentó en la cama.

—Niña, estamos a mediados de diciembre, el soniquete de la lotería está a punto de sonar y en esta casa no hay belén. Creo que va siendo hora de que lo pongas, no estoy dispuesta a pasar una Navidad sin el Niño Jesús adornando mi sala. Ha llegado el momento de que vuelvas a la vida. Ya está bien de sufrir por ese chico. Acepta que se ha ido y que posiblemente no va a volver. No quiero tener que recordarte lo que me pasó a mí y no quiero que tú pases por lo mismo. Es hora de que vuelvas a salir, te pongas guapa y vayas a bailar y a disfrutar de la vida. No se ha muerto nadie, así que, a partir de mañana, hazte a la idea de que la vida sigue y de que

además la tuya la tienes por delante. Porque, si lo que piensas es que te queda mucho, estás equivocada por completo, no creas que es tan larga. Cuando quieras darte cuenta tendrás cincuenta años y entonces verás que lo que te estoy diciendo en este momento es cierto.

—Abuela, pero si el otro día ya he salido con mis amigas y quedo con ellas de vez en cuando. Estoy bien, de verdad, no se preocupe. Y, sobre el belén, tiene toda la razón, en cuanto termine de coser esta falda, me pongo con ello —contestó Teresa.

—No, no estás bien, estás enamorada como una tonta de un hombre invisible, porque ni le veo ni le oigo ni ha dado señales de vida, es igual que tener un tío en Cuba, niña —respondió Nieves.

—Es verdad. Tiene toda la razón. Yo también creo que es momento de dejar atrás todo esto. Si Robert no se ha puesto en contacto conmigo será porque no quiere, a estas alturas nada se lo impide, o eso creo. De salud sé que está bien, me lo dijo el teniente Ojeda el otro día, que ha recuperado la visión del ojo y ya camina sin muletas. Le prometo, abuela, que voy a volver a ser la Teresa que fui, de verdad se lo digo.

—Eso espero. Porque me hace mucho daño verte triste. Ya hemos sufrido bastante en esta vida, y por un hombre que se va porque quiere no está permitido sufrir. Prométeme que le vas a olvidar, porque, si no, conseguirás que enferme yo —dijo Nieves mientras se acercaba a ella y la besaba en la frente.

Cuando Nieves se disponía a salir de la habitación, Teresa llamó su atención:

—Abuela, ¿quién era el hombre?

—¿Qué hombre? No sé de qué hablas —contestó Nieves.

—Sí que sabe. El hombre que le hizo tanto daño y…, bueno, la dejó embarazada.

—Qué más da eso ahora. Agua pasada no mueve molino. Además, es mejor dejarlo así, no te iba a sacar de nada —exclamó Nieves mientras intentaba salir de la estancia.

—Quiero saberlo, abuela. Imagino que si no me lo quiere decir es porque puedo conocerle y usted cree que voy a hacer o decir algo, pero no se preocupe, solo quiero saberlo por curiosidad, no tema. ¿Me equivoco?

Teresa guardó silencio un momento mientras miraba a su abuela. Sabía que la mujer estaba dudando si responder o no y la joven insistió.

—Cada vez tengo más claro que su silencio es porque esa persona tiene algo que ver con alguien que yo conozco, por eso me gustaría saberlo. Igual me estoy cruzando por la calle con él sin saber. Dígamelo, le aseguro que jamás volveré a hablar de esto.

Nieves se volvió y la miró. No sabía si desvelarle quién era ese hombre.

Por un lado, no pasaría nada porque lo supiera, quizá le hiciera bien conocer el nombre de aquel sujeto. Dejó que su cuerpo se apoyara sobre el marco de la puerta mientras dudaba, pero Teresa no cejaba en su empeño.

Caminó despacio de nuevo hasta la cama y se sentó en ella.

Quizá estaba a punto de equivocarse, pero era cuestión de tiempo que su nieta volviera a reclamarle la respuesta, y aquella podía ser una buena ocasión.

—No vas a dejar de preguntar, ¿verdad? Pues no vas mal encaminada, niña. Te voy a decir quién era, pero no quiero que

jamás volvamos a hablar de esto. Ha estado muerto durante muchos años y así es como tiene que seguir. El hombre que me enamoró, me engañó y me vejó es… Alessandro Venetto.

Teresa arrugó el entrecejo y giró un poco la cara. Su expresión lo decía todo.

—Sí, hija, el mismo que estás pensando, el padre de Tommaso, el fundador de La Siciliana y, a la vez, abuelo de tu Robert. Por eso, aunque nunca te dije nada, no quería que estuvieras con él y por eso ahora no me extraña que no haya dado señales de vida. También diré en favor del chico que, cuando le conocí y por lo que tú me contabas, parecía un muchacho majo, pero, cuando me enteré de quién era, la sangre se me heló. Y, ya ves, esas cosas debe de ser que se llevan en la sangre y, como diría la Puerto, de padres gatos hijos michines.

Teresa no dijo ni una palabra. No daba crédito. Ese hombre que adornaba los envases de las cajitas de las latas de anchoas y se mostraba arrogante en la pintura de su retrato en la puerta de la conservera era un violador y un canalla.

32

La llegada de Tommaso a Santoña había sido arrolladora.

Mandó a Federico en busca de Amparo; quería que estuviera de nuevo en casa con él. La mujer no había puesto ninguna objeción, al contrario, se había mostrado contenta con la decisión de Tommaso. Pero el hombre solo tenía una intención: que Amparo, además de atenderle durante todo el día, también lo hiciera de noche cuando a él le venía en gana.

Cuando llegó a la conservera, lo hizo dando voces y llamando la atención a todos aquellos que se ponían delante de él, daba igual el motivo.

Después de recorrer las instalaciones se dirigió a su despacho con la intención de hacer un par de llamadas que tenía pendientes.

La primera era a Tiago Nunes. Quería saber si algún rival de la organización estaba atentando contra sus intereses.

Era consciente de que unirse a ellos había supuesto ser la cara visible de todos los demás, algo que él aceptó cuando se lo sugirieron, aunque eso le ponía en una situación de riesgo que él había asumido por su afán de protagonismo.

La segunda era a Emily, la mujer que le había robado el corazón en los últimos tiempos.

Tommaso habló un rato con Tiago Nunes. El hombre le dijo que estaba seguro de que lo que había pasado en la fábrica de telas no era ni por asomo consecuencia de sus negocios, ya que hacía días había mantenido una reunión con los jefes de los otros clanes y habían firmado un pacto de no agresión, por lo que era del todo imposible que hubiera sido alguno de ellos.

La respuesta le dejó más confuso de lo que ya estaba. Si no eran ellos, ¿quién estaba atentando contra su familia y sus negocios?

Aún tenía el auricular en la mano cuando la puerta del despacho se abrió. Era Isidro, que le informaba de la visita del teniente Ojeda.

—¡Teniente! Pase y tome asiento. Ya tenía yo ganas de saber de usted. Espero que traiga noticias, que no se diga que la Guardia Civil no sabe hacer su trabajo. Cuénteme —dijo Tommaso nada más ver entrar al guardia.

—Buenos días, don Tommaso. Lo primero, déjeme que le muestre mi pesar por lo sucedido en su fábrica de Tarrasa, me he enterado de que ha ardido y creo haber entendido que ha sido un incendio a todas luces provocado —dijo Ojeda mientras tomaba asiento.

—Sí, una desgracia. Pero, a lo que vamos, ¿qué sabemos del agresor de mi hijo? —preguntó el conservero con la intención de cambiar de tema, ya que no pretendía hablar de lo sucedido en Tarrasa en ese momento.

—Pues, la verdad, poco o nada más tengo que decirle. Parece que se los ha tragado la tierra. Sí que le puedo comentar que quienes agredieron a su hijo fueron también los asesinos del joven Samuel Calvo. Ya sabe que en un principio nuestra investigación se centró en ese muchacho como culpable, pero, a la vista de los acontecimientos y de las pruebas obtenidas, eso quedó del todo

descartado. Todo apuntaba a que era el culpable, pero una vez que apareció su cadáver esa hipótesis se esfumó. Lo que me ha llevado a la conclusión de que lo único que hicimos fue perder un tiempo maravilloso que les dio ocasión a los culpables de huir —contestó Ojeda.

—Vaya, pues estamos apañados. ¿Me está diciendo que desconoce quiénes fueron y que además no lo va a saber? Vaya, vaya con el teniente.

—Me gustaría hacerle unas preguntas —dijo Ojeda.

—¿A mí? Creo que no tengo respuesta para esto. Esas las espero de usted. Pero dígame qué quiere saber. ¿A cómo compro los bocartes?

—No estoy aquí para eso; igual le podría preguntar a cómo vende otras cosas, pero no es el caso. O tal vez por qué viaja tanto últimamente a Portugal o qué clase de amistades frecuenta en Lisboa. Pero, de momento, solo le voy a hacer una: ¿cree usted que por algún motivo alguien está atentando contra su familia y sus negocios? —quiso saber Ricardo Ojeda.

Tommaso se puso nervioso e intentó disimular. Invitó al teniente a tomar un licor, el cual rechazó; él se sirvió un coñac.

Con la copa en la mano volvió a sentarse frente a Ricardo Ojeda, tragó saliva aprovechando un sorbo de su bebida y le contestó con un tono más sereno y amable que el empleado anteriormente.

—Muchas gracias por preocuparse por mí, teniente, pero no hago nada más que trabajar honradamente. ¿Sabe una cosa? Mi familia lleva en España muchos años, hemos sacado adelante La Siciliana con nuestro esfuerzo y nuestro dinero, nada raro hay detrás y mucho menos alguien que quiera mi mal. Pago a mis empleados

religiosamente, y muy bien, por cierto. No tengo nada que esconder, por lo que no creo que pueda tener enemigos.

—Está bien, aunque yo no diría con tanta certeza que carece de enemigos. Nunca sabemos a quién podemos ofender, aunque no haya sido nuestra intención. Está claro que algo pasa a su alrededor; si no, a qué se debe el ataque a su hijo, el incendio de su fábrica y quizá algo más que desconozco. Pero si usted piensa que todo eso es mera casualidad, no seré yo quien diga lo contrario. No le robo más tiempo, me consta que es un hombre muy ocupado. Cuídese, don Tommaso, aunque, como me ha dejado claro, no será necesario que lo haga. Buenos días.

La nota que recibió el teniente Ojeda hacía referencia a los asuntos turbios de Tommaso Venetto. Aunque no daba demasiadas explicaciones, ponía sobre aviso al teniente, algo que no hacía más que confirmar sus sospechas. Ese había sido el motivo de su visita.

Federico, aprovechando que su jefe estaba ocupado en la conservera y que según le había dicho no iba a necesitar sus servicios hasta última hora de la mañana, caminó por el pasaje y llegó hasta la zona donde las rederas trabajaban.

Teresa estaba inmersa en su trabajo, apenas atendía la conversación que sus compañeras mantenían.

Federico se detuvo cerca de ellas. No quería aproximarse demasiado, prefería esperar a que la chica en algún momento alzara la cabeza de las redes y le viera, entonces le haría un gesto para que fuera ella quien se acercara.

Teresa se levantó a estirar las piernas un momento y entonces vio a un hombre que le resultó conocido. Enseguida se dio cuenta de que se trataba del chófer del señor Tommaso.

Federico, que estaba atento a los movimientos de la muchacha, advirtió que ella no solo le había visto, sino también reconocido. Disimuladamente hizo un gesto para que le siguiera.

El hombre se alejó de la vista de las demás rederas y se ocultó detrás de una de las paredes de la venta.

Teresa se acercó.

—Buenos días, usted es el chófer del señor Tommaso, ¿verdad? —dijo Teresa.

—Sí, señorita, y usted es Teresa. Tengo un mensaje para usted de parte de Robert Venetto. —El chófer le entregó la carta—. Me ha dicho que sea tan amable y me dé usted un número de teléfono donde pueda llamarla.

Teresa abrió el sobre y leyó la nota. Las palabras de Robert la emocionaron.

El joven le pedía disculpas por haber tardado tanto en ponerse en contacto con ella. Aunque también le comunicaba que en dos o tres ocasiones le había mandado cartas a La Siciliana y, al no obtener respuesta, pensaba que ella no quería saber nada de él y que por eso ahora había utilizado de correo al chófer de su padre. Robert también hacía hincapié sobre su silencio en cuanto a quién era y le indicaba que estaba dispuesto a darle las explicaciones necesarias para que ella entendiera por qué lo había hecho.

Por supuesto mencionaba cuánto la echaba de menos y, como no podía ser de otro modo, añadía que estaba deseando volver a verla.

Y tal y como le había dicho Federico le pedía un número de teléfono para poder hablar con ella, aunque también dejaba el suyo para que, en caso de no poder indicarle uno al emisario, hiciera el favor de ser ella quien le llamara.

La joven dobló la nota y la metió en el bolsillo de su falda.

—Muchas gracias. No le puedo dar un número porque yo no tengo, pero dígale que llamaré en cuanto me sea posible.

Federico no quiso insistir, se dio la vuelta y se alejó.

Teresa volvió con sus compañeras y, a pesar de haber intentado evitar que la vieran, no lo había conseguido.

—¡Qué, Siciliana! ¿Noticias de tu señorito? —dijo una de ellas.

—Métete en tus cosas, Aparecida. Y deja de llamarme así. ¡Tengo nombre, coño!

Teresa no se quedó, recogió sus cosas y se marchó. No podía esperar a hablar con Robert.

Corrió a casa de Puerto. Sabía que sus padres habían puesto teléfono hacía unos días y además a esa hora la chica estaba sola en casa.

Llegó casi sin aliento y llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Su amiga no se hallaba en casa.

Robert estaba preocupado con lo que había sucedido en Tarrasa. Su madre parecía un alma en pena: daba vueltas por la casa y, por más infusiones de tila y pasiflora que Catalina le preparaba, no conseguía templar los nervios. Pensaba que no había sido buena idea decirle a su madre que fuera allí.

El joven había hablado con alguno de sus colegas, y estos no le habían dado buenas noticias. Le recomendaron presentar una denuncia por lo ocurrido para que se investigara, y así lo hizo. También habló con otro amigo, un compañero de su época de colegial con el que mantenía amistad desde entonces y que era un magnífico contable. Solicitó su opinión y las opciones que tenían para salir adelante, pero tampoco se lo puso muy bien. Las deudas eran cuantiosas, y si querían superar la situación, deberían vender alguna de las propiedades para hacer frente a todas ellas.

Eulalia había recibido la llamada de Bernat y, aunque en principio declinó la invitación, decidió aceptar. Su hijo la animó a ello. Nada podía hacer en casa y le vendría bien un poco de aire fresco. Se arregló y salió a dar una vuelta.

Poco duró el paseo. Había encontrado a un Bernat un tanto distante, quizá algo le preocupaba, pero a pesar de la insistencia de Eulalia este no le dio ninguna razón. Anduvieron un rato por la avenida de la Luz, unas lujosas galerías subterráneas llenas de tiendas y bares; accedieron a ellas por la entrada ubicada en la calle Vergara. Según Bernat le dijo estaba interesado en ver una exposición de arte colombino que estaba seguro de que llamaría su atención.

Después de visitar la muestra, caminaron otro rato, y Eulalia aprovechó para comprar un vestido que vio en un escaparate y le había gustado.

Bernat no quiso entrar con ella en el comercio y se quedó en uno de los bares cercanos tomando un refresco. Después salieron por la calle Vergara. Eulalia le insinuó que le gustaría ir a su casa, pero él

no quiso entender la indirecta y después de recoger el auto la dejó en su domicilio.

Cuando entró Robert seguía sentado en el despacho de su padre intentando buscar soluciones.

—Hijo, te encuentro como te dejé. También a ti te vendría bien salir. ¿Por qué no llamas a alguno de tus amigos y te tomas una copa con ellos? Hace una temperatura muy buena, deberías distraerte. Las calles están preciosas, son días bonitos, las luces, la cara de felicidad de los pequeños, las tiendas llenas de gente haciendo compras… Es Navidad, sal y diviértete un poco.

—Hola, madre. Sí, creo que me vendría bien. Pero estoy esperando una llamada —contestó Robert.

—¿Una llamada a estas horas? ¿De quién? —preguntó Eulalia.

—De Federico. Le he dado una nota para que se la entregue a Teresa. Durante este tiempo le he enviado cartas a La Siciliana, pero me acabo de enterar de que su querido esposo la echó en cuanto supo que yo estaba con ella.

—¿Por qué no te olvidas de esa chica? En Barcelona hay un montón de muchachas de buena familia que estarían encantadas de ser tu novia, la misma sobrina de mi amiga Irene está loquita por ti, me consta.

—Madre, tengo claro que Teresa es la mujer que quiero. No voy a salir con ninguna otra. No me importa lo que piense usted, y mucho menos mi padre. Les guste o no, me voy a casar con esa chica. Es más, en cuanto deje medianamente listo el asunto de la fábrica, regresaré a Santoña. Le adelanto además que no tengo intención de volver a tener ningún trato con mi padre. Jamás me ha demostrado

cariño, todo han sido malos modos, reproches, insultos y desprecios; solo ha intentado dominarme, como ha hecho con usted.

—Bueno, hombre, no seas tan duro. Él solo intentaba que fueras un hombre de provecho, estoy segura de que lo ha hecho con la mejor intención.

—Madre, no le disculpe, por favor, y deje la farsa de una vez. De sobra sé que entre mi padre y usted nunca hubo una buena relación. Lo que no consigo entender es por qué le defiende. —Guardó silencio un instante esperando que su madre contestara, pero Eulalia no dijo nada—. Mire, no tengo por qué callar más. Creo que hay cosas que debe saber. Aunque prefiero pensar que es consciente de que mi padre no le es fiel y por ese motivo usted ahora le paga con la misma moneda. No piense que no me he dado cuenta de que Bernat es más que un amigo. Algo que no le recrimino, todo lo contrario, la apoyo, porque se merece ser feliz.

»¿Sabe una cosa, madre? Tengo un hermano de unos cinco años más o menos, y la madre de ese pequeño vive en nuestra casa de Santoña como si fuera de ella. Pero, claro, seguro que esto no le coge por sorpresa, ¿me equivoco?

Eulalia se ruborizó. Claro que lo sabía. Hacía años que había recibido una carta donde le contaban todo aquello, pero no quiso hacer caso. En un principio pensó que no era cierto, aunque la incertidumbre le pudo y contrató los servicios de un detective, que no hizo más que confirmar que aquello que le habían comunicado era cierto.

A ella no le dolió, era consciente de que el amor que pudo existir entre ellos había sido fugaz. Duró tan solo unos meses, los que tardó Tommaso en darle los primeros golpes. Desde entonces el

matrimonio había sido una farsa, tal y como su hijo había indicado un momento antes. Su marido había hecho su vida, y ella, la suya.

Eulalia, cuando recibió el primer bofetón, amenazó a Tommaso con contarle a su padre lo que le había hecho. Como su marido necesitaba el dinero de su suegro cambió su actitud y convinieron en mantener las formas.

No había vuelto a ponerle la mano encima hasta hacía unos días, momento del que su hijo fue testigo.

Las infidelidades desde entonces habían sido mutuas, aunque también habían pasado buenas épocas en las que parecía que el matrimonio podía encarrilarse. Pero Eulalia hacía años que no sentía nada por su marido, y los encuentros íntimos que mantuvieron en algunas ocasiones, sobre todo al principio de su enlace, no fueron para nada satisfactorios, ya que ninguno de los dos mostró ningún tipo de cariño hacia el otro.

En cuanto a las duras palabras que su hijo había tenido para su padre, ella reconocía que había sido así: él jamás le quiso como se debe amar a un hijo.

Tommaso tenía un hijo con otra mujer, cierto, y ese era su único vástago biológico, aunque legalmente Robert era su descendiente.

Algo que todo el mundo ignoraba, salvo Eulalia.

El teléfono por fin sonó. Eulalia estaba junto al aparato y fue ella quien descolgó, pero Robert le pidió el auricular y contestó:

—Buenas noches, señorito, lamento no haber podido llamar primero. Ya hice el recado que me mandó. Me ha pedido que le diga que ella llamará. Que no sabía cuándo, pero que con toda certeza lo hará —dijo Federico.

—Muchas gracias, Federico. ¿Qué tal está? ¿Dónde la encontraste?

—Está bien. Trabajando en el muelle cosiendo redes. Tan guapa como siempre, si me lo permite —respondió Federico.

—Bueno, pues entonces solo me queda esperar su llamada. Gracias de nuevo.

Eulalia seguía en el despacho y escuchó la conversación que su hijo mantenía.

—Yo solo quiero que seas feliz, hijo. Si ella es tu felicidad, te apoyaré —dijo al ver la cara de alegría que su hijo mostraba.

—Se lo agradezco. Por cierto, necesito los documentos de propiedad de todo lo que tenga, los de mi padre no sé si tendré ocasión de verlos. ¿Usted no sabrá dónde los tiene? He mirado en la caja fuerte, pero allí no están.

—Mañana mismo le digo a don Antonio del Vall, nuestro abogado, que te lo entregue todo. Están en su despacho, tal y como tu abuelo ordenó. Llamaré para que te los haga llegar. En cuanto a los de tu padre, no sé a qué te refieres.

—Los de la conservera. Los tendrá él y no quiero pedírselos.

Eulalia no dijo nada y salió de la estancia mientras le indicaba a su hijo que ya era hora de recoger y cenar.

33

Teresa tardó días en poder ponerse en contacto con Robert.

Puerto esperaba el momento en que en su casa no hubiera nadie para que su amiga pudiera hacer esa llamada, pero la ocasión no se daba; era Navidad y la casa estaba llena de gente continuamente. Además Puerto cayó en la cuenta de que la conferencia se reflejaría en la factura final y su madre montaría en cólera por el coste de esta, ya que les tenía prohibido hacer llamadas sin su autorización.

En vista de que todo eran problemas, decidieron que lo mejor era acudir al locutorio.

Habría sido lo lógico, pero Teresa no quería llamar desde allí, porque Mercedes, la encargada, tenía la mala costumbre de escuchar las conversaciones, y no solo eso, sino que luego las comentaba sin ningún tipo de reparo a todo aquel que quería escucharla.

Para evitar, en la medida de lo posible, que Mercedes se enterara de con quién hablaba Teresa, las jóvenes decidieron trazar un pequeño plan: mientras Teresa charlaba con Robert, Puerto se encargaría de entretener a la mujer para que así no pudiera prestar atención a la conversación.

El día siguiente a Navidad, Teresa ya esperaba la conferencia dentro de la cabina. Tenía las manos temblorosas, la sola idea de

poder escuchar la voz de Robert la emocionaba.

Cuando al otro lado de la línea el joven contestó, los ojos de la muchacha se iluminaron como hacía tiempo que no lo estaban y sus cuerdas vocales parecía que se hubieran paralizado impidiéndole articular palabra.

—Teresa, ¿estás ahí? Eres tú, ¿verdad? ¿Me escuchas? ¡Operadora, no oigo nada! ¡Teresa!

—Hola, Robert, sí, estoy aquí, perdona.

Hablaron un rato, el suficiente para que ambos se dieran cuenta de que su amor continuaba latente.

Robert, después de contarle cómo se encontraba de sus dolencias, le comentó de una manera escueta lo que había sucedido en los últimos tiempos, motivo por el cual y desgraciadamente estaba tan ocupado.

Ella, por su parte, le escuchaba y respondía con simples «bien», «mal», «sí» o «no» a las preguntas que Robert le hacía.

—¿Estás bien? Apenas me dices nada. Entiendo que estés enfadada, de verdad que lo entiendo, pero te pediré perdón tantas veces como consideres oportunas. Sé que debía haber hablado antes, pero…

—No, no. Estoy bien, en serio. Lo que me pasa es que estoy nerviosa. Si quieres que te diga la verdad, había dado por perdida esta relación, pensé que jamás volveríamos a hablar. No sabía cómo te encontrabas, si habías recuperado la salud o si por el contrario aún padecías alguna dolencia. No negaré que en principio eso me tuvo muy preocupada, y gracias al teniente Ojeda supe cómo te encontrabas. Pero después me enfadé contigo. Son muchas las cosas que no me contaste, me hiciste quedar como una tonta

cuando te enseñé la que ahora sé que es tu casa, te hablé de lo que se comentaba en el pueblo sobre tu familia…, y tú, en lugar de dar el paso y decirme la verdad, me contaste una historia que nada tenía que ver con la realidad. No entiendo por qué trabajabas en La Corona ni por qué vivías en la pensión, todo esto han sido cosas que me han hecho sentir muy mal. Tienes que entenderme —contestó Teresa.

—Lo entiendo y de nuevo te pido perdón, pero ahora no tenemos tiempo y además prefiero hablar de todo esto de una manera más cercana cuando te tenga frente a mí. Entonces comprenderás todo, te lo prometo. De lo que no debes tener ninguna duda es de que te quiero y no ha habido ni un solo día en el que no pensara en ti. Me enteré hace poco de que no estabas en La Siciliana, fue Federico quien me lo dijo. Mandé a esa dirección dos o tres cartas esperando que te las entregaran y no entendía por qué motivo no me contestabas. Ahora ya sé que era porque mi padre te echó a la calle en cuanto supo de lo nuestro. Ya siento que lo hayas pasado mal por mi culpa. —Volvió a disculparse y Teresa escuchó de su boca las palabras que sin duda más la emocionaron—: Teresa, desde el primer día que te vi, supe que eras la mujer de mi vida, pero cuando me he dado cuenta de que te quiero ha sido ahora. Este tiempo se me ha hecho eterno sin saber de ti. Por favor, ten un poco de paciencia. En cuanto solucione los problemas que tengo en Barcelona, iré a buscarte.

Quedaron en volver a hablar en cuatro días a una hora indicada. Sería Teresa quien llamara. La joven le dejó su dirección postal para que él pudiera escribirle y ella prometió responder nada más

recibiera la carta. Después se despidieron con palabras llenas de cariño, como si no hubieran pasado los meses.

Cuando Puerto vio que su amiga salía de la cabina, intentó cortar la conversación con Mercedes, pero la mujer seguía hablando sin parar, así que, en lugar de ir al encuentro de Teresa, decidió quedarse junto al mostrador y esperar a que ella se acercara.

La cara de Teresa era otra, no tenía la misma expresión que cuando entró. Sus pómulos se habían vuelto sonrosados y los ojos brillaban como luceros, la sonrisa adornaba su cara y hasta su figura resultaba más esbelta.

Se paró junto a su amiga, a la cual miró y le dedicó una gran sonrisa.

Metió la mano en su bolso y sacó el monedero mientras le pedía a Mercedes que le dijera lo que le debía por la conferencia.

Cuando salieron, Puerto no hacía más que preguntar y Teresa emocionada contestaba a su amiga.

Puerto, que sabía lo que Teresa había sufrido, estaba contenta por verla tan feliz, pero no pudo por menos que recordarle que Robert era un millonario que nada tenía que ver con ella y que quizá solo quería pasar un rato cuando estuviera en el pueblo.

Teresa se ofendió y le pidió que por favor no dudara de él y, sobre todo, si en algún momento pasaba lo que ella estaba diciendo, que jamás le dijera: «Ya lo sabía yo, te lo advertí».

Teresa no le había comentado nada a su abuela ni sobre la carta que había recibido de Robert ni mucho menos de su intención de llamarle. Después de la última conversación que había tenido con ella, sabía que no estaría de acuerdo con lo que hacía y midió muy bien las palabras que debía utilizar para que la mujer la

comprendiera y, al igual que su amiga, le diera un voto de confianza a Robert.

Ese era el motivo por el cual no dijo nada. Primero tenía que hablar con él, escuchar las explicaciones y formarse una idea real de todo lo que había pasado. Era cierto que aún no tenía respuestas a algunas de sus preguntas, pero confiaba en que, cuando se vieran, Robert se las daría tal y como el muchacho le había prometido.

Ahora sabía cuáles eran las intenciones de Robert y así se las expondría a su abuela.

Como siempre, la mujer estaba en la cocina haciendo unas torrijas, no había Navidad sin ellas. Aunque había hecho una tanda días atrás, las repartió entre algunos de sus conocidos, y su nieta y ella apenas las habían probado.

Mientras la leche, el azúcar, la canela y las pieles de naranja y limón hervían en la lumbre, ella movía con delicadeza el contenido del cazo y escuchaba con atención su programa de radio favorito, el consultorio de Elena Francis.

Teresa saludó desde la entrada y pasó a su habitación a cambiarse de ropa.

La joven no podía disimular su estado de ánimo y su abuela notó la alegría de Teresa nada más poner un pie en la cocina.

—¡Qué maravilla, abuela! Desde el portal ya sabía yo lo que estaba cocinando.

—Sí, ya ves, otra vez ando con esto. ¡Pero qué cara más linda tienes! No te lo digo nunca, pero qué guapa te parió tu madre. Aunque, a decir verdad, hoy estas más que guapa. ¿A qué se debe esa cara de alegría?

Teresa se acercó a ella y la besó en la mejilla. Luego le pidió que se sentara un momento. Tenía algo importante que decirle.

La joven intentó explicarle a su abuela lo que había vivido en los últimos días y, por supuesto, la conversación que había mantenido con Robert.

Tal y como esperaba Teresa, su abuela se mostró un tanto incrédula, no por lo que su nieta le contaba, sino por lo que Robert le había dicho. Pero, tal y como su nieta le pidió, aceptó apoyarla en su decisión.

Que ella fuera feliz era lo único que le importaba. Pero le rogó que tuviera cuidado, por nada del mundo quería que le pasara a Teresa ni la mitad de lo que ella sufrió.

Ricardo Ojeda de nuevo recibió una nota. Alguien la dejó en el mismo lugar que la vez anterior, el buzón de su casa, y decía: «Mas información en el bar Manolín».

No entendió muy bien el mensaje, y además le molestó. Daba la sensación de que quien se estaba dedicando a dejar misivas trataba de burlarse de él.

Pero decidió acercarse hasta el bar, no diría nada, se tomaría un chiquito y aguardaría a ver qué pasaba. Solo esperaba que el bar no se convirtiera en su estafeta de correos particular.

Al entrar contempló el ambiente y a las personas que allí se encontraban. Era una deformación profesional que le perseguía desde hacía años. Daba igual que no estuviera de servicio, siempre estaba atento a lo que sucedía a su alrededor.

Se acercó a la barra y pidió un vino. Tras ella una mujer entrada en años tomó un vaso pequeño y le sirvió; mientras lo hacía, hablaba a gritos con alguien que estaba en la cocina. Era su marido, que salió canturreando como si, en lugar de estar recibiendo una bronca, estuviera de fiesta, algo que enfureció aún más a la mujer, que le tiró el corcho de la botella de vino que tenía en la mano.

Ojeda sonrió al igual que el resto de la gente que estaba en el bar. Por todos eran conocidas las disputas de la pareja, que, por fortuna, siempre quedaban en nada. Ojeda le conocía de ocasiones anteriores y le saludó por su nombre.

—Buenas tardes, Manolín, cualquier día se os va la mano y vais a tener un problema, te va a dejar tuerto. Mas os valía controlar ese genio —dijo el teniente entre risas.

El hombre se acercó a su mujer, la agarró por la cintura y la besó. Ella se volvió como si no hubiera pasado nada y le devolvió el ósculo.

—Nada, teniente, nosotros nos queremos mucho. Pero al estar tantas horas juntos pues es normal que de vez en cuando la liemos. Por cierto, me dijo el chiquillo que alguien había dejado para usted un sobre ayer. Espere, creo que lo posó por aquí. Sí, aquí está —dijo Manolín.

El sobre era igual que el anterior, de color blanco y con su nombre escrito a máquina en el anverso. En esta ocasión tenía unas pequeñas manchas que parecían de café, posiblemente se había ensuciado en el mismo bar, ya que se había guardado cerca de la cafetera.

Ojeda sacó cinco pesetas del bolsillo y pagó; luego, con el chiquito en la mano, se sentó en una de las mesas que había libres, abrió el

sobre y leyó el contenido de la nota:

> Cada paso que da está más cerca del delincuente. El mar lleva el peso del delito envuelto entre bocartes y bonitos. Siga apretando la tuerca que tocó hace dos días y en cualquier momento se pasará la rosca.
>
> Seguiremos en contacto.

Ojeda se quedó pensativo. A decir verdad no sabía de qué se trataba ni qué significaba. Alguien intentaba decirle algo, pero ¿sobre quién? Y, sobre todo, ¿por qué no daba la cara?

Se levantó mientras metía la carta en el bolsillo interior de su abrigo y volvió a la barra.

—Manolín, ¿quién dejó la nota? —preguntó.

—Pues no sé decirle, el crío solo me dijo que la dejaron, pero, si quiere saber más, en un momento llegará y se lo puede preguntar a él. ¡Mire! Ahí entra el muchacho —contestó el camarero.

El padre llamó la atención del chico y le advirtió de que el teniente quería hacerle una pregunta.

El joven contestó que se la había entregado un hombre al que no conocía, no le sonaba de nada su cara. Le aseguró que desde luego no era del pueblo.

Ojeda no quiso hacer más preguntas. Le agradeció al chico su respuesta y se marchó.

Durante el trayecto hizo memoria de las personas a las que había interrogado en los últimos días, y don Tommaso vino a su mente en primer lugar. Cada vez tenía más claro que esas notas tenían que ver con el conservero.

Eulalia reclamó la documentación sobre sus negocios y posesiones a su abogado, pero le recomendaron que era mucho mejor que se acercara al despacho. Eran papeles importantes que no debían perderse, y el padre de Eulalia pidió que salvo fuerza mayor no salieran de aquel lugar. Además, si surgía alguna duda al revisarlos, por suerte el abogado, que, a pesar de la edad, conservaba muy buena memoria y aún continuaba en activo, podría resolverla sobre la marcha sin necesidad de esperar a que cualquiera de sus compañeros se desplazara a su domicilio. Le recomendaron que fuera su hijo quien se personara, ya que era parte implicada y letrado.

Eulalia le confirmó que, en realidad, quien acudiría al despacho sería su hijo.

Robert se levantó temprano, quería llegar pronto a su cita con el abogado. Por suerte, su compañero y amigo Xavier estaría allí. Era nieto del fundador e hijo de don Antonio, y le había dicho que su padre le había requerido para que atendiera las necesidades de Robert. También estaría presente su abuelo, ya que era la persona que llevó siempre los asuntos de la familia.

Ambos jóvenes ocuparon un pequeño cuarto, alejado de las diferentes salas que había en el piso donde se encontraba el despacho de don Antonio del Vall y sus hijos.

Xavier ya tenía preparadas sobre la mesa las carpetas con los documentos.

Robert, al ver tal cantidad de papeles, se sorprendió. Sabía que sus padres eran propietarios de varios pisos, casas y locales, además de las fábricas, pero no imaginó que aquello abultara tanto.

—Bien, pues pongámonos a ello, querido amigo. Tenemos para todo el día como poco.

El joven salió de la sala y dejó allí a Robert leyendo los papeles. Iba en busca de unos cafés y agua; la mañana prometía ser larga para ellos.

Robert leyó con detenimiento el testamento de su abuelo.

En él no encontró nada raro. Conocía la fortuna que el hombre había atesorado durante su vida, había sabido invertir y poco a poco fue forjando un gran patrimonio. Cierto era que procedía de una familia de posibles, pero también su habilidad ayudó en gran manera. Por lo tanto, todo aquello que consiguió en su vida ahora estaba en manos de su hija, si bien la ley en España le daba disponibilidad total a su marido, y por ese motivo su padre figuraba por todos los sitios.

También se hacía referencia a que en el supuesto de que Tommaso no desempeñara sus obligaciones, al cumplir la mayoría de edad, su nieto, Robert Venetto Bartomeu, sería quien dispondría de toda la herencia de su madre.

No conocía ese dato y estaba seguro de que su madre tampoco era consciente de ello.

Tomó una carpeta de color azul y sacó varios de los papeles que contenía. Su sorpresa fue mayúscula.

Al menos uno de ellos explicaba que su abuelo le había prestado poco antes de morir una suma importante de dinero a su padre para poner en marcha la conservera. Al parecer, por motivos que no se exponían en el documento, su padre había perdido la misma. Robert imaginó que podía deberse a la afición al juego que había tenido tiempo atrás.

Las condiciones de devolución de dicho préstamo debían ir a una cuenta bancaria a nombre de Robert Venetto.

El joven se quedó de piedra, ignoraba que tuviera dicha cuenta. No le extrañaba que su padre nunca se lo hubiera comentado, pero sí que su madre jamás le dijera nada.

Cogió los papeles y salió en busca de don Antonio del Vall. Quería que le aclarara aquello.

Tommaso no había acudido a la conservera, ya que esperaba la llamada de Tiago Nunes. Estaban a punto de recibir un cargamento importante que debía transportar hasta la península y esperaba que Tiago le dijera el día concreto. No tenía claro de qué se trataba, quizá café, tabaco o cualquier otra cosa; solo sabía que la cantidad de dinero que le habían ofrecido por la disponibilidad de sus navíos era astronómica, con ella podría hacer frente a las deudas pendientes que tenía y todavía le sobraría.

Cuando empezó con el negocio, los beneficios no eran abundantes, pero el dinero en metálico que iba obteniendo empezó a dar problemas.

En una de las conversaciones que mantuvo con Tiago Nunes, este le recomendó que hiciera lo mismo que él: ingresarlo en un banco de Suiza, el GZB. Se lo habían recomendado sus conocidos de la Cosa Nostra y él llevaba tiempo trabajando con ellos.

Lo tenía todo organizado, contaban con un grupo de gente de suma confianza que hacía el trayecto evitando las fronteras. Por el servicio, cobraban el uno por ciento del montante que llevaban. A Tommaso le pareció buena idea, merecía la pena pagar por ello.

Los intereses le proporcionaban unos beneficios que pronto cubrían el coste de su traslado, y los riesgos eran mínimos.

Tommaso desconfió al principio, pero Tiago Nunes le había animado a que se uniera, ya que, según le había dicho, lo tenía totalmente controlado.

Enviaría a Federico hasta San Sebastián con un maletín que debía entregar a un hombre. Del resto se encargaban ellos.

Por fin Tiago Nunes llamó.

Conversaron un rato. Tommaso se estaba poniendo nervioso, Tiago cada vez le apretaba más, pero a cambio le ofrecía una porción del pastel mayor.

El padre de Robert era egoísta en todos los sentidos y, si el montante que se obtendría era mayor, los problemas ya no resultaban tan acuciantes.

El cargamento venía de América y era cuestión de días que llegara al puerto de Vigo. Una vez allí, quedaba en manos de Tommaso. Sus barcos pesqueros debían recogerlo y ponerlo en Santoña. Después tenía que buscar la manera de hacerlo llegar hasta el puerto de Barcelona, desde donde partiría con destino a Nápoles.

Tommaso preguntó qué era lo que iban a transportar, pero Tiago cambió de tema con habilidad y antes le contestó que iba muy bien embalado y camuflado. Solo le dijo que fuera preparando todo lo necesario. Si requería más hombres, solo tenía que hacer una llamada y los tendría a su disposición.

34

Las noticias de Robert hicieron que Teresa cambiara de humor. Su sonrisa apareció como cuando era niña, las ganas de arreglarse y de salir también regresaron y su abuela se sentía contenta por ello, pero expectante por lo que podía pasar.

Desde que dejó la conservera, por las mañanas iba al muelle a coser redes, pero por las tardes había retomado su afición por la costura. Teresa ya podía dedicarse a confeccionar un vestido que quería tener preparado para cuando Robert volviera. Lo había empezado meses atrás, pero la falta de noticias y la desesperanza de volver a ver al chico hicieron que lo dejara dentro del cesto de la costura. Aunque tendría que esperar, porque, días antes de tener noticias de Robert, Puerto le había pedido que le arreglara unas prendas. Como no podía ser de otra manera, Teresa aceptó, pero con la condición de que ella estuviera presente para que le enseñara y, a la vez, charlar entre puntada y puntada.

—Mira, chica, esto de la aguja no es para mí, ¿no ves qué culo pollo me está quedando? Si quieres que te pague, yo te pago, pero, por favor, hazlo tú, que a mí no se me da —dijo Puerto mientras cosían.

—No seas pesada, tú lo puedes hacer igual que yo de bien. Lo que pasa es que eres un poco vaga —contestó Teresa.

—Oye. Y digo yo, ¿por qué no te dedicas a hacer arreglos y pequeñas prendas en casa? Siempre será mejor que estar en el muelle cosiendo redes y pasando frío —propuso Puerto.

—¿Crees que puedo hacer eso?, ¿no sería una mala idea? Aunque creo que con ese dinero no nos iba a llegar a mi abuela y a mí para vivir. Andamos justas, no te voy a engañar, y un vestido se tarda varios días en confeccionar y no puedes pedir por él mucho dinero.

—Sí, eso es verdad, pero puedes vender las telas también, les añades unas pesetas a lo que te cuesten a ti y le sacas a la prenda algo más.

Teresa se quedó pensando en lo que su amiga le decía. No era mala idea, pero no le apetecía dejar de ser redera, su mundo y el de su familia siempre había estado relacionado con el mar y no quería dejarlo de lado.

Nieves en los últimos tiempos había dado un bajón, la notaba cansada y con poco humor.

A Teresa le preocupaba la salud de su abuela. Esta llevaba un par de días sin encontrarse bien, apenas salía de casa y en varias ocasiones notó como se mareaba, aunque ella no se lo reconoció. Aquella misma mañana había acudido al consultorio, pero allí no habían conseguido calmar su malestar. Teresa le insistió en ir al hospitalillo; seguro que le harían unos análisis de sangre que indicarían alguna dolencia que diera una respuesta a su problema, pero Nieves no quiso escucharla y le contestó que era una exagerada, que lo único que tenía eran años, que estaba mayor.

Solo había una persona que podía hacerla cambiar de idea, su tío Andrés, Nieves respetaba lo que su hijo le decía.

A la mañana siguiente Teresa se levantó temprano, antes que su abuela, para evitar que esta le preguntara dónde iba a esas horas.

El día estaba frío y gris y una fina lluvia comenzó a caer cuando ya había recorrido casi la mitad del camino.

Teresa se cubrió la cabeza con un pañuelo que llevaba sobre los hombros y se cerró del todo el abrigo que se había puesto. A medida que se acercaba al faro, iba notando como la persistente lluvia era cada vez más abundante. Caminaba con la cabeza mirando al suelo para evitar que el agua le empapara la cara y decidió acelerar el paso.

Al llegar se sorprendió. Desde lejos observó como su tío conversaba a la puerta del faro con otra persona. Normalmente nadie se llegaba hasta allí, y mucho menos para hablar con él y sobre todo a hora tan temprana.

Andrés no era sociable, se había acostumbrado a estar solo, a vivir en el silencio del faro, y apenas tenía relación con nadie. A pesar de que todo el mundo le conocía, las visitas escaseaban.

Cuando Teresa estaba a solo unos pasos, reconoció a la persona que hablaba con su tío: Ricardo Ojeda. La joven se extrañó. ¿Qué podía hacer el teniente allí? Dudó un instante si continuar o marcharse, pero Ojeda se volvió y la vio llegar, y no tuvo más remedio que continuar hasta ellos.

El teniente se sorprendió de igual manera al verla a ella. No tenía la menor idea de la relación que Teresa pudiera tener con el farero.

Sus dudas se despejaron enseguida.

—¡Sobrina, qué alegría verte por aquí! Has escogido mal día. Este calabobos mira cómo te ha puesto. ¿Cómo no cogiste un paraguas, mujer?

—Ya ve, tío, cuando salí de casa no llovía, cuando empezó ya llevaba mucho andado como para darme la vuelta. ¿Me deja uno para el regreso?

—Claro que sí, mujer. Aunque no te aseguro que no tenga alguna varilla estropeada. Ya sabes que no le doy mucho uso y creo recordar que la última vez una ventolada me lo giró y alguna se rompió. Mira, sobrina, este señor es Ricardo Ojeda —dijo Andrés.

—Buenos días, teniente. Ya nos conocemos, tío, ¿verdad?

—¿Teniente? No sabía que era usted militar.

—No, no. Soy teniente de la Guardia Civil. Pero no estoy aquí por nada que tenga que ver con ello. Esta noche no he dormido muy bien y decidí levantarme y salir a caminar. Total, que paso a paso el camino me trajo hasta este hermoso faro, aunque lo que sí les diré es que tenía ganas de llegar para admirar este paisaje —comentó Ojeda.

Andrés, al ver que conocía a su sobrina, le ofreció un café; acababa de hacer un puchero y el aroma llegaba hasta la calle. Los tres se sentaron a conversar un rato al calor de la lumbre.

—Me ha sorprendido verle aquí, no creo que venga en busca de mi tío. Vive escondido en el faro desde que era un chiquillo —dijo Teresa.

—No, qué va, como le he dicho, ha sido una casualidad de la que por cierto estoy encantado. Simplemente me he acercado por mera curiosidad —contestó Ojeda.

—Pues me deja más tranquila. Me va a perdonar, pero cada vez que una ve a un guardia no se siente segura. En estos tiempos no sabemos quién puede hablar en contra de nosotros y meternos en un problema —se sinceró Teresa.

—Bueno, Teresa, usted y yo nos conocemos desde hace meses, creo que no le he dado motivos nunca para que tenga miedo cuando me ve. Jamás le he hecho nada que pudiera importunarla y si así ha sido le pido disculpas —respondió el teniente.

—Vaya, la primera vez que nos vimos no tuvimos un encuentro del todo cordial diría yo, le recuerdo que me dijo algo que me molestó bastante. No me pida que lo repita porque no me apetece —replicó Teresa.

Los tres sonrieron, aunque lo que acababa de decir no era para nada motivo de risa, ya que a Teresa no le faltaba razón.

Y en cuanto al miedo que producía la visita de los guardias estaba en lo cierto. Todos conocían algún caso de vecinos que habían sido denunciados por otros y les había ocasionado un gran problema. Si alguien soltaba un bulo, la Guardia Civil no se molestaba mucho en comprobar si era o no cierta aquella acusación y en casi todas las ocasiones el denunciado salía perdiendo.

—Bueno, será mejor dejar esos detalles. Mi trabajo me obligó a retenerla. —Ojeda cambió de tema—. Me alegro mucho de haber llegado hasta aquí, así tendré la oportunidad de acompañarla, a no ser que usted se vaya a quedar mucho tiempo. ¿Podemos compartir ese paraguas que le va a dejar su tío?

—Sí, claro, pero antes tengo que hablar con mi tío. Me gustaría hacerlo, aunque no quiero aburrirle con nuestros asuntos. Entonces… —indicó Teresa con la intención de que Ricardo los dejara a solas. No era ningún secreto, pero no veía oportuno comentar los problemas de su familia delante de un desconocido.

Ricardo Ojeda se dio cuenta de lo que la joven quería decir y se disculpó alegando que le gustaría disfrutar un rato de la inmensidad

del Cantábrico que se divisaba desde allí, además de respirar ese olor a sal que desprendía el mar bravo. Comentó también que le relajaba enormemente hacerlo. Lo había descubierto estando en Santander. Él era de mar adentro, de Valladolid en concreto, y el sosiego que le daba el ruido de las olas al golpear las rocas o los diques en los muelles había sido para él una agradable sorpresa que, por fortuna, también disfrutaba en Santoña todos los días. Por eso intentaba tener un rato de intimidad a la orilla del mar siempre que su trabajo se lo permitía.

Ojeda salió, la lluvia había cesado y aprovechó para fumarse un cigarrillo mientras tío y sobrina hablaban en la intimidad.

Teresa no perdió el tiempo y rápidamente puso al corriente a Andrés del estado en el que ella veía a su abuela.

El hombre no dudó un momento de las palabras de Teresa. Conocía muy bien a su sobrina y si esta se había ido hasta el faro era porque estaba muy preocupada por Nieves. Quedó en acercarse al día siguiente a primera hora a ver a su madre y, si era necesario, él mismo la llevaría hasta el hospitalillo.

Durante el trayecto de vuelta, Ricardo Ojeda no dejaba de hablar.

Al principio se interesó por su salud y la de su abuela, pero luego, poco a poco, iba haciendo preguntas a Teresa que ella no sabía muy bien a qué venían.

Ojeda se interesó por Tommaso y la conservera. El hombre estaba al tanto de los pasos que daba el industrial, incluso conocía la relación que mantenía con Amparo, y le dio a Teresa datos que ella desconocía.

En un momento de la conversación, Teresa le preguntó por qué tenía tanto interés en él. Ricardo, tras advertirle primero que

esperaba que aquel diálogo que estaban manteniendo fuera privado, le contestó que ese hombre le daba malas sensaciones y que estaba convencido de que ocultaba algo.

El teniente no puso todas las cartas sobre la mesa, se guardó lo que realmente pensaba. No había sido ninguna casualidad que Ojeda hubiera llegado hasta el faro. Quería observar desde allí, no sabía bien el qué, pero algo estaba pasando en el mar y aquella era una posición inmejorable. Por algo el faro estaba allí situado, desde ese lugar se divisaba a la perfección la llegada de los barcos.

También le había hecho preguntas a Andrés que parecían inocentes, pero estaban realizadas con toda la intención.

Al llegar al pueblo, como siempre, Ricardo volvió a invitar a Teresa a tomar algo, pero ella de nuevo declinó la invitación alegando que su abuela no estaba bien y prefería ir a casa con ella.

Como en ocasiones anteriores, ya de noche cerrada, unos hombres se reunieron en el lugar acostumbrado, a los pies del faro del Caballo.

—Bien, hoy vamos a echar a perder toda la anchoa en salazón que está almacenada. Es el momento. Debéis descomprimir los barriles, todos los que os sea posible. Procurad hacerlo en los que lleven menos tiempo también, no quiero que quede ninguno sano. Hay que abrirlos y echar sobre ellos lejía, después volvéis a cerrarlos como si no hubiera pasado nada —explicó el que los había convocado en aquel lugar.

—Pero, si hacemos eso, vamos a estropear la anchoa —dijo uno de ellos, el más bajito.

—Vaya, qué listo. ¿Y para qué crees que estamos aquí? —contestó su compañero.

El que estaba ordenando la jugarreta cogió por el brazo al más alto y lo llevó aparte.

—Parece que esta vez no has traído al más listo de la clase. Espero que no nos dé problemas —masculló.

—No, señor, esté tranquilo, no tendrá queja de nosotros su jefe. Ya verá.

El hombre llamó al otro y cuando estaban juntos repitió que no quería fallos ni problemas; ambos contestaron que no los tendría. Asintió con la cabeza, parecía conforme con la respuesta, pero le advirtió que, si algo salía mal y eran detenidos, si no mantenían la boca cerrada les iba a costar muy caro: podrían pagar la traición con su vida o con la de su familia.

Después sacó del bolsillo un fajo de billetes y se lo mostró.

—Esto es lo acordado. Os doy ahora la mitad, y cuando el trabajo esté hecho tendréis el resto. Y calladitos. ¿Está claro? Una última cosa: no quiero que salga nadie herido y mucho menos muerto. Con una vez ya hemos tenido bastante. Lo del muchacho fue un terrible error.

Los hombres asintieron mientras cogían el dinero y allí mismo se lo repartieron. No hicieron ninguna referencia a lo último que les había dicho el hombre.

Luego se alejaron y quedaron en darle noticias lo antes posible llamando al número de teléfono que estaba dentro del sobre. Entonces solo tendrían que decir: «Ya pueden pasar a recoger el traje».

35

Desde el día que Eulalia salió a pasear por la avenida de la Luz con Bernat, no había vuelto a tener noticias de él.

La mujer le había llamado en varias ocasiones, pero no obtuvo respuesta. Estaba amoscada con aquella situación y decidió acercarse a su taller y hacerle una visita.

Al llegar le extrañó no ver la luz encendida ni gente dentro; era la hora de su clase y por allí no había nadie. Insistió varias veces, pero nadie abrió. Miró por una de las ventanas y observó que estaba vacío: ni caballetes ni lienzos ni pinturas, nada, algún que otro papel por el suelo y poco más.

Tomó un taxi hasta la casa de Bernat.

Preguntó por él al portero de la finca.

—Lamento decirle que el señor no se encuentra en casa. Mejor dicho, don Bernat ya no vive aquí, ayer mismo realizó el traslado —comentó el portero.

Eulalia se sorprendió.

—¿Y no ha dicho dónde se ha mudado?

—El señor no me dijo nada ni tampoco hicieron comentario alguno los encargados de la mudanza. Y eso que pregunté, pero ni palabra, señora. Yo estaba atento porque los muebles pertenecen a la propiedad y de alguna manera soy responsable, claro está. Los

dueños de la finca me pagan para esto, entre otras cosas, y por eso estaba yo atento, pero solo se llevaron cuadros y objetos personales. Aunque miré dentro de la camioneta y había muchas cosas más. Creí entender que lo habían cogido en el taller del señor.

Eulalia le dio las gracias y se fue.

No era posible que Bernat se hubiera esfumado.

No se había despedido, no la había llamado, nada, no había dicho ni una palabra.

La mujer caminó un rato pensando en lo sucedido. No tenía explicación alguna. Paró de nuevo un taxi y se dirigió a su casa.

Robert esperaba en el despacho a que su madre apareciera. Eran muchas las preguntas que tenía que hacerle, que no estaba seguro de que fuera capaz de contestar. Le pidió a Catalina que le dijera que pasara a verle en cuanto llegara.

Eulalia tocó el timbre y, cuando Catalina abrió, la mujer le dijo que su hijo la esperaba. Ella se quitó los guantes y el abrigo y junto con el bolso se los entregó a la criada para que los llevara a su dormitorio. Luego se acercó al despacho.

—¡Madre! ¿Qué tal el paseo? ¿Ha salido con Bernat? —preguntó su hijo.

Ella prefirió no contestar a la segunda de sus preguntas. Robert se dio cuenta de que la evitaba y no insistió.

Pasó sin demora a exponerle lo que había descubierto aquel día.

—¿Dónde tengo una cuenta de ahorro en la que se supone que mi padre ha tenido que pagar un préstamo que mi abuelo le hizo poco antes de fallecer? —preguntó directamente el joven.

—Hijo, no tengo la menor idea de lo que me estás hablando. No sabía que el abuelo le hubiera dejado dinero. ¿Y para qué?

Robert la puso al corriente de ese asunto. Él había hablado con don Antonio del Vall. El abogado había sido testigo de aquella firma y recordaba cada detalle.

La pregunta sobre la cuenta de ahorro ya la tenía resuelta el joven. Se había puesto en contacto con diferentes bancos y en ninguno de ellos existía una cuenta a su nombre, salvo las que ya conocía. Por lo tanto, todo hacía pensar que su padre no había cumplido con el acuerdo firmado y la conservera hoy en día era de su propiedad. Al igual que la textil, de cuyas funciones Tommaso había hecho dejación, por lo que, siguiendo los deseos testados por su abuelo, Robert debía ser quien se hiciera cargo.

Aquello tenía su parte buena, ya que podía quitarse a su padre de en medio, pero también otra que no lo era tanto: las deudas que se habían generado serían su responsabilidad desde el momento en que tomara las riendas.

Quedaba saber en qué situación económica se encontraba La Siciliana.

Era el momento de hablar con su padre y dejar las cosas claras. Tenía en su poder los documentos necesarios para arrebatarle todo, pero antes hablaría con su madre, en realidad era ella quien tenía que tomar la decisión. La idea de hacerse con La Siciliana no podía negar que le agradaba.

Las manos de Teresa estaban llenas de sabañones, el frío del invierno y la humedad hacían que aparecieran como los champiñones. Posó un instante la aguja y las frotó contra el pecho buscando un poco de calor que las hiciera reaccionar.

—¡Siciliana! Te has vuelto una señorita y, mira, se te están estropeando las manos. Es una pena, como vuelva el catalán y te las vea así, va a salir corriendo, ásperas como un estropajo, así poco puedes acariciar sin arañar —comentó Aparecida mientras las demás rieron a carcajadas con la ocurrencia.

—Mira, chica, no te voy a contestar porque no merece la pena. Yo no sé qué te he hecho para que te metas conmigo todos los días. ¡Déjame en paz de una vez, mujer! —contestó Teresa.

—Pues, mira, ya que lo preguntas, te diré que hacerme no me has hecho nada, pero no te soporto, no me gustas, eres una finolis que no sé qué te piensas. Y te digo más, por tu culpa el pobre Samuel acabó con sus huesos en la marisma. ¡Pero, claro, la señorita tenía que ser más que ninguna! Te creíste que eso te daba derecho a enamorar a los hombres y luego dejarlos tirados, y mira lo que le pasó al pobre por tu culpa.

—¡Eso no es cierto! Yo no tengo la culpa de lo que le pasó a Samuel. Era mi amigo, nos conocíamos desde niños. ¿Cómo puedes pensar que yo tuve algo que ver? Y, ya que lo has dicho tú, te diré que yo tampoco te soporto a ti, desde pequeña me has tenido envidia, y la verdad no sé de qué. Mi madre murió, mi padre también, no tengo hermanos, a ti no te falta nada de eso, ¿y me tienes envidia? ¿Por qué? No quiero discutir contigo. ¡Me largo!

Teresa se levantó y se fue. Como muchas veces decía su amiga Puerto, habiendo días enteros para qué tratar con medios días.

Se acercó hasta la venta, donde aún quedaban algunos hombres charlando después de la subasta. Iba en busca del responsable de la cofradía, quería decirle que iba a trabajar menos horas, pondría de excusa la salud de su abuela, pero lo que haría en realidad era

tomar el consejo de Puerto y coser para la gente algunas horas al día.

36

Tommaso se ausentó de Santoña una semana. Había decidido que era conveniente cerrar la conservera y durante ese tiempo adecentar un poco sus instalaciones. Había adquirido unas máquinas nuevas para la cocción y preparación del bonito y era buen momento para que las pusieran en marcha.

El viaje en aquella ocasión fue a San Sebastián. Tommaso quería ver a quién le entregaba el dinero que debía acabar en Suiza.

La primera vez se lo había dado a Tiago Nunes en Lisboa según lo cobró, y en las situaciones sucesivas fue Federico el encargado de mandar por correo los pequeños maletines llenos de dinero a la ciudad vasca.

Allí, dos hombres se encargaban de cruzar las fronteras. Ya tenían sobornadas a las personas necesarias y contaban con pasaportes falsos, que hacían que todo fuera mucho más sencillo.

Pero no solo ese era el motivo del viaje, sabía que allí estaría su nueva amiga Emily junto a Tiago Nunes. Se había preparado una reunión en San Sebastián con otros dos miembros de la organización a los que no conocía y tenía curiosidad por conocerlos.

Días antes de su partida había recibido la llamada de su hijo, al que apenas hizo caso. Robert le habló con claridad, pero Tommaso no le prestó atención, pensó que era una tontería, una chiquillada de

un crío caprichoso y malcriado. ¿Cómo demonios sería capaz él de hacer todo lo que estaba diciendo? Se rio en su cara y le colgó el teléfono alegando que tenía cosas más importantes que hacer en vez de escuchar idioteces sin sentido.

Eulalia, después de que su hijo hablara con Tommaso y en vista de que no le había hecho ningún caso, decidió dar el paso y contactar con él.

En primer lugar utilizó un tono sosegado y sumiso, tal y como a él le gustaba. Ella también le conocía bien e intentó mostrarse ignorante, incluso diciendo alguna que otra cosa que carecía de sentido para que Tommaso pensara de ella lo que siempre había creído, que era tonta.

Le rogó que comenzara a moverse para arreglar la situación en la que habían quedado el personal y la fábrica de telas. Tommaso le dio muy buenas palabras y le dijo que no se preocupara, que estaba en ello desde hacía días y que todo iba por buen camino. Pero Eulalia no creyó ni una sola de las promesas, entre otras cosas porque le conocía, y además había hablado con Carles Soler y sabía de primera mano que no se estaba haciendo absolutamente nada. Por lo tanto, y sin advertencias ni amenazas previas a su esposo, decidió que fuera su hijo, con la ayuda del capataz y la colaboración de los abogados, quien se pusiera el frente de la textil.

Al mismo tiempo ordenó a sus abogados que se dieran los pasos legales oportunos para que Tommaso dejara de ejercer como propietario de la textil, tal y como su padre había escrito en su testamento.

Eulalia, desde que había perdido el rastro de Bernat, estaba triste, sentía un desasosiego que le quitaba el sueño y las ganas de comer,

igual que si fuera una chiquilla.

Por más vueltas que le daba, no encontraba el motivo por el cual ese hombre que parecía atento y enamorado se había alejado sin decir ni una sola palabra. Quizá se había estado riendo de ella. Cómo pudo ser tan tonta, un hombre más joven y con ese porte que tenía… ¿Cómo pudo pensar que la quería de verdad? Estaba claro que solo quiso pasar un rato, o quizá tuvo miedo de que la relación fuera a más. El caso era que no le encontraba explicación alguna.

A Robert no le comentó nada, pero sí que habló con Catalina. La mujer era su paño de lágrimas, ella era un poco mayor, pero se conocían desde hacía años y siempre que tenía algún problema se lo contaba. La mujer la escuchaba y solo cuando Eulalia le pedía consejo ella hablaba; si no, mantenía silencio asintiendo con leves movimientos de cabeza a las palabras de su señora.

Catalina lo hacía así desde que, en una ocasión, Eulalia se enfadara con ella por un comentario que le hizo sobre Tommaso que la mujer tomó muy mal, sintiéndose ofendida por el modo en el que había hablado del que, desde hacía solo unos meses, era su marido. Desde entonces, fuera cual fuese el motivo de la charla, apenas hacía intervención alguna.

Después de hacer varias gestiones, Robert consiguió el dinero necesario para pagar a los empleados de la textil y a los proveedores adeudados.

Le propuso a su madre desplazarse hasta Tarrasa y ser ellos mismos quienes abonaran los salarios y dieran las explicaciones pertinentes.

Eulalia no estaba animada, pero la insistencia de su hijo hizo que aceptara la propuesta.

El viaje de Tommaso a San Sebastián duró una semana, tal y como estaba programado. Había tenido tiempo de reuniones, fiestas, cenas y ratos de sexo con Emily que habían sido mucho mejores de lo que podía imaginar. Aquella mujer le volvía loco, solo tenía en la cabeza sus gemidos, sus besos, la imagen de su desnudez y la suavidad de su piel entre sus brazos.

Juntos tuvieron ocasión de pasear por la Concha como dos enamorados, disfrutaron de opíparas cenas en los salones del Hotel María Cristina y se divirtieron alrededor de la ruleta y las mesas de blackjack por las noches en el casino de Biarritz, propiedad de un amigo de Tiago Nunes.

Los negocios en realidad ocuparon muy poco tiempo. Delegó todo lo que pudo e incluso más en Tiago Nunes, ya que confiaba ciegamente en el buen hacer y la sabiduría de ese hombre. Habían sido días inolvidables en compañía de Emily y estaba deseando repetir.

Una vez en Santoña, Tommaso le pidió a Federico que le llevara hasta la conservera, ya que quería ver cómo habían quedado las obras que se habían llevado a cabo en su ausencia.

Isidro ya estaba en las instalaciones tal y como Tommaso le había ordenado, pero no se encontraba solo, a su lado estaba el teniente Ojeda.

Tommaso al verle se puso de mal humor.

—Teniente, ¿usted no tiene otra cosa mejor que hacer que andar fisgoneando en mi fábrica? Me está usted empezando a molestar. ¿Qué demonios quiere ahora?

—Buenas tardes, don Tommaso, le puedo asegurar que no estoy aquí por gusto, pero, si le parece, es mejor que su capataz le diga

por qué me ha llamado.

Tommaso dirigió la mirada hacia Isidro para que este hablara.

—Verá, señor, he venido para ver cómo estaba todo, siguiendo sus instrucciones, igual que he hecho estos días mientras se estaban poniendo en marcha las máquinas nuevas, tal y como usted me dijo, y…

—Isidro, déjate de palabrería y vete al grano, no tengo todo el día —exclamó Tommaso.

—Sí, perdone, bueno, el caso es que, al llegar, me he encontrado la puerta rota, y todo indicaba que alguien había entrado. Al principio no vi nada raro, pero al llegar a la sala de salazón noté un olor extraño y encontré en el suelo un charco que de primeras me pareció agua, pero tras olerlo creo que es lejía y no me he atrevido a tocar, pero, como usted se dará cuenta ahora, la sala huele a lejía pura. Me temo que han manipulado los barriles. No he abierto ninguno porque he esperado a que llegara usted, y me adelanté en llamar al teniente Ojeda para que también estuviera aquí.

Tommaso, después de escuchar lo que Isidro le había dicho, se dirigió hasta la sala indicada.

Ojeda y el capataz fueron tras él.

—Vamos a ver si lo que dices es cierto. ¿Cuáles son los barriles que ya están listos para elaborar? —Isidro señaló algunos de ellos—. ¡Abre uno! —ordenó su jefe.

Isidro estaba en lo cierto. Todo el bocarte que contenía el bidón estaba estropeado, tal y como el capataz había indicado.

Fueron abriendo uno a uno y todos estaban en la misma situación. Algunos de los barriles no estaban ni cerrados, solo tenían la tapa posada sobre ellos.

Tommaso se enfureció y dirigió todo tipo de improperios hacia Isidro. El hombre con la boina entre las manos y apretada en su pecho intentaba cubrirse con el cuerpo del teniente.

—Don Tommaso, ya está bien, deje a este hombre en paz. Creo que es mejor que vayamos un momento a su despacho y nos tranquilicemos —dijo Ojeda.

Una vez en la oficina, el propio Ojeda le sirvió una copa a Tommaso y le invitó a beber.

—Desde luego esto es una faena. Son muchos los kilos de bocartes que entiendo que se almacenaban en esos barriles. Las pérdidas serán cuantiosas, ¿verdad? —quiso saber el teniente.

Tommaso no decía nada, tenía la cabeza gacha mientras tomaba pequeños sorbos del licor que le habían servido.

—¿Todavía piensa que no tiene enemigos? —preguntó Ojeda.

Tommaso levantó la vista y le miró mientras movía la cabeza. Estaba claro que alguien quería hacerle daño, pero no deseaba decirle nada al guardia. Si el hombre se ponía a investigar, aunque no le consideraba muy espabilado, podría ser que encontrara algo que no le conviniera. Por ese motivo contestó lo primero que se le ocurrió:

—En este momento no sé qué pensar. Pero bueno, saldré de esta como en otras ocasiones, son cosas que pasan. Los empresarios siempre tenemos problemas y muchas veces no sabemos muy bien ni de dónde salen. Mandaré que tiren ese producto, quedan unos meses para que empiece la temporada y, aunque este año lo demos por perdido, nos aprovisionaremos para la siguiente. De todos modos, hablaré con mi primo Francesco, seguro que él puede darme los kilos necesarios para la elaboración de anchoas que ya tengo

apalabrada. No me gusta quedar mal con mis compradores, y para eso está la familia, ¿no le parece? —contestó Tommaso intentando quitar importancia a lo ocurrido.

—Lo que a mí me parece es que en estas instalaciones se ha cometido un delito y pienso que usted debe presentar una denuncia.

—Ya, pero de momento no lo voy a hacer. Esto posiblemente ha sido un empleado que no esté contento con el sueldo o conmigo, como usted dice, reconozco que tengo un carácter endemoniado en muchas ocasiones. Yo mismo me voy a encargar, no se preocupe. Le agradezco que haya venido, pero no quiero que pierda más tiempo. Seguro que tiene cosas más interesantes que investigar que este pequeño incidente —contestó Tommaso.

—Me va a perdonar, pero no me parece normal. Nosotros estamos para ayudar y… —Ojeda no pudo terminar la frase.

—No se preocupe —dijo Tommaso alzando el tono de voz—, nos vamos a ocupar nosotros mismos, como le he dicho, y disculpe a Isidro, seguramente pensó que lo mejor era llamarle, pero le reitero que no es necesaria su ayuda.

El teniente se marchó, no quiso insistir y salió en dirección al cuartelillo.

Mientras caminaba pensaba en lo que había sucedido. No dejaba de extrañarle la negativa de Tommaso. Antes de que él llegara, Isidro le estaba comentando el coste tan elevado que suponía la pérdida de todo ese bocarte. Lógicamente el hombre se mostraba más preocupado por los puestos de trabajo de los que se prescindiría esa campaña.

Cada día estaba más convencido de que el empresario no era trigo limpio, y si no quería denunciar lo ocurrido era solo por un motivo:

evitar que la ley metiera la nariz en sus negocios. Ocultaba algo y él iba a descubrir lo que era. Había llegado el momento de hacer lo que mejor sabía, investigar, pero tenía claro que no sería sencillo.

Lo primero era dar con la persona que le enviaba las cartas. Estaba seguro de que era quien tenía la clave de todo.

37

El mes de enero estaba a punto de llegar a su fin. Aquel invierno estaba siendo duro, no solo por los días de lluvia, sino también por las bajas temperaturas. La humedad pesaba en los cuerpos de las gentes, sobre todo en los mayores, que estaban sufriendo más los dolores en sus viejos huesos.

Teresa consiguió con la ayuda de su tío Andrés que Nieves fuera al médico. Como en el hospitalillo no pudieron darle muchas explicaciones, Andrés se ocupó de buscar un doctor particular en Santander que le realizó una serie de pruebas que concluyeron, entre otras cosas, que su abuela tenía una anemia muy fuerte fruto de una úlcera sangrante. Por suerte se lo habían diagnosticado a tiempo y el tratamiento que le impusieron parecía ir bien. En cuanto a la anemia, las ampollas de hierro también hacían su función y el cansancio había ido remitiendo a medida que los días pasaban.

Teresa mantenía el contacto con Robert. Cada dos días ella llamaba, siempre a cobro revertido, como él le había dicho. Casi diariamente recibía carta del muchacho, que leía embelesada y contestaba nada más terminar.

La joven estaba al día de los pasos que Robert daba, le había contado todo lo sucedido, cómo iban las gestiones de la textil y también todo lo que sabía sobre su padre.

Ella, por su parte, también le habló de su idea de trabajar como costurera durante las tardes, aunque fuera por un tiempo.

Él le ofreció la posibilidad de volver a la conservera, antes de que sufriera el ataque la misma, pero ella se había negado. No tenía la más mínima intención de volver a trabajar con Tommaso.

No solo le tenía miedo, sino que, después de conocer lo que le había ocurrido a su abuela, le odiaba con todas sus fuerzas, aunque era consciente de que él no era el culpable de lo que le sucedió a Nieves. Además, era orgullosa y no estaba dispuesta a tener que bajar la cabeza delante de nadie.

El consejo de Puerto comenzaba a ver la luz poco a poco. El boca a boca propició que recibiera prendas para coser en casa, y eso le daba la oportunidad de estar cerca de Nieves, que la acompañaba en alguna que otra labor propia de la costura: botones, cremalleras, dobladillos, hilvanes, cosas sencillas que Teresa se encargaba de rematar.

Cada día eran más las mujeres que se acercaban para que Teresa les confeccionara o arreglara alguna prenda.

Robert la notaba feliz con la costura y le ofreció su ayuda para que alquilara un local y trabajara todo el tiempo en ello. Pero Teresa no aceptó, no permitiría que nadie pudiera decir que era una mantenida, y mucho menos que pensaran cosas que no eran ciertas y que a buen seguro las malas lenguas se encargarían de comentar.

Tommaso llegó a casa cansado. Había estado negociando con su primo la compra o cesión de bocartes en salazón para elaborar anchoas.

Había sido una reunión tensa, Francesco tenía indicios certeros de que, además de los negocios sucios que ambos compartían, había otros de mayor envergadura en los que quería entrar.

Sicilia no era muy grande y se sabía casi todo de aquellos compatriotas que andaban por otras tierras. La información le llegó por diferentes canales en una de sus visitas a Palermo, incluso algunos de los que colaboraban con su primo le informaron pensando que él estaría al tanto. Francesco no tenía intención de entrar en la organización, pero si eran tan buenos como le habían dicho no dejaría pasar la ocasión.

De momento lo sucedido en La Siciliana le había venido muy bien. Aprovechando la necesidad que tenía su primo, llegó a un acuerdo muy beneficioso para él: recibiría el doble del precio actual más dos mil kilos de la captura del presente año. Tommaso sabía que era del todo abusivo, pero, ante la amenaza de su primo de contar lo que sabía, no le quedó más remedio que aceptar si quería cumplir con sus clientes y mantener el contrabando sin riesgos.

Al entrar en casa, el llanto de Manuel se le clavó en la sien. Llamó a voces a Amparo y le ordenó que hiciera el favor de callar la boca del niño, y si no podía, que se lo llevara a casa de su madre o donde le diera la gana, pero que lo quitara de su vista.

Amparo enfureció. Estaba harta del trato, de los gritos y de los abusos que sufría en aquella casa y estalló:

—Eres un cerdo, es tu hijo. ¿Cuándo le vas a dar su lugar? Y a mí, ¿cuándo me darás el que merezco? He aguantado tus voces, tus malos modos y tu carácter endemoniado. Ya es hora de que cumplas, que dejes de tratarme como una criada, o mejor dicho

como una fulana, que eso es lo que haces, tratarme como si fuera tu ramera —dijo Amparo.

Tommaso se volvió y le dio un puñetazo en la mandíbula que la hizo caer sin sentido. Cogió la jarra con agua que había sobre la mesa y se la tiró encima.

—¡Levántate y sal de aquí! ¡Fuera de mi vista! —gritó el hombre.

Pero Amparo no respondía. Se acercó hasta ella y, cuando intentó tirar de sus brazos para que se incorporara, se dio cuenta de que la mujer se había golpeado la cabeza sobre el escalón de piedra que daba paso a la chimenea y se había desnucado.

Se puso nervioso, no podía creer lo que acababa de pasar. Estaba muerta.

Salió en busca de Federico. Tenía que deshacerse del cadáver como fuera. No le encontró, el chófer no estaba en la casa, no había nadie. Cuando iba de regreso al salón, el pequeño Manuel apareció en el vestíbulo de la casa. Estaba buscando a su madre.

Tommaso, para evitar que el niño la viera, le cogió en brazos y le subió a una de las habitaciones, le dejó dentro y cerró la puerta por fuera para que no pudiera salir. El pequeño lloraba desconsolado y sus lamentos se clavaban como puñales en la cabeza del hombre.

Volvió a la sala y se sirvió una copa. Se dejó caer sobre uno de los sillones de su despacho y entre sorbo y sorbo llamaba a Amparo y le golpeaba la pierna con el pie, pequeñas patadas con las que esperaba que la mujer despertara. Después de un rato, gritó su nombre, se levantó y agachándose hasta ella zarandeó su cuerpo con la esperanza de que estuviese viva, pero era inútil, la mujer había muerto en el acto.

Pensó qué hacer, pero no se le ocurría nada. La opción de llamar a la policía y decir que la había encontrado así no era muy creíble, aunque sí podría decir que igual alguien había entrado en casa y la había asesinado.

Pero no, porque todo aquello que estaba pensando le podía traer problemas. Lo mejor era deshacerse del cuerpo lo antes posible.

La arrastró hasta colocarla sobre la alfombra y la envolvió en ella. Al hacerlo vio que la piedra contra la que se había golpeado la cabeza estaba llena de sangre, igual que el suelo por donde la había desplazado. No era mucho, pero lo suficiente para que alguien pudiera darse cuenta. Se quitó un pañuelo que llevaba siempre alrededor del cuello y limpió con él lo que pudo, pero solo consiguió ponerlo peor. Tapó el cuerpo inerte de Amparo con la alfombra y se dirigió a la cocina en busca de algún paño húmedo.

Por suerte para él, la mancha no era muy grande y pudo eliminar parte del rastro de sangre, aunque entre la rugosidad de la piedra aún quedaban restos que decidió dejar para otro momento. Cogió el cesto que utilizaban para colocar la leña de la chimenea y lo puso encima. Luego metió su pañuelo y el paño que había utilizado para limpiar en el bolsillo de la falda que llevaba puesta Amparo.

Con gran esfuerzo, levantó el cuerpo de la joven. Por suerte era una mujer pequeña y delgada, pero su peso parecía haberse incrementado, aunque pudo cogerla en brazos a pesar de los problemas. Salió de la casa y se dirigió a su coche, abrió el maletero y la tiró dentro. Volvió a su despacho y colocó los muebles que se habían desubicado de su lugar; después, se sirvió otro brandi y llamó al patrón de uno de los barcos con los que trabajaba y con el

que tenía plena confianza. Estaba muy implicado en sus asuntos turbios y podía contar con su silencio.

Cuando el hombre llegó, le contó lo que había sucedido y le dijo que se ocupara del cuerpo que estaba en el coche.

—Llévate ese paquete donde quieras, pero que no aparezca nunca. Y tampoco quiero saber lo que haces con ella —dijo Tommaso.

—Patrón, creo que es mejor que lo lleve en mi camioneta, a nadie le va a llamar la atención que yo circule a estas horas por donde tengo pensado hacerlo.

Entre los dos sacaron el cuerpo de Amparo del coche de Tommaso y lo metieron en el auto del patrón.

—Tírala al mar y asegúrate de que no aparezca jamás —ordenó cuando el patrón arrancaba la camioneta.

Tommaso estaba agotado, entró y se sirvió de nuevo otra copa. De repente se acordó de Manuel. El crío había dejado de llorar, pero ¿qué iba a hacer con él?

En ese momento llegó Federico.

—Señor, ¿qué le pasa? Parece que ha estado en una batalla. ¿Quiere que le diga a Amparo que le prepare un baño? Le vendría bien —propuso Federico.

—No, estoy bien. Salí a caminar después de cenar para despejarme y he vuelto agotado. Amparo debe de estar ya en la cama —Tommaso contestó lo primero que se le ocurrió.

Federico se dirigió a la cocina. Le extrañaba que Amparo estuviera ya en la cama. Le había comentado que aquella noche se quedaría a dormir como hacía en ocasiones, pero, antes de acostarse, siempre se quedaba cosiendo un buen rato.

Los ingredientes para la elaboración de la cena estaban preparados sobre el fogón, listos para freírse, y la lumbre en la cocina económica se había apagado.

La buscó por toda la casa e incluso entró en su habitación, pero no la encontró. Le extrañó que no estuviera, pero quizá había salido a dar un paseo, la noche invitaba a ello. Como Tommaso había cenado temprano también pudiera ser que se hubiera acercado hasta el pueblo a ver a su tía. Tampoco encontró rastro del niño; seguramente dormía o lo había llevado con ella.

Volvió al salón y le dijo a Tommaso que Amparo no estaba, que si sabía él dónde había ido.

Tommaso contestó que él pensaba que dormía, pero, si no era así, tal vez hubiera ido a casa de su tía porque su abuela se encontraba mal y quería ver cómo estaba. Volvió a acordarse del pequeño, que en cualquier momento se pondría a dar gritos.

Federico le dijo que, si no necesitaba nada más, se iba a acostar. Tommaso le contestó que le parecía bien y que podía retirarse a descansar, que él posiblemente se cambiaría y saldría a tomar algo con su primo Francesco. Que no se preocupara, porque prefería conducir él mismo.

Mientras el chófer se retiraba a su cuarto, Tommaso pensaba qué hacer con Manuel. Ese era un gran problema. No tenía ni la más remota idea. La cabeza le daba vueltas intentando buscar una solución que no encontraba.

Subió a la habitación donde le había encerrado y le encontró dormido sobre la cama. Agotado de llorar, al pequeño le pudo el sueño.

Se aseguró de que Federico estuviera en su habitación y volvió en busca del chico.

Le cogió con cuidado en brazos. Manuel dormía profundamente y no quería que despertara.

Bajó despacio las escaleras, procurando no hacer ruido. Dejó al pequeño sobre el sillón que había en la entrada de la casa y se acercó hasta el coche. Desde donde estaba aparcado se veía la luz de la habitación de Federico. Para evitar que el chófer pudiera verle, movió el auto hasta la entrada principal y regresó a por el chiquillo y lo puso en la parte trasera del coche. Después le tapó por completo con la manta que le había cubierto.

Condujo durante kilómetros sin saber muy bien dónde dirigirse. No tenía muy claro qué hacer, no se atrevía a matarle a sangre fría. A pesar de que en un principio mostró cierto cariño por el pequeño, intentó por todos los medios que Amparo abortara, aunque no lo consiguió, y le remordía la conciencia pensando que el pequeño que llevaba en la parte trasera del auto era su hijo. Al que estaba a punto de causar daño.

Después de casi tres horas al volante, un letrero en la carretera indicó una desviación hacia el pueblo de Derio y decidió tomar ese camino. Aquel podía ser un buen lugar para dejar al pequeño. Estaba lo suficientemente lejos de Santoña y nadie le iba a reconocer.

No había gente en sus calles, eran cerca de las dos de la mañana. Condujo despacio evitando así que el ruido del motor alertase a los

vecinos. Dio unas vueltas buscando una zona donde poder dejar al pequeño.

A lo lejos vio la iglesia de San Cristóbal, apagó los faros del coche y paró.

Cogió en brazos al pequeño, que continuaba dormido, y le posó en un lateral de la ermita. Miró hacia todos los lados por si alguien le había visto y al comprobar que no había nadie se subió de nuevo al auto y regresó. Dejó a su hijo a las puertas de aquella iglesia.

Mientras conducía de regreso a Santoña, pensaba que quizá hubiera sido mejor quedarse con el niño y decir que su madre se había ido sin él. En ese momento su conciencia le decía que volviera a por él, pero no llegó a dar la vuelta.

Manuel era un problema que había llegado a su vida sin querer y era mucho mejor que desapareciera para siempre.

38

Semanas después de producirse el incendio en la textil, Robert y Eulalia, con las ideas más claras y los bolsillos llenos con el salario de sus empleados, se presentaron en las ruinas de la fábrica.

Un grupo importante de gente los esperaba. En contra de lo que Eulalia pensaba, fueron bien acogidos; no hubo reproches ni insultos, ni tan siquiera malas caras. Las personas que estaban allí entendían que el accidente, o más bien el ataque sufrido en la factoría, no era culpa de ellos.

Carles Soler esperaba a la cabeza de todas aquellas personas. Sin duda su labor en favor de los amos había apaciguado las aguas. Se había encargado de buscar un local cercano donde poder entregar los salarios a todas las trabajadoras.

Cuando Eulalia se bajó del coche y se dirigió hacia donde estaba Carles Soler, el hombre, al ver que ella se acercaba, no esperó a que llegara a su altura y acortó el trayecto caminando a su encuentro.

Robert, por su parte, y en contra de los consejos de su madre, se dirigió hacia donde estaban las trabajadoras.

—Hola, Eulalia. ¿Qué tal está? —preguntó Carles Soler.

—Sufriendo mucho por esto que ha pasado. Tardaré años en ponerlo de nuevo en marcha. Menos mal que Robert me está ayudando muchísimo, realmente él es quien se está encargando de

todo. Mi marido no quiere saber nada, apenas le vemos ni sabemos de él. Lo último que me dijo fue que lo dejemos así. ¡Menos mal que este hijo no me ha abandonado también! Es un gran muchacho. Y apéame el tratamiento, por favor —pidió Eulalia.

Carles Soler cogió con disimulo la mano de Eulalia, procurando que nadie le viera, y la cobijó entre el cuerpo de ambos. Ella respondió con agrado al gesto del hombre.

—No sabes cómo siento que estés en esta situación. Muchas veces me he preguntado lo que sería hoy de nosotros si hubiéramos sido valientes y capaces de luchar por nuestra relación —dijo Carles Soler.

—Lo mismo me ha pasado a mí. Éramos unos críos, y además yo estaba casada. Pero es verdad, fui una cobarde, nunca debí casarme con él. Al menos he tenido durante todos estos años una parte de ti conmigo —afirmó Eulalia mientras dirigía la mirada hacia Robert.

—No he dejado de quererte ni un solo día. Estas semanas que has estado aquí han sido las más felices de mi vida, aunque como bien sabes respeté nuestro acuerdo, que por cierto acabas de romper. Me hace tanta ilusión verle… Le recuerdo de niño cuando alguna vez le trajiste, le veía de lejos y me llenaba de orgullo solo con pensar que era mi hijo —contestó Carles Soler.

Robert se acercó a ellos y la pareja separó sus manos discretamente y cambiaron de tema.

—Bueno, don Carles, cuando usted quiera y donde nos diga. Es mejor que empecemos, toda esta gente necesita su salario, bastante han esperado. Hemos añadido un diez por ciento a todas. Ya es penoso para ellas haber perdido el trabajo. Lo que sentimos es no

haber podido incrementar más la suma, pero no nos ha sido posible pagarles más, espero que al menos les alivie algo.

Eulalia y Robert tomaron asiento en una mesa preparada para efectuar los pagos. Tras ellos Carles Soler les indicaba quién era cada una de las trabajadoras, algo que Robert le había pedido que hiciera, ya que quería saludar a todas y cada una de ellas por su nombre.

El personal estaba en fila, guardando un silencio que se podía cortar con una navaja.

Una a una se fueron acercando a recoger su sobre y, agradeciendo el gesto de los dueños, se atrevían a estrechar la mano que madre e hijo les ofrecían al hacerles entrega de su salario.

Algunas de las operarias acudían con sus niños en brazos.

Eulalia las conocía, habían compartido jornadas y charlas. Recordó, al ver a una de ellas, cómo esa mujer se puso delante suyo cuando caminaba por el taller y la hizo frente sin miedo. Era una mujer maravillosa con la que aprendió y recordó parte de la fabricación y tratamientos de las telas.

—Señora, es usted una gran mujer, gracias por lo que hace por nosotros. Otros en su lugar se hubieran olvidado de todos. Yo sabía que usted no lo iba a hacer. Aquí tendrá una trabajadora dispuesta a acompañarla siempre que lo necesite —dijo la mujer.

—Gracias a ti, Ángela. Me ayudaste a recordar y me enseñaste muchas cosas. No puedo prometer nada, pero tanto mi hijo como yo queremos poner en marcha de nuevo la fábrica y deseo tenerte con nosotros. Mujeres valientes y trabajadoras como tú son las que levantarán este país —contestó Eulalia.

Cuando terminaron, Robert se disculpó con su madre, quería volver a recorrer los talleres arrasados por las llamas.

Mientras el muchacho lo hacía, Carles Soler y Eulalia decidieron acercarse a uno de los bares de la zona a tomar un café.

—Tenías razón, es un muchacho estupendo. Con qué cariño ha tratado a mis compañeras, te aseguro que nunca nadie las ha atendido de esa manera. Le has educado muy bien, es una lástima que yo no haya podido poner mi pequeña aportación. ¿Es abogado? —preguntó Carles Soler.

—Sí. Y no lo ha tenido fácil. Su padre, bueno, Tommaso, no quería que estudiara, prefería que se hubiera hecho cargo de alguna de las fábricas, pero él se empeñó y lo consiguió, claro que yo también le ayudé como pude. Me gustaría tanto que supiera que ese hombre con el que ha vivido no es su padre y poder decirle: «Aquí tienes a tu progenitor» —dijo Eulalia.

—¿Y qué te lo impide? Para mí sería un sueño. Pero entiendo que no es sencillo —contestó Carles Soler.

—Tú mismo lo has dicho, no es sencillo. Pero te prometo que no me voy a ir de este mundo sin decirle quién es su padre. Estoy segura de que ese momento llegará más pronto que tarde. ¿Tú no tienes hijos?, ¿no te casaste? —preguntó Eulalia.

—No. Me quedé soltero. Durante un tiempo estuve atendiendo a mis padres, que eran muy mayores y tuvieron una vejez enfermiza. Cuando ellos murieron ya era demasiado tarde para buscar mujer, todas estaban casadas y, si no, eran viudas con hijos, y, la verdad, no me apetecía formar parte de una familia en la que yo llegara el último.

—No sabes cómo lo lamento, estoy segura de que hubieras sido un estupendo marido y mejor padre. Como te he dicho, no sé cuándo, pero Robert sabrá de ti.

Los dos se miraron con cariño, sus ojos brillaban emocionados, sin duda habían dejado pasar el tren del amor por motivos poco ortodoxos. La diferencia social, los perjuicios, la negativa de sus padres, la edad temprana de ambos…, un cúmulo de cosas que hoy veían obstáculos salvables a los que no hicieron frente en el pasado.

Reencontrarse muchos años después había abierto esa herida que parecía cerrada y, aunque habían intentado mantener ambos el acuerdo cuando Eulalia se quedó embarazada, sus miradas hablaban por sus bocas sin pronunciar palabras, las cuales no eran necesarias.

Eulalia entendió en ese momento que hay amores que son para siempre, aunque el destino o las circunstancias los separen. El latir del corazón se acelera cuando tienes delante a esa persona que un día llenó tu estómago de mariposas revoloteando.

Robert se acercaba y de nuevo, instintivamente, volvieron a tomar la posición que a cada uno de ellos les tocaba y que tan alejada estaba de los sentimientos que ambos tenían.

A Eulalia, al ver como Robert caminaba a su encuentro, le pareció reconocer en él a ese muchacho de Tarrasa que le robó el corazón cuando apenas era una niña.

Teresa recibió en casa a Puerto, Loli y Alicia. Hacía tiempo que no coincidían las cuatro y las jóvenes tenían mucho que contar.

Puerto, después de muchas idas y venidas, enfados continuos y disputas, por fin había logrado lo que tanto anhelaba,

comprometerse con Luis. Lo deseaba como si fuera lo único que importase en este mundo. Por fin el mozo de Laredo después de casi un año se había decidido y le había propuesto que se casasen.

La chica no le había dicho nada a ninguna de ellas y decidió citarlas en casa de Teresa.

—¡Qué alegría, chicas! No os esperaba. Pero pasad a la cocina, que ahora mismo dejo estos trapos que tengo entre manos y nos tomamos un café con un cacho de bizcocho que mi abuela acaba de hacer. Habéis llegado más que a tiempo. Cómo os echo en falta, y siento no poder veros más a menudo, pero es que tengo mucho trabajo, me está costando hacerme con esta labor, aunque poco a poco lo voy consiguiendo. Aún me falta la destreza necesaria, por eso lo que otras modistas hacen en una tarde a mí me lleva dos. Pero aprenderé —dijo Teresa.

—Pues a mí me parece que lo haces muy bien, Siciliana —respondió Loli con recochineo—, y además que sepas que todo el mundo está encantado con tu trabajo. El otro día iba yo por el pasaje y me crucé con la Luisa, la de los grillos, que llevaba una falda estampada en tonos azules que me encantó. Bueno, pues sé que la hiciste tú, porque luego coincidí con ella donde la Valenciana y le estaba contando a Fina que la habías cosido tú. ¡No veas la ilusión que me hizo escucharlo!

—Nosotras también te echamos de menos, te has perdido unas fiestas de primera. Estos meses que has pasado metida en casa has perdido vida, porque, una cosa te digo, te has quedado en los huesos y tienes la cara blanca como la leche, chica —añadió Alicia.

—Bueno, mujer, que la vas a desmoralizar, tampoco está tan mal, ya tengo yo los kilos que a ella le faltan. Hombre, lo del color es

verdad, tú siempre estabas morena y estás un poco blanca, pero bueno, que la primavera está a la vuelta de la esquina y enseguida lo recuperas. Además, eso tiene fácil arreglo, con ponerse en esos papos un poco de colorete, solucionado. Pero ahora vamos a lo que hemos venido. Como yo sé que mi amiga cose como los ángeles, te traigo un encargo. —Puerto metió la mano en el bolso y sacó un trozo de hoja recortado de una revista, lo desdobló y lo posó sobre la mesa para que todas lo vieran.

Las chicas miraron la imagen que aparecía en el papel. Era un traje de chaqueta color crema de seda, con solapas y puños adornados con encajes sobre raso y con unos botones forrados del raso que le daban un toque elegante y singular.

—¡Madre de Dios! Qué maravilla. ¿No pretenderás ir a las verbenas con este traje? Esto yo me lo pondría para casarme por lo menos —dijo Alicia.

—Exactamente, eso es lo que voy a hacer. —Puerto guardó silencio un momento mientras miraba a todas las chicas, que estaban expectantes a lo que iba a decir—: ¡Que me caso, chicas! Y tú —dijo mirando a Teresa— me vas a confeccionar este traje, y que no te importe lo que cueste la tela, los encajes, el raso y lo que haga falta, porque tengo dinero guardado de sobra para ello.

Las tres se miraron sorprendidas, Teresa menos, porque sabía que la relación con Luis iba viento en popa, aunque era muy reservada y nunca decía nada que no tuviera que ver con ella, ya que no le gustaban los chismorreos.

—Vamos a ver, céntrate, que tú esa cabeza siempre la has tenido llena de pájaros. ¿No será que eso es lo que deseas y estás esperando a que Luis te lo pida? Mejor será que guardes la estampa

y ya, cuando llegue el momento, hablamos —dijo Alicia, que conocía las ganas que Puerto tenía de casarse.

—¡Qué no, carajo! Que me caso de verdad, y además pronto, ¡estoy embarazada! Así que no puedo esperar mucho, que si no este traje no me va a quedar bien —contestó Puerto.

—Pero ¿tú estás loca? Si hace menos de un año que te hablas con él. Te estás equivocando, Puerto, pero ahora ya no hay nada que hacer, ya te arrimaste demasiado. Pero ¿tú le quieres? Mira que esto es para toda la vida —advirtió Alicia.

—Pues claro que le quiero, qué pregunta es esa. Ya sé por qué lo dices, como es un buen partido que tiene barco, te crees que lo he enganchado para que no se me escape, pues… ¡no vas mal encaminada! —Sonrió—. Sé que muy espabilado no es, pero lo compensa con otras cosas. Y, después de todo, lo del amor…, qué queréis que os diga, está un poco sobrevalorado. Además, cada uno sabe dónde le aprieta el zapato, y, encima, ¡qué coño!, que se me pasa el arroz y no me quiero quedar soltera —contestó Puerto.

—¡Madre mía, estás como una cabra! Espero que no te equivoques, porque, como dice también este otro refrán que a ti tanto te gustan y seguro conoces, quien obra por conveniencia, la miseria se adueña de su existencia —repuso Alicia.

—Si tú, amiga mía, quieres que te haga el traje, ¡lo haré!, pero me vas a tener que ayudar, aquí hay mucho que coser y aún estoy verde para este mandado. Vamos a tomar el café, que se queda frío, casi tanto como me he quedado yo con la noticia. ¿Y vosotras cómo estáis, que tal el trabajo, Loli? —añadió Teresa.

—Pues bien, no me quejo, aunque no sé qué pasará en unos meses. Resulta que el amo de La Siciliana, vamos, tu suegro, ha

estado hoy hablando con don Francesco. Por lo visto, como ha perdido todo el bocarte, se lo va a comprar a su primo, al menos para los encargos que tenía apalabrados, pero, por lo que contaban, es una burrada de kilos los que se va a llevar. Por eso te digo que igual la próxima vez que nos veamos no tengo trabajo y me vengo a coser contigo. Estos italianos son gente rara, es como si escondieran algo, siempre andan con líos extraños.

—¿Por qué dices eso, Loli? —preguntó Teresa.

—Chica, parece que vivas en otro pueblo. Todo el mundo comenta que don Tommaso está usando los barcos para cosas raras. Primero tenía uno, ahora ya ha comprado otros tres, y, una cosa te digo, pescao no traen mucho, solo lo justo. Si lo piensas bien, algo debe de haber. Poco a poco ha ido poniendo gente en ellos que vienen de fuera, la mayoría italianos, y dicen que alguno ha estado trabajando en Portugal y ¡otros hasta en América! Pero apenas se relacionan con nadie, hablan entre ellos y frecuentan poco el pueblo —comentó Loli.

—Pues a mí me han dicho que Amparo ha vuelto a vivir en la casona de los Venetto. Está otra vez allí, que ya sabéis que la echó de casa con el niño y todo. El chiquillo, que seguro seguro es suyo, hace días que le vi y es una calcomanía del Tommaso, vamos, que solo le faltaba estar calvo como el padre. Ya puedes tener cuidado, Teresa, estás tú muy enamorada. Yo te quiero mucho y no me gustaría que te hicieran daño. Hazme caso, amiga, en esa familia no son lo que parecen. Aunque también te digo que, si vamos a estar a los chismes, estamos apañados, también comentan que mi Luis está haciendo contrabando. Vaya tontería, el pobre mío. Si casi no sabe hacer la «o» con un canuto —añadió Puerto.

—Parece mentira, ya sabéis cómo es la gente, que le gusta mucho hablar sin saber. Os agradezco vuestro interés por mí, pero Robert no es como su padre. Según me ha contado, no se habla con él desde hace tiempo. ¡Venga!, vamos a volver al tema de la boda. ¿Para cuándo tienes pensado pasar por el altar? —preguntó Teresa.

—En cuanto estén los papeles y el traje hecho. Tienes que buscar un día para ir a Santander, allí compraremos todo lo que nos haga falta.

39

Como de costumbre, Teresa hablaba cada dos días por teléfono con Robert. Se acercó hasta el locutorio y pidió la conferencia. Ya no le importaba lo más mínimo que Mercedes escuchara la conversación. Por carta habían marcado unas pautas y unas palabras clave para decirse ciertas cosas.

En esta ocasión la conversación duró menos que otros días. Robert le comunicó que en menos de dos semanas estaría allí con ella. Tenía intención de volver a quedarse en la pensión de doña Sole y también de hacerse cargo de La Siciliana, aunque antes tendría que hablar con su padre, ponerle las cosas claras y conseguir que por las buenas se quitara de en medio y desapareciera de su vida y de la de su madre. Robert sabía lo que había pasado en la conservera, Federico le puso al tanto, y también Teresa le contó lo que se decía por el pueblo sobre ese asunto. También conocía, *grosso modo*, el acuerdo con el que habían llegado su padre y Federico, que no le hacía ninguna gracia; era otro problema añadido a los que ya tenía. Robert le dijo a Teresa que necesitaría su ayuda, ya que su intención era que, al menos mientras él se ocupaba de los asuntos administrativos relacionados con la conservera, ella se encargara de la supervisión y el funcionamiento de la fábrica, con la asistencia de la encargada y el capataz, siempre que Robert

estuviera convencido de que podía contar con su colaboración después de hablar con ellos.

Hacía días que Amparo no iba por casa de su tía. Nuncia, que así se llamaba, se había encargado de la chica desde que su madre, siendo ella muy niña, se largara a Venezuela en busca de cuartos y no volviera jamás. En cuanto a su padre, nadie le conoció, por lo que Amparo figuraba como hija de soltera.

Nuncia estaba preocupada, Amparo era una cabeza loca, pero al menos cada dos o tres días daba señales de vida. Solía pasarse por casa o, si no, iba al puesto del mercado donde su tía trabajaba. No quiso dejar pasar más tiempo y al salir de la pescadería decidió acercarse hasta la casona de los Venetto.

Llamó varias veces, pero nadie contestó. Abrió la portilla y dio una vuelta alrededor de la casa con la intención de mirar a través de las ventanas, pero no había nadie, ni rastro de Amparo ni del pequeño Manuel.

Cuando estaba a punto de salir, el coche del señor llegó. Intentó esconderse, le asustaba aquel hombre malencarado y serio, pero observó que en el auto solo viajaba Federico.

Nuncia se acercó a él y le preguntó por su sobrina, ya que hacía una semana o más que no sabía de ella.

El chófer se sorprendió con lo que la mujer le estaba diciendo y le contestó lo único que él sabía:

—Lamento decirle que poco o nada sé al respecto. Una noche, al llegar, Amparo no estaba y cuando pregunté a Tommaso me dijo que quizá había ido a verla a usted. Al día siguiente, como tampoco la vi,

volví a preguntarle y él me dijo que su sobrina le había dejado un recado en La Siciliana donde le advertía de que se marchaba a Santander.

»Creo que entendí que le había salido un trabajo allí donde podía estar con el niño, era para atender a una mujer anciana muy rica que no tenía familia. Pero no sé ni quién es la señora ni dónde está la casa. Ya siento no poder decirle nada más. Pero de esto hará casi una semana.

»A mí, si quiere que le diga la verdad, me extrañó que no me comentara nada. Ella y yo hablábamos mucho, sobre todo por las noches, cuando ya todos dormían.

Federico desde el primer momento sospechó que algo raro había pasado, y ahora con la visita de Nuncia tenía más claro aún que el asunto no pintaba nada bien. La ausencia de Amparo de la noche a la mañana no era normal. Además, él había estado en su habitación y había visto que la ropa que había traído puesta aquella mañana seguía en el armario igual que la bolsa donde llevaba la del pequeño.

El chófer sufría de insomnio, las primeras tres horas descansaba bien, pero después se desvelaba y se dedicaba a leer y a pintar.

La noche que Amparo desapareció él estaba entretenido leyendo el periódico del día anterior que cada noche recogía del salón y se llevaba a la habitación cuando escuchó que el coche del señor llegaba, apagó la luz de su estancia, se acercó a la ventana y vio como Tommaso entraba en casa. Eran cerca de las cinco de la mañana. En principio, no le dio importancia, ya que el señor con frecuencia salía de noche y llegaba a altas horas de la madrugada, y en esa ocasión se lo había anunciado. Pero a la vista de los

acontecimientos, ahora que lo pensaba, resultaba extraño que saliera después de cenar, normalmente eso no lo hacía jamás.

Nuncia se despidió de Federico. La mujer caminaba cabizbaja y preocupada, y justo en el momento en que iba a traspasar la portilla de la casona Federico la llamó:

—¡Nuncia, espere! —Federico se acercó hasta donde estaba y habló en voz baja—. Creo que debería ir al cuartelillo. Pida hablar con el teniente y cuéntele lo de su sobrina y el pequeño. Tal vez ellos puedan ayudarla.

Cuando la mujer se alejó, Federico corrió hasta el garaje y abrió el maletero del coche. Estaba vacío, nada que él no reconociera, pero, así y todo, revolvió los utensilios que había allí: una pequeña caja de herramientas, unos guantes, una cuerda y poco más. Removió todo y, al hacerlo, notó que algo había sonado y se había colado por una grieta.

Metió la mano para recuperarlo, pero sus dedos eran más anchos que el orificio y no conseguía agarrarlo, entonces fue en busca de algo que pudiera introducir. Encontró unas pinzas y probó con ellas. Las metió con cuidado y sacó una pequeña medalla de la Virgen del Puerto. Era igual a la que lucía Amparo. La reconoció porque el pequeño Manuel solía jugar con ella cuando su madre le tenía en brazos. No la tocó y, cogida con las pinzas, tal y como había salido volvió a dejarla en el maletero.

Robert y Eulalia habían decidido vender su casa de Doctor Letamendi. Era muy grande y los beneficios que sacarían de la venta les permitirían comenzar las obras en la textil.

Eulalia disponía de otro piso más pequeño, suficiente para los dos. Este estaba situado en la avenida del Generalísimo Franco. Quedaba un poco alejado de la zona en la que habían vivido toda su vida, pero era un lugar destacado de la ciudad.

Todo estaba preparado para comenzar con los trámites, aunque la oposición de Tommaso estaba retrasando sus intenciones. Él no quería vender la casa y mucho menos poner en marcha de nuevo la fábrica.

Robert y Eulalia lo intentaron por las buenas con la esperanza de que entrara en razón, pero, al ver que no daba su brazo a torcer, decidieron utilizar el testamento de su abuelo, que le daba potestad a su nieto para hacerse cargo de todo. Ahora solo quedaba hablar cara a cara con su progenitor para entregarle los documentos judiciales que acreditaban a Robert como único beneficiario de todos los bienes debido a la dejadez, la desidia y el mal uso de estos por parte de su padre, que había puesto en riesgo los mismos. Además, simplemente le fueron cedidos para su explotación, puesto que eran propiedad exclusiva de Eulalia Bartomeu y, al cumplir la mayoría de edad, su hijo legítimo, Robert Venetto, sería el dueño de estos si su padre no cumplía con lo acordado.

Este era uno de los motivos por los que Robert viajaría a Santoña tal y como le había anunciado a Teresa. Sus abogados se habían comunicado con un colega de la ciudad y un notario para que acompañaran a Robert en esta encomienda.

Teresa llegó a casa contenta. Sus ojos brillaban como luceros y su sonrisa estaba dibujada en su rostro como ella recordaba.

Su abuela no pudo dejar de darse cuenta y le preguntó cuál era el motivo de su alegría, aunque imaginaba que tenía que ver con Robert.

Teresa no tuvo inconveniente y, a pesar de saber que Nieves no estaba de acuerdo con esa relación, le comentó lo que Robert le había contado.

La mujer, por mucho que ella le decía, seguía sin confiar en el muchacho. Sabía que estaba mal lo que hacía y que, posiblemente, no era como su abuelo, pero no podía evitar estar en desacuerdo con aquella relación, y cada vez que tenía ocasión se lo hacía saber a su nieta.

Teresa entendía las razones de su abuela, pero ella creía en la palabra de Robert e intentaba hacerla entender que era una buena persona.

—Entonces ¿vas a dejar de coser y las redes por ir de nuevo a la fábrica? Creo que te equivocas. Mira qué bien te va ahora esto, tienes un montón de clientas, las horas de frío ya no son tantas y sobre todo no tienes que aguantar a nadie. La verdad, hija, a mí esto me suena a cuento chino. No me gustaría que te hicieran daño. Ya sabes lo que dicen del Tommaso ese, debe de ser un delincuente, más pronto que tarde le pillarán si todo lo que se cuenta es cierto. ¿Qué necesidad tienes de juntarte con esa gente? ¿Por qué no buscas un muchachín de aquí que te quiera y sea trabajador? —dijo Nieves.

—Abuela, la entiendo, pero creo que Robert no es un mal chico, y me agrada la proposición que me acaba de hacer para trabajar en La Siciliana. Tengo todo el derecho a equivocarme. Si todo esto sale mal, volveré a coser o a trabajar con las redes, o lo que haga falta.

Deje de decirme todas esas cosas porque no le voy a hacer caso. La comprendo, se lo juro, sé que usted lo pasó muy mal, pero no tiene por qué volver a ocurrir lo mismo. Estoy segura de que cuando le conozca me dará la razón. Yo la quiero mucho, abuela, y me consta que solo me lo dice por mi bien, pero, por favor, dele un voto de confianza, y crea también en mí, que ya no soy ninguna niña.

—Lo que pasa es que estás enamorada, y, cuando una se enamora, la visión se le nubla y una no piensa con claridad, ¡me lo vas a decir a mí!

—No es eso, se lo aseguro. Solo miro por mi porvenir, y, de paso, por el suyo —contestó Teresa.

La joven se acercó a Nieves y le dio un beso en la frente. Se sentó y cogió la tela para seguir cosiendo.

Nieves no replicó a las palabras de su nieta. No había dicho nada que no fuera cierto, cada cual es dueño de sus actos y tenía derecho a equivocarse, esa era la única manera de saber que la vida tiene una cara y una cruz. Aunque a ella le doliera, tal y como había dicho, Teresa ya era una mujer y nada ni nadie era quien para impedirle hacer lo que considerase oportuno con su vida.

Ojeda estaba sentado en su mesa. Tenía entre sus manos una nueva nota que había recogido en el buzón. Llevaba días vigilando y ya sabía quién era la persona que las dejaba, pero prefirió no decir nada. La que había recibido aquella mañana daba más datos sobre Tommaso y hacía referencia a la desaparición misteriosa de dos personas: Amparo y su hijo Manuel.

Ojeda estaba sobre la pista del contrabando que se estaba llevando a cabo en los barcos. Al igual que al resto de la gente del pueblo, a él también le habían llegado rumores de los negocios turbios del empresario, que, unidos a la información que manejaba de su confidente particular, cuadraban a la perfección. Pero necesitaba pruebas para poder ir contra Tommaso. Era un hombre poderoso con muy buenos contactos y no resultaría fácil actuar solo con indicios en su contra ni conseguir tan siquiera una orden de registro de los barcos o de su casa.

Guardó la nota junto a las otras y durante un rato estuvo pensando en todo lo que estaba pasando, intentando buscar la forma de pillar a Tommaso.

Uno de sus subordinados entró en el despacho para informarle de que una mujer llamada Nuncia deseaba hablar con él sobre una desaparición. Se mostraba muy nerviosa.

El teniente la recibió. Quizá aquella mujer le distraería del asunto de Tommaso Venetto, en el que se sentía estancado.

—Buenas tardes, soy el teniente Ricardo Ojeda, creo que tenía usted interés en hablar conmigo. Dígame. ¿Qué quiere?

Nuncia le explicó que hacía más de una semana que no tenía noticias de su sobrina. En cuanto le dijo que Amparo trabajaba en casa de Tommaso Venetto, el teniente se mostró interesado por todo lo que la mujer le estaba contando y comenzó a hacer preguntas:

—Y dice usted que su sobrina vivía allí con su hijo, ¿no tiene marido?

—Bueno, verá… Mi sobrina es madre soltera, pero… —Nuncia dudó en continuar.

—Diga, diga, no tenga problema en hablar, mujer. Cuantos más datos tenga, será mejor para comprender lo que está pasando y buscar a su sobrina. —Ojeda la animó a continuar.

—Bueno, creo que esto es importante. Verá, el pequeño Manuel no tiene padre reconocido. Esto que le voy a decir no le va a gustar a mi sobrina, pero es importante que usted lo sepa, al menos, eso me parece a mí. El pequeño es hijo de don Tommaso, la chiquilla comenzó a trabajar en La Siciliana y un día con otro, pues usted ya sabe que…, bueno, pues eso, que se liaron. Entonces el señor Tommaso le dijo que él no quería a su mujer y que era mejor que el niño y ella se fueran a la casona a vivir, de momento como su criada, pero que con el tiempo les daría el lugar que les correspondía a los dos —comentó Nuncia.

—Interesante. Es sin duda un dato que tendré en cuenta, y no debe preocuparse: de no ser del todo necesario, esto no saldrá de aquí —dijo Ojeda.

—Vamos a ver, que yo sé que esto es un secreto a voces. Todo el pueblo lo sospecha, no porque lo hayamos contado, pero las circunstancias eran las que eran y, si a la chica se la veía a todas horas con el señor, pues, ¡qué le digo yo! La verdad es que todo el pueblo está al tanto. Mi sobrina no fue lo que se dice discreta, y en más de una ocasión los pillaron juntos en el despacho de la conservera. Después, cuando se quedó preñada, todos pensaron, y con razón, que era del señor.

Nuncia continuó hablando. Le dijo que aquella misma mañana se había acercado hasta la casona y que el chófer del señor Tommaso le había dicho que tampoco sabía de ella y le informó de todo lo que este le había contado.

Ojeda, una vez que obtuvo la información necesaria, le dijo a Nuncia que iba a poner en conocimiento de los diferentes cuarteles la desaparición de su sobrina y del pequeño, sobre todo en Santander, para que se investigara si era cierto lo que le habían dicho y daban con ella.

Cuando la mujer se fue, el teniente cogió el teléfono, ya tenía un motivo más que suficiente para pedir una orden de registro en la casa. Pero decidió colgar el auricular. Primero, le haría una visita a don Tommaso. A ver qué explicación le daba sobre la extraña marcha de Amparo.

40

Eulalia decidió dar un paseo, quería llegar hasta el que iba a ser en poco tiempo su nuevo domicilio. El piso llevaba años cerrado y con toda seguridad necesitaba alguna mejora. No tenía muchos recuerdos de aquella casa, su padre la compró siendo ella muy joven, y solo la visitó en aquel momento.

Era un edificio con mucho encanto, a pesar de que la Guerra Civil había ocasionado desperfectos que tuvieron que ser reparados y supusieron un cambio significativo en toda la estructura.

Su padre adquirió el piso en la Casa Coll Portabella después del conflicto bélico. El dueño era un industrial de gran prestigio de Barcelona, al que conocía por sus negocios textiles.

La casa tenía su pequeña historia ya que, en febrero del año 1939, durante la Guerra Civil, cuando los nacionales tomaron Cataluña, Franco encabezó un desfile militar por la avenida, antes denominada Catorce de Abril, y al llegar al cruce con la calle Balmes se bajó de su vehículo y se subió a uno de los balcones del piso principal de la Casa Coll Portabella. Desde allí, con el brazo en alto, presenció el resto del desfile en su honor, protagonizado por tropas de regulares y legionarios.

Recordó que la vivienda estuvo alquilada durante muchos años a unos amigos de sus padres, una pareja muy agradable a la que tuvo

ocasión de conocer porque visitaba con asiduidad su casa.

Eran judíos, aunque este dato se mantenía en secreto por motivos obvios. Tuvieron que abandonar Austria al comenzar la Segunda Guerra Mundial. Todos sus familiares fueron asesinados durante la noche de los cristales rotos. Ellos consiguieron salvar la vida gracias a la ayuda de unos sacerdotes católicos que les dieron cobijo durante unos meses, y después prepararon su viaje a España.

El tiempo que estuvieron escondidos le produjo a la mujer un problema respiratorio debido a la humedad que había en la fría habitación donde estuvieron ocultos, algo que arrastró toda su vida.

El hombre se dedicaba al negocio del oro y las piedras preciosas, y también estuvo asociado con su padre en algún momento.

Cuando la guerra terminó, decidieron continuar aquí. Nada los ataba a Viena, ni tan siquiera poder visitar la tumba de sus familiares, dado que no sabían dónde habían ido a parar sus restos.

Al fallecer, la casa quedó vacía y nunca más se volvió a alquilar, y de eso hacía unos años.

Eulalia le pidió a Catalina que la acompañara. Cuatro ojos veían más que dos y además la mujer tenía muy buen gusto para la decoración.

Caminaban por la calle Enrique Granados y al llegar a la avenida, al girar, Eulalia vio como una pareja paseaba delante de ellas. Parecían dos enamorados que iban cogidos de la mano y él, de vez en cuando, besaba la mejilla de la muchacha.

Enseguida reconoció al hombre: era Bernat, tenía el pelo más largo y se había rasurado la perilla y el bigote que lucía tiempo atrás. De repente, la pareja se paró un instante y entraron en una cafetería.

Eulalia, que no había dicho nada, agarró del brazo a Catalina para que cesara su caminar.

—¿Qué te parece si nos tomamos un café? —preguntó Eulalia.

Como era de esperar, Catalina no dijo nada y se dejó llevar.

Eulalia no tenía intención de enfrentarse a Bernat, solo quería que la viera y que supiera que era consciente de que se había reído de ella. Su comportamiento era algo que no entendería nunca, no podía decir que hubiera sacado económicamente mucho de ella, si bien era cierto que, en la mayoría de las ocasiones, las cenas y comidas las abonó la mujer. Lo único que le había robado era el corazón, pero quería que viera que estaba entera.

Eulalia, sin decirle nada a Catalina, esperó con disimulo a que la pareja tomara asiento y luego se dirigió a la mesa más cercana a la de ellos.

Bernat estaba embobado mirando a la mujer que iba con él. Era una chica joven, muy bien vestida, se veía que era una mujer de postín y a la que le gustaba llamar la atención, ya que reía de una manera escandalosa las gracias que Bernat decía, lo que ocasionaba que el resto de las personas que estaban en el local volvieran la vista hacia ellos. Bernat estaba de espaldas a Eulalia. En un momento determinado el hombre se levantó con la intención de salir y, al hacerlo y sin querer, golpeó el respaldo de la silla que ocupaba la mujer. Él pidió disculpas y en ese momento Eulalia se volvió y amablemente le contestó:

—No hay de qué. No molesta quien quiere, sino quien puede. Ni en este momento ni en ningún otro usted es capaz de molestarme.

—¡Eulalia! Yo…, bueno —dijo Bernat mostrándose nervioso y sin saber qué decir.

—Creo que se equivoca —contestó Eulalia dándole la espalda.

Catalina observaba la escena sin entender nada de lo que estaba pasando, pero tampoco preguntó. En ese momento quiso reconocer al hombre, le pareció el amigo de su señora. Le había visto alguna vez desde la ventana, pero le notaba distinto.

Tomaron el café y se dispusieron a salir. Eulalia se acercó a la mesa y delante de ellos se dirigió a la mujer que le acompañaba.

—Señora, a la merienda invito yo. Al menos esta no tendrá usted que pagarla.

Eulalia salió con la cabeza muy alta mientras Catalina seguía sin comprender nada. Pero recordó que la señora le había contado que el hombre había desaparecido sin dejar rastro y entonces todo le encajó.

Eulalia, al darse cuenta de que la cara de Catalina mostraba un absoluto desconcierto, al salir le dijo quién era y por qué había obrado de esa forma. Ella no contestó, solo atendió a lo que le contaba sin pedir ni dar explicación alguna.

Ojeda no demoró la visita a Tommaso. No quería ir a la conservera y esperó a que el italiano llegara a casa.

Federico fumaba un cigarrillo apoyado en el coche y al ver llegar a Ojeda se puso derecho.

—Buenas tardes, imagino que el señor está en casa, ¿no? —preguntó el teniente.

—Buenas tardes, sí, así es, acabamos de llegar. Pase, le acompaño —contestó Federico.

Mientras caminaban, Ojeda hablaba y preguntaba sin parar, pero Federico, que iba un poco más adelantado que él, no decía nada.

—Estoy seguro de que un puesto como el suyo le hace conocedor de los movimientos de su jefe. Nadie mejor que usted sabrá sobre su vida, obra y milagros, ¿verdad? Por cierto, después me gustaría hablar con usted, Federico. Si lo prefiere, podemos hacerlo en el puesto o en un bar, por ejemplo, en el Manolín. ¿Qué le parece?

Federico no contestó al teniente sobre el asunto que este le acababa de plantear.

—Voy a avisar a don Tommaso, espere aquí un momento, por favor.

El chófer salió después de unos minutos y le acompañó hasta el despacho de Tommaso.

—Vaya, parece que está usted enamorado de mí. No sé qué tripa se le habrá roto ahora, porque de lo que estoy convencido es de que a darme noticias sobre el agresor de mi hijo no ha venido, ¿me equivoco? —dijo Tommaso nada más verle, sin tan siquiera saludarle.

—Buenas tardes, lo primero, no vamos a perder la educación. ¿Qué sería del mundo si no la tuviéramos? Pues, efectivamente, mi visita en esta ocasión no es para darle información sobre su hijo. Lamento decirle que no sé nada más que lo que le comenté la última vez, ¿recuerda? Cuando malograron su producción de anchoas. Por cierto, ¿ya dio con el culpable? No hace falta que me conteste, estoy seguro de que no.

»Hoy vengo a preguntarle por la mujer que trabajaba para usted desde hacía años, según tengo entendido, por Amparo. Hemos

registrado en el cuartelillo una denuncia por desaparición, de ella y de su hijo. ¿Cuándo ha sido la última vez que la vio?

—¡Vamos, lo que me faltaba! ¿Usted sabe cuánto trabajo tengo? No tengo la menor idea de cuándo se fue esa mujer. Solo sé que un día apareció por aquí y me dijo que tenía un trabajo en una casa en Santander y que se iba. Cuando llegué la otra noche ya se había ido. Pregúntele a mi chófer, él se llevaba muy bien con ella.

—¿Y dice usted que ella apareció por esta casa para despedirse? —reiteró Ojeda.

—Sí, eso mismo es lo que dicho, ¿está sordo? Espero no tener que repetir cada una de las palabras que digo, bastante hago con atenderle en un asunto que ni me va ni me viene. No trabajo con esclavos, los que deciden irse pueden hacerlo cuando quieran —contestó muy molesto Tommaso.

Ojeda, mientras Tommaso hablaba, recorría con la vista la estancia. Un repaso rápido en el que pudo observar la diferencia de tonos en el suelo. Muy cerca de donde estaba la chimenea se notaba que allí podía haber habido una alfombra o algo que cubría el suelo. Poco más pudo ver, ya que Tommaso estaba pendiente de sus movimientos.

No quiso preguntar más y tampoco pidió permiso para visitar la habitación que ocupaba Amparo. No quería que Tommaso pudiera anticiparse y destruir alguna prueba.

Se despidió y se fue, pero, antes de salir, en tono irónico le dijo:

—Qué mal lo debe de pasar un padre cuando no sabe dónde está su hijo, ¿no le parece?

El teniente no esperó respuesta y salió.

Federico aguardaba sentado en uno de los bancos que había en el jardín. Cuando vio salir al teniente se puso en pie y caminó a su encuentro.

—Si quiere hacerme alguna pregunta, no tengo inconveniente. Me gustaría saber dónde está Amparo. Es una buena chica que ha sufrido mucho, y yo también estoy preocupado.

—Estupendo, pues, entonces, si usted puede ahora, demos una vuelta y mientras tanto vamos hablando —contestó Ojeda.

Los dos hombres caminaron en dirección al centro del pueblo. Andaban despacio, sin prisa. Ojeda se había dado cuenta de que aquel hombre era con toda seguridad quien más sabía de Tommaso y decidió escuchar. Tenía una conversación amena, se veía que era parco en palabras, pero muy cabal.

Federico le dijo que, por lo que él había visto, Amparo se había ido de una manera inesperada. A él le había extrañado porque nunca le había hablado sobre su intención de abandonar el trabajo. Le comentó también que había estado en la habitación de la mujer y había observado con extrañeza que tanto su ropa como la del pequeño estaban en los roperos. Añadió que este detalle no se lo había hecho saber a su tía, de manera intencionada, para que Nuncia no se preocupara, pero que la había animado a ir al cuartelillo y dar parte.

Ojeda escuchaba con atención y seguía haciendo preguntas sobre lo que la tía de Amparo le había contado e insistía en la relación que mantenían la desaparecida y el señor Tommaso.

Federico ni confirmó ni desmintió, fue un poco ambiguo en su respuesta, pero quedaba claro que lo que la mujer le había dicho en el cuartel era cierto, aunque él no se atreviera en ese momento a

asegurarlo. Sí que ratificó que mantenían una relación sentimental un tanto anormal, ya que, como todos sabían lo que había, no pudo negarlo. Pero, en cuanto a la posibilidad de que el pequeño Manuel fuera su hijo, no quiso posicionarse y eludió como pudo la pregunta.

Federico no comentó nada sobre lo que había encontrado en el coche. Ojeda no había preguntado a ese respecto y él tampoco quiso decirlo.

Al llegar al pueblo se acercaron a uno de los bares de la plaza de San Antonio. Eran casi las ocho y media de la tarde y el teniente estaba fuera de servicio. Decidieron tomarse unos chiquitos.

Mientras esperaban a que les sirvieran, apoyados en la barra, Ojeda preguntó:

—¿Usted no conocerá a alguien que esté interesado en que se sepan cosas sobre Tommaso? Lo digo porque últimamente estoy recibiendo unas cartas en las que me ponen sobre la pista de ciertas acciones que supuestamente lleva a cabo su jefe. Esto es confidencial y le ruego que no traicione mi confianza.

Federico no contestó. Tomó un trago del vino que tenía entre las manos y negó con la cabeza mientras decía no saber nada sobre ese asunto.

—Bueno, pues no me queda más que esperar una nueva misiva. Ojalá la próxima me ofrezca una buena información.

Federico se despidió. Estaba convencido de que el teniente pensaba en él como el emisor de las cartas. Era la persona que más cerca estaba de Tommaso y conocería todos sus movimientos.

41

Puerto ya tenía fecha para su boda y junto con Teresa, tal y como habían quedado, se acercó a Santander para comprar telas, encajes, rasos, botones, hilos y demás enseres que serían necesarios para la confección del vestido de novia.

Salieron de buena mañana, tomaron el directo y se plantaron en la capital a primera hora.

Recorrieron las calles bajo el paraguas, ya que la incesante y fina lluvia no cesaba. Se acercaron hasta Almacenes Simeón y después a Gandarillas, y en ambas encontraron las telas que necesitaban. El resto del material lo compraron en el Botón de Oro.

Puerto estaba entusiasmada, no solo porque iba a cumplir su sueño de pasar por el altar, también por estar disfrutando de las compras con su mejor amiga.

Aprovechó aquella ocasión para hacerse con una buena camisa, que adquirió en Casa Miguel, para que Luis la luciera el día del enlace, y después fueron en busca de los zapatos que llevarían ambos el día señalado.

Como no podía faltar detalle, se dirigió hasta la corsetería Amada y allí se hizo con la ropa interior y un salto de cama maravilloso. Por último, entró en Santamaría y decidió comprar unas sábanas de hilo

carísimas que llevaría a las monjas para que le bordasen en ellas sus iniciales.

—Oye, Puerto, ¿tú sabes el dineral que te has gastado? —preguntó Teresa mientras ambas compartían un refrigerio en una terraza tras un intenso día de compras.

—¡No te preocupes! Luis me dio las perras y me dijo que comprara todo lo necesario.

—Pero, vamos a ver, hasta donde yo sé, Luis tiene barco, pero ¿tanto dinero gana?

—Pues eso parece, chica. Yo solo sé que le comenté que andaba justa para la tela del vestido y metió la mano en el bolsillo y me salpicó un buen puñado de billetes, ¡los que me he gastado, claro! Pero, una cosa te digo, la verdad es que también me pregunto de dónde saca el dinero. Sin embargo, ya sabes, ojos que no ven, corazón que no siente. Lo hemos pasado bien, ¿no? Pues para qué darle vueltas —dijo Puerto cerrando el asunto.

—Pues creo que deberías tener cuidado, todos sabemos que también hay cosas que no se deben hacer y algunos las hacen, y te puedes encontrar con un problema.

Puerto ya no quiso contestar.

Las chicas llegaron a media tarde a Santoña. La plaza estaba de lo más animada; se notaba que era víspera de fiesta. Cuando el autobús estaba a punto de parar, Teresa miró por la ventanilla y vio en una de las mesas al teniente Ojeda sentado con otra persona.

Teresa quiso reconocer al acompañante del teniente, pero… «No, no puede ser, estoy equivocada», se dijo.

Volvió a mirar con curiosidad mientras descendía por las escaleras del vehículo.

El hombre se volvió y, al hacerlo, sus miradas se cruzaron. No podía creer lo que estaba viendo: con paso decidido se dirigía hacia ella Robert.

Teresa soltó todas las bolsas que traía y corrió a su encuentro. Un beso largo y apasionado del que fueron testigos todos los presentes dio paso a las lágrimas de alegría que brotaban de los ojos de Teresa, que aun teniendo delante al chico no podía creer que aquello fuera cierto.

Robert le contó a Teresa que había dejado todos los asuntos dispuestos en Barcelona. Su madre se encontraba atareada con las obras de mejora en el piso de la Casa Coll Portabella y estaba ilusionada a la vez que entretenida.

También habían comenzado el desescombro en Tarrasa con la intención de volver a poner en marcha la textil. No podría ser tan grande como la incendiada, pero al menos recuperarían el negocio, y con el tiempo irían viendo si sería posible una ampliación. Por supuesto, había contactado con los antiguos clientes y la mayoría de ellos estuvieron de acuerdo con volver a comprar sus productos una vez que la producción se reanudara.

Carles Soler se había encargado también de obtener el compromiso de algunas de las trabajadoras y estaba al frente de todo lo que se estaba ejecutando en los terrenos. Con un poco de suerte, en unos meses, la textil volvería a estar en marcha. Le había costado convencer al banco para que le diera el crédito, pero lo había conseguido gracias al patrimonio que su madre tenía y a la venta del piso.

El muchacho no quiso esperar más y, anticipándose a la fecha que le había indicado a Teresa, puso rumbo a Santoña. Allí había mucho

que hacer y sobre todo mucho que decir a su padre. Venía dispuesto a quedarse con todo lo que le correspondía por derecho. Por desgracia, no pudo hablar con Tommaso. Nadie, ni siquiera Federico, sabía dónde estaba, solo que se había marchado sin dar cuentas de su destino.

Teresa y Robert acompañaron a Puerto a casa. Ella no podía con las bolsas y, aunque la chica insistió en volver sola, decidieron ir con ella.

Cuando se quedaron solos, no eran capaces de hablar, solo se miraban, se cogían de las manos y se abrazaban a cada paso que daban.

Se sentaron en un banco alejado de las miradas del resto del mundo y Robert la puso al corriente de todo lo que había pasado durante el tiempo que estuvo en Barcelona. Cómo había sido su recuperación y cómo se encontraba de salud, que por suerte era mucho mejor de lo esperado. Las secuelas estaban controladas y no le estaban dando problemas, aunque debía tener revisiones periódicas.

Teresa estaba sorprendida. Pensaba que quizá había perdido el ojo, pero su globo ocular permanecía intacto, no así su visión, que se había reducido en más de un cincuenta por ciento, motivo por el que llevaba unas gafas de pasta marrones que le hacían parecer más interesante y atractivo.

La chica por su parte poco tuvo que contarle. Durante sus conversaciones telefónicas se habían puesto al día. Añadió algún detalle sobre su abuela y le habló de cómo le iba con su labor de costurera.

—Tengo unas ganas locas de tenerte para mí solo. No sabes cómo he echado en falta tus besos, tus caricias y la sensación de felicidad que tengo cuando estoy dentro de ti —dijo Robert.

—¡Calla, loco! Que nos pueden oír. —Teresa se acercó a su oído y le susurró—: No creo que sean tantas como las que tengo yo. Mis noches han sido de lo más sofocantes acordándome de ti.

La pareja se fundió en un largo y deseado beso que habría acabado de la mejor de las maneras de no ser por el lugar donde se encontraban.

La noche había caído casi sin darse cuenta y Robert acompañó a Teresa a casa. Por el camino le dijo que la próxima vez que se vieran le daría todas las explicaciones que aún le debía. Lo que sí le contó de una manera escueta fue el motivo por el cual nunca le dijo quién era en realidad.

Teresa lo entendió, pero no le quedó muy claro por qué no se lo confesó a ella teniendo en cuenta la relación que mantenían. Era como si no se fiara, y eso le dolió a pesar de las explicaciones que Robert le dio.

Ricardo Ojeda llegó al cuartelillo y encontró un gran revuelo. Habían recibido noticias de sus compañeros de Bilbao en las que se informaba de que habían dado con el paradero del pequeño Manuel.

El niño estaba por el momento albergado en un hospicio a la espera de que algún familiar fuera a recogerle.

Unos ganaderos le encontraron en su cuadra, dormido sobre la paja. El pequeño estaba hambriento, sucio y muerto de frío. La

mujer le había atendido con cariño, le aseó, le puso ropa de uno de sus hijos y le dio de comer.

El pequeño Manuel solo había dicho que se había despertado en la calle y había comenzado a caminar. Debió de adentrarse en un bosque la misma noche que Tommaso le abandonó. El niño poco más comentó, salvo que se había metido en una cueva y allí durmió, después caminó otro trecho y dio con el caserío donde le encontraron.

Los granjeros dieron parte a la Guardia Civil en cuanto le vieron. Los agentes, después de intentar sacar algún dato más, le llevaron al hospicio donde se encontraba a la espera de dar con sus padres.

De Amparo no sabían nada y el pequeño poco les pudo aclarar, solo que se quedó dormido en un cuarto donde su padre le había encerrado y cuando despertó estaba en la calle y caminó en busca de su madre.

Nuncia se presentó en el cuartelillo. Los guardias no tenían ni idea de cómo se había enterado de que el niño había aparecido. Era una información que acababan de recibir. La mujer pedía a gritos que por favor le trajeran de vuelta a su pequeño al pueblo.

El teniente Ojeda intentó calmarla. La mujer lloraba desconsoladamente, su sobrina jamás habría abandonado al pequeño, y menos en un lugar tan lejano al que nunca había ido y donde no conocía a nadie. La mujer lo repetía una y otra vez entre sollozos.

Ojeda tenía claro que, desgraciadamente, Amparo no estaba viva y decidió solicitar la orden de registro. Seguía sin tener pruebas en contra de Tommaso, pero el testimonio de Federico fue para él determinante y, además, encontró una contradicción en el relato de

ambos hombres, y apostaba que quien no había dicho la verdad era Tommaso.

Estaba seguro de que Federico tenía las claves y sabía mucho más de lo que contaba.

Debía ganarse su confianza. Él tenía la llave que abría la puerta de la celda que tenía que ocupar el italiano.

42

Era día de mercado, y Teresa salió con Nieves con la intención de adquirir algunas viandas que necesitaban.

Aquella mañana por fin lució el sol. Parecía que la primavera iba a regalarles jornadas llenas de luz, algo necesario después de tantos días grises y húmedos. Aunque las gentes del norte de sobra sabían que aquello podía ser solo un espejismo y sin tardar el paraguas volvería a ser uno de los objetos que más utilizarían.

El mercado estaba lleno de puestos que ofrecían sus mejores verduras, frutas, quesos y todo aquello que pudieran necesitar los vecinos, que abarrotaban el lugar.

Nieves no daba paso en el que no tuviera que pararse. Llevaba días sin salir de casa debido al cansancio que le había provocado la anemia que venía padeciendo desde hacía tiempo, pero cada vez que tropezaba con algún conocido tenía que contestar a sus preguntas y atenderlo de una manera educada.

Estaban comprando unas carnes en el puesto de una conocida de Isla cuando detrás de ellas escucharon unas voces que hicieron que tanto abuela como nieta se volvieran a mirar.

—¡Hombre, mira quién anda por aquí! ¡La Siciliana y su abuela! Y yo que pensaba que ya se habían hecho ricas y no querían nada con los pobres —gritó Pura la Gata.

Nieves se revolvió con la idea de ir a ella y contestarle, pero Teresa la sujetó del brazo y la mandó callar.

—Abuela, déjelo, no merece la pena. No haga caso.

Pero Pura continuó hablando:

—¡Qué! ¿No piensas saludar? ¡En casa metidas teníais que estar las dos! ¡Y tú, Siciliana, no creas que a mi familia se le olvida que por tu culpa nos mataron al pobre Samuel! Pero todo se paga en esta vida, ¡a cada cerda le llega su San Martín! Y entonces ya tendremos tiempo de reírnos los demás. ¡Mala sombra os acompañe! A la abuela le salió mal lo del abuelo del italiano, y ahora prueba la nieta a ver si cuela.

Pura seguía dando voces y llamando la atención de la gente que allí se encontraba. Además señalaba con el dedo hacia donde las mujeres estaban para que todos los ojos cayeran sobre ellas.

Teresa no pudo aguantar más y fue a su encuentro.

Caminaba con la cabeza alta, pisando con fuerza e irradiando rabia que intentaba contener.

No sabía qué iba a decirle, pero no podía consentir que siguiera acosándolas de aquella manera. Bastante soportaba cada mañana mientras llevaba a cabo su trabajo de redera las insinuaciones e insultos de aquella mujer y otras cuatro más que le seguían el juego y le hacían la vida imposible, pero no estaba dispuesta a consentir ni un minuto más aquella situación, y menos que nadie las dejara en evidencia en medio del tumulto del mercado.

—No se mueva de aquí. Esto lo arreglo yo como que me llamo Teresa Cobo —le dijo Teresa a Nieves, que en cuanto vio que se dirigía hacia donde se encontraba Pura la siguió.

—¡Mírala, si todavía viene farruca la señoritinga! —habló Pura al ver que se acercaba.

El mercado estaba lleno y la gente comenzó a hacer un corro a su alrededor. Nieves apartaba a la gente que se colocaba delante de ella e intentaba llegar a la altura de su nieta.

—¿Qué pasa, Pura? Me parece que tú y yo tenemos que arreglar esto de una vez por todas —afirmó Teresa mientras se plantaba enfrente de ella con los brazos en jarras sobre las caderas.

Pura era una mujer regordeta y más baja que Teresa. Al ver que la joven le hacía frente, se creció e intentó, poniéndose casi de puntillas, colocar la cara frente a la de la chica.

—Eres una zorra aprovechada igual que tu abuela. ¡Calientabraguetas! —dijo Pura. A continuación, escupió en la cara de la chica.

Teresa la dio un bofetón con todas sus fuerzas que hizo que la mujer cayera al suelo como un saco. Luego se agachó hasta ella, la agarró del pañuelo que llevaba sobre los hombros y levantó su tronco del suelo.

Cuando estaba en pie de nuevo, la empujó con rabia sobre uno de los puestos. Volvió a agarrarla por el pecho y, acercándose mucho a ella, le advirtió:

—Esta es la última vez que te diriges a mi abuela y a mí. La próxima, te arrastro de esos pelos de estropajo que tienes por todo el pueblo hasta que no te quede ni uno. ¿Te queda claro?

Teresa la soltó y la mujer volvió a golpearse contra el suelo. Pura estaba noqueada, los dedos de la joven comenzaron a aparecer en su cara.

—¡La última vez! —gritó Teresa mientras se alejaba abriéndose paso entre la gente—. Vamos, abuela, aquí ya está todo el pescao vendido. A esta no creo que se le vuelva a ocurrir abrir la boca cuando nos vea.

Teresa estaba nerviosa; era la primera vez que le pegaba a alguien. Le dolía la mano, le atizó con tanta fuerza que la muñeca se le había resentido.

Caminaban las dos entre el gentío, altaneras, como si no hubiera pasado nada, pero lo cierto era que a la chica las piernas casi le fallaban. Le temblaban de tal manera que por dos veces estuvo a punto de caer, pero el coraje que sentía dentro de ella lo evitó.

Al llegar a casa, Robert estaba apoyado en el quicio de la puerta del portal esperando.

Nieves apenas le miró, saludó y se subió a casa.

—Hola, qué pasa, te noto nerviosa, ¿has discutido con tu abuela? Me parece que no le hago mucha gracia. Tendré que ir ganando puntos, ya me dirás qué puedo hacer para que me acepte —preguntó Robert.

—No, no pasa nada, son cosas nuestras. Ahora no es buen momento; si no te importa, nos vemos más tarde —dijo Teresa.

—Mujer, cómo te pones, vengo a verte con todas las ganas del mundo y te encuentro… ¿Qué ha pasado? Cuéntame, no me dejes así, igual te puedo ayudar —se ofreció el joven.

—Mira, esto son cosas que nada tienen que ver contigo. Si no te importa, nos vemos a la tarde o mañana, tengo trabajo atrasado y no puedo quedarme —contestó la chica.

Robert insistió. Le resultó muy extraña la manera de proceder de Teresa, nunca la había visto así y no entendía qué era lo que le

había provocado el enfado que tenía. Mientras intentaba convencerla para que le diera razón de su malestar, un grupo de vecinas se aproximó al portal y por sus gestos y sonrisas Teresa intuyó que algo le iban a decir.

Intentó despedirse de nuevo de Robert, pero no pudo evitar que, al pasar las mujeres, estas hablaran:

—¡Niña! Ya era hora de que alguien le partiera la cara a la Pura, vaya sopapo le has dado, ¡justo lo que merecía! —dijo una de ellas al llegar a su altura.

Robert la miró sorprendido.

—¿Te has pegado con alguien? —preguntó.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Tú no te has pegado nunca? —respondió Teresa muy molesta.

—Pues, la verdad, no. Y además no me parece muy normal que una mujer como tú ande pegándose por ahí. Es una falta de todo, Teresa. ¿Cómo se te ocurre ponerte a su altura como si fueras una pescadora?

—¿Cómo dices? ¡Una pescadora! Pues, mira, eso justo es lo que soy y lo que seré toda mi vida, y lo que era mi madre y fue mi abuela. No voy a dejar que nadie me pise, me insulte y me haga de menos, y por supuesto tampoco a ti te tolero que me hables con ese tono despectivo que acabas de utilizar. Y… si para ello me tengo que pegar, ¡me pego!

—No, no quise decir eso. Perdona, no quise ofenderte. Yo solo digo…

—Mejor no digas nada —contestó Teresa.

La chica no le dejó continuar.

—Mira, no me importa lo que digas, al final mi abuela tiene razón, tú y yo somos muy diferentes. Creo que es mejor que dejemos esta relación. Tú tienes tu vida y yo la mía, y así debe continuar. Yo solo soy una redera, y tú, un señorito, y esto creo que no va a llegar a buen puerto. Lo siento mucho, pero debemos decirnos adiós en este momento, así te evitas la vergüenza de que nadie te diga que la pescadora de tu novia se ha pegado en el mercado —dijo Teresa.

—¡Espera! No sé qué te pasa, estás enfadada, seguro que lo piensas con calma y se te pasa. Por lo que veo, me ha tocado pagar los platos rotos, pero no me importa, cuando quieras sabes dónde estoy. No estoy dispuesto a perderte ahora que te tengo a mi lado de nuevo. Venía a decirte que tengo que volver a Barcelona, pero, en cuanto solucione la cuestión que me lleva hasta allí, que es la venta de mi casa, volveré a buscarte —añadió Robert.

—No es necesario que me des explicaciones, acabo de decirte que es mejor que lo dejemos —dijo Teresa.

Robert se quedó parado; no comprendía nada de lo que había pasado. No le había sentado bien saber que Teresa se había pegado con alguien, pero no pretendió ofenderla con su comentario.

Durante un rato estuvo sentado en el banco que había unos metros más adelante a la espera de que Teresa se tranquilizara y bajara a hablar con él, pero la chica no apareció.

43

Eulalia estaba a punto de entrar en su casa cuando el sonido de un claxon llamó su atención.

Al volverse reconoció el auto de Bernat. Le miró y entró en el portal.

El joven salió del coche y corrió en su busca mientras la llamaba a gritos.

Eulalia se volvió antes de subirse al ascensor sorprendida por las voces que Bernat estaba dando y le pidió que dejara de hacerlo. El portero estupefacto miraba con atención desde su garita la escena. Eulalia con un gesto le pidió que se callara y preguntó.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Qué quieres? —preguntó Eulalia.

—Tengo algo que decirte, quiero hablar contigo. Por favor, ven conmigo, tomemos una copa mientras hablamos. Este no es el lugar —dijo Bernat.

—No creo que tú y yo tengamos nada de qué hablar. Tú has decidido desaparecer de mi vida y yo ya me he acostumbrado, no vuelvas a aparecer de nuevo. No te quiero a mi lado —contestó la mujer.

Eulalia le dio la espalda y abrió la puerta del elevador.

—¡Lo hice por dinero! —gritó Bernat.

Eulalia se quedó parada, sin darse la vuelta, esperando a que continuara hablando.

—Fue tu marido quien me contrató para que te tuviera entretenida. Le conocí en una fiesta en el casino. Comenzamos a hablar, tú estabas aquella noche por allí. Yo te miraba porque habías llamado mi atención y entonces él me preguntó si me gustabas. Le contesté que sí sin saber que era tu marido. Después de un rato me propuso que te conquistara, que te mantuviera entretenida durante el verano. Me contó que eras una rica heredera amiga de su familia, él tenía negocios que atender y necesitaba que alguien te distrajera. Usé las influencias de tus amigas, a las que yo también conocía, como bien sabes, para que te llevaran a aquella exposición donde nos presentaron y luego, aprovechando la curiosidad que mostraste por las pinturas, me costó poco convencerte para que vinieras a mis clases.

»Hace unas semanas, Tommaso me envió una nota para decirme que dejara el cortejo y desapareciera de tu vida, y añadió que eras su mujer, algo que yo ya sabía, tus comentarios y los de varios conocidos me lo habían confirmado. Junto a la misma me hizo llegar el resto del dinero acordado. Es lo que hice, desaparecer tal y como me había dicho. Pero el otro día, al verte, me he dado cuenta de que te he hecho mucho daño y no lo mereces.

»Me voy a París, pero, antes de hacerlo, he sentido la necesidad de decirte la verdad. Soy un canalla, pero me hacía falta ese dinero y cuando me lo ofreció no pude rechazar su propuesta. Lo siento.

Eulalia se alejó del ascensor y caminó hacia Bernat, despacio, sin dejar de mirarle a la cara mientras hablaba. Al llegar a su altura continuó manteniendo la vista sobre el hombre. Cuando este dejó de

hablar, ella guardó silencio, un largo silencio que se clavó en los oídos de Bernat como si fueran las peores palabras que había escuchado en su vida.

—Si has cobrado, ¿para qué me lo cuentas? ¿Acaso esperas que recompense tu confesión?

—No, solo quiero que sepas que ese hombre no te quiere y desea que sufras. Y yo, la verdad, te he cogido mucho cariño. Quiero pedirte perdón. Nunca debí hacerlo. Además, tengo que decirte que eres una gran mujer y que no todo fue fingido, me costó separarme de ti —añadió Bernat.

Eulalia se apartó sin mirarle, sin más reproches. Sintió un pinchazo en el corazón, no por la deslealtad de Bernat, sino por la bajeza a la que una vez más su marido la había expuesto.

Cada día que pasaba estaba más feliz de pensar que su hijo no llevaba la misma sangre que aquel hombre.

Sin molestarse en contemplar cómo Bernat se marchaba en su coche, Eulalia se dispuso a entrar en casa. Catalina le abrió la puerta y la advirtió de que Tommaso estaba en su despacho.

Eulalia se dirigió a su dormitorio, se cambió de ropa y después de un buen rato fue al encuentro de su marido.

—¡Querido, dichosos los ojos que te ven! ¿Qué te trae por aquí? Unos días más y no nos encuentras; como ves, está casi todo embalado y preparado para el traslado. Me tienes que decir dónde quieres que enviemos tus cosas, la otra casa es más pequeña y no tengo donde poner trastos viejos. Claro que, si te parece, también lo podemos dejar ahí y que los nuevos propietarios se encarguen de tirarlo, para mí sería mucho más fácil. Estoy muy ocupada

últimamente. Eso sí, lo que estoy de verdad es feliz. No sabes la ilusión que me hace comenzar de nuevo.

»Como has observado, en el fondo, un hombre no es necesario para nada, bueno, para algo sí, aunque tú ni para eso, querido. No lamento en absoluto que todo mi patrimonio haya pasado a manos de mi hijo. En realidad es donde debe estar. ¡Y menos mal! Porque tú estabas dilapidando mi fortuna. Hablaste con mi hijo, ¿verdad?

Tommaso estaba sorprendido con la actitud de su mujer. Y a medida que la iba viendo pavonearse delante de él con altanería, soberbia y desprecio, hablando sarcásticamente con una sonrisa en los labios, la ira le iba recorriendo el cuerpo.

—¡Eulalia, siéntate! Me estás poniendo nervioso —dijo Tommaso.

—No me apetece, querido, he estado toda la mañana sentada. Si no tienes nada que decirme, creo que le voy a pedir a Catalina que prepare la mesa, estoy hambrienta. Por cierto, le diré que con un cubierto es suficiente, no espero invitados y mucho menos de tu calaña.

Tommaso se acercó a ella y la cogió fuerte por el brazo obligándola a sentarse. Eulalia se levantó con rabia, pero sin perder el gesto sonriente de su cara.

—¡He dicho que te sientes! —repitió Tommaso.

—¡Y yo he dicho que no! ¡Lo que tú digas me da igual! No tengo nada que hablar contigo, y como vuelvas a ponerme una mano encima te vas a arrepentir. Ahora vete de mi casa, no quiero volver a verte. Aunque antes de que te vayas tengo que decirte algo. —Eulalia, con la vista puesta en los ojos de su marido, retó a Tommaso—. Robert no es hijo tuyo, afortunadamente no lleva ni tus genes ni tu sangre. Llevará tu apellido muy a mi pesar toda la vida.

De todos modos, no creo que esto te importe mucho, ¿verdad? Jamás le has tratado con cariño. Ocúpate de ese pequeño que tienes en Santoña y cuídale mejor de lo que has hecho con mi hijo, porque esa es la única descendencia que tienes.

»Ahora ¡lárgate! Y no te molestes en volver a pisar la textil, que seguramente fuiste tú quien la incendió, ni la conservera, porque a pesar de que lo has querido ocultar sé que es mía, igual que la casona de Santoña. Sé que mi padre pagó tus deudas y se quedó con ella. Se acabó, Tommaso, ya no vas a jugar más conmigo.

Tommaso cogió unos papeles de encima de la mesa de su despacho, los metió en el maletín y se marchó dando un portazo.

Nada podía hacer, a primera hora de la mañana había estado hablando con sus abogados, los cuales habían sido muy claros al respecto.

Días atrás estos habían sido puestos al corriente por sus colegas, los letrados de Eulalia, de todo lo que estaba sucediendo. No tenía ninguna posibilidad de dar vuelta a todo lo que se había destapado.

Su suegro, poco antes de fallecer, se encargó de testar de tal modo que Robert, al cumplir la mayoría de edad, fuera su heredero universal, algo que el anciano en su momento puso en conocimiento de su yerno.

Tommaso ocultó lo dicho por su suegro, al igual que rompió su promesa de comunicárselo a su esposa.

Salió con la cabeza gacha de la que hasta ese momento había sido su casa. No tuvo oportunidad de hablarle a Eulalia de nada de lo que tenía previsto, y mucho menos de disfrutar viendo en su cara el sufrimiento por lo que Bernat le acababa de contar.

Era una mujer diferente, apenas la reconoció. Ya no era la misma persona a la que él había manipulado durante años.

Eulalia se sentía libre, era como si su cuerpo flotara, y a la vez sentía rabia por haber permitido que toda su vida hubiera girado en torno a un hombre como él.

Tomó el teléfono y llamó a la pensión donde su hijo se alojaba.

Robert contestó la llamada. Su madre le dijo que no era necesario que hablara con él. Tommaso estaba en Barcelona y ella se había encargado de decirle que era hora de que se quitara de en medio.

Le pidió que volviera pronto para realizar la firma de la venta de la casa.

Luego colgó.

44

Los días pasaron lentos para Teresa. Supo que Robert, tal y como le anunció, había partido a Barcelona, y por supuesto no había vuelto a hablar con él.

La joven no estaba enfadada, simplemente había comprendido cuál era realmente su lugar y, a pesar de que su corazón seguía latiendo por él, su cabeza le decía que no era una buena opción y que estaba haciendo lo correcto.

Al final su abuela tenía razón.

Puntada tras puntada, cosía el traje de novia de su amiga. Puerto cada tarde se acercaba y ayudaba en lo que podía. Quedaba una semana para el enlace y las dos se aplicaban en la labor.

—Teresa, ¿has vuelto a ver a Robert? Dicen que ya ha vuelto —comentó Puerto—, creo que esta mañana, y, por lo visto, lo primero que ha hecho es dirigirse a La Siciliana. El mismísimo Isidro me ha contado que está al frente de la conservera, y al parecer tiene muchos planes para ella. También comentan que le han quitado todo al Tommaso y que ahora el dueño es tu novio. ¡Menudo partido, chica! Yo que tú me lo pensaba. Aquí hay mucha lista y seguro que alguna se le arrima a la mínima.

—Parece mentira que tú me digas eso. Sabes que no me muevo por el dinero. No me importa lo que tenga o deje de tener, eso me

da igual. No creo que se quede con una pescadora como nosotras, no tengas miedo. Buscará alguna señorita de la capital. ¡Y no le llames mi novio! No lo es —contestó Teresa.

—Pero vamos a ver, chica, no entiendo muy bien por qué te has enfadado con él por esa tontería, no creo que él quisiera ofenderte. A mí no me engañas, algo más tiene que ser —dijo Puerto.

—Si quieres que te diga la verdad, tampoco yo lo entiendo. Es cierto que venía muy nerviosa por lo que había pasado y también que no quiso ofenderme, pero han sido meses sin saber de él y, aunque estaba enamorada como una tonta y lo he pasado muy mal, no te niego que el otro día cuando le vi el corazón se me aceleró. Pero le noté cambiado, lo único que hacía era hablarme de lo que había pasado en su casa y de los proyectos que tenía, le noté distante y me dolió. Con decirte que desde el día que llegó hasta la siguiente vez que le vi habían pasado tres días…

»Si tantas ganas tenía de verme, ¿por qué no volvió al día siguiente como yo pensaba que haría? Y después de la bronca no regresó por aquí ni me ha dicho nada ni me ha mandado un mensaje…, cero. Tanto no me querrá. Me dijo que cuando yo quisiera ya sabía dónde estaba. Si él no me ha buscado será porque no tiene interés. Desde luego yo no iré a su encuentro.

Nieves entró en la habitación; llegaba en ese momento de pasear con una de sus amigas.

—Acabo de enterarme de que ha aparecido el cadáver de la pobre Amparo, ya sabéis, la sobrina de Nuncia, la chica esta que trabajaba en la casa de los italianos. Resulta que ha aparecido flotando en el mar, que la ha llevado ¡hasta Galicia! En Ribadeo, creo que han dicho. Allí por lo visto estaba la muchacha, enredada entre unas

rocas la han encontrado unos pescadores cuando estaban cogiendo percebes. Me parece demasiado raro que haya aparecido tan lejos. No recuerdo que en este tiempo haya habido temporal como para que la marea la distanciara tanto. Claro que a saber dónde la tiraron. Dicen que estaba atada de pies y manos, pobre muchacha.

Tal y como Nieves había contado, el cuerpo sin vida de Amparo había aparecido. De esto hacía días, aunque la noticia se corrió por el pueblo cuando su familia fue avisada.

La Guardia Civil había dado parte de su desaparición y una cicatriz que tenía en su brazo derecho, producida por una quemadura siendo niña, había sido clave para reconocerla.

Ojeda había sido informado de la resolución de la autopsia, que reflejó que la joven había muerto por un golpe en la cabeza. Sus pulmones no tenían agua, de lo que se dedujo que llevaba muerta tiempo, antes de ser tirada al mar.

Junto al informe el teniente había recibido también fotos y una relación de las cosas que encontraron con el cadáver. Entre ellas, un pañuelo de cuello de caballero que apareció en el bolsillo de la falda de la mujer con manchas de sangre.

El cuerpo estaba envuelto en una alfombra y había sido atado con restos de una red en la que bien seguro se metió algo que pesara con la intención de que fuera al fondo del mar, pero por algún motivo el peso cayó y el cuerpo salió a flote.

Días antes de que apareciera el cadáver de Amparo, Ojeda había recibido una nueva misiva. En esta ocasión llegó por correo.

> Espero que esta sea la última nota que le envío. La mujer desaparecida con toda certeza está muerta. Debería centrar su investigación en Tommaso

Venetto. Un registro de su casa no estaría nada mal. Le recomiendo asimismo no perder de vista su automóvil.

Ojeda tenía muy claro quién enviaba las notas. Pero necesitaba que diera la cara. Tenía encima de la mesa desde hacía días una orden de registro.

Pidió a una pareja de guardias que le acompañaran y se dirigió a la casona.

Todo estaba cerrado, allí no había nadie, ni tan siquiera Federico. Hizo memoria y pensó que hacía tiempo que no le veía. Dio una vuelta alrededor de la casa y observó que el coche no estaba, pero eso no le extrañó. Días atrás, cuando fue en busca de Tommaso, su chófer le dijo que se había ido en el auto.

Tenía que registrar esa casa. Decidió ir en busca de Robert. El teniente estaba al tanto de que el muchacho se estaba ocupando de la conservera y de que seguía viviendo en la pensión de doña Sole.

Robert amablemente acompañó al teniente hasta la casona, abrió la puerta y puso a disposición de los guardias todo lo que pudieran necesitar.

Ojeda sacó una bolsa de plástico y le mostró el contenido a Robert.

—¿Reconoce este pañuelo? —preguntó Ojeda.

—Pues sí, es de mi padre. Yo mismo acompañé a mi madre a comprarlo. No lo olvido porque me pareció que tenía unos tonos un poco subidos para él, pero le gustó. Además, mi madre mandó grabar sus iniciales como se puede ver —respondió Robert.

—¿Y me puede decir si aquí había una alfombra?

Robert contestó que sí, su abuelo la compró en un viaje a Estambul como regalo para su madre.

—¿Es esta? —preguntó el teniente mientras le mostraba una foto.

—Pues creo que sí, pero no estoy seguro.

—¿Recuerda qué colores tenía? —preguntó de nuevo el teniente.

—Eso sí lo recuerdo. De niño he pasado muchas horas jugando encima de ella. Tenía tonos naranjas, marrones y azules, creo. Pero es que la foto en blanco y negro me despista un poco —contestó Robert.

Ojeda dio la vuelta a la foto y comprobó que la descripción de la alfombra en cuanto a los colores era igual que la que se indicaba en el reverso de esta.

—Muchas gracias por todo. Nos llevaremos algunas cosas que necesitamos, hemos tomado huellas. Creo que de momento es todo. Una cosa más. ¿Sabe dónde está su padre? —añadió Ojeda.

—Lo siento, pero en eso no le puedo ayudar. Sé que hace unos días estuvo en Barcelona, mi madre me lo dijo. Teniente, tanto mi madre como yo hemos tenido problemas con él y no mantenemos relación. ¿Usted cree que mi padre ha matado a esa mujer?

—Amigo mío, le puedo decir lo que creo, pero tengo que demostrarlo. No adelantemos acontecimientos, y mucho menos de esta envergadura. Muchas gracias por todo. Por cierto, ¿no piensa usted vivir en esta casa? Es una maravilla. Una pena que esté vacía, y más pena aún que viva usted donde doña Sole teniendo este palacio. Aunque de momento, pensándolo bien, es mejor que no lo haga hasta que aparezca su padre.

—Sí, estaba en mis planes mudarme. Pero por ahora seguiré como usted dice en la pensión de doña Sole. Si quiere que le diga la verdad, esta casa no me gusta mucho, no niego que he pasado una

infancia feliz en ella durante los veranos, pero a la vista de los acontecimientos…, la mantendré por mi madre —contestó Robert.

—Le agradezco de nuevo su colaboración y le agradecería, aunque entiendo que es su padre, que, si se pone en contacto con usted, me lo comunique —indicó Ojeda.

El teniente tenía bastante claro que Tommaso era el asesino de Amparo, aunque no tenía pruebas que lo avalaran todavía.

Se acercó al cuartelillo e informó a sus superiores y al juez. Esperaba al interrogatorio del personal del barco. Eso sería clave para cursar la orden de busca y captura.

45

Federico estaba en Barcelona y recibió una llamada de Tommaso en la cual le mandaba que se personara en Cambrils. El hombre no se demoró en cumplir la orden de su jefe.

La organización, tal y como estaba previsto, celebró en la masía propiedad de uno de sus integrantes la reunión programada, que, como siempre, estaba acompañada de una gran fiesta para celebrar los éxitos que iban consiguiendo en sus negocios.

El cargamento que esperaban había llegado en perfectas condiciones y ya estaba preparado para ser distribuido en el mercado negro.

En esta ocasión el alijo era de penicilina y otros medicamentos de primera necesidad procedentes de Estados Unidos.

Tiago Nunes se encargó, como era habitual, de cobrar y repartir los beneficios entre los miembros de la organización.

Cuando Federico llegó, Tommaso le entregó el maletín con el dinero que había obtenido de la última operación y le indicó que, como en ocasiones anteriores, fuera a llevarlo a San Sebastián para que siguiera su camino rumbo a Suiza. Después debía volver a buscarle.

Emily, como de costumbre, acompañó a Tiago Nunes, pero esta vez no había acudido a la llamada de Tommaso por más que este lo

había intentado. Todo lo contrario, le había dado largas y se había mostrado esquiva con él todo el tiempo que estuvieron en la masía.

No tenía sentido mantener más la farsa. Todo lo que la mujer hizo fue ordenado por Tiago Nunes. Este había notado que la chica le gustaba y tuvo a bien prestársela para poder con ello obtener de Tommaso su compromiso con la organización, pero, una vez que el hombre estaba dentro, Nunes no estaba dispuesto a prestar los favores de su chica, y así se lo hizo saber a Tommaso, aludiendo, claro está, a cuáles habían sido sus verdaderos propósitos.

Tommaso se sintió ninguneado por el capo y tuvo el impulso de darle un puñetazo, pero se contuvo. Estaría loco si lo hacía; allí mismo sus matones acabarían con él. No le quedó más remedio que callar y tragar su saliva amarga llena de rabia.

Cuando Federico regresaba de San Sebastián, decidió acercarse a ver a su hermana; Tommaso le había dicho que estaría en Cambrils dos días más, por lo que tenía tiempo de sobra.

—¡Hermano, qué alegría! No te esperaba. Nos pillas por los pelos, mira cómo está la casa, ¡manga por hombro! Pero pasa, pasa, que la señora está en la sala y seguro que le gusta verte.

Federico solo estuvo con ellas un rato. Eulalia le contó lo que había ocurrido y por qué se mudaban, algo que él ya sabía porque su hermana le tenía al tanto de lo que sucedía en la casa.

Lo que no sabía Federico era que contra Tommaso había una orden de busca y captura que aquella misma mañana se había puesto en marcha.

—Imagino que sabes dónde está. No seré yo quien te diga lo que debes hacer, y tampoco quiero que me cuentes dónde se encuentra, no quiero saberlo, no me importa, pero ten cuidado. No me gustaría que te pasara nada. Creo que le buscan por asesinato, jamás pensé que era capaz de algo así. He estado viviendo durante años con una persona a la que no conozco. ¡Qué horror y qué vergüenza! —dijo Eulalia.

—No se preocupe por mí, señora, me cuidaré. El señor esconde tanto que es mejor que siga ignorándolo —dijo Federico.

—Prefiero hacer como que no he oído nada. Solo espero que esto no nos salpique a mi hijo y a mí —señaló Eulalia.

Federico se despidió de Eulalia. Su hermana, cogida de su brazo, le acompañó hasta la puerta. No se dijeron nada, solo se dieron un largo y sentido abrazo.

El día amaneció encapotado, ventoso y húmedo, totalmente desapacible. Una de esas jornadas primaverales tan típicas del norte en las que al mirar por la ventana cuando despiertas uno no sabe si está en el mes de febrero o en junio.

Teresa se levantó temprano y puso en el fuego el puchero de café que su abuela tenía preparado.

Al momento, Nieves entró en la cocina desperezándose aún. Abrió la ventana y el viento hizo que la cerrara rápidamente.

—¡Coño, qué frío hace! Dan ganas de prender la lumbre. Quería bajar al mercado, pero, si no mejora, me quedo en casa. Esta humedad me está destrozando los huesos. Y a ti ¿qué te pasa? Menuda cara tienes, niña, ¿no has dormido bien?

—Ni bien ni mal, abuela. No he dormido. Estoy nerviosa, faltan días para que Puerto se case y he tenido que descoser las mangas de la chaqueta porque no quedaban nada bien. No sé si me dará tiempo.

Nieves la miró de reojo. Tenía la certeza de que su nieta sería capaz de terminar la labor, y también sabía que lo que le pasaba no era eso. A medida que trascurrían los días la iba encontrando más triste y decaída. Era como si no estuviera feliz con su vida. La aparición de aquel hombre había cambiado su carácter, ya no era la chica risueña y alegre que ella crio. Había momentos en los que estaba ausente, no ponía la radio ni cantaba como antes y apenas hablaba con ella. Había perdido algunos kilos y hasta el lustre de su cara había cambiado.

Sirvieron el café y calentaron un poco de pan para untar con mantequilla. Las dos se sentaron a desayunar.

—Niña, a ti lo que te pasa no es que la ropa vaya bien o mal. Lo que tú tienes es que estás enamorada como una tonta, has metido la pata y ahora no sabes cómo dar marcha atrás. ¿Por qué no te dejas de tonterías y orgullos, y vas a buscarle? Quizá el chico no se atreve a venir porque piensa que le vas a dar otra patada. Muchas veces hay que comerse las palabras y el orgullo. Pedir perdón no es nada malo, al contrario, dice mucho de una persona. No puede ser que estés sumida en esa pena que te está consumiendo por dentro y por fuera, que estás flaca como una pasa. Échale una pensada antes de que sea tarde y te arrepientas toda la vida.

Teresa no contestó. Terminó de desayunar, recogió la mesa y se marchó a su habitación.

Puerto corría por las calles de Santoña como alma que llevaba el diablo.

Acababa de comunicarle su futura suegra que, cuando el barco de Luis había llegado a puerto, este había sido detenido.

Buscó a su primo Genaro, pero la casualidad quiso que justo el día antes el muchacho se hubiera roto un brazo y no pudiera conducir.

Intentó dar con alguien, pero no lo consiguió. No encontró a nadie que la llevara hasta Laredo; todos los conocidos estaban trabajando en ese momento.

Volvió a casa y cogió la bicicleta de su padre. Con ella se puso rumbo al pueblo vecino.

Entre los nervios y el cansancio, Puerto llegó agotada a casa de sus suegros. La vivienda estaba llena de gente. Luis tenía una familia larga, eran diez hermanos, todos ellos casados y con hijos, que, al conocer la detención del chico, habían acudido a apoyar a sus ya ancianos padres.

Fue Rodrigo, el hermano mayor de Luis, quien puso a Puerto al tanto de lo que estaba pasando.

El barco, además de la pesca de rigor, venía cargado de tabaco. Pero lo peor no era eso. En el registro llevado a cabo en el muelle habían encontrado en una de las bodegas un trozo de alfombra que coincidía con la que envolvía el cuerpo de una mujer que había aparecido en aguas gallegas.

Estaba detenido no solo por el contrabando de tabaco, sino también por su posible implicación en un asesinato.

Puerto, después de hablar con Rodrigo, salió de la casa descompuesta. Intuía que su novio estaba metido en algo turbio, pero nunca imaginó que fuera capaz de matar a nadie.

Volvió a entrar y llamó de nuevo a Rodrigo.

—Dime para quién trabajaba tu hermano. Está claro que por encima de él hay alguien. ¿Quién es? —preguntó la chica.

—Es mejor que no sepas más, Puerto. No te preocupes. Lo del contrabando no es nada. Cada día detienen a patrones y marineros por este motivo, y la pena no es grande. Lo peor es el tema de la chica esa, aunque no veo a mi hermano matando a nadie. No nos vamos a engañar, Luis es muy bueno, pero luces tiene las justas. Alguien le ofrecería dinero para deshacerse del cuerpo, y, como últimamente solo le importaban los buenos cuartos que ganaba con facilidad, aceptaría el encargo. No creo que asesinara a nadie.

—Rodrigo, dime quién es. ¿Para quién trabaja? —volvió a preguntar Puerto.

—¡Está bien! Te lo diré, pero saberlo solo te puede traer problemas. El que maneja los hilos del contrabando en esta zona es Tommaso Venetto, un conservero de tu pueblo, el dueño de La Siciliana. Aparte de sus barcos, otros muchos como mi hermano hacen trabajos para él.

Puerto se marchó sin decir media palabra.

Federico llegó por la tarde a Cambrils. Tommaso descansaba en su habitación y en cuanto le avisaron de la llegada de su chófer recogió sus cosas y bajó a su encuentro.

Emily estaba leyendo en una de las salas de la casa. Tommaso al pasar cerca la vio y entró; quería hablar con ella antes de irse.

—Emily, además de puta, supongo que muy bien pagada, eres una excelente actriz. Me has engañado, estarás orgullosa. Rameras

como tú al parecer son las que mueven los hilos en este mundo donde vivimos, ¿verdad?

—Mira, Tommaso, no me molestan tus insultos. Cada uno tiene una labor, la mía era esa y la llevé a cabo lo mejor que sé. ¿Acaso tienes queja de mis dotes amatorias? Serías el primero en protestar de ello. Y ahora, si no te importa, este libro está de lo más interesante y me estás haciendo perder el hilo de la historia —contestó la mujer.

—Solo dime una cosa: ¿no has sentido nada por mí? —preguntó el hombre.

Emily giró la cara despacio y le miró a los ojos. No articuló palabra, solamente movió la cabeza de un lado a otro en señal de negación y de nuevo centró su atención en la novela.

Tommaso metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña caja verde botella, la abrió y cogió el anillo que contenía. Con rabia y fuerza lo lanzó contra la mujer golpeándola en un lado de la cara con él.

—¡Con esto date por pagada, zorra! —gritó.

Al salir de la sala, Tommaso se tropezó con Tiago Nunes, que iba en busca de la chica. Había escuchado y visto la escena que momentos antes se había producido, pero no le dio ninguna importancia. Despidió a su amigo, pero Tommaso no respondió; ni tan siquiera le miró.

Federico esperaba con la puerta abierta la llegada de su jefe. Cuando este entró en el auto él cerró la puerta. Le esperaba un viaje movido, solo hacía falta ver el talante con el que se había presentado el hombre.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó.

—¡Al infierno!

Federico arrancó el coche y se puso en marcha. No tenía la menor idea de a dónde se dirigía, pero, conociendo a su jefe como le conocía, sabía que era cuestión de minutos que le dijera dónde ir.

—Vamos a Santoña, tengo que recoger mi pasaporte, descansaremos allí y saldremos en dirección a Madrid, donde tomaré un avión. Tengo intención de viajar a Suiza, creo que una temporada allí me vendrá bien. Tú puedes hacer lo que quieras, no te preocupes por el dinero, te pagaré generosamente tus servicios —dijo Tommaso.

Federico se limitó a conducir. A la vista de las explicaciones que Tommaso le había dado, el hombre no tenía ni idea de que la policía le estaba buscando, y él tampoco tenía intención de contárselo. Esperaba con ganas que su fin estuviera cerca.

—Pon la radio, vamos a ver qué noticias nos cuentan. Me vendrá bien entretenerme un poco, porque tú no tendrás nada que contarme, ¿verdad?

—Pues no, señor, nada hay de nuevo que le pueda interesar —contestó Federico.

46

Robert tenía encima al teniente Ojeda a diario. Con una excusa u otra, todas las mañanas se pasaba por la conservera con la intención de sacar información sobre el paradero de Tommaso.

El joven insistía una y otra vez en que no tenía nada que decirle y que no sabía nada de su padre. Hacía dos semanas que no se veían y mucho menos hablaban. Pero el teniente no le creía.

—Y de su chófer, Federico, creo recordar que se llamaba, ¿sabe algo de él?

—No, tampoco tengo noticias. No dudo de que está con mi padre, pero le repito que no sé nada. Teniente, de verdad, estoy encantado de colaborar, y créame si le digo que ojalá cojan pronto a mi padre. En cuanto sepa algo, le juro que le pondré sobre aviso —dijo Robert.

—Está bien, voy a confiar en su palabra, aunque no debo decirle, porque usted es abogado y de sobra lo sabe, que encubrir a un delincuente tiene pena de cárcel. Buenos días.

Robert se quedó tranquilo cuando el teniente salió. No es que le molestara su presencia, que un poco sí que lo hacía, pero últimamente no se soportaba ni a sí mismo.

Desde que rompió con Teresa, estaba distraído, disgustado, enfadado a ratos y roto de dolor.

Él, al igual que la chica, también tenía su orgullo y esperaba que fuera Teresa quien diera su brazo a torcer. Después de todo, él nada había hecho, solo un comentario sin importancia que ella se había tomado por el lado equivocado.

Sabía que Teresa apenas salía de casa. En todo ese tiempo no había conseguido verla pasear en ningún momento, ni tan siquiera los domingos en misa, lugar al que acudía con la sola intención de verla, pero tampoco allí la encontró.

Mattia y Andrea habían vuelto al pueblo como cada año, pero en esa ocasión había sido Robert quien los había llamado para que trabajaran con él.

Los italianos le estaban siendo de gran ayuda, conocían el negocio y le enseñaron los intríngulis de la producción con detalle.

Su compañía también le ayudaba los ratos de ocio. Con ellos había vuelto a los bares, a chiquitear por el pueblo y a visitar algún que otro local de baile donde sin duda se había distraído.

A pesar de lo que le ocurrió y de la pequeña cojera que arrastraba, seguía manteniendo su porte elegante y distinguido. Además, todo el mundo sabía que era el dueño de La Siciliana y no le faltaban mujeres que se arrimaban a él con la intención de conquistar su corazón. Pero Robert solo tenía ojos para Teresa y su pensamiento estaba las veinticuatro horas del día puesto en ella.

Cuando hablaba con su madre, algo que hacía a diario, la mujer le animaba a que se divirtiera y buscara una chica; no servía de nada penar por alguien que no quería estar con él. Era joven, apuesto y rico, tenía todo lo que una mujer buscaba.

Robert se reía de los comentarios de su madre e intentaba cambiar de tema para no tener que decirle una y otra vez que no tenía intención de buscar a nadie, y menos sabiendo que se podían acercar a él por dinero.

Eulalia ya vivía en la Casa Coll Portabella. Estaba feliz, se había liberado por completo. Se sentía una mujer nueva con ganas de disfrutar, de vivir, de conocer gente, de viajar y de reír.

Su aspecto se había vuelto más jovial; se cambió el peinado y renovó parte de su vestuario.

Para celebrar su nueva vida, organizó una cena informal en su nueva casa y, entre otros, invitó a todos sus vecinos con la idea de conocerlos y presentarse. Era gente educada y distinguida, algunos incluso le sonaban, ya que habían coincidido en algún evento.

Una de esas personas era Engracia Monfort, una antigua compañera de colegio, que se había quedado viuda de un militar de alto rango que había combatido en el bando de los nacionales.

Engracia era un par de años mayor que ella, pero tenían gustos similares. Pronto hicieron buenas migas y habían acudido juntas en varias ocasiones al teatro, a pasear o de compras.

Pero Eulalia desde hacía algún tiempo solo tenía una idea en la cabeza: recuperar la relación con Carles Soler de nuevo.

Con eso en mente, todas las semanas acudía a Tarrasa con la excusa de interesarse por las obras de rehabilitación de la factoría.

Sabía que aquel hombre aún sentía algo por ella, pero no se atrevía ni tan siquiera a insinuárselo. Estaba claro que tendría que ser ella quien diera el primer paso.

Organizó el viaje de un modo diferente. En lugar de ir y volver en el día como acostumbraba, reservó una habitación en un hotel y

partió con la idea de pernoctar allí. Con esa excusa invitaría a Carles Soler a cenar con ella para hablar de la fábrica y así podría charlar con él tranquilamente.

Cuando llegó a la textil, Carles Soler andaba entre andamios y ladrillos como de costumbre. Al verla aparecer, el hombre dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella.

—Buenas tardes, Eulalia, no te esperaba hoy, y menos a estas horas. ¿Ha pasado algo? —se sorprendió Carles Soler.

—No, nada, todo está a las mil maravillas. Mañana temprano tengo que ir al banco para unos asuntos que me ha encargado mi hijo y, como no quería madrugar mucho, pensé que sería mejor dormir aquí. Me estaba preguntando si me acompañarías a cenar esta noche. No me gusta comer sola, y mucho menos en un restaurante, es como que todo el mundo te mira con cara de pena. ¿Qué me dices?

Carles Soler dudó un instante, se había puesto nervioso. No esperaba la invitación de Eulalia, y mucho menos de un modo tan directo.

—Bueno, pues, no sé qué decirte. Mañana tengo que estar muy pronto aquí y me suelo acostar temprano —contestó el hombre.

—Carles, no somos niños ninguno de los dos y ambos somos conscientes de que hay una conversación pendiente. Por desgracia tenemos los años suficientes como para saber de lo que estamos hablando, ¿verdad? Te espero en el restaurante del hotel a las nueve, la mesa está reservada a tu nombre. No me dejes tirada porque entonces sí que daré pena.

Eulalia estaba segura de que Carles Soler no faltaría a la cita.

Había traído uno de sus mejores vestidos. Se lo puso despacio mientras se miraba en el espejo, observando cómo se ajustaba a su cuerpo, marcaba su cintura y ceñía sus caderas. Se maquilló de una manera discreta resaltando sus labios de rojo carmesí y se perfumó con su aroma favorito. Aún era pronto, así que se sentó junto a la ventana desde donde podía ver llegar a los huéspedes.

Pasaban cinco minutos de las nueve cuando entró en el restaurante.

En la mesa que ella misma había elegido e indicado al maître, Carles Soler la esperaba con una rosa roja posada sobre el mantel.

Se levantó al verla mientras la mujer caminaba acompañada del jefe de sala. Carles Soler no podía dejar de mirarla. Era como volver años atrás, cuando quedaban detrás de la fábrica a escondidas en uno de los locales que no se usaban, pero, en aquella ocasión, era a ojos de todo el mundo lo que estaba sucediendo.

Se besaron en la mejilla como si fuera un simple compromiso.

Charlaron entre plato y plato, recordaron viejos tiempos, comentaron anécdotas de la fábrica y rieron. Al llegar el postre, sus manos se unieron sobre la mesa y, para sorpresa de Eulalia, Carles Soler articuló justo las palabras que ella misma tenía pensado decir:

—Creo que ha llegado la hora de que saboreemos nuestro postre particular. Te deseo con toda mi alma desde el mismo día en que nos prometimos no volver a vernos. Te quiero, Eulalia. No me he olvidado de ti ni un solo día de mi vida. He soñado cientos de noches con este momento y jamás pensé que podría hacer realidad tenerte entre mis brazos de nuevo.

Eulalia se levantó, cogió su bolso y tomando de la mano a Carles Soler salieron del salón en dirección a la habitación.

No había palabras suficientes para describir lo que ambos sentían. Eran dos volcanes en plena erupción, todos los poros de su piel estaban abiertos deseando recibir y sentir besos y caricias que colmaran su deseo.

Se miraban sin dar crédito a lo que estaba pasando, sus corazones latían acelerados. Se dejaron llevar como la marea a los náufragos y por fin, después de tantos años, volvieron a ver lucir las estrellas juntos.

47

Tommaso había cambiado el rumbo de su viaje. Las noticias de la radio le pusieron al tanto de que era un hombre perseguido por la justicia. Estaba nervioso y acusó a Federico de llevarle a Santoña con el propósito de entregarle a los guardias.

El chófer negó las acusaciones. Le dijo que no sabía nada de ese asunto y que jamás haría algo así en contra de él.

Tommaso no podía volver a Santoña, pero necesitaba no solo el pasaporte, sino el dinero que guardaba en la caja fuerte.

Le pidió a Federico que parara en el primer hostal u hospedaje que viera. Tommaso se ocultaría allí, darían el nombre de Federico en lugar del suyo por si estaban alertados los trabajadores.

Permanecería en la habitación hasta que Federico volviera. Él tendría que ir hasta Santoña y recoger su pasaporte, aunque no pudiera utilizarlo, y el efectivo.

Le ofreció a Federico una cuantiosa suma de dinero por su fidelidad y su silencio, así se aseguraba que no le traicionaría.

Cuando estuvo en la habitación y una vez que Federico partió hacia Santoña, Tommaso llamó a Tiago Nunes. Necesitaba que le consiguiera documentación falsa para poder salir del país. Nunes ya estaba al tanto de todo lo que estaba pasando con Tommaso y le

contestó que se encargaría de todo, que no se preocupara y que él mismo le haría llegar los documentos al lugar donde estaba.

Tommaso le agradeció lo que estaba haciendo por él y le comunicó la dirección del hostal.

Unos golpes en la puerta de la habitación de Tommaso le despertaron.

Casi estaba amaneciendo y pensó que por fin Federico estaba de vuelta. Se levantó y giró la llave. Con una voz le indicó que entrara mientras él se dirigía al servicio.

—¡Qué pronto has regresado! Si nos damos prisa, podré coger el avión. ¿Lo traes todo? —dijo Tommaso.

Nadie contestó y Tommaso insistió.

—Te estoy diciendo que si lo traes todo. ¿Te has quedado mudo? Porque tonto ya sé que eres.

Tampoco obtuvo respuesta. Abrió la puerta del baño y notó el frío helador de un cañón que se le clavaba en la sien.

No tuvo tiempo de volver la cabeza, solo escuchó una frase antes de la detonación.

—De parte de Tiago Nunes.

El sicario cerró la puerta de la habitación, pero antes de hacerlo colgó sobre la manilla el cártel de NO MOLESTAR.

Federico circulaba deprisa; quería quitarse de en medio ese asunto lo antes posible.

Llegó al pueblo entrada la noche.

Aparcó el coche lejos de la casona, por si la vigilaban. Accionó la caja fuerte con la numeración que Tommaso le había dado, cogió el dinero y el pasaporte, y salió corriendo.

Entró en el cuartel y dijo sin miramientos dónde se encontraba Tommaso Venetto.

La pareja de civiles que estaba de guardia le mandaron esperar un momento. Ojeda llegó rápido, interrogó a Federico y trazó con él un plan para evitar que Tommaso se escapara.

El chófer durante el trayecto conducía mirando constantemente el espejo retrovisor para observar si Ricardo Ojeda le seguía.

Al llegar al aparcamiento del hostal, vio como el coche del teniente aparcó cerca del suyo.

Una vez en la puerta de la habitación llamó dos o tres veces y no obtuvo respuesta. Bajó y le dijo a Ojeda lo que ocurría.

—Está bien, quédese aquí, yo me encargo.

Le mostró al recepcionista su placa y le pidió que le acompañara para abrir la habitación.

La imagen era desoladora: el cuerpo de Tommaso semidesnudo estaba tirado en el suelo y sus sesos esparcidos por toda la habitación.

Alguien se le había adelantado.

Federico no tenía intención de volver a Santoña y le dijo a Ojeda que regresaría a Barcelona. Pero este le pidió que le acompañara; necesitaba su declaración y con toda seguridad el juez también tendría que hablar con él.

Le informó, además, de que él personalmente se encargaría de poner en conocimiento del hijo y de la esposa del fallecido lo que había sucedido. El chófer aceptó, pero le indicó a Ojeda que iba a

descansar unas horas; llevaba mucho tiempo al volante y estaba agotado.

Antes de salir hacia el cuartel, Ojeda se giró y le pidió a Federico que se acercara.

—Gracias por sus notas. Han sido de gran ayuda, aunque podían haber sido en ocasiones más explícitas.

—¿Cómo sabe que yo escribí esas notas?

—Bueno, al principio no tenía ni idea, pero poco a poco me fui dando cuenta de que era usted quien las mandaba. Además, en una de las visitas a la casa, comprobé que las letras de la máquina de escribir que hay en el despacho son las mismas que las de la misiva. Evidentemente, Tommaso no me las iba a remitir.

Federico solo sonrió, y, como había dicho, se dirigió a su habitación dispuesto a descansar.

Antes, pidió una conferencia con Barcelona; quería hablar con Catalina.

Eran cerca de las ocho de la mañana y él sabía que su hermana ya estaría en píe.

Cuando Catalina contestó el teléfono, después de saludarla lo primero que hizo fue preguntar si estaba sola. La mujer le contestó que sí; Eulalia se encontraba en Tarrasa desde el día anterior y no sabía cuándo iba a volver.

—¿Tú estás bien? —dijo Federico.

—Bien, de momento, pero estoy nerviosa. No lo puedo evitar.

—Tranquila. Todo ha terminado. Tommaso está muerto.

—Pero ¿qué has hecho, Federico? Eso no era lo hablado. ¡Dios mío, qué vamos a hacer!

—No, no, tranquila, hermana, sus negocios sucios y sus malas compañías han sido quienes han terminado con su vida. El señor estaba acorralado. No tuve más remedio que delatarle, pero cuando llegué con los guardias estaba muerto. Le han volado la tapa de los sesos de un tiro a bocajarro.

—¡Dios santo! Y, dime, ¿qué tal está el señorito Robert? Eso sí que fue una metedura de pata, casi lo matan y el pobre muchacho no tiene culpa de nada —preguntó Catalina.

—El chico está bien. Hace días que no le veo, pero sé que anda ocupado con la conservera, pero todo bien, hermana. Yo también siento mucho lo que paso con Robert. No debí atentar contra él. Solo les dije que le asustaran dándole cuatro golpes, pero estos cafres se ensañaron con él. Un poco más y le matan. Al final, fue él quien hizo que de alguna manera su padre perdiera los papeles y casi hasta el oremus. Bueno, vamos a ver, todo lo que hemos hecho de una manera u otra ayudó —contestó el chófer.

—Ya, Federico, y ese otro muchacho que mataron por nuestra culpa. ¡Por favor, que no había hecho nada! Si esto sale a la luz, no sé qué nos puede pasar —reprendió Catalina.

—Lo sé, lo sé, no me lo digas más, eso caerá sobre mí toda la vida. No estuve fino, fue un error por mi parte. Fue un terrible accidente, hermana. Además, la gente que lo hizo está lejos de España. No hay problema, no hablarán. Nadie tiene por qué saber que fui yo el instigador de ese asunto. Puedes estar tranquila. ¿Sabes cómo van las obras en la textil? —preguntó Federico.

—Sí, ¡eso es lo que más rabia me da! No puedo negar que disfruté cuando ardió. Pero entre el joven Robert y Eulalia van a conseguir ponerla de nuevo en funcionamiento, cosa de la que me alegro. Pero

como te digo no ha servido de nada, a Tommaso no le importó lo más mínimo. A los únicos que hemos ocasionado mal ha sido a ellos, y en el fondo no tenían culpa de nada. Como lo de la conservera, no creo que eso fuera necesario, el pobre Robert no tiene ahora nada más que problemas ocasionados por nosotros, Federico —dijo Catalina.

—Bueno, hermana, han sido daños colaterales con los que no contábamos, pero sabíamos que podía suceder algo así. Después de todo, no somos criminales y hemos cometido errores por ese motivo —contestó Federico.

—Creo que esto nos quedó grande, hermano, nunca debimos comenzar esta lucha. No somos delincuentes como dices y hemos hecho cosas muy feas. Al fin y al cabo, ellos nos dieron trabajo y no nos dejaron en la calle cuando nuestros padres fallecieron —se arrepintió Catalina. Los remordimientos la estaban agobiando.

—No es momento de tonterías, Catalina. Te recuerdo que nuestros padres fueron asesinados por Tommaso, por su egoísmo. Y no quiero tener que recordarte lo que pasaste tú. Te violó y después, cuando te quedaste embarazada, te dio una paliza que te hizo perder a la criatura. Le odio con toda mi alma. Nos lo quitaron todo. Una parte de esa fábrica era nuestra, lo sabes, y ellos nos la arrebataron con mentiras y, en lugar de darnos lo que nos correspondía, nos pusieron a servir a sus órdenes. Bartomeu aprovechó su muerte para quedarse con la parte de padre, simulando una falsa compra que nunca fue tal y de la que tú y yo no recibimos nada. Todo lo que hemos hecho está justificado. Por fin ha pagado por sus delitos, ¡está muerto! Deja de quejarte, solo hemos hecho justicia —dijo Federico.

—Sí, lo sé. Tienes razón, pero debemos tener cuidado. Si alguien investiga todo lo ocurrido a su alrededor, puede que den con nosotros y podemos ir a la cárcel de por vida —contestó Catalina.

—Eso no va a pasar, todo ha quedado claro con su asesinato. El teniente Ojeda llegará a la conclusión de que los hechos que han ocurrido contra ellos y sus negocios eran ocasionados por los mafiosos con los que se asoció. Estoy convencido de que ellos han sido quienes le han asesinado —afirmó Federico—. Bueno, hermana, ahora prepárate, en cuanto solucione los temas pendientes con el teniente en Santoña, nos vamos a Mónaco, lo tengo todo preparado. Además, no solo dispongo del dinero que durante este tiempo he ido sisando de los envíos a Suiza, sino también de una cantidad importante que tengo conmigo. Lo cogí anoche de la caja fuerte. Cuando la señora esté al corriente de lo que ha pasado con su esposo, algo que el teniente hará en unas horas, le puedes decir que como ya no nos necesitan nos vamos a ir a trabajar a un cortijo en Córdoba, que nos ha salido un empleo allí y lo hemos aceptado.

—Pero a mí Eulalia sí me necesita. Además, no quiero irme, estoy aquí a gusto con ella. Era el señor el que me molestaba, me irritaba y me revolvía hasta el hígado. Vete tú, Federico. Yo me quedo con la señora —respondió Catalina.

—Bueno, mejor piénsalo tranquilamente. Podemos vivir como señores, no creo que tengamos que trabajar y si lo hacemos será por estar entretenidos. No, mejor que eso, ponemos un negocio de telas, es lo que has querido siempre, hermana. Piénsalo, no quiero dejarte sola —añadió Federico.

—Ya veremos. Adiós, hermano, cuídate. Nos vemos pronto —terminó Catalina.

Federico se despidió de la mujer. Era cierto que ellos no eran asesinos. El odio que procesaban hacia algunos miembros de esa familia los había llevado a obrar como lo habían hecho. Pensaron que la justicia nunca llegaría y decidieron actuar porque, a su modo de ver, alguien tenía que vengar el asesinato de sus padres.

No había justificación para las acciones que habían llevado a cabo en contra de la familia y desgraciadamente hubo víctimas inocentes. Samuel había muerto al intentar ayudar a Robert, un claro ejemplo de alguien que está en el lugar equivocado en el momento menos apropiado. Algo que ninguno de los dos habría querido y para lo que no había solución.

Sus corazones estaban llenos de rencor. Les habría gustado perdonar y continuar con sus vidas, pero la imagen de la fábrica ardiendo, sabiendo que dentro sus padres quedaban al abrigo de las llamas, jamás se olvidó. Ellos eran solo dos niños pequeños que tenían una familia maravillosa y donde las cosas, después del esfuerzo realizado por Fernán y Ana, comenzaban a ir muy bien.

Sus padres habían llegado a Tarrasa desde Almería en busca de empleo. Comenzaron a trabajar en una de las muchas fábricas que había y con el tiempo decidieron montar la suya propia. Con el dinero que sacaron de la venta de la casa del padre de Ana, adquirieron un pequeño local y compraron unas máquinas usadas que les vendió el dueño de la textil donde trabajaban. Con aquello y sus ganas tenían suficiente para comenzar.

A los pocos meses de estar instalados, el señor Bartomeu les propuso comprar su negocio porque quería ampliar el de él, que estaba justo al lado, pero Fernán no quiso vender. Lo que ofrecía era mucho menos de la mitad de lo que ellos habían invertido y

comenzaban a ver los frutos de su esfuerzo. Para ellos era su medio de vida, se sentían orgullosos de su pequeña fábrica, incluso tenían un puñado de trabajadores a su cargo.

En la parte superior hicieron una pequeña vivienda con un par de habitaciones, una estancia común que se compartía con la cocina y poco más.

Su madre, además de atender la casa, trabajaba como una más en la textil; jamás se quejó, todo lo contrario. Cuando ellos eran pequeños, los tenía a su vera en un cesto de mimbre y cuando fueron creciendo los observaba corretear entre los baldes de tinte y las máquinas de hilar.

Cada cierto tiempo el señor Bartomeu insistía en la compra, pero ellos no cedían.

Cuando Tommaso se casó con la señorita Eulalia, tenía que ganarse la confianza de su suegro y empezó a presionar a sus padres de una manera más virulenta para que le vendieran la fábrica; les quitó trabajadores, saboteó algunas de las camionetas donde se transportaban las telas, manipuló algunas de las máquinas e incluso provocó un accidente a su padre que a punto estuvo de costarle la vida. Ni tan siquiera la posibilidad de morir le hizo cambiar de idea, todo lo contrario.

Una noche, ante la desesperación al ver que no conseguía su objetivo, Tommaso ordenó que prendieran fuego a las instalaciones.

Los cuatro estaban durmiendo tranquilamente cuando el humo despertó a Federico, que avisó a Catalina rápido. Por debajo de la puerta de su habitación veía el resplandor de las llamas, que ya estaban por todas partes.

Por suerte para ellos, los dos dormían en la parte delantera. Estaban asustados y no sabían qué hacer; se habían quedado en un rincón y les costaba respirar.

Unos vecinos accedieron a la estancia rompiendo los cristales y pudieron sacarlos por la ventana.

Los gritos pidiendo auxilio de Ana, la madre de Federico, se escuchaban, pero su rescate era imposible. Ellos estaban en la parte trasera, en una habitación sin ventanas y bastante alejada de la puerta de salida. Nada pudieron hacer por ellos y murieron abrasados, envueltos en las llamas provocadas por Tommaso.

Del resto se ocuparon yerno y suegro. Con la ayuda de sus abogados, manipularon todo hasta que consiguieron agenciarse los terrenos de su padre y ampliar su fábrica.

Tommaso no contaba con que tanto él como su hermana salieran con vida y siempre los odió casi tanto como Federico le aborrecía a él.

Después tuvieron que conformarse con la caridad de la madre de Eulalia. Esa mujer era ajena a todo lo que había ocurrido e insistió a su marido en que recogieran a los niños, pero Tommaso, que había entrado en aquella casa pisando fuerte, se negó, y los llevaron a un orfanato hasta que tuvieron edad de trabajar.

Debido a la insistencia de la madre de Eulalia, unos años más tarde los hermanos entraron a trabajar en la casa siendo unos niños aún.

Llevaban toda la vida al servicio de los asesinos de sus padres, callando y soportando los abusos y malos tratos de Tommaso Venetto.

48

Trascurridos unos días desde el asesinato de Tommaso, las cosas en casa de los Venetto Bartomeu volvieron a la calma.

El cuerpo inerte del hombre fue enviado a Sicilia para que recibiera sepultura, algo que Tommaso había dejado dispuesto.

Ni Eulalia ni Robert acompañaron el féretro, tampoco hubo misas ni velatorios. El cuerpo partió directamente desde Santander una vez realizada la autopsia con destino Italia.

Eulalia tuvo que desplazarse hasta Santoña por motivos obvios y, durante los días que estuvo allí, entre otras cosas ayudó a Robert a acondicionar la casona para que el joven pudiera mudarse a vivir en ella.

La madre de Robert no viajó sola, lo hizo en compañía de Carles Soler. Ambos tenían algo importante que comunicarle.

Robert se extrañó al ver que su madre llegaba con el capataz, pero su educación le hizo saludarle de una manera cordial.

Cuando tuvo ocasión de estar a solas con ella, le preguntó a qué se debía que Carles Soler estuviera en Santoña acompañándola.

Eulalia le puso en antecedentes, no quiso dejarse nada en el tintero y le contó a su hijo desde el principio la relación que ambos tenían.

Cuando la mujer terminó el relato, le cogió de las manos como hacía cuando era pequeño y mirándole a los ojos le dijo que su padre, su verdadero padre, era Carles Soler.

—Ya sé que estás sorprendido. Carles y yo nos conocimos de niños, y con el paso del tiempo nos enamoramos. Pero entonces apareció Tommaso y tu abuelo consideró que era un buen partido y debía casarme. Yo obedecí como siempre hacía y me casé con él. Pronto empezaron los golpes y las malas formas contra mí. Se lo conté a tus abuelos, pero me dijeron que cada uno tenía que vivir con lo que le había tocado y que, si me había pegado, quizá había sido porque yo no había cumplido con lo que se esperaba de mí. Tommaso hizo un viaje a Sicilia cuando enfermó su madre y estuvo allí un tiempo, y yo aproveché para volver a ver a Carles. Entonces, en uno de esos encuentros, me quedé embarazada.

»Reconozco que tuve que agudizar mi ingenio y también sobornar a la matrona que me llevaba el embarazo para que simulara que estaba en un estado gestacional menor del que realmente era. Cuando naciste fingí que eras sietemesino, algo que no resultó sencillo porque el peso que tuviste al nacer era el normal de un bebe recién nacido, pero la matrona con buenos argumentos los convenció a todos. Carles y yo prometimos no volver a hablar jamás de esto y ni tan siquiera volver a mirarnos o tratarnos de una manera que pudiera levantar sospechas. —Eulalia cogió las manos de su hijo—. Esto es lo que pasó. La verdad.

Carles apareció en la estancia donde ambos hablaban. Escuchó en silencio y asintió todas y cada una de las palabras de Eulalia.

Robert se quedó sorprendido. Jamás habría imaginado que su madre, una mujer que nunca había hecho nada que estuviera fuera

de las normas sociales, hubiera sido capaz de traicionar al que él consideraba su padre hasta ese momento.

No hizo ningún reproche ni comentario alguno que dañara a Eulalia, sino que aceptó la explicación y le pidió que le diera tiempo para asimilarlo.

Eran muchas las cosas que habían sucedido en poco tiempo.

El asesinato de Tommaso a manos de la mafia, conocer los negocios turbios en los que estaba metido, romper la relación con Teresa, los problemas en la conservera, la reconstrucción de la textil y sus propias dolencias que como consecuencia del ataque sufrido tenía que soportar.

Necesitaba respirar y asimilar todo aquello, y sabía que solo el tiempo y la paz iban a ser capaces de ayudarle.

Eulalia le entendió y le ofreció su apoyo, pero le pidió que por favor tuviera unas palabras con Carles Soler.

—Ese hombre ha vivido en silencio viendo cómo crecías y sin poder darte un abrazo, me ha sido leal y me quiere, lo mismo que a ti —le había dicho su madre.

Robert no pudo negarse y conversó un buen rato con él, pero la distancia era palpable. Apenas sabía de qué hablar con el que para él era un desconocido.

La pareja se marchó dejando a Robert sumido en un mar de dudas que poco a poco se irían disipando. El tiempo pondría las cosas en su sitio. Nada tenía en contra de ese hombre y la cercanía acabaría por hacer que la relación fuera fraguándose entre ellos.

Robert había cogido a la perfección las riendas de la conservera. Los días iban pasando después de todo lo ocurrido con su padre y, a pesar de que en algún momento había sufrido los comentarios de

algunas personas, supo ganarse su lugar y ya nadie le reprochaba nada.

Las trabajadoras de La Siciliana estaban contentas con él. El jefe las trataba con respeto cuando se dirigía a ellas, no como su padre, que siempre lo hacía con malos modos y amenazas.

Intentaba distraerse durante los ratos de ocio que tenía, pero en su cabeza estaba constantemente la imagen de Teresa.

Muchas veces había tenido ganas de ir en su busca, pero estaba dolido por el trato que la muchacha le había dado por un motivo que todavía, y a pesar del tiempo que había pasado, no conseguía entender muy bien. Y además su orgullo le impedía dar el brazo a torcer. Aquella tarde, en su portal, le pidió que viniera a buscarle cuando ella estuviera dispuesta. Y Teresa no lo había hecho. Por lo tanto, quizá era cierto y la distancia que mantuvieron los había alejado tanto que ella había dejado de quererle, aunque jamás tuvo esa sensación cuando hablaba por teléfono con ella ni cuando la vio al llegar a Santoña.

49

La boda entre Puerto y Luis no pudo celebrarse.

El joven fue acusado de contrabando y de ser cómplice en la muerte de Amparo.

Puerto estaba decepcionada. Era consciente de que Luis andaba por malos caminos, pero jamás pensó que pudiera llegar a colaborar en un asesinato.

Tendría que criar a su hijo sola.

Teresa intentaba acompañar a su amiga en esos momentos tan duros. La joven la acompañaba todo el día con ella en casa y entre las dos cosían casi escondidas en la habitación. Los reproches que ambas sufrían las hacía pasar largas horas frente a la máquina de coser. Sabían que el tiempo calmaría los ánimos, ya que ellas no tenían culpa de nada, pero de momento debían esperar que los días pasaran.

Nieves estaba cansada de verlas metidas en casa. Era verano, el sol lucía, las calles estaban llenas de gente, había bailes por todos los pueblos cercanos, miles de cosas que podían hacer.

—Se acabó. Os vais a vestir y salís a la calle, estoy harta de veros penar aquí todo el día. Sois jóvenes, guapas y salerosas. Ahora mismo os ponéis unos tacones, os pintáis el morro y os vais a

divertiros. Nadie os dirá nada. ¡Qué coño! No habéis matado a nadie —dijo Nieves.

—Abuela, que no tenemos ganas de fiesta. Se lo agradecemos, pero estamos mejor aquí —contestó Teresa.

—Te lo voy a decir por última vez, como no salgáis en este momento, te juro que mañana mismo me voy al asilo. Si no valgo ni para animar a mi nieta, ya no sirvo para nada. Estoy cansada de luchar. ¡Tú tienes que luchar, no yo! Te has convertido en una amargada que va como alma en pena por la vida. Eres una mujer de carácter y como tal tienes que vivir, sin permitir que nadie te diga nada que no quieras escuchar, y mucho menos que te anule.

»Parece mentira, no has aprendido nada de lo que has visto en esta casa, toda la vida he intentado que fueras libre, segura y capaz de solucionar y afrontar los problemas, y resulta que ahora, por una serie de cosas de las cuales no tienes parte, arte ni culpa, te has acobardado de tal manera que no eres capaz de nada.

»Te lo repito, no tengo años ya para andar educando a nadie, lo que tenía que hacer ya lo hice, y muy bien. Sal a la calle y demuestra quién eres, Teresa Cobo, la nieta de la Nieves.

—Nieves, ¿usted cree que yo con esta barriga puedo salir a lucirme también? —dijo Puerto.

—Tú con más motivo. Sal y dile a todo el mundo que no necesitas un hombre para criar a tu hijo —contestó Nieves.

Puerto miró a su amiga y con un gesto le indicó que debían hacer caso a su abuela.

Se arreglaron de domingo, tal y como la mujer les había dicho, y salieron con la cabeza alta moviendo las caderas con arte y estilo igual que lo hacían tiempo atrás.

Nieves tenía razón. Las calles estaban llenas de gente que, alegres, paseaban, compartían y disfrutaban del día soleado con sus amigos.

Al pasar cerca de la casa que Ojeda había alquilado, se cruzaron con él, que iba cargado con una maleta.

—Vaya, no me he atrevido a ir a su casa por no molestar, pero me alegro de encontrarla. Quería despedirme. Mi trabajo aquí ha terminado y regreso a Santander. Me gustaría insistir por última vez, sabe que me gusta desde el primer día que la vi, como ya le he dicho, la pregunta es si estaría dispuesta a salir conmigo. Parece que ya no tiene ninguna relación con Robert y me preguntaba si, quizá, me aceptará ahora —dijo Ojeda.

—Le agradezco su interés, pero sigo pensando lo mismo que hace meses. Mi corazón aún no está vacío. Espero y deseo que encuentre una mujer que sepa quererle como merece. Adiós, Ricardo —contestó Teresa.

El teniente, tal y como le dijo, no insistió. Se despidió y continuó su camino en dirección a la parada del directo.

—¡Coño! Yo sabía que le gustabas, pero no pensé que tanto. Desde luego te los llevas de calle y al final con tanta tontería y enamoramiento te vas a quedar para vestir santos. Como yo, por cierto —dijo Puerto.

—¡Anda, tira! —contestó Teresa mientras ambas reían.

Las dos jóvenes caminaban con reparo, ya que de vez en cuando se daban cuenta de cómo algunas personas las miraban y murmuraban.

Decidieron dar una vuelta por el pasaje. Si alguien quería criticarlas, era el sitio para que se las viera bien. Nada habían hecho,

por lo tanto, nada debían ocultar.

Otros, sin embargo, las saludaban con amabilidad o simplemente les regalaban una sonrisa en señal de empatía con ellas.

Robert salía poco, pero, de vez en cuando, en compañía de Mattia y Andrea se divertía en los bares y en las fiestas de los pueblos cercanos.

Su madre había decidido pasar el verano con él en Santoña y vino acompañada de Catalina.

La mujer no quiso partir con Federico. La vida junto a Eulalia era lo único que conocía y, a pesar de no ser muy mayor, no le apetecía comenzar una aventura nueva en otro país con gente extraña. Además, estaba convencida de que su hermano volvería pronto. Las últimas veces que había hablado con él no le notó contento, se sentía solo y esa soledad estaba pesando mucho en su ánimo.

Carles Soler pasaba temporadas junto a Eulalia cuando sus obligaciones se lo permitían. Las obras de la textil iban de maravilla y muy pronto podrían comenzar las máquinas a funcionar.

Eulalia estaba preocupada por su hijo, le notaba triste y apagado. Su aspecto tampoco era el ideal para su edad, parecía que los años habían caído sobre él como una losa, y su carácter había cambiado. Algún día había llegado ebrio acompañado de sus amigos italianos. Ella no le había visto, pero Catalina la mantenía al tanto de todo.

Aquella tarde la casualidad quiso que Eulalia coincidiera en el pasaje de frente con Teresa y Puerto.

La joven se quedó clavada al suelo por un momento, Puerto iba entretenida y además no conocía a Eulalia.

Cuando la mujer llegó a la altura de las jóvenes se paró delante de ellas.

—Buenas tardes, Teresa. Me alegra mucho verte. ¿Qué tal estás?

Teresa estaba nerviosa y saludó de un modo escueto.

—Muy bien, muchas gracias —contestó la joven con intención de seguir el paseo, pero Eulalia continuó hablando para que esta se detuviera.

—Teresa, me gustaría hablar contigo —pidió Eulalia.

—Voy a comprar un helado mientras charlan —dijo Puerto, que había notado la tirantez que había entre las mujeres.

—Usted dirá, aunque, sinceramente, no creo que tengamos nada que decirnos —indicó Teresa.

—Quería pedirte disculpas. Te portaste muy bien con mi hijo, y yo quedé contigo en mantenerte al tanto de la evolución de sus heridas y no cumplí mi palabra. Pero quiero que sepas que la situación que vivíamos era complicada. Mi marido era un hombre un tanto…, digamos que dominante, entre otras cosas que sabes perfectamente, y me prohibió que mantuviera contacto contigo y que evitara que mi hijo lo tuviera. No ha sido culpa de mi hijo si no ha hablado contigo antes, fuimos nosotros quienes de alguna manera lo impedimos. Él te quiere mucho, Teresa. Y a mí la vida me ha dado lecciones suficientes como para saber que, en contra del amor que dos personas se profesan, cuando es real, no se puede hacer nada.

—Creo que se está equivocando. ¿Quién le ha dicho a usted que estoy enamorada de su hijo? —preguntó Teresa.

—Sabes que no me equivoco, no hace falta que nadie me lo diga. No pretendo decirte lo que debes hacer, solo te digo que él te

quiere. Me gustaría que algún día vinieras con tu abuela a tomar un café a casa —ofreció Eulalia.

—Gracias, pero no creo que mi abuela tenga ganas de volver a una casa donde la maltrataron y la vejaron. Buenas tardes, señora.

Teresa comenzó a andar en busca de Puerto. Eulalia se quedó sorprendida con la respuesta que le había dado. No sabía qué quería decir con aquellas palabras, y de haber sido así en el único que pensó en ese momento fue en Tommaso. ¿Cómo ese desgraciado pudo hacer algo así?

Se volvió y fue de nuevo a su encuentro. Teresa estaba de espaldas a ella y fue Puerto quien vio como la mujer se acercaba. Le hizo un gesto a la muchacha y esta se volvió.

—Perdona, Teresa, pero no te puedes ir así. Eso que me acabas de decir tiene que ver con Tommaso. ¿Acaso mi marido le causó algún mal a tu abuela? —quiso saber Eulalia.

—Mire, señora, no tenemos nada de qué hablar, de verdad, no he debido decir eso, es algo que le compete solo a mi abuela y he cometido un error. Olvídelo.

—No, no voy a olvidar las palabras que me acabas de decir. Sé que Tommaso era un contrabandista, un jugador, un mujeriego y para remate un asesino, pero ¿también un violador?

Teresa la notó angustiada y en cierto modo sintió pena por ella, que no había vivido precisamente con un buen hombre.

—Doña Eulalia, no se preocupe, no fue él, sino el padre de Tommaso quien le hizo mucho daño a mi abuela. El abuelo de Robert. Entenderá que no puedo vivir con alguien que lleva la misma sangre de un tipo de esa calaña, ¿verdad? —contestó Teresa.

Eulalia respiró tranquila y Teresa notó en su cara que el rictus le había cambiado.

—Lo siento mucho. Pero eso no es así. Ya que tú me has contado algo tan íntimo y personal como eso, he de decirte que Robert no lleva esa sangre. Robert no es hijo de Tommaso. Pero esa es otra historia que no tengo inconveniente en contarte cuando tú quieras —dijo Eulalia.

La mujer se despidió y se alejó.

Teresa se quedó tan sorprendida como momentos antes le había sucedido a Eulalia.

No cabía duda de que aquella familia era de lo más original. Esa mujer acababa de contarle que el hijo que tenía no era de su marido y se había quedado tan ancha. Es más, lo había dicho con orgullo incluso.

Puerto se acercó a su amiga y la miró esperando que le dijera, al menos, quién era esa mujer.

—Es la madre de Robert, quería pedirme disculpas por no haber consentido que su hijo tuviera contacto conmigo durante el tiempo que estuvo en Barcelona. Y ¿sabes una cosa? Me ha dicho que me quiere mucho. Vamos, más o menos me ha insinuado que salga corriendo en busca de su hijo —comentó Teresa.

—Bueno, chica, pues cuando una madre dice eso es porque lo sabe. Seguro que el chaval está mal y ella quiere ayudar. ¿Por qué no te comes ese orgullo que tienes y vas a hablar con él? —indicó Puerto.

Teresa la miró y con la cabeza le hizo un gesto para que continuaran caminando.

Pero estaba visto que aquella tarde y aquel paseo ocasionarían lo que Teresa llevaba tiempo evitando.

Al llegar a la plaza de San Antonio se encontró con Robert.

El chico no estaba solo, todo lo contrario, estaba muy bien acompañado. Además de Mattia y Andrea, con ellos había tres muchachas compartiendo mesa. Charlaba de una manera animada, las carcajadas de ellas se escuchaban en toda la plaza. De pronto una de ellas se acercó a Robert y le quitó el cigarrillo de la boca y le dio un beso en los labios.

En ese momento Robert dirigió la vista hacia el lugar donde estaba Teresa, seguramente inducido por esa sensación que en ocasiones se crea cuando sientes que alguien te observa con atención.

Se levantó como si alguien le hubiera pinchado y la miró. Teresa se dio la vuelta y se marchó. Puerto salió casi corriendo tras de ella.

—Pero ¿qué pasa? ¿Dónde vas? —preguntó Puerto, que no había advertido la presencia de Robert en la plaza.

—Me voy a casa, por hoy ya he tenido bastante paseo. Quédate tú, ahí están Alicia y Loli, aprovecha la tarde.

Robert salió tras ellas ante la mirada atónita de las chicas que los acompañaban, no tanto de sus amigos que conocían y habían visto a Teresa.

Teresa más que andar corría. Al doblar la esquina y lejos de las miradas de las gentes que disfrutaban en la plaza la voz de Robert gritó su nombre.

Teresa sintió como su corazón se aceleraba. Pero no atendió la llamada y continuó caminando como si no fuera su nombre y ella la persona a la que llamaban. Pero Robert consiguió alcanzarla, la

sujetó por el brazo, la volvió y, poniéndola frente a él, la besó sin mediar palabra.

Aquel fue un beso largo que Teresa recibió y devolvió con deseo, pero cuando sus bocas se separaron la joven le dio un bofetón que hizo que Robert se quedara sin palabras.

Teresa se giró y siguió caminando rumbo a su casa, pero Robert no estaba dispuesto a perderla. Si tenía que recibir otro bofetón, estaba preparado, ese y todos los que hicieran falta hasta que ella entendiera que era la única mujer que había en su vida.

—¡Espera! —volvió a gritar Robert.

Teresa se quedó parada, sin volverse, aguardando a que él se acercara.

—Nunca entendí lo que pasó aquel día. No entiendo qué pude hacer que te ofendiera tanto. No comprendo por qué me niegas si, al igual que yo, sabes que estamos destinados a estar juntos. No me importa que seas una pescadora o una modista, para mí eres la mejor de las mujeres. Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Desde entonces sueño contigo cada día. Siento haberte tenido alejada durante el tiempo que estuve enfermo, pero, como te dije, en cuanto pude vine a por ti.

»He levantado La Siciliana solo por estar a tu lado, para ti, con el único propósito de que puedas disfrutar de este mundo que tanto te gusta, para que no tengas que dejar esta tierra tuya, para que sigas admirando los barcos cada día y respires el aroma salado de este mar tuyo al que tanto amas, para que puedas acompañar a tu Virgen del Puerto cada mes de septiembre con tu falda azul y tu pañuelo al cuello, para que se cumplan tus sueños, para que tus hijos y los míos crezcan oliendo a pescado como tú lo hiciste, para

que cada mañana al despertar escuches las sirenas de los barcos que llegan cargados de pescado, para que esta fina lluvia que visita este lugar casi a diario siga mojándote el pelo, para que no pierdas nunca ese carácter tuyo que tanto me gusta, para que sobes anchoas solo cuando quieras, para que todos sepan que la Siciliana es de una de las mejores mujeres que ha dado esta tierra.

»Te he buscado por todos los rincones del pueblo y no te he encontrado, pero sabía que estabas cerca porque podía sentirte. He pasado horas en la esquina de tu casa para verte. Por fin te he encontrado de nuevo y no voy a dejar que te alejes más porque sé que me quieres tanto como yo, lo he notado en tus ojos, lo he sentido en tus labios y lo veo ahora, aunque tu mirada, evitando la mía, se dirija al suelo.

»Teresa, no sé qué más puedo decir, pero estoy dispuesto a hacer lo que tú quieras. Si en este momento te das la vuelta y sigues caminando no volverás a verme más. Pero te ruego que no lo hagas, porque estoy preparado para hacer de tu vida la mejor que puedas imaginar.

Teresa, sin levantar la cabeza, se quedó pensando un momento.

Las palabras de Robert le habían llegado muy adentro, pero tenía dudas, no quería equivocarse. Acababa de ver cómo se había dejado besar por una chica, y, sin embargo, le había dedicado las palabras más bonitas que jamás nadie había pronunciado al dirigirse a ella.

Robert la miraba nervioso. Intentó levantarle la barbilla para que ella le mirara a los ojos, pero le apartó la mano despacio.

Dio un paso hacia un lado buscando el modo de seguir su camino y Robert se apartó para que lo hiciera.

Teresa continuó andando, despacio, sin saber muy bien si estaba haciendo lo correcto.

Robert se quedó quieto observando cómo se alejaba. Aquel era el peor momento de su vida. La mujer de la que estaba enamorado se marchaba para siempre. No pudo evitar que su vista se nublara y notó como una lágrima le rodaba lentamente por la mejilla.

Era el final de una historia que no podría ser escrita.

Se dio la vuelta y no quiso mirar cómo Teresa se perdía entre la noche que comenzaba a caer.

Sus pasos eran lentos y sus piernas apenas tenían la fuerza suficiente para levantar los pies. Su cojera parecía agudizarse más haciendo que arrastrara su pierna maltrecha.

Era como si algo o alguien le sujetara y le impidiera continuar.

Le pareció sentir que le tocaban en el hombro, pero siguió caminando.

De nuevo sintió un golpe suave en el brazo y un aroma inconfundible llenó sus bulbos olfatorios. Se volvió sabiendo quién estaba tras él.

Teresa le miró a los ojos, tal y como él le había pedido hacía solo unos minutos.

Sin mediar palabra, la mujer le tomó la mano mientras le miraba y le besó en silencio.

Los brazos fuertes de Robert abrazaron la espalda de Teresa, que temblaba entre ellos. Cuando cesaron de besarse, Teresa dijo:

—Perdón, he sido demasiado orgullosa y ese tonto orgullo casi me hace perder tu amor. Si todo lo que me has dicho hace solo un momento es cierto, vas a tener que aguantarme así por siempre. Yo, a cambio, me convertiré en la mujer más feliz del mundo y me

sentiré orgullosa de que me llamen la Siciliana durante el resto de mi vida.

Agradecimientos

En este punto nunca sé muy bien cómo comenzar. Durante el tiempo que dura el proceso de creación de una novela son muchas las personas que están a mi lado.

Unas apoyando y animando, otras soportando los malos días cuando pienso que no voy a ser capaz de continuar, muchos escuchándome decir que no puedo salir porque estoy ocupada un día tras otro, y por supuesto siempre la familia y los amigos más cercanos. Esos lo soportan todo.

A todos ellos les agradezco su confianza, su apoyo, su cariño y sobre todo su deseo por leer lo que estoy escribiendo.

A mis padres, los cuales, sin decir nada, cuando el manuscrito llega a sus manos, lo toman como un regalo.

A mi lectora cero más especial, mi hermana, que como siempre es capaz de aportarme esa crítica constructiva tan importante para mí.

A mi cuñada, porque jamás dice nada, lee y calla.

A Nieves López García, que con enorme emoción lee la novela.

A Loli Arriola, por su aportación de datos sobre su querido pueblo.

A Asunción Quintana Campelo, Lucía Quintana Campelo y Ana Gutiérrez Núñez, familia de Laura González Quintana, que con tanto cariño y atención me han aportado datos de tiempos pasados de su querida Santoña.

A Enric Cardús, mi cuñado, que se ha ocupado de aportar la información referente a Barcelona.

A mi editor, Alberto Marcos, que con tanto cariño revisa una y otra vez mis historias, y aporta su conocimiento y buen hacer.

A todo el equipo que ha trabajado en la edición de esta novela, por su dedicación y atención.

Y, como siempre, a todos los lectores que esperan con ansia esta nueva historia.

El libro es fuerza, es valor.
Es poder, es alimento;
antorcha del pensamiento
y manantial del amor.

RUBÉN DARÍO

La nueva novela de Concepción Revuelta es una apasionada historia ambientada en Santoña, el escenario de la conservera de anchoas más famosa del mundo: La Siciliana.



Década de 1950. En la pintoresca villa de Santoña, Teresa, una joven trabajadora de la conservera La Siciliana, se enfrenta a los desafíos de su entorno mientras busca su lugar en el mundo. Su vida da un giro inesperado cuando conoce a Robert, el enigmático hijo del dueño de la conservera, quien llega de incógnito para aprender el negocio familiar desde sus cimientos. A medida que su relación florece, ambos deben navegar por un mar de secretos familiares y rivalidades, y sortear las sombras de los negocios turbios que amenazan con destruir todo lo que aman. En un entorno donde las tradiciones chocan con las aspiraciones personales, Teresa y Robert

luchan por su amor y por un futuro que parece siempre al borde del abismo.

***La Siciliana* es una historia de amor, traición y redención donde cada personaje debe enfrentar sus propios demonios en un mundo que cambia rápidamente.**

Concepción Revuelta (Santander) se asomó al mundo literario con la publicación del cuento infantil *Los Pegimun*. Unos años más tarde dio el salto a la novela adulta con *Aromas de tabaco y mar*, que relata la vida de una cigarrera santanderina en los años cincuenta. En 2019 publicó en Plaza & Janés su segunda novela, *Te di mi palabra*, sobre la historia de las pasiegas empleadas como amas de cría por nobles y burgueses. A esta la siguieron *Días grises con cielo azul* y *Las mujeres de Las Carolinas*, también en Plaza & Janés.



Primera edición: octubre de 2025

© 2025, Concepción Revuelta
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de portada: © José Luis Paniagua

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 9788401037276

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] «La cosa se va a poner muy fea, hermano».

Índice

La siciliana

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28

Segunda parte

- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Concepción Revuelta
Créditos
Nota